



La sexta isla

Daniel Chavarría

Lectulandia

¿Cómo pueden llegar a entrecruzarse los destinos de un alto ejecutivo de la ITT, de un pirata holandés del siglo xvii y de un quijotesco marinero uruguayo? ¿Qué tienen en común el asalto a un buque español, un secuestro en Nueva York, el robo de una famosa pintura y los recientes descubrimientos tecnológicos de espías del bloque del Este? Tres épocas y lugares distintos confluyen en *La sexta isla*, una apasionante novela de engaños y descubrimientos, de enigmas, tesoros y sorpresas. Ésta es la historia de un hombre que llega a ser alto funcionario de la ITT. Ésta es la historia de un huérfano uruguayo obsesionado con la idea de Dios, que escribe guiones radiofónicos de éxito y que lo abandona todo por entregarse a la aventura de la marina mercante. Ésta es la historia de un comerciante holandés que se lanza a la aventura de los piratas holandeses del siglo xvii. Ésta es la historia de un secuestro, de travesías pasadas y presentes, de robos y de espionaje; la historia del encuentro de los hombres consigo mismos, con sus temores, sus bajas pasiones y sus visiones divinas.

Lectulandia

Daniel Chavarría

La sexta isla

ePub r1.0

elcuban 20.01.14

Título original: *La sexta isla*
Daniel Chavarría, 1984

Editor digital: elcuban
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Daniel y Mario

El poeta, con sus otras virtudes, enmascara y endulza lo absurdo

ARISTÓTELES, Poética, xxiv.

PRIMERA PARTE

DE BROAD STREET A PARK AVENUE

Hijo de danés y francesa, nació en las Islas Vírgenes cuando aún eran propiedad de Dinamarca. Pero fue en Puerto Rico donde Sosthenes Behn, por cobrar una deuda de comercio azucarero, se inició en el negocio de los teléfonos. Y en 1917, cuando los Estados Unidos compraron las Islas Vírgenes, Sosthenes adquirió la ciudadanía americana y un escenario más vasto para su fantasía empresarial.

No estaba entre sus previsiones que el negocio de los teléfonos adquiriera, años después, aquellas proporciones. Y Behn decretó que su incipiente firma se llamara International Telephone & Telegraph sin importarle —o tal vez justamente por importarle mucho—, que la pronunciación de la sigla ITT pudiera confundirse con AT & T, que era entonces la mayor empresa telefónica de los Estados Unidos.

Su primer éxito internacional tuvo lugar en España. Albergado con más boato que un emir en el Ritz de Madrid, Behn se metió en el bolsillo a la dictadura de Primo de Rivera. Y en el año 25, tras una maniobra apoyada por la banca Morgan, se anexó la International Western Electric.

En 1928 se instaló en Broad Street, con muebles Luis XIV y un retrato de Pío XI. Instaló también a Pierre, un *cordón bleu* diplomado que preparaba festines para cientos de personas; y contrató a varios camareros europeos, políglotas de porte distinguido que repartían habanos y escanciaban champagne en las antesalas; aunque por su lucimiento cosmopolita era Behn quien se llevaba la palma, al recibir llamados del mundo entero y negociar con irresistible *charme* y fluidez en nueve idiomas.

En el 30, desde Alemania, la ITT consolidaba su dominio de las comunicaciones europeas. Y en el 33, el *New York Times* anunciaba que *Herr* Adolph Hitler había recibido por primera vez, en Berchtesgaden, a una delegación de hombres de negocio norteamericanos. La delegación era Sosthenes, que luego se encargaría de elogiar lo bien que vestía *Herr* Hitler y cuánta personalidad se gastaba Hermann Goering. El mérito de aquellos contactos le correspondía a Westrick, abogado de Behn en Alemania, que obraba prodigios entre los nazis. Y poco después, la ITT se anexaría la Lorentz y la Siemens y se haría íntima amiga de Von Ribbentrop.

En el 39, Behn puso todo su monopolio de las comunicaciones europeas al servicio de la invasión a Polonia. Las subsidiarias de Austria, Hungría y Suiza, hicieron desembozadamente el juego al Tercer Reich. Y poco después, la ITT compraba un 28% de acciones en la Focke-Wulf, que fabricaba bombarderos para el *Führer*. Puesto que no estaba casada con ninguna bandera, la ITT no excluía de sus negocios perspectivas el hundimiento de barcos aliados. Cuando a Behn le convenía, dejaba saber a Dulles lo que le ocultaba a Ribbentrop; o le encubría a Churchill lo que soplab a Hitler. Y es sabido que fue el intermediario personal de Goering ante

Chamberlain.

Y así llegó el coronel Sosthenes Behn (coronel de verdad, por servicios prestados al Signal Corps durante la guerra) a ser uno de los hombres mejor informados de su época. Lo que no averiguaba por el constante espionaje de su empresa o por su posición privilegiada en el ombligo de las comunicaciones mundiales, le llegaba por sus contactos políticos de alto nivel, o lo compraba tras las bambalinas de la diplomacia occidental.

Al principio, el gobierno de los Estados Unidos no se preocupó demasiado por las relaciones entre el Eje y la ITT; pero después de Pearl Harbor comenzaron a llegar de todas partes indicios de que las líneas de Behn suministraban información a los submarinos alemanes. El foco principal estaba en la Argentina, donde la ITT se asociara con Siemens. Y se ordenó vigilar a Behn. Braden, embajador de los Estados Unidos, lo acusó públicamente en Buenos Aires de sus contubernios con Perón. Pero aquella amistad resultó un buen negocio para la ITT. Sospechas de soborno aparte, Behn se hizo nacionalizar en el momento oportuno. Fueron noventa millones de dólares que podían haberse perdido. Nadie sabía mejor que Behn cuál era el momento más oportuno para una transacción. Para eso disponía del servicio de espionaje privado más eficiente del mundo.

¿De qué lado estaba realmente el coronel Behn?

Desde que el State Department lo pusiera en la mirilla, el Departamento de Justicia se preparaba, hacia el final de la guerra, para liquidarlo con una campaña nacional antitrusts. Pero en cuanto las divisiones de Hitler comenzaran a empantanarse en el frente oriental, la ITT inició una dinámica marcha atrás para restablecer nexos con la Casa Blanca y el Pentágono. El general Stoner, del Signal Corps, recibió por ese entonces una invaluable ayuda de Behn. Ingenieros de la ITT trabajaron a marchas forzadas en sus laboratorios para producir el *huff-duff*, un localizador de alta frecuencia que detectaba submarinos alemanes. Con ese y otros servicios, más promesas de una estrecha colaboración en el futuro, el Pentágono olvidó que la ITT había sido productora de bombarderos Focke-Wulf. Por su parte, Tom Blake, ex secretario de prensa de Roosevelt, hizo un trabajo estupendo para disipar el mal olor dejado por la ITT en Washington. Con su dominio de la prensa y los millones de Behn, consiguió presentar a la ITT, ya en el 47, como una víctima de la Segunda Guerra Mundial.

El coronel Behn murió en 1957 a los setenta y cinco años.

Harold Geneen ocupó la presidencia de la ITT en 1959. Era harina de otro costal. Había sido botones en Wall Street. No necesitaba muebles Luis XIV ni cocineros franceses. Nacido en Londres, criado en los Estados Unidos, era engendro de un músico ruso y una portuguesa arrepentida que se pretendía británica.

¿Cómo se pronuncia su nombre? ¿Guinín, Guinin, Yenin...? ¿Se pronuncia con G

de *God*? No: se pronuncia Yinin, con G de *genius*.

Dotado desde niño de una inusual aptitud para almacenar y digerir cifras, ha hecho de ellas su bola de cristal con la que lee el futuro. Nunca fue un contable, ni un *bottom liner* como han creído algunos, sino un certero aritmomante.

Los directores de la International Telephone and Telegraph lo escogieron para la presidencia, a sabiendas de que era un buenísimo experto; pero ignoraban haber escogido al sucesor perfecto del coronel Behn. Pasada la *belle époque*, los años de postguerra habían demostrado que los métodos del coronel resultaban obsoletos en aquel mundo desquiciado por la conflagración. Y los números de Geneen serían la varita mágica con que la ITT sorteara los años procelosos de la década del 60.

Atrás quedaba ahora la época de los negocios galantes. Geneen representó un duro golpe para la vieja guardia de Behn. Ya en el 61, los obligó a mudarse del palacio gótico del coronel; se deshizo del cocinero francés, de los camareros aristócratas, del stock de *champagne*, de Pío XI, y prohibió fumar en las reuniones.

Así fue como aquel hombre inescrutable y austero, fue creando el más eficiente rompecabezas de control financiero que conociera la historia.

En el nuevo rascacielos de Park Avenue, planta tras planta, sólo había lugar para oficinas de dirección. Controles y más controles: reuniones semanales para controlar las ventas, reuniones mensuales para controlar a los directivos, reuniones anuales para controlar el mundo.

Geneen no quería sorpresas. Necesitaba estar al tanto de todo. Desde su despacho del piso doce, le bastaba con echar un vistazo a los ficheros para conocer las utilidades reales y perspectivas de los productos o servicios vendidos por la ITT en cualquier rincón del planeta.

Y hubo directores que huyeron de aquel monstruo de los números. Hubo infartos y renunciaciones. El informe mensual a la dirección era tan minucioso y extenso, que hubo de crearse un departamento especial para recopilarlo. Los directores se halaban los pelos, enloquecían, se jubilaban antes de tiempo. Y no podía haber nada que tomara desprevenido a Geneen. Los *gentlemen* subordinados hubieron de entender, muy pero muy bien, que Mr. Geneen no quería sorpresas.

A los pocos meses de subir Geneen al trono de la ITT, la Revolución Cubana nacionalizó la Compañía Telefónica. Aquel fue uno de sus primeros disgustos; una sorpresa que le confirmaba su escepticismo sobre la cacareada omnisciencia del coronel Behn. En la movediza arena internacional del 59, la ITT era una nave al garete. Bien vistas las cosas, el coronel no había creado ningún aparato de espionaje empresarial. Se había beneficiado, simplemente, con la posición privilegiada de la compañía en el trasiego de la información internacional. Y Geneen exigía que la ITT actuara con un riguroso nivel de inteligencia estratégica. Que ningún cambio de gobierno los tomara por sorpresa; que ningún competidor les cogiera la delantera; que

ninguna novedad explotable les fuera ajena.

En marzo del 63, Geneen había elaborado ya su *Filosofía de la adquisición*, una Biblia interna, resultado de tres años y medio de análisis y reflexión. Convertido en presidente de la ITT a los cincuenta y cuatro años de edad, Geneen ya tenía treinta de experiencia en grandes negocios. Y en la *Filosofía de la adquisición* condensaba todo su *know how* en tres reclamos: controles, información, diversificación. Controles para afianzar el tambaleante castillo de naipes dejado por el coronel; información para evitar sorpresas; diversificación para convertir a la ITT en el más potente imperio privado de la historia.

Geneen fue el primer CEO^[1] que diera por tierra con el criterio de las adquisiciones complementarias, imperante hasta entonces en todos los grandes monopolios. Geneen preveía que la ITT podía adquirir empresas de todo tipo, grandes y pequeñas, en cualquier parte del mundo. Y para ello, sólo necesitaba dos cosas: controles rígidos e información. Los controles estaban asegurados. Nadie en el mundo dominaba como Geneen la práctica del control financiero. Y nadie en el mundo, mejor que la International Telephone & Telegraph, podía montar un aparato de espionaje privado.

Sólo tenía dieciséis años cuando comencé mi cuarto grado en el convento de Nazareth, en Córdoba. Allí, los jesuitas impartían a sus futuros sacerdotes una secundaria intensa. Al cabo de seis años de bachillerato, los ingresaban al seminario, para luego ordenarlos en Comillas u otras universidades pontificias de Europa. Y yo era alumno destacado en aquel colegio adonde sólo llegaban niños sobresalientes, escogidos entre los ciento ochenta que la Orden instituyera en el Cono Sur de América.

Un día, el hermano que estaba a cargo del estudio vigilado, me sorprendió jugando al fútbol en vez de preparar mis clases de la tarde, y se lo informó al padre Jean Latour, que nos daba matemáticas.

Al comenzar la clase, Latour me preguntó si había estudiado las proposiciones de Euclides que señalara como tarea.

Yo le dije que sí.

—Durante cuánto tiempo? —me preguntó.

—Diez minutos —respondí, y provoqué, cuchicheos en el aula.

—¿Cómo se atreve usted a entrar a clase con sólo diez minutos de estudio?

Era un hombre fanático, más temido que el prefecto en cuestiones de disciplina; el más severo de los profesores. Jamás le vi sonreír.

Con humildad le respondí que consideraba suficientes esos diez minutos.

Indignado por lo que consideraba una baladronada, quiso saber entonces cuántas proposiciones había estudiado. Y cuando yo le dije que treinta, la cólera le encendió las mejillas. Sólo había mandado las diez primeras y consideraba imposible que alguien pudiera demostrarlas con tan poco estudio.

Me hizo pasar al pizarrón y durante casi una hora de clase, en que no se hizo otra cosa, Latour comprobó boquiabierto que yo podía demostrar sin ningún tropiezo las ocho primeras proposiciones.

De la inquina inicial pasó a una acechante incredulidad. No estaba convencido. Como su clase era la última, me instó a pasar a un salón para que siguiera demostrándole, una tras otra, las treinta proposiciones. Sin duda esperaba a que me equivocase para acusarme de alardoso; o quizás se sospechara algún truco. Durante las demostraciones, de las que seleccionó las más complejas, me acribilló a preguntas capciosas, pero no caí en ninguna. Y cuando le hube demostrado la proposición número trece, la veinte y la veintiocho, quedó convencido; pero no me dedicó una sonrisa ni una palabra de estímulo. Su expresión era de malestar y alarma. Parecía ofendido.

Y al día siguiente me agarró de un brazo y me llevó a caminar por la falda de un cerro aledaño. Dijo que Dios me había otorgado una memoria envidiable y una

aptitud descomunal para la lógica; y que con ello, había puesto en mi camino un peligroso escollo. Mis cualidades podían servirme tanto para honrar a Dios como para sobresalir en cualquier cosa, incluso en el servicio del mal. Precisamente un compatriota suyo había demostrado, tres siglos antes, con sólo doce años, hasta la trigésima segunda proposición de Euclides. Y ese niño prodigio fue uno de los grandes herejes del siglo XVII, un terrible enemigo de la Compañía de Jesús. «Dios otorga sus dones a los hombres», me dijo, «y estos, por sus obras, se salvan o se pierden con ellos».

La voluntad del hombre era decisiva para su salvación o su condena. Quedé advertido y lo tomé en cuenta.

Los ejercicios de San Ignacio, que realizábamos anualmente, tenían diferente intensidad según el tutor que los dirigiera. Los que yo había hecho en Montevideo con el padre Nuño, un anciano bondadoso, tendían a buscar la contemplación de Dios en un estado de alegría y serenidad espiritual. La primera vez, al tercer día, me llevó a un éxtasis de varias horas. Pero en Nazareth había algunos tutores «tremendistas», como el padre Franco, que nos imponía la flagelación y el martirio hasta sentir, bajo el hipnótico golpeteo de su voz, las llamas del infierno lamiéndonos las carnes, los padecimientos de Cristo en el camino del Gólgota y el tormento de la crucifixión. Además, las vigiliias, la oración constante, el ayuno y la meditación en Cristo, programáticamente encauzada, nos hacía delirar, enfermarnos, perder a veces varios quilos de peso en pocos días.

Al segundo año sufrí con tanta fidelidad los dolores del Calvario, que caí postrado, con los brazos abiertos; y los clavos imaginarios que me había enterrado en las carnes la voz espeluznante del padre Franco, dejaron dos gruesos moretones, testimonios de mi pasión.

Mucho aprendí en las tandas de los jesuitas; y hoy sé que los *Ejercicios* de Loyola me marcaron para siempre.

Yo era humilde. Nunca ofrecí dar muestras de mis aptitudes. Cuando hube de hacerlo fue a instancias de mis profesores, que me usaban para promover la emulación. En cuarto año, durante una clase de latín, recité de memoria diez páginas de la *Guerra de las Galias* y todo el Canto Primero de la *Eneida*. Y al final de ese cuarto año, poco antes de ingresar en la preparatoria para el seminario, comenzaron mis dudas.

Yo no había desechado la advertencia del padre Latour y estaba honradamente dispuesto a preservar *ad maiorem Dei gloriam*, mis virtudes intelectuales. Preventivamente, me di a leer y releer la vida de San Ignacio, en las apoteósicas obras de los padres Astraín, Maffeo y, sobre todo, Ribadeneira. Me entusiasmaba la imagen de aquel guerrero veterano que despidiera a sus criados y, caballero en una mula, tomara el camino del Monserrat. Y hoy reconozco que mi admiración por él, y el afán

de imitarlo, estaban viciados desde un principio: nunca sentí como otros devotos una legítima atracción por su santidad, sino por la hazaña de su conversión. Me admiraba que aquel hombre, cuyos pecados fueran tantos que hubo de requerir varios días para confesárselos al padre Xenones, ofrendara en el altar de la Virgen la daga y la espada que ciñera como soldado; me figuraba con fervor y abundante ornato al noble guipuzcoano en la escena de regalar sus ropas preciosas a un mendigo, para vestir su túnica talar y una sola alpargata de esparto en el pie sano. Hoy comprendo que las visiones de Ignacio en la cueva de Manresa, su resistencia a las tentaciones del demonio, su absoluta negación a comer y beber hasta que Dios le concediera la paz que deseaba, me atraían más como proeza que como acto de santidad; y del desenlace, me conmovía mucho más que Dios otorgara a Ignacio «grandes poderes celestiales», y no tanto que dejase llover sobre su espíritu «una mar de consolaciones», como afirma uno de los hagiógrafos.

Sin embargo, cualquiera fuese la índole de mi devoción por el Santo y su Orden, era sincera y firme. Y ambiciosa, como se verá.

Al día siguiente de haber concluido los Ejercicios Espirituales del tercer año, cuando ya había cumplido los dieciséis, de rodillas ante el altar de la Virgen, y también, como Íñigo de Loyola, me ofrecí enteramente al servicio de Dios y emprendí el camino de Santiago; de Santiago del Estero, frontera de Córdoba por el norte.

Caminé toda una noche en oración, debilitado como estaba por las tandas exhaustivas del padre Franco. Al amanecer abandoné el camino y me interné por las faldas de los cerros, a campo traviesa, hasta dar con una cueva donde permanecí dos días en oración. Al tercero, un campesino me encontró desmayado, con las rodillas en carne viva y me llevó en una mula hasta su rancho. Dormido en un galpón, deliré hasta el mediodía en que vino el párroco de un pueblecito vecino para averiguar mi procedencia y mi destino.

Apenas podía articular por lo hinchada y reseca que tenía la lengua, pero alcancé a responderle que venía de Cristo y a él iba. Rehusé, comida y agua, y ayudado por los otros logré pararme; pero cuando eché a caminar tambaleante cuesta arriba de regreso a la cueva, volví a caer desmayado, pero ya sin ningún afán de santidad. A esas alturas Dios me había hecho saber con toda certeza, que no había nacido para mártir: nunca me concedería «los poderes celestiales» que otorgara a Ignacio. Pero ya que me había metido en aquella aventura, quería terminarla dignamente; por lo menos, con otro desmayo auténtico. Ya no pensaba en Dios sino en el agua y alimentos que recibiría cuando me llevaran de regreso a Nazareth.

Informados por el párroco, fueron a rescatarme en una camioneta. Al mediodía desperté en la enfermería del convento. Y en ese instante, tuve mi primer pensamiento erótico: me dije que los hombres no alcanzan la Gracia por su voluntad

y sus obras, como enseñan los jesuitas. Sólo Dios la concede, a sus elegidos. Yo le había implorado con martirizada devoción aquel trato íntimo que dispensara a Ignacio de Loyola en la cueva de Manresa, pero me lo había negado.

Querido Carlos:

Cuando escribí esto, era todavía un muchacho con veleidades literarias y no advertí cuánto se me había ido la mano en algunos giros retóricos. Hubiera preferido referírtelo de una manera más descarnada y escueta. En todo caso, no te alarmes: lo que sigue es más potable.

Bernardo.

ESCOPTOFILIA PRÁCTICA

A los cinco años de edad Luigi Capone se había enamorado de su prima Assunta, seis años mayor que él. Cuando su mamá la traía de visita a Caltanissetta, jugaban en un granero. Jugaban a las caricias. Primero él tenía que cerrar los ojitos para que ella le mordiera suavemente los labios. Luego él sacaba la lengüita para que ella la chupara como un caramelo. Y cuando Luigi se bajaba sus pantalones para jugar al cañoncito pum pum, ella se lo ponía duro con caricias y besitos. Y la parte más linda era cuando Assunta lo invitaba a que le pusiera un dedo en la cuevita, luego dos, luego tres; y le enseñaba cómo tenía que frotarle la cuevita. Y entonces, la bellísima Assunta se ponía todavía más bella: los pómulos se le llenaban de rubor y no había en el mundo ojos azules que miraran tan lindo. Y al recordar aquella imagen su cañoncito se levantaba solo y volvía a apuntar al cielo pum pum, y todas las noches el pequeño Luigi rogaba a Dios que la tía Elena viniese con Assunta de visita, porque Assunta era más bella que los ángeles pintados en la iglesia y que la *madonna* suspendida sobre la cama de su padre.

Cuando Luigi aprendió a masturbarse se inspiraba siempre en el fervor y gratitud que expresaba aquel rostro amado en el instante de sentir sus dedos. Fue la única visión que lo acompañara en sus encogidas soledades. Y cuando años más tarde el tío le costeara sus primeros lances con prostitutas, no pudo ejercer como hombre. Aquellas caras inexpresivas, las voces roncas, el aliento a tabaco, la sordidez de los encuentros en aquella casita que Giácomo utilizaba para sus propias travesuras, lo asquearon.

Luigi había quedado huérfano de padre y madre a los doce años. Al viejo se lo acuchillaron a la vista. Lo vio caer y desangrarse. Un tío materno, Giácomo Puttaturro, emigrado a los Estados Unidos y cuya mujer no le paría hijos, pidió que se lo enviaran para educarlo. Luigi llegó a New York en el 37. El tío lo saludó desde los muelles. Lo sacó por el aire de familia. Hubo lágrimas, palmoteo de hombros, bofetones de cariño, bravo, *va bene*, ya estaba en América, que no mirara *in dietro*. Lo pasado, pisado.

El tío Giácomo, radicado en Los Ángeles, comenzaba a hacer fortuna. Era un hombre inteligente y honrado. Al principio, en los años veinte, y hasta después del crack, había tenido que trabajar duro para abrirse camino; pero tres años después del arribo de Luigi, su pequeño taller de tejidos, con sólo atender los pedidos de calcetines que le hacía la US Army, creció, creció, siguió creciendo. En el 43 Giácomo era dueño de dos fábricas.

Luigi recibió el trato del hijo que Giácomo no pudo tener. Fue obediente y buen estudiante; pero nunca abandonó el aire triste y el retraimiento con que llegara de Sicilia. Era demasiado introvertido. De niño no tuvo amigos de su edad. Además era

colérico y fuerte. En el *high school* se hizo respetar desde el primer día. Al principio lo distanciaba el idioma, pero cuando pudo hablarlo sin acento se mantuvo igualmente apartado. A los quince años se apasionó por el ajedrez y eso lo llevó a frecuentar muchachos mayores, pero siempre a distancia. En ratos libres estudiaba ajedrez. Muy joven inició una biblioteca ajedrecística que con los años llegaría a ser importante.

En 1944 ingresó en la Universidad de Berkeley. Un par de años antes su tío se había ocupado de obtenerle una partida de nacimiento en Caltanissetta, sobre la que luego hizo alterar la N del apellido Capone, para convertirla en una T. Se había propuesto exonerar al sobrino de toda homonimia con Alfonso Capone. Giácomo le explicó que para su futura vida profesional, el apellido de un célebre literato estadounidense sería más apropiado que el de un deplorable capo camorrista napolitano.

Ya en Berkeley Luigi se ocupó de que lo llamaran Louis, que luego se convirtió en Lou. Y desde 1950 ya firmaba sus cheques como Lou Capote.

Graduado en Administración de Empresas, ingresó a la ITT en Los Ángeles. Por esa época conoció a Fanny, una adolescente de origen polaco. Fue un domingo, en misa. Su perfil le recordó el de Assunta. Días después, tendida sobre la grama, ella lo instó a que la poseyera. Pese al intenso besuqueo Lou no lograba excitarse. Desesperado de impotencia le desgarró el uniforme. De un tirón le hizo saltar varios botones; y sólo en ese momento sintió la erección. La amó a la luz del poniente. Y ella pidiéndole más, más, mordiéndolo, gimiendo, sonriendo. En aquel instante irrepetible, el contraste entre la beatitud del rostro y la húmeda animalidad del sexo le produjo su primer éxtasis. Fanny le enterró las uñas en los hombros y su vientre comenzó a golpearlo con espasmos brutales. Y sobre el césped del parque, mientras se le iba la vida a borbotones vio un aura azulosa que orlaba el perfil serenísimo de Fanny, enmarcado entre sus brazos.

Hasta que conociera a Fanny, Lou nunca había vuelto a tener contacto con mujeres. Salvo de perfil, Fanny no se parecía a Assunta. Era mucho más clara. Al verla en la misa, cubierta con el velo, admiró su belleza nórdica y sintió deseos de ella. La asedió tímidamente. Él era bien parecido: perfil clásico, enormes ojos negros, cejas gordas y pobladas, pelo ensortijado, boca jugosa, barbilla partida, piel muy blanca de mejillas sonrosadas. Ella tenía diecisiete. Él veinticuatro, un título universitario y un carro del año. Fue ella quien tomó la iniciativa y se hicieron novios.

Assunta se había metido a monja cuando Luigi tenía once años. Pero la última vez ella no vestía aún el hábito de las esposas de Cristo, sino el deprimente uniforme negro de las candidatas al noviciado. Luigi había sentido odio y celos. ¿Por qué el Señor le robaba a su amada? ¿Por qué la vestía tan feo?

Por propia decisión, con Fanny no volvió a tener relaciones hasta que se casaron. La noche nupcial fue un fracaso. Y también la siguiente. Durante casi una semana fracasaron todos sus intentos. No conseguía erección. Ambos estaban consternados. Providencialmente, en casa de los padres de Fanny, Luigi vio un uniforme de los que ella usara. Y se sintió excitado. Le pidió que se lo pusiera. Desde aquella alcoba se veía caer el sol sobre el Pacífico. Lou volvió a romperle el uniforme y fueron felices por segunda vez. Por salir del paso Fanny aceptó cargar una maleta con seis uniformes y se fueron unos días a un hotel de Pasadena. Cuando Lou acabó con el último uniforme tuvieron que regresar.

El matrimonio sólo duró dos meses. La separación le dejó una llaga profunda. Fue ella quien lo abandonó. Le dijo que era un anormal pervertido; que estaba aburrida de vivir con un tipo que para hacer el amor tenía que vestirla de colegiala.

Fanny había tolerado los primeros destrozos sin saber qué pensar; pero su hermana mayor le explicó que Lou era un fetichista, anormalidad que podía adquirir con el tiempo rasgos mucho más aberrantes; y le aconsejó el divorcio.

Lou consultó con un psiquiatra que prescribió, como primera medida, mandar hacer algunos uniformes y ensayar con prostitutas.

La cosa funcionó bastante bien.

Desgarrando los uniformes, lograba excitarse. Luego hacía que las mujeres se mantuvieran calladas, cerraba los ojos, y si lograba figurar el rostro de Fanny en el instante aquel, todo le salía bien. El médico le explicó entonces que su fijación con los uniformes provenía del trauma infantil que le generó la separación de Assunta, cuando la metieron a monja. Ella lo había abandonado para hacerse esposa de Cristo. Y el desgarrar los uniformes representaba, como simbolismo onírico, despojarla de sus hábitos, recuperarla. Y finalmente, el perfil de Fanny en el momento de su orgasmo, había sustituido a la imagen de Assunta en el mecanismo de su libido.

Todo estaba claro, según el psiquiatra. Como segundo paso del tratamiento, le recetó variar los uniformes: que se mandara hacer varios, de diferentes tipos; y que ninguno se pareciera al modelo de Fanny. Y debía continuar los ensayos con *call girls*.

Al cabo de un par de meses el psiquiatra comprobó satisfecho los progresos de Lou. Por lo menos su fijación no se limitaría ya al modelo de Fanny. Prescribió entonces el tercer paso: tratar de hacer las cosas sin romper los uniformes.

Al principio Lou no podía contenerse; por lo menos tenía que romperles una manga, el cuellito; pero con la práctica superó también esa etapa. Llegó a excitarse de sólo verlas hacer el *striptease* del uniforme; pero era indispensable que debajo estuvieran completamente desnudas.

Consiguió un apartamento en Long Beach. Después que las mujeres le provocaban una media erección al quitarse el uniforme les pedía inmovilidad y

silencio. Las hacía volverse, so pretexto de besarles la espalda. Entonces cerraba los ojos e invocaba la imagen orgásmica de Fanny hasta lograr la erección completa. Pero era siempre una aventura riesgosa a la que solía llegar con miedo. El fracaso representaba dolor de cabeza, depresión, furia a veces, cuando un ruido o movimiento imprevisto de la muchacha le ahuyentaba la imagen de Fanny. Entonces tenía que reprimirse para no golpearla.

El médico le explicó que si bien avanzaba mucho en la curación de su fetichismo, parecían haberse acentuado compensatoriamente ciertos rasgos de escoptofilia. Un escoptofílico, paciente suyo, se excitaba con el rosicler jaspeado que obtenía al colocar los glúteos de su mujer bajo una lámpara de ultravioletas. Sin ese tono, las mejores nalgas del mundo lo dejaban frío. Y en la escoptofilia de Lou, el perfil evocado de Fanny actuaba como estímulo visual. De todas maneras, mientras aquello contribuyera a reducir su fetichismo, bienvenida la escoptofilia. El médico comprendía, por supuesto, que el esfuerzo mental debía ser extenuativo. ¿No podría obtener una foto de Fanny?

No, él ya lo había intentado. De nada le serviría si el rostro de Fanny no le ofrecía la expresión de aquel orgasmo en el parque de los fresnos.

Según el psiquiatra, el cuarto paso, que lo acercaría a las fronteras de la normalidad, demandaba repetir la misma escena pero sin valerse de los uniformes.

El resultado fue catastrófico.

Fracasó en tres intentos consecutivos e hizo una peligrosa derivación hacia la violencia. A una de las mujeres que por no llevar uniforme no lograba producirle la necesaria turgencia, le hizo trizas el vestido y le propinó un severo castigo de mordiscos y puñetazos. Y Lou Capote, hombre realista, comprendió que ya nunca podría prescindir de los uniformes. Prefirió prescindir del psiquiatra. Tenía treinta años.

Durante mucho tiempo se abstuvo de mujeres. Se satisfacía solo. Para masturbarse desvestía un maniquí uniformado y evocaba el rostro de Fanny.

Lou había comprado una casa de tres pisos en Long Island, adquisición muy favorable, gracias a sus habilidades para el *insider trading*. Originariamente la casa había sido garito y agencia de apuestas hípcas. Los tahúres que la construyeran habían instalado en el piso de arriba una caja de seguridad, oculta tras un librero corredizo. En ella cabía un hombre alto de pie. Adentro formaba una habitación rectangular de tres metros por cuatro, con numerosos cofres interiores de diverso tamaño. Al vender la casa, los dueños trataron de sacarle algo por aquel bunker. Lou supuso que alguna vez lo habrían usado como escondite en casos de allanamiento. Y no quiso dar un centavo por algo que no le ofrecía utilidad. Se quejó de que para ganar ese espacio tendría que sacarles y representarlos y volverlos a construir. Al contrario, ellos

debían rebajarle el precio. Y así consiguió que se la dejaran sin costo. Por su parte, Lou pensó que si algún día, sin prisa, daba con el comprador adecuado, aquel bunker podía valorizarle la propiedad y optó por no desmontarlo. Lo destinó a guardar el maniquí de sus masturbaciones, más un surtido de uniformes, para que su ama de llaves no diera con ellos. Y poco a poco descubrió que el desnudarse en aquella caja, el encierro, el hecho de que nadie pudiera imaginar lo que ocurría adentro, potenciaba su capacidad de excitarse. Y para masturbarse con comodidad había instalado un diván adentro.

En 1967, durante una prolongada estancia de negocios en Madrid, Lou visitó el Museo del Prado; y en una de las salas se detuvo ante *El tránsito de la Virgen*, un fresco de Mantegna. Un minuto después tuvo la erección más repentina de su vida. La Virgen tenía el rostro de Fanny en el instante del orgasmo. Era exactamente la expresión que él se forjaba con los ojos cerrados. Tuvo que salir de la sala y sentarse un rato. Y cuando volvió a mirar el cuadro le ocurrió lo mismo. Le ocurrió varias veces.

De inmediato, a un alto precio, mandó copiarla a uno de los restauradores del propio museo. Demoró para ello su estancia en Madrid casi diez días. Pero la copia no le funcionó. El maestro se había acercado mucho al original. Quizá un ojo profano los habría confundido. Pero había algo con lo que el pintor no daba: una pincelada de más o de menos; pero en ese algo inatrapable se ocultaba la magia que viera Lou en el rostro de Fanny y en el original del Mantegna.

Lou no se desanimó. Completó el pago de la copia y mandó hacer otra. En el término de cuatro meses el pintor le hizo tres copias más y se las envió a los Estados Unidos. Pero sólo en la última, acertó con lo que Lou quería ver. Ya no tuvo dudas: era como si hubiese comprado el original del Mantegna. Se lo certificaban a gritos sus testículos.

Sin embargo, los trastornos del carácter no le estorbaron su carrera. En el 55, al morir repentinamente el tío Giácomo Puttaturò, la tía Teresa decidió repartir su fortuna en vida. Hubo catorce herederos, casi todos residentes en Sicilia. A Lou le tocaron algunas propiedades, por valor de trescientos ochenta y cinco mil dólares. Las vendió de inmediato y con dinero en mano y su habilidad, hizo notables operaciones personales.

En el 63, cuando ya llevaba once años en la empresa, poseía bienes por más de dos millones de dólares.

Y ese mismo año, en que Harold Geneen diera a conocer su *Filosofía de la adquisición*, comenzó el ascenso de Lou Capote en la ITT.

Ya en esa época la ITT era una gran corporación, pero Geneen se proponía doblar el volumen de sus operaciones en el plazo de cinco años. Para ello necesitaba a su

lado un banco de inversiones que lo asesorara y corriera sus propios riesgos. Ese banco fue Lazard's, fundado por dos hermanos, judíos franceses, en la década del 20; pero después de la Segunda Guerra Mundial, bajo la conducción genial de André Mayer, otro judío francés, Lazard's se proyectó al primer plano de los negocios internacionales. André Mayer era un experto en fusiones de empresas.

La primera gran empresa que el banco Lazard's encontrara para Geneen fue Avis Rent-A-Car, que en 1963 había perdido mucho terreno frente a su rival Hertz, y ya desde el año precedente arrastraba un déficit de cientos de miles de dólares. Rohatyn, el otro cerebro de Lazard's, discípulo de Mayer, vislumbró las fantásticas proyecciones de Avis y decidió adquirirla. Al término de dos años la había rehabilitado. Aviscerró en 1965 con cinco millones de utilidades. Fue entonces cuando se la propusieron a Geneen, que designó un equipo de expertos para estudiar sus posibilidades de crecimiento. Al cabo de dos semanas de explorarla exhaustivamente, los técnicos de la ITT produjeron un informe tímidamente favorable, con la sola excepción de uno de los miembros del *team* que vaticinó un crecimiento bruto del veinticinco por ciento. Ese hombre audaz y optimista era Lou Capote, de treinta y nueve años, graduado en Administración de Empresas. Su pronóstico contrastaba abiertamente con el modesto siete y medio por ciento que arrojaba el promedio de los otros seis miembros del equipo.

Aquél había sido el comienzo de sus éxitos. A los dos años, el crecimiento de Avis había alcanzado un índice de 26,8%. La adquisición de Avis provocó el ascenso de Lou y selló desde entonces una íntima relación entre la ITT y Lazard's. El propio Rohatyn, cuyo banco se había favorecido con el pronóstico de Capote, le demostró una gran simpatía y no escatimó elogios a su talento. Llegó incluso a proponerle un atractivo puesto en Lazard's que Lou supo declinar, pero cuidando de que Geneen se enterara de la propuesta y de su renuncia.

Geneen estaba dispuesto a comprar cualquier empresa, grande o pequeña, fabricara lo que fabricase, siempre que augurara un crecimiento rápido. En cinco años logró formar el más heterogéneo haz empresarial que se había conocido hasta entonces.

Bajo su inspiración, la ITT fue la primera corporación que abandonó el criterio de las adquisiciones complementarias. Desde que Geneen se sintió suficientemente seguro de sus controles, no tuvo empacho en mezclar las empresas más disímiles por su producción o su tamaño.

Y Lou Capote acertó consistentemente durante ese período. En sus análisis sobre la potencialidad de cualquier empresa, supo ajustarse creativamente a la *Filosofía de la adquisición*. Demostraba haberla interpretado en su esencia. Y con eso cautivó a Geneen.

La especialidad de Lazard's, y en particular de Mayer y Rohatyn, era localizar las

empresas que pudieran interesar a la ITT. Cuando le echaban el ojo a alguna, armaban primero todos los lazos financieros, las trampas legales, arancelarias, contables, y luego se abalanzaban sobre su presa. Negociaban con maestría. Jugaban con sus víctimas. Siempre compraban a bajo precio. Aplicaban luego sus propios métodos de rehabilitación y cuando paraban el negocio, se sentaban a discutir con Geneen. Pero Lazard's vendía proyectos y Geneen no quería sorpresas. Además, Mayer y Rohatyn aplicaban métodos muy diferentes a los prescritos por el rígido control financiero de Geneen que, antes de tomar cualquier decisión, practicaba sus propios análisis. Geneen apreciaba el trabajo de Lazard's. Rohatyn había llegado a formar parte del consejo de dirección de la ITT y sus opiniones eran en general bien acogidas por el CEO. Pero al apreciar las perspectivas de cualquier fusión, Rohatyn no podía despojarse de su mentalidad de banquero. Geneen, en cambio, necesitaba encuadrar aquellos criterios dentro de su estrategia corporativa, adaptar los enfoques de Lazard's a su propio lenguaje. Eran idiomas tan disímiles que la traducción resultaba difícil. Y muy pocos le inspiraban confianza para hacerla.

Fue en ese terreno donde Lou Capote resultó providencial para Geneen. Se convirtió en el mejor teórico de la *Filosofía de la adquisición*, que citaba a mansalva en un tono profesoral. Durante una gran *barbecue* que Geneen ofreciera en los jardines del Sheraton de Bruselas para los directivos de Europa, a Lou le colgaron un cartelito en la espalda donde podía leerse en letras rojas: *His best pupil*.

Pero además de teórico e intérprete del pensamiento geneeano, Lou Capote había demostrado que sabía concretarlo en hechos, y muchas veces con una eficiencia visionaria. En los diez años que había dedicado a las adquisiciones, no había cometido un solo error. Había participado en la compra de compañías de seguros, financieras, de fondos mutuos. Había luchado por imponer, contra el criterio del propio Geneen, la compra de APCOA, una empresa de parqueos que encajaba perfectamente con las perspectivas de Avis. Era intrépido y valiente. En varias ocasiones defendió la proscrita estrategia complementaria, para cerrar ciclos complejos. Y siempre tuvo éxito. La línea iniciada con Avis, gracias a su gestión personal, se había complementado con los hoteles Sheraton, la Cleveland Motels y la Transportation Displays, que alquilaba *billboards* para los choferes. Desde el año 68 había dirigido varias adquisiciones sin asesoramiento de Lazard's: centros de estudios comerciales, escuelas de secretaría, editoras. Había tenido inspiraciones brillantes en la compra de la inmobiliaria Levitt, la Pennsylvania Glass Sand y la Rayoner. Geneen lo había felicitado por su gestión con la Continental king, que vendía pan en todo el país, papas fritas en Memphis, caramelos en Minneapolis y productos químicos en Kansas. En el 74 Geneen lo había promovido a la envidiable posición de asesor del consejo de dirección. Era ya una vaca sagrada en la ITT.

La adquisición de *El tránsito de la Virgen* coincidió con uno de sus viajes a Lima,

donde se enamoró de Rita Alegría, trigueña, dieciséis años, de pómulos misteriosos y oblicuos ojos verdes. Lo sedujo con su uniforme del Colegio de Santa Rosa, una tarde en que él negociaba con su padre en una mansión de San Isidro. Ella se ofreció a conducirlo a su hotel y le dio una cita para el *week end* en el balneario de Ancón. Antes de responder, él le preguntó cuántos uniformes tenía. Ella calculó que una docena. Lou le pidió que le vendiera seis. Que los llevara al balneario sin falta; e insistió en pagárselos. Ella sólo atinaba a reírse.

En Ancón se amaron con crepúsculo, uniforme y *strip tease*. Ella quedó encantada. Todo había sido tan diferente... Y qué apasionado era Lou. Le había roto tres uniformes. Rita terminó peleándose con su prima, porburlarse: «¡Cojudeces!», decía Alicia muerta de risa. «Ese gringo es un cojudo, ja, ja, ja». Estuvieron una semana sin hablarse.

Lou conoció otra vez el entusiasmo. Hasta entonces, salvo Assunta, ninguna mujer le había demostrado tanta complacencia con su arte amatoria. De regreso a los Estados Unidos pensó obsesivamente que con Rita y el Mantegna podía alcanzar su felicidad. Pasados unos días se presentó en Lima, habló con el ingeniero Alegría y sin ninguna dificultad la obtuvo en matrimonio. Lou era todavía un hombre joven y muy apuesto. Sus cuarenta años enamoraban fácilmente a las adolescentes, y su posición a cualquier suegro.

Sin embargo, cuando Rita, nada acostumbrada a sacrificios y rutinas, comprendió en Nueva York que aquel jueguito dentro del bunker con el uniforme puesto era un ritual inexcusable y ceñido a una preceptiva, reconoció que su prima Ali tenía razón: Lou era un cojudo.

Después del divorcio, Lou no hizo más intentos por lograr una pareja estable. Pero lo fácil que le habían sido las cosas desde que estrenara el cuadro con Rita, lo animaron —como variación eventual— a introducir en el bunker prostitutas caras. Procuró que fuesen siempre las mismas. Las adiestró en el uso de los uniformes. Y el ensayo salió bien. Pero fue su último experimento con el sexo. Se reprochó haber perdido mucho tiempo y energía. A los cuarenta años ya no estaba dispuesto a seguir malgastándose. Como higiene, siguió masturbándose dentro del bunker ante el maniquí uniformado. Y cuando venían las *call girls*, sus encierros sólo duraban lo necesario para lograr satisfacción. Les prohibía fumar, no les ofrecía una copa y casi no les hablaba. Les pagaba muy bien. Por lo general, ninguna se demoraba más de veinte minutos con él.

1943-1945

Cuando me vieron restablecido, el prior me mandó llamar. Por la sequedad inusitada con que me recibió, imaginé que me esperaba una reprimenda. Quiso saber qué pretendía yo con aquella escapada a la cueva. Dije que quería seguir el ejemplo de San Ignacio: lograr mediante el ayuno y la penitencia que se me manifestara Dios. Me preguntó entonces qué había sacado en limpio. Le respondí que Dios no había querido favorecerme. No satisfecho, siguió indagando. Fue una larga plática llena de consejos prudentes. Insistió mucho en que Dios me había concedido virtudes que yo debía perfeccionar. Esa era la mejor manera de servirlo. Ya no vivíamos en el siglo XVI. Una guerra mundial inhumana y catastrófica estaba en marcha. Y las obras que Dios esperaba de sus hijos más devotos, requerían en estos tiempos no sólo del amor místico y el martirologio. Mediante el trabajo paciente y el buen uso de la inteligencia, también se le podía rendir devoción. Además, si cuando yo fuera un sacerdote formado aún sentía vocación por los sacrificios supremos, la Orden podría hacer de mí un misionero, un combatiente de primera línea en las milicias de Cristo; pero entretanto, debía interpretar, como bien lo había hecho, que Dios esperaba de mí otros servicios. Debía seguir esforzándome en el estudio y amar a Dios cada día con mayor humildad.

En Nazareth, mi aventura de santidad se consideró una prueba de fervor infantil, y no de megalomanía, como yo me temiera. Poco después, supe que la habían achacado, en buena parte, a la vehemencia del padre Franco en la conducción de los Ejercicios Espirituales. Desde entonces me lo quitaron como tutor.

Y si Dios ordenaba que mi vida continuara por la misma senda de antes yo me plegaría, obediente, a sus designios.

Las matemáticas siguieron apasionándome. Al comenzar el quinto de bachillerato ya había agotado la materia que se impartía en los programas de quinto y sexto y había comenzado a estudiar por mi cuenta el voluminoso *Análisis matemático* de Rey Pastor. Aquella revisión rigurosa, metódica, de lo que yo conocía en forma más o menos empírica hasta entonces, fue una fuente de constante deleite. Cuando llegué a comprender en su esencia los conceptos de continuidad y límite, a resolver los primeros ejercicios de diferenciación de funciones con un manejo constante de la noción de infinito, volví a ver en aquel universo de verdades inmutables una prueba más de la existencia de Dios.

Y en 1943, un año antes de iniciar los estudios teológicos en el seminario, ocurrió un episodio que me hizo pensar, otra vez heréticamente, en el dogma de la gracia.

Había en el colegio un alumno de mi edad llamado Bruno. Fue el único de mis discípulos a quien me propuse cultivar como amigo. Salvo el fútbol, al que siempre fui aficionado y bastante buen jugador, teníamos muchos intereses afines. En

nuestras conversaciones, me daba muestras de una inteligencia algo caótica, paradójica, trascendente. Yo sentía celos ante la facilidad con que se prodigaba en imágenes. Cualquier incidente banal, un detalle del paisaje, lo movía a reflexiones imprevisibles, a veces de un humor muy agudo. Cuando Bruno andaba de ánimo sereno, solíamos pasear por los cerros y con frecuencia abordábamos temas elevados. Pero siempre de manera impersonal. Desde el comienzo de nuestra amistad advertí que rehuía hablar de sí mismo. Cada vez que alguno de mis comentarios amenazaba comprometerlo a revelar detalles de su vida, familia, origen de su devoción, se las ingeniaba para zafarse y cambiar de tema.

A las pocas semanas de conocernos Bruno comenzó a evitarme sin ninguna explicación. Pasaron tres días en que cuando nos cruzábamos, camino del refectorio o de las aulas, bajaba la cabeza y seguía de largo. Y durante las horas en que habitualmente podíamos vernos, se recogía en su habitación. Un día lo intercepté en un atrio y le pedí explicaciones. Con humildad me dijo que en esos días lo atormentaban algunas dudas sobre la salvación de su alma, y el único sosiego lo encontraba en la soledad y la oración.

Yo me ofrecí a ayudarlo. Aduje que en una crisis de conciencia el diálogo podía ser más eficaz que la vida recoleta. Por toda respuesta me dirigió una mirada indescifrable y se alejó, casi corriendo.

Al siguiente domingo, se me acercó cuando salíamos de misa para invitarme a un paseo. Se comportó como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Me dio a entender que su reciente crisis, ya superada y suficientemente ventilada en el confesionario, no sería materia de nuestros coloquios.

Durante los años que pasamos en el convento, padeció otras crisis. Yo aprendí a esperar hasta que las superase. Lo veía entonces demacrado, con una tensión fanática en el rostro, en la sola compañía de su confesor. E invariablemente emergía con su habitual desenfado, muy Fray Luis, como si sus días de ausencia no contaran en nuestra relación.

Aparte de la zozobra que me creaba el no tener acceso a sus enigmas, creo que también le envidiaba el pasarse las noches en vela, trabajando denodadamente por la salvación de su alma. Y por contraste, mi disfrute en los deportes, en las simetrías de la prosa ciceroniana o en la musa omnisciente de las matemáticas, comenzaron a parecerme mundanerías, pasatiempos sin ninguna elevación. Y hasta supuse que si Bruno hubiese intentado lo mismo que yo desde una cueva, Dios no lo habría desoído.

¡Qué cosas piensa un religioso de dieciocho años!

Por fin, un día Bruno me reveló la causa de sus tormentos.

Me había esquivado durante tres semanas. La cara se le había llenado de sombras. Había perdido peso; y supe que tenía dificultades con los estudios. De nuevo me dije

que debía ayudarlo y violé mi norma de mantenerme al margen. Un domingo por la tarde, llamé a su puerta. Se quedó mirándome como incrédulo. Luego cerró los ojos, volvió la cabeza de lado y apoyó la frente sobre una jamba. Por fin, con un gesto de resignación me abrió paso y señaló el único asiento del cuarto. Él se sentó en la cama con la cabeza gacha.

Le reiteré mi deseo de ayudarlo. Él me oyó en silencio. En un momento levantó la cabeza como para interrumpirme pero se contuvo. Se puso de pie y dio unos pasos. Se estrujaba las manos. Por fin, de un manotazo, cogió el crucifijo que colgaba sobre la cabecera de la cama, lo apretó contra su pecho y cayó de rodillas. Entre sollozos se puso a rezar.

Me marché muy impresionado sin atinar a nada. Regresé a las dos horas. Estaba dispuesto a insistir.

¿Era sincera, mi compasión? Desde luego; pero creo que muy potenciada por el afán de hurgar en las causas de su martirio.

Cuando llamé no respondió.

Abrí la puerta y lo encontré de rodillas, con el crucifijo apretado entre las manos, orando sin tregua. Le habían crecido las ojeras, sudaba. Me miró como desde el fondo de un pozo.

Empeñado en vencer su mutismo, esperé varios minutos a que dejara el crucifijo y comencé a hablarle. Me oyó en silencio, sin mirarme, de pie frente a la ventana. En un momento en que se detuvo, muy cerca de mí, le pregunté a boca de jarro cuál era su aflicción. Con una voz ronca, casi inaudible, me dijo que lo poseía el demonio.

Le rogué que me dijera cómo se le manifestaba.

Sollozó unos segundos, con la cabeza derrotada sobre el pecho.

—¡Dímelo! —exclamé cogiéndolo por los hombros y sacudiéndolo un poco.

Su cuerpo temblaba.

—Está aquí mismo —susurró.

—¿Cómo...?

—¡Que me ha vencido! —añadió, gritando casi, mientras me cogía de las mejillas y me besaba los labios con hambre.

Durante segundos, no pude impedir que aquella boca jadeante y temblorosa me besara en la cara, en los ojos, en el cuello, y que su cuerpo se apretara brutalmente contra el mío.

Mi compasión se convirtió en culpa, miedo, parálisis. Cuando por fin intenté apartarlo, él se me aferró del cuello. Tuve que darle un empujón y cayó sobre la cama, con ojos implorantes.

—¡No me dejes! ¡Ten piedad!

Al bajar de prisa los peldaños hacia el refectorio sentí muy estirada la piel de la cara, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Al otro día hablamos serenamente. Por el bien de ambos, acordamos guardar distancia. Un año después lo expulsaron por sodomita. Y yo, testigo del sincero amor a Dios de aquel desventurado, y de cuán honradamente había bregado durante años por salvarse, volví a pensar ese día que era inútil pretender la gracia con devoción y buenas obras. Dios, en sus designios insondables, marcaba con el dedo a sus elegidos.

No obstante, mientras no ingresé a los estudios superiores del seminario, mis criterios sobre la gracia no llegaron a preocuparme; pero al internarme de lleno en las sutilezas de la teología, me asaltaron algunas interrogantes.

Hubo algo más que contribuyó a mis dudas. Yo había llegado a superar en matemáticas al padre Latour. Como pedagogo de nivel secundario, él sólo había ahondado en ellas hasta donde le servían para su docencia. Pero a pesar de su buena cultura científica general, ya no era capaz de satisfacer mi avidez por las matemáticas puras.

Yo había hecho por mi cuenta todos los ejercicios propuestos en el *Análisis matemático* de Rey Pastor y había digerido un texto de geometría analítica. El propio padre Latour aconsejó que se me permitiera asistir a los cursos de matemática superior que se impartían en la Universidad de Córdoba. El día en que no supo qué responder a uno de mis comentarios sobre la vigencia de la notación de Leibnitz para las derivadas, que en su tiempo no había sido bien comprendida, declaró a sus superiores que él ya no podía enseñarme nada en el campo matemático.

A instancias del padre Latour, el prior del seminario había establecido contacto con el profesor Gustavo Forteza, un eminente matemático, católico, formado en Heidelberg, y que se había destacado también en el campo de la mecánica celeste. Forteza, atento a las recomendaciones del caso, había aceptado darme una clase semanal en su domicilio de Córdoba, la capital de la provincia. El día acordado, la camioneta del convento me llevaba a la ciudad y me traía de regreso. Durante las dos horas de clase, el hermano chofer realizaba las diligencias que se le encomendaban y luego pasaba a recogerme por el local de la Biblioteca Provincial, donde yo me quedaba esperándolo.

Un día en que Forteza no había podido darme más que una hora de clase porque le había surgido un compromiso, me recomendó hojear, entre otros textos, un tratado de Pascal sobre la cicloide. Pretendía hacerme conocer «la retórica» inherente a la exposición del pensamiento matemático post renacentista; y me prestó de su biblioteca un folleto encuadernado, escrito en un francés delicioso que de inmediato me cautivó. Era de una amenidad que en nada se parecía a la austera exposición de los matemáticos contemporáneos. Quise conocer datos sobre el autor, pero no los había en el folleto. Por la noche, en el convento, consulté la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, y para mi sorpresa, comprendí que justamente Blas Pascal era el prodigio contra quien me pusiera en guardia el padre Latour. En efecto, muy niño aún, había

deslumbrado a su padre, un distinguido matemático de Clermont-Ferrand, con la demostración improvisada de las proposiciones de Euclides; pero lo que más me llenó de zozobra fue el descubrir que el hereje Pascal también había otorgado al dogma de la gracia una importancia excepcional: afirmaba que ciertas verdades no pueden entrar en nosotros sino por una mediación superior, o de otro modo, que la fe es un don divino.

Por supuesto, ningún libro de aquel apóstata, seguidor del heresiarca Jansenius y detractor acérrimo de los jesuitas, estaba a disposición de los seminaristas; por mi parte, con gran reserva me las ingenié para leer, en mis ratos de espera, los *Pensamientos* y las *Cartas provinciales*.

En los estudios teológicos aún no habíamos abordado el dogma de la gracia, pero yo, costumbre que los jesuitas me toleraban, leía por anticipado, ampliaba todas las materias, y como siempre daba satisfacción en los cursos, se me dejaba consultar temas fuera de programa. Ellos tenían, entonces, grandes esperanzas en mí.

Mi confesor conocía de mis envidias, masturbaciones y otros pecadillos. Yo sólo confesaba aquello de lo que me sintiera culpable; pero nunca confesé lo que no me provocase un arrepentimiento sincero, por más que contraviniese el sentido muy general de los mandamientos.

Y así, durante varias semanas, leí clandestinamente a Pascal. Al principio lo hice por informarme, convencido de que los teólogos de la Orden, en cuanto yo los consultara, echarían por tierra sus razonamientos. Mis pocas armas teológicas de ese entonces no me permitían refutarlos por mí mismo. En el terreno de las matemáticas, en cambio, yo podía descartar muchas afirmaciones de Pascal, válidas en su tiempo pero obsoletas en el siglo xx. No obstante, me atraía el talento, la prosa campanuda, la deliciosa ironía con que Pascal, desde las posiciones jansenistas de Port-Royal, arremetía contra los jesuitas de su tiempo. Confieso que lo leía con placer, y aunque el tema de la gracia había llegado a preocuparme, descontaba que aquella polémica del siglo xvii carecería ya de eficacia en nuestros tiempos. Suponía que como en el campo físico-matemático, los progresos de la exégesis contemporánea plantearían el problema en términos muy diferentes.

Un día me decidí a exponer honradamente mis dudas al padre Grijalvo, profesor de teología en el seminario, seguro de que con irrefutables silogismos me demostraría los errores de Pascal. Pero no fue así. Tras mirarme un rato cabeceando noes, inició una reprimenda eruptiva. Se le atropellaban las palabras. Nunca le había oído exponer con una sintaxis tan escabrosa. Tenía los mofletes encendidos y daba manotazos que casi me rozaban la cara. Sin responder a mi pregunta sentenció que yo era un hereje. Eso. Mis dislates sobre la gracia eran puro calvinismo.

Al otro día me llamó el prior y yo le confesé que durante un año había leído a Pascal. Aduje no haberme dejado influenciar por su doctrina. Además, confiaba en

que los estudios teológicos me darían las armas para combatir por mí mismo a los enemigos de nuestra Orden.

«¡A los enemigos de nuestra Santa Madre Iglesia!» me interrumpió el prior, con un puñetazo sobre el pupitre.

¿QUÉ QUERÍA EL SALVAJE FYNN?

A comienzos de 1976, un día en que Lou esperaba a que los parqueadores de la ITT le trajeran su carro, se puso a repasar mentalmente una partida de ajedrez. La había perdido ante Geneen, en la noche del sábado. Cuando el CEO quería asegurarse una sobremesa ajedrecística solía invitarlo a cenar en su casa. Otro de los méritos de Lou era perder sin levantar sospechas. Y no era fácil engañar al *boss*, que jugaba un ajedrez de altura. Era difícil de creer que hubiese alcanzado semejante nivel sin haber participado en competencias ni abrir jamás un libro de aperturas. De hecho, Geneen podía ganarle realmente alguna que otra partida, pero no el honroso cuarenta por ciento que Lou le programaba. Al trasladarse de California a Nueva York, Lou había comprado por veintiocho mil dólares su matrícula en uno de los clubes más campanudos de la ciudad, adonde tenían acceso gratuito algunos profesionales de buen ELO, dispuestos a jugar con cualquiera que los estimulara adecuadamente.

Del recuerdo de aquel final de peones lo sacó la repentina visión del Salvaje Henry Fynn. Lo vio bajar una escalera, para atravesar la explanada del *parking*.

Jesus Christ! ¿Qué haría allí? Su primera reacción fue volverle la espalda. *Shit!*, qué torpeza. Y al volverse simuló interés por mirar hacia otro lado. De reojo confirmó que se le acercaba cojeando con pasos decididos. No tendría más remedio que encararlo. ¿Qué querría el Salvaje? ¿Lo habría estado esperando?

Henry Fynn y Lou Capote habían convivido durante cuatro años en la Universidad de Berkeley. En un tiempo habían sido buenos amigos. En principio los había aproximado el ajedrez. Durante su permanencia en Berkeley alternaron siempre en el primer y segundo lugar de las competencias estudiantiles. Tenían un nivel de juego muy parejo. Ambos eran considerados por los demás como bichos raros. Andaban siempre solos. No asistían a *parties* ni se los veía en compañía de muchachas. Tampoco demostraban interés por los deportes. Una vez, Joe Fitzgerald, un gigantón musculoso y buscapleitos, entró al campus en un Dodge convertible, con cuatro admiradoras a bordo. En ese momento Lou y Henry cruzaban el césped en dirección al comedor. Joe dio una frenada delante de ellos y les gritó:

—¿Qué hubo, genios? ¿Van a comer juntitos? Apuesto a que también durmieron juntitos anoche.

La risotada que lanzaron a coro las muchachas se les cortó en seco cuando vieron a Lou Capote abalanzarse contra el carro. Enganchó a Joe por los pelos, lo desmontó como si fuera un pelele y le propinó una pateadura cruel. Mientras tanto, Fynn le quitaba el bate a un muchacho que se dirigía al terreno de béisbol y la emprendía a porrazos con el Dodge. Al ver a aquellos dos demonios en su faena, acudió un tropel. Tuvieron que intervenir cuatro tipos para impedir que Lou, que se había hartado de

patearle la cabeza a Fitzgerald, la emprendiera con las cuatro muchachas, casi desmayadas del susto. Y Henry:

—¡Putas de mierda! ¡Que fueran a reírse de su *fucking mother!*

El Dodge quedó para chatarra y Joe Fitzgerald ingresó en una clínica de Los Ángeles. Nunca más volvió por Berkeley. Su padre quiso que terminara los estudios en otra Universidad.

Lou y Henry estuvieron a punto de que los expulsaran, pero ambos eran buenos estudiantes y todo el mundo sabía que Joe Fitzgerald se tenía merecida la paliza. Recibieron una severa amonestación y la cosa no pasó a mayores.

Para los demás, Lou y Henry siguieron siendo los bichos raros de siempre, pero desde aquel día pasaron a ser «los salvajes». De maricones, nada. Ni hablar de eso. La cosa estaba clara. Eran tipos especiales y lo mejor era dejarlos tranquilos. Y la bronca con Joe Fitzgerald estrechó la amistad entre los dos salvajes e intercambiaron algunas confesiones personales.

Henry era hijo del único sobreviviente de una guerra entre dos familias sureñas que se habían exterminado a tiros, por una ancestral disputa de límites entre haciendas algodonerías. Cuando acabó con el último de los O'Hara, Fynn se marchó a buscar suerte en el *Midwest* e hizo fortuna. Hombre emprendedor y tozudo, nunca volvió al sur. Se había casado, casi a los cincuenta, con una mujer joven que lo abandonó cuando Henry tenía tres años. Fue un misógino, soberbio y colérico.

Henry se crió a su lado. Él también fue misógino, soberbio y colérico. Algunas historias del viejo eran locura clínica. Un domingo de verano había estado un rato en la piscina y luego se tendió sobre una toalla a la sombra de un nogal, para leer una revista; pero una mosca comenzó a hostigarlo. Se había empecinado con un dedo gordo, siempre del mismo pie. Fynn hizo vanos intentos por espantarla con revistazos y sacudones de sus piernas. Luego, cuando la acechaba sentado y con la revista en alto, la mosca desaparecía. Y en cuanto papá Fynn abandonaba la posición de ataque y volvía a acostarse, allí se presentaba la muy *son of a bitch*, cínica y pertinaz, a posársele en el *fucking* dedo. Los insultos y la gritería del viejo la tenían sin cuidado. Pero ninguna puñetera mosca se iba a burlar de Roderick B. Fynn. Dispuesto a darle una lección, fue a buscar un revólver y se puso al acecho, a ver si la muy condenada se atrevía a joderlo otra vez. Y cuando la mosca volvió a posársele sobre el dedo gordo le descerrajó un tiro. La mosca salió volando. Y también el dedo gordo.

De su propia soberbia, Henry Fynn había dado ya algunas muestras en las partidas de ajedrez. Detestaba perder. Era necio. No podía, no sabía discutir sin ofuscarse. Cuando algo resultaba claro para él, se irritaba si los demás no lo admitían. Y si alguien intentaba discutir, su agresividad se exacerbaba.

Después de la paliza a Fitzgerald, Henry Fynn había tenido otro incidente que mucho se comentó en Berkeley. Lou se lo había encontrado muchas veces absorto en

publicaciones que nada tenían que ver con lo que pedía el programa de su carrera comercial. Leía sobre todo cuestiones de física. Y la víspera de un examen de estadística, en que casi todos los alumnos de su grupo se habían concentrado en una de las bibliotecas de la Universidad para consultar los materiales señalados, Lou se encontró a Fynn leyendo un texto de Oppenheimer sobre física nuclear. Lou se sentó en otro pupitre para preparar su examen y Fynn siguió con su Oppenheimer, tomando notas hasta muy tarde. Al día siguiente, Fynn aprobó de todos modos su examen de estadística, aunque con notas muy inferiores a las que solía obtener. Lou trató de averiguar, pero Fynn evadió la conversación. Y volvió a verlo en la biblioteca, y en el cuarto que compartían, con textos de física atómica, cuántica, matemáticas superiores.

Un incidente, ocurrido en una clase de montaje de fábricas, le reveló el caso. El profesor, un ingeniero prestigioso, había bosquejado un panorama sobre la utilización industrial de la energía electromagnética. Fynn comenzó a hacerle preguntas teóricas y entabló una discusión mano a mano. Y en un momento dado, en que Fynn le repetía por tercera vez una pregunta embarazosa, el profesor salió del paso con una respuesta irónica, que provocó la risa del aula. Y Fynn, rojo de ira, replicó al profesor: «Estos se ríen porque no se dan cuenta de que su chiste no es más que una digresión». Y volviéndose hacia el aula, con los brazos en jarras y el cuello estirado, añadió: «¿Y saben por qué, partida de imbéciles?». Había logrado un silencio impresionante. «¿Saben por qué?», repitió. «El chistecito lo hace porque no sabe cómo responderme. Hace el chistecito porque ningún practicante de ingeniería está capacitado para discutir conmigo sobre física teórica».

Y el profesor contempló, boquiabierto de indignación y sorpresa, cómo Fynn se retiraba del aula con un gesto de desdén. Terminada la clase se quejó en la dirección. O él o Fynn. Exigió que lo expulsaran del Instituto. Y estuvieron a un tris de hacerlo. Tiempo después, Lou supo que el decano se había aprovechado del incidente, porque detestaba a aquel profesor. Bajo cuerda protegió a Henry. Le había dado incluso la posibilidad de que rindiera su examen de montaje con otro profesor, durante el semestre siguiente.

Aquel incidente provocó, de parte de Fynn, una nueva confesión. Contó a Lou que desde niño había tenido vocación por la física, al punto de que a los catorce años comenzó a experimentar en un cobertizo del jardín. Se había robado algunos materiales en una fábrica de su padre y el viejo lo descubrió. Le botó los trastos del cobertizo y le prohibió continuar con aquello.

Henry había seguido devorando cuanto material de física caía en sus manos. Un profesor del *high school* lo había alentado. Le proporcionaba textos. Una vez lo llevó a Denver, para mostrarle el funcionamiento de un equipo.

Cuando Henry tuvo edad para ingresar en la enseñanza superior, su padre, con

sesenta y cinco años, le ofreció dos opciones: o trabajar con él o estudiar algo que le sirviera para hacerse cargo de los negocios en el futuro. Henry trató de convencerlo de que él quería estudiar física o matemáticas. ¡Nada! El viejo no discutía. O hacía lo que le ordenaba o se largaba de su casa.

Henry pasó dos meses en diversos trabajos, para subsistir, hasta darse cuenta de su estupidez. Había desgarrado de la casa por hacer rabiar al viejo; pero de hecho, el perjudicado era él. Su terquedad lo condenaba a una vida de privaciones y sin estímulos. ¿Y para qué? La rabieta, o el dudoso arrepentimiento del viejo, no justificaban tantas renunciadas.

Trabajando en Illinois como bracero de una finca, leyó el anuncio de una convocatoria para exámenes libres en la Universidad de Chicago. Al día siguiente viajó a la ciudad, se informó bien de las cosas y trazó un plan. Tuvo que acopiar toda su humildad, que era poca. Aceptaría estudiar la estupidez esa, *Business Administration*. Le pidió que le permitiera estudiar en Berkeley, y el viejo aceptó.

Había decidido hacer dos carreras a la vez. Administración de empresas en Berkeley y matemáticas en Chicago, por el régimen de exámenes libres que no requería sino presentar cinco exámenes de fin de curso, en el término de una semana. Él hubiera querido estudiar física, pero eso no era posible: nunca dispondría del tiempo ni de los medios para asistir a las prácticas. Pero matemáticas, como materia teórica, sólo requería disponer de los programas y manuales del curso. Y había escogido aquellos lugares tan alejados, porque debido a los diferentes climas, los calendarios concluyen en California algunas semanas antes que en Illinois. Eso le permitiría verse libre de Berkeley, antes de examinar en Chicago. Y en los dos primeros semestres, Henry había aprobado todo. Y con máximas calificaciones en matemáticas.

Por nadie había sentido Lou Capote tanta admiración. Con su ojo clínico para detectar lo potencial, Lou Capote no dudó de que Fynn llegaría muy lejos. Y para obviarle privaciones y esfuerzos, decidió ayudarlo. Lou recibía de su tío una asignación más que suficiente. Un día habló con Fynn. Estaba en condiciones de prestarle unos mil dólares anuales sin afectar su presupuesto. Fynn se vería así más holgado.

Cogido por sorpresa, Fynn no supo qué decir; pero Lou insistió. ¿Para qué eran amigos? Y algún día Henry podría pagárselos sin ningún esfuerzo.

Henry aceptó conmovido la oferta, que Lou cumplió al pie de la letra hasta el final de los cursos.

Cuando terminaron la carrera de Administración Empresarial, Lou ingresó en la ITT, y Henry, a quien le faltaban dos semestres para terminar sus estudios en Chicago, decidió sumarse durante algún tiempo al trabajo con su padre. Al cabo de un año reunió los cuatro mil dólares que le debía a Lou y se los pagó reiterándole su

gratitud.

Luego, una crisis personal cuyos detalles Lou desconocía, indujo a Henry a alistarse como voluntario en la Guerra de Corea, de donde regresó con una medalla al valor y ocho impactos de bala en una pierna.

Estuvo tres meses en un hospital de Washington y quedó para siempre con su leve cojera.

Con su proeza y los dos diplomas, le llovieron ofertas para trabajar. Pero él quiso seguir estudiando, completar sus estudios de física y dedicarse de lleno a la investigación. No necesitaba trabajar. Había heredado una considerable fortuna. Matriculó para cursos de postgrado en el Instituto Tecnológico de Massachussets. Luego se especializó en modelos matemáticos aplicados a los proyectos de física. En 1958, el propio Instituto le abrió las puertas de la docencia superior, y ya a fines de la década del 60, había participado en programas de la NASA, la Boeing y el Pentágono. Aunque nunca aceptó ser un miembro estable de los servicios de seguridad norteamericanos, llegó a figurar en el plantel de matemáticos de confianza nacional. Participó en varios trabajos *top secret*. Como modelista, tenía pleno conocimiento de la esencia y totalidad de cada proyecto. Se le apreciaban su seriedad y soltería. Cuando por primera vez requirieron sus servicios para un *top secret* del Pentágono, la Contrainteligencia Militar había chequeado a fondo su vida privada. De una parte se temía su carácter colérico. A un alto funcionario del Ministerio de Defensa, que había mantenido dudas sobre sus criterios en torno al proyecto de un reactor, lo había insultado con palabras soeces, lo había tratado de ignorante, se podía meter el reactor en el culo; y él, Henry Fynn, no iba a trabajar bajo las órdenes de ningún generalote burro. Se había puesto rojo de ira y escupía al hablar. En otra oportunidad, y también por soberbia profesional, tras retirarse de un equipo, había comprometido la marcha de unos trabajos importantísimos.

Desde el año 73, en que abandonara el Instituto Tecnológico de Massachussets por otra disputa científica, trabajaba para la Mathematical Science Division del Office of Naval Research, en Washington, D.C. Alquilaba un apartamento junto al Washington Memorial donde se recluía a veces para trabajar en sus proyectos personales.

Hasta el año 73, solía verse con Lou Capote, dos o tres veces por año. Jugaban ajedrez y conversaban de todo un poco, como viejos amigos. Nunca se había presentado hasta entonces ocasión de que Fynn materializara su gratitud por la ayuda de Lou, en su época de estudiante.

En el año 74, los servicios secretos de la ITT averiguaron que Henry Fynn integraba un equipo científico, para un proyecto ultrasecreto sobre comunicaciones submarinas. Y al indagar a los integrantes de aquel *team*, con miras de espiar o sobornar a alguno, salió a luz la vieja y singular amistad entre Lou Capote y el

matemático Henry Fynn.

Un tal Gainsborough, hombre extraño, cuyas funciones en la ITT no habían sido nunca bien definidas, pero al que evidentemente Geenen deparaba una insólita confianza personal, citó un día a Lou Capote para conversar en su despacho del DBA (Department for Business Analysis, al que algunas malas lenguas de la compañía llamaban Dirty Business Action) y lo sometió a un interrogatorio sobre sus relaciones con Fynn. Dos días después, el propio Harold Geenen lo invitaba a una cena ajedrecística, y antes de que Lou se marchara, le pidió que hiciera todo lo posible por colaborar con una iniciativa muy interesante de mister Gainsborough.

La iniciativa era lisa y llanamente el soborno de Henry Fynn. Cuando Lou trató de evadirse, aduciendo que Fynn no aceptaría hacer una cosa tal por dinero, pues no codiciaba más del que tenía, por cierto en cantidades respetables, etcétera, Gainsborough lo interrumpió para aclararle que eso ya lo sabía él; pero sabía además, que desde hacía año y medio Henry Fynn estaba trabajando en una investigación personal, para la cual la ITT podía destinarle cuantiosos recursos, instrumental de sus laboratorios únicos en el mundo, y personal especializado del que no disponía el Office of Naval Research. En fin, lo que la ITT podía proponerle al matemático, no era más que un intercambio de colaboración científica para beneficio mutuo.

Una semana después, cuando Lou no había terminado de proponer el beneficioso *exchange*, vio en los ojos de Fynn, que le habían hecho meter la pata. Ni siquiera pudo terminar. Que Lou Capote y sus *maffiosi* de la ITT supieran que él era un ciudadano honesto. Un buen ciudadano de los Estados Unidos. ¿Qué se habían creído? Y si no mediara la vieja consideración que le tenía, habría denunciado inmediatamente a la ITT por intentos de espionaje en un proyecto secreto de la Marina norteamericana. Que si quería conservar algo de su amistad, nunca más le volviera a proponer una «colaboración» de ese tipo, etcétera, etcétera.

La conversación se había realizado en el carro de Lou. Fynn le pidió que se detuviera en una esquina y se bajó sin despedirse. No habían vuelto a verse. Ya habían transcurrido más de dos años. Para Lou había sido un golpe rudo, y el fin de su única amistad.

—*Hello, Lou, how are you?* —le dijo Fynn con la mano extendida.

—*Hello, Henry, glad to see you again.*

¿Qué querría de él, el Salvaje Fynn?



El soldado Íñigo de Loyola creó la estructura de la Compañía de Jesús, sus grados militares y normas disciplinarias. Y mediante el juramento de obediencia incondicional al superior, que culmina en el Papa, la Orden se convirtió en un ejército verdadero. Y en todo ejército la desobediencia es delito grave.

Yo había comenzado a leer el *Tratado sobre la cicloide*, por recomendación del doctor Forteza; pero hube de reconocer que luego leí la obra teológica a sabiendas de que Pascal era un hereje, detractor de los jesuitas.

Para fundamentar mi inocencia ante el prior, aduje que la antigüedad de los textos me inducía a considerarlos obsoletos en el siglo xx; los había leído por disfrutar un poco del ingenio y de la prosa del autor. Aquello lo sacó de casillas. Comenzó a vociferar. Nunca le oí tan marcado su acento asturiano. Yo era un *dilettante*, un presumido. ¿Así que disfrutaba de la prosa emponzoñada de aquel hereje? ¡Qué bien! ¿Y todavía lo predicaba? Un felón era yo! En vez de sentir la sana indignación que habría estremecido a cualquier hermano humilde de la Orden, yo, grandísimo judas, ¿me solazaba con el ingenio de aquel hereje?

Los trescientos años que nos separaban de Pascal no disminuían el odio *ad saecula* que le guardaba el prior. Traté de ampararme en el hecho de que yo mismo había expresado mis dudas al padre Grijalvo. Creía haber procedido con honestidad. No me sentía culpable.

¡Nada! Encendidos los ojos, carrillos trementes, el prior declaró felonía que un seminarista de la Orden se hubiera pasado meses «disfrutando» de los libelos jansenistas de Pascal.

Las represalias no se hicieron esperar. Se me privó de leer. Ya no pude utilizar sino los materiales previstos en mis planes de estudio. El hermano bibliotecario recibió orden de no entregarme ninguna otra obra sin antes consultar con el padre Grijalvo. También se me prohibió seguir los cursos de matemáticas en Córdoba. En los meses siguientes, el prior, el padre Grijalvo, el padre Latour, el padre Franco, me sometieron a un acoso permanente en busca de nuevas desviaciones. En las clases de teología, el padre Grijalvo no me daba tiempo a desarrollar mis exposiciones. Me interrumpía con brusquedad. Y cuando yo intentaba discurrir con la sutileza que antes me elogiaba, se ponía al acecho para contradecirme. Jamás me sacó de dudas en el asunto de la gracia. Me prohibieron que consultara libros de matemáticas en la biblioteca. En pocos meses perdí el respeto intelectual que antes me inspiraban algunos profesores.

En una cosa estaba yo de acuerdo con Pascal: la fe debía nutrirse de la verdad. Buscarla con una venda en los ojos, era tratar indignamente a la razón del hombre.

Se me hizo patente que ya no podría cumplir el juramento de obediencia


incondicional. El dogmatismo del padre Grijalvo me resultaba despreciable. Y Latour renunciaba, para la teología, a la lógica que exaltaba en ciencias. Algunas denuncias de Pascal, formuladas en el XVII, seguían vigentes contra los jesuitas de Nazareth.

No voy a referir en estas memorias el incidente que determinara mi expulsión del seminario, algunos meses después. Siempre recordaré a la Compañía de Jesús con respeto. Mal haría en olvidar cuánto hicieron por mí, en los años cruciales de mi infancia; que les debo mi formación; y que entre ellos encontré hombres justos, como el padre Nuño, el padre Poey, el padre Alonso, el hermano Arturo y otros, a quienes debo reverencia y gratitud.

Llegué a Buenos Aires en una mañana cálida de enero. Viajé solo. En Córdoba me habían dado el pasaje en tren y cincuenta pesos para el viaje. Debía acudir al Colegio de San Ignacio y presentar una carta donde se instruía a los jesuitas bonaerenses que me hospedaran hasta la hora de mi partida hacia Montevideo.

No atiné a echar un vistazo a la ciudad, que entonces desconocía. Mi salida de Nazareth se había decidido de un día para otro. Me sentí traicionado. Pasé toda la tarde encerrado en el cuarto que me asignaron. Esa misma noche un hermano me condujo hasta la dársena y a las diez embarqué en el *Vapor de la Carrera*. A la mañana del día siguiente divisaba el Cerro de Montevideo, la escollera Sarandí, los edificios grises de la Ciudad Vieja. Frente al Mercado del Puerto, tomé un ómnibus para casa de Lucho.

EL PLAN DEL SALVAJE

—! 

aya casualidad! ¿Qué haces tú...?

—Ninguna casualidad —interrumpió el Salvaje, estrechándole la mano con vigor—; he venido a buscarte.

El tono era amistoso.

Necesitaba hablarle, si era posible de inmediato, asunto urgente y delicado.

De inmediato no podía ser. En media hora, Lou tenía que estar en un almuerzo de negocios...

Se vieron por la tarde.

Henry lo recogió en su Chevy allí mismo a las cinco de la tarde con el compromiso de traerlo de regreso para una reunión a las siete.

Durante la primera parte del trayecto Fynn habló muy poco y preguntó cosas banales: la vida de Lou en los dos últimos años, la situación de la compañía, etcétera. No hizo mención al desagradable incidente. Tras media hora de autopista tomó un desvío hacia un parquecito de árboles añosos.

—Ven, caminemos un poco —propuso.

Lou lo acompañó unos minutos en silencio, con las manos cogidas a la espalda. ¿Sería que Henry no quería hablar dentro del carro?

Por fin se soltó. Seis meses antes, como miembro de la Mathematical Science Division del Office of Naval Research, lo habían incluido en un proyecto de la US Navy. Se trataba de un localizador de submarinos atómicos; una novísima concepción teórica pero plagada de dificultades tecnológicas. Un *topsecret* militar. El Pentágono y la US Navy habían extremado las medidas de seguridad con el personal. Mientras hablaba se volvía para mirar alrededor.

Pues bien, empapado de las bases teóricas, Fynn había recibido el encargo de elaborar modelos matemáticos para el anteproyecto. También trabajaban en el *staff* un modelista del Pentágono y dos de la NASA. Total, que en la confrontación y análisis de aquel trabajo cuádruple, los otros tres modelistas, por vías bastante análogas, proyectaban la construcción del L-15 en no menos de dieciocho meses. Para Fynn, en cambio, aquello podía lograrse en cuatro o cinco, y a un setenta por ciento del costo medio de los otros. La diferencia tan enorme derivaba del enfoque tecnológico para la elaboración de algunos materiales. Y ya reunidos para escoger, el colectivo descartó el proyecto de Fynn por considerarlo aleatorio, poco riguroso y aventurado. Eso habían dicho los muy imbéciles, capitaneados por un seudogenio imberbe que la NASA había comprado en Alemania. ¡Cretinos! Pero él no se iba a aguantar esa humillación. Por supuesto, ninguno del *team* podía vislumbrar la dimensión de su proyecto porque ignoraban algo de lo que él estaba seguro.

—*I'm sure* —decía golpeándose el pecho y mirando al suelo con rabia.

Se trataba precisamente de las propiedades de una materia sintética que él había estado investigando unos tres años antes. Y en los días en que se disponía a iniciar los trabajos del modelaje, un azar de su rutina científica le reveló la utilidad de ese material como sensor de un láser azul de semiconductores recientemente descubierto y escogido justamente para el L-15. No le cabía la mínima duda; pero el imberbe director del proyecto y otro físico, discípulo de von Braun, con el que Fynn ya había tenido un par de roces, habían arremetido a ciegas contra sus modelos. Al verse descalificado *a priori*, él había recogido sus papeles y se había marchado de la reunión sin comentarios. Si no querían enterarse, él no se rebajaría a insistir. Ya se vería quién tenía razón. Pero de aquella reunión había salido resuelto a ponerlos en ridículo.

Hizo una pausa y caminó unos pasos mesándose los cabellos. En el camino disparejo, entre ramas y hojas secas, Fynn cojeaba más que de costumbre.

Cuando dos años antes Lou fuera a verlo para pedirle que colaborara con la ITT, él se había irritado mucho por considerar que aquello atentaba contra los intereses de los Estados Unidos. Y en esta ocasión, también estaba convencido de que el anteproyecto adoptado para la construcción del L-15, atentaba contra esos mismos intereses.

—¿Sabotaje? —aventuró Lou Capote.

—No —dijo el Salvaje—. Estupidez; pero que va a costar a los contribuyentes millones de dólares y un año más de trabajo.

Y él, Henry Fynn, aunque eso le costara muy caro, aunque lo acusaran de violar secretos militares, aunque le costara la cárcel y el final de su carrera, estaba dispuesto a hacer fracasar aquel proyecto y a promover el suyo. Los muy cabrones se merecían una lección.

Lou lo observó alarmado sentarse sobre un tronco caído, cubierto de babas resinosas, musgo y talcos de hojarasca. Ni siquiera lo limpió un poco con la mano. Siempre había sido descuidado con su ropa. Encendió un cigarrillo y escrutó innecesariamente en derredor. Sí, estaban solos.

De todos modos, bajó la voz y comenzó a apuntar a Lou con los dos dedos que aprisionaban el cigarrillo. Y más con el gesto amenazador del que exige, que del que propone algo, le dijo:

—Si tu compañía quiere ayudarme, podemos construir mi L-15 en cinco meses.

—¿Y tú crees que nosotros...?

—Sí —afirmó Fynn con rabia—. Ustedes son la única corporación que puede hacerlo en privado. De los detalles hablaríamos después.

Jesus Christ! ¡Mira con la que se apeaba ahora el Salvaje!

—Bien ¿y cuál sería nuestro primer paso?

Henry prepararía unos microfilms, de modo que los especialistas de la ITT

podieran estudiarlos y ver lo que no vieran los cretinos de la US Navy. Eso le tomaría un día. Los llevaría a casa de Lou. No le convenía dejarse ver por la ITT.

Lou propuso cenar juntos el martes, en su casa.

—*Okay.*

¿*What the hell* sería un láser azul de semiconductores?

1938

Pasé casi toda mi infancia en el Barrio Sur de Montevideo. Mi padre era un electricista calificado. Siempre me ha sido doloroso recordarlo y conservo una imagen muy informe. Mis años en Nazareth contribuyeron mucho a desdibujármelo. Retengo sólo algunos de sus gestos. De su vida, no sé casi nada.

En invierno, cuando llegaba del trabajo se acostaba a leer. Entre sus libros de cabecera había poemarios románticos, novelas de Balzac, Dickens, Zola, y siempre tenía a mano a Bakunin en un tomito forrado de rosa. Por algunos comentarios que le oyera después al tío Lucho, parece que tuvo una juventud agitada. Estuvo preso, allá por los años veinte.

En verano, después del baño en la tina, se ponía un pijama de rayas, sus chinelas y se sentaba en una silla bajita de paja a tomar mate y fumar en el balcón. Armaba un cigarro tras otro y se quedaba horas chupando la bombilla con la mirada perdida, hasta que llegaba la noche. Arqueaba mucho las cejas y entreabría la boca, como si escuchara voces.

Los domingos me sacaba a pasear. Eran largas caminatas de la mano, en silencio. Íbamos al Parque Rodó, al Prado; dábamos de comer a las palomas; oíamos los conciertos de la Banda Municipal; paseábamos en bote por el lago. Una tarde me llevó a un circo. Fue la única vez que lo vi reírse a carcajadas, mostrando las encías, como un niño. Yo sentía en todo instante su amor silencioso en la mirada, pero nuestros diálogos se limitaban a preguntas muy escuetas que ambos respondíamos con monosílabos. Al hacerlo, mirábamos hacia otro lado.

Jamás pude comprender qué circunstancias lo unieron a mi madre, quince años menor que él. Ella procedía de una familia rica del Salto. Se quejaba mucho, cuidaba de sus manos, leía los novelones de *Maribel*, *Para Ti*, *Damas y Damitas*. Solía escrutarse el rostro en el espejo. Se ponía cremas. Su mal humor la llevaba a veces a no cocinar por la noche. Se encerraba en su cuarto.

No era cariñosa conmigo. A veces, en la calle o delante de alguna visita me dirigía una sonrisa o me pasaba una mano por el pelo; pero nunca lo hizo a solas conmigo.

Un día mi padre se cayó de un poste y quedó tullido. Después del accidente sólo podía mover su cuerpo de la cintura para arriba.

En un año se convirtió en un anciano. Ya se estaban agotando los ahorros que había reunido y aún no comenzaban a pagarle la pensión que le correspondía, cuando mi madre desapareció de la casa. Nunca regresó.

Yo tuve que dejar de ir a la escuela. Tenía once años.

Un tiempo después, al abrir por la mañana la puerta de calle, encontré en el piso un sobre con dos mil pesos argentinos. Fuera de los billetes, no había siquiera una

nota. Al cambio de entonces resultaron casi quinientos pesos de los nuestros. Cuando mi padre estaba sano no se los hubiera ganado en cinco meses. Contó el dinero y guardó silencio.

A la madrugada siguiente me despertaron los vecinos. Mi padre se había ahorcado del balcón. Lo hizo por mí; pero yo sentí que me había traicionado. Si me hubiera querido como un padre, no me habría impuesto el horror de ver su cadáver colgando en la calle. Mi madre, en cambio, sólo me inspiraba piedad y ya la había borrado de mi corazón. Pensé por primera vez en Dios.

A pocas cuadras de la casita que alquilábamos, vivían unos parientes lejanos de mi padre. Eran gente muy pobre, pero me llevaron a vivir con ellos. En los dos cuartos que ocupaban en un conventillo de la calle Río Negro, vivían cinco.

A los pocos días de refugiarme en casa de Lucho, por los avisos de *El Día* obtuve un empleo en la Farmacia Moderna, propiedad de un tal Licinio Lobo. Antes de explicarme mis tareas, me soltó una arenga sobre trabajo, ahorro y obediencia. Esos habían sido los pilares de su éxito en la vida. Y si yo estaba dispuesto a adoptarlos, haría carrera a su lado y me convertiría en un hombre de provecho. Él decía un hombre de pro.

El puesto era de mandadero. Don Licinio necesitaba un joven robusto y decente que le distribuyera pedidos en bicicleta. La Moderna fue la primera farmacia de Montevideo que sirvió a domicilio las órdenes telefónicas de su clientela. La iniciativa de don Licinio produjo excelentes resultados. Aquel negocio que meses antes agonizaba por la desidia de sus antiguos propietarios, gracias a mi infatigable pedaleo, no tardaría en dar señales de vida.

Don Licinio me asignó un sueldo mensual de quince pesos, pero dijo que sólo iba a abonarme diez. Los otros cinco me los guardaría para ir formándome en el hábito del ahorro. De esa forma, a fin de año, tendría sesenta pesos reunidos.

Comencé un seis de enero. El trabajo era extenuativo. La farmacia abría a las ocho; pero yo tenía que llegar a las seis y media. Baldeaba diariamente los pisos, pasaba trapos húmedos y luego secos por todas las maderas y cristales, limpiaba por dentro y por fuera los frascos, balones, bollones, probetas, tubos de ensayo y todo el instrumental del dispensario; y cuando concluía aquella limpieza titánica, siempre faltaba algún espejo que reparar; o sucedía que la balanza, las paredes o el techo no relucían suficientemente, y don Licinio en cuclillas, don Licinio encaramado en una escalera, hurgoneaba con su dedo ubicuo los vértices de las estanterías, los lomos de las puertas, las tablas del mostrador; y cualquier mota de pelusa, el polvillo olvidado en un vértice del piso, una cagada de mosca en lugares inaccesibles a la vista, desencadenaba sus monsergas sobre los peligros de la pereza y negligencia.

No resistía verme descansar. Había veces en que luego de hacerme limpiar y volver a limpiar sobre limpio, cuando no podía inventarme ningún quehacer, me

hacía montar en la bicicleta, a la que había mandado preparar unos calzos de modo que las ruedas traseras pudiesen girar libremente en el aire, y me ponía a pedalear vigorosamente. En su opinión, toda inactividad lesionaba la salud y la moral; y lo que él me ordenase, era siempre por mi bien, para convertirme en un hombre de pro.

No debí odiarlo tanto. Aquella mole de trabajo que caía sobre mis doce años desde las seis y media de la mañana hasta las seis y media de la tarde, me ayudó a mitigar mi orfandad. Y comprobé que las ansiadas tardes del domingo me eran ahora muy tristes. Vagaba sin rumbo por las calles, me sentaba en la Rambla a mirar el mar, y deseaba que llegara el lunes para ponerme otra vez bajo la férula de don Licinio.

En uno de esos domingos grises, entré en una iglesia que los jesuitas de la Sagrada Familia tenían en la calle Mercedes. Me sentí bien en aquel sosiego penumbroso. El órgano y el olor del incienso difundían mansedumbre y limpieza. Y aquellas figuras silentes que se desplazaban con movimientos tan compuestos, debían de ser personas bondadosas.

Volví al domingo siguiente. Oí la misa que oficiaban a las seis de la tarde para unos pocos feligreses, en su mayoría ancianos. Mi juventud, el estarme horas allí antes y después de la misa, y mi evidente desconocimiento del ritual que imitaba con torpeza espionando los movimientos de los demás, llamaron la atención de un sacerdote. Cuando la iglesia quedó casi vacía, se me acercó por detrás y me preguntó si estaba rezando. «No sé rezar, señor», le respondí con temor. Me dirigió una sonrisa, me tomó una mano y me preguntó si quería aprender las cosas de Dios. Le dije que sí. Luego se informó sobre mi vida. Me oyó un rato sentado a mi lado. Por fin me llevó a la sacristía, me invitó a tomar chocolate con torrijas y me dijo que volviera el domingo a las dos, para asistir a la catequesis que allí impartían para los aspirantes a la primera comunión.

Me ganó la bondad del padre Nuño. Al despedirme, iba deseoso de volver e iniciarme en los arcanos de Dios.

Tío Lucho (así lo llamaba yo) me trataba con una paternal distancia. Su mujer y las dos hijas, Rosa y Margarita, veinteañeras que trabajaban en la fábrica de fósforos del Reducto, eran cariñosas y joviales. El Toto, su hijo albañil, de dieciocho años, estuvo al principio un poco celoso de mí. Luego empezó a tratarme con una campechanía exagerada, vulgar, y hasta cierto punto fastidiosa; pero yo le seguía la corriente y llegamos a hacer si no buenas, aceptables migas.

Yo entregaba en la casa los diez pesos que cobraba; y reservaba para mis modestos gastos las propinas de los repartos. Lucho era sastre. De lunes a sábado se la pasaba encorvado sobre las piezas de tela, hincando la aguja con movimientos velocísimos y certeros. El domingo por la mañana, bien temprano, sacaba al patio común del conventillo la mesa del comedor y amasaba tallarines. En cuanto tenía la masa preparada, limpiaba la mesa con cepillo y agua caliente, volvía a ponerla en el

cuarto y comenzaba a elaborar la salsa. Mandaba comprar una botella de grapa y se la bebía en la mañana mientras tomaba mate y jugaba al truco con unos coterráneos de San José, de donde también procedía mi padre. Y siempre se arrimaban algunos mirones vecinos a garronear un trago y festejar los dicharachos del truco.

Los platos soperos, rebosados de pasta coronada con rayaduras de queso parmesano y el descorche sonoro de las botellas de vino Salus, un tinto misérrimo, marcaban el mejor momento de aquel hombre austero, que sólo esperaba de la vida un poco de salud y disfrutar sus domingos en paz. Venían luego la siesta y otra vez el mate amargo; y desde las tres, en el conventillo atronaban las radios con el fútbol. Esa era la hora en que yo me alejaba hacia el silencio. Siempre detesté aquel fútbol chillón y efímero de las transmisiones dominicales, que obliteraba los pulmones y el cerebro de los barrios montevideanos.

De la entrevista con el padre Nuño regresé a las ocho, para la cena. Tío Lucho era un hombre apacible. Descendía de italianos, pero se había criado en el ambiente criollo del interior. Como *paterfamilias* limitaba su autoridad a la exigencia irrevocable de que todos nos abstuviéramos de fumar en su presencia y llegáramos puntualmente a la una de la tarde y a las ocho de la noche, lavados y peinados, para comer en silencio lo poco o mucho que servía sobre el mantelito blanco la tía Sara, con su sonrisa sin colmillos y sus manos diminutas, enrojecidas en el oficio de lavandera. Por lo demás, me trataban como a un adulto. No me averiguaban andanzas ni quehaceres.

Cuando terminó la cena bajé a la Rambla y vi la puesta de sol. Y de cara al mar pensé largo rato en el origen de las estrellas y en los enigmas del tiempo infinito.

DOS NOCHES DE INSOMNIO



El lunes, después de la reunión con un grupo de empresarios suecos, Lou pidió a Geneeen un aparte para imponerlo sobre la propuesta de Fynn. El CEO lo escuchó sin comentarios y ordenó convocar a Gainsborough para la mañana siguiente.

Durante la reunión con los suecos, Lou había estado muy desconcentrado. A cada momento se le atravesaban imágenes y frases del Salvaje. Aquello le anunciaba una noche obsesiva, de mal dormir. Pero para eso él conocía un remedio: coñac y ajedrez. En un taxi se hizo llevar al Royal Chess Club. Ordenó un Napoleón Courvoisier, un tablero y desafió a un emigrado polaco, maestro internacional, con el habitual estímulo de veinte dólares por partida ganada. Al terminar la primera con unas tablas que le alborotaron la vanidad, acudió al baño. De paso ante el mural con informaciones destinadas a los miembros del club, vio un aviso con un título grande en letras rojas, donde decía:

PERTENENCIAS DE CAPABLANCA EN SUBASTA PÚBLICA

El próximo 5 de mayo, a las 18:00 horas, en la Kensington Manor, residencia del Sr. Christopher B. Maxwell, situada en Richmond Road No. 28, Attica, N.Y., se subastarán los siguientes artículos:

1. Una mesa de ajedrez en taraceas de nácar y coral negro, con bordes de sándalo labrado; dos ceniceros de pie, dos butacas y un reloj doble adaptado para competencias. Todo el lote, en estilo Restauración, hace juego con la piezas, de marfil y ónix, que pesan en total 22 libras. El conjunto fue regalado por la baronesa Ute von Punkenburg, en octubre de 1925, a Capablanca, quien lo vendiera al Sr. Maxwell, en enero de 1926. A disposición de los interesados están los recibos de la transacción con firmas legalizadas ante notaría pública de esta ciudad de New York.
Base: 70 000 dólares.
2. Colección de fotografías tomadas por el Sr. Maxwell, en su residencia de la Fifth Ave., en 1924, en ocasión del banquete que diera para homenajear a los participantes del Torneo Relámpago para Grandes Maestros propiciado por el Chess Manhattan Club, en las que el campeón mundial aparece 112 veces, en compañía de Reti, Yates, Maroczy, Edward y Emmanuel Lasker, Tartakower, Bogoljubow, Marshall, Jaffe, Harry Katz y Herbert Limburg, entre otros.
Base: 5 000 dólares.

3. Siete manuscritos originales de correspondencia personal, dirigida por Capablanca al Sr. Maxwell, en los años de 1923 a 1935.
Base: 5 000 dólares.
4. Biblioteca ajedrecística de 120 volúmenes, reunida por el Sr. Maxwell, con ejemplares publicados en distintos países, desde el siglo XVII. (No fraccionable.)
Base: 20 000 dólares.

Para visitar la muestra, se ruega solicitar nuestro teléfono a la secretaría del Royal Chess Club y pedirnos un turno de lunes a viernes entre 8 y 10 de la mañana, hasta el 30 de abril. No se recibirán visitantes sin turno previo.

En quince años, Lou había invertido casi medio millón de dólares en una colección de curiosidades ajedrecísticas cuyo valor crecía consistentemente. Y Capablanca era su ajedrecista favorito. Aparte del excelente negocio que significaba la colección, sintió el vehemente deseo de hacerse del juego con sus muebles, y también de las fotos.

En el acto subió a la secretaría a pedir el teléfono, donde le explicaron que el administrador de la familia Maxwell había ofrecido al club una importante comisión por permitirles poner el aviso de la subasta, y sobre todo, por informar muy selectivamente su número de teléfono, a solicitantes conocidos y solventes. No quería curiosos sino posibles compradores.

Lou pensó que si no había muchos postulantes, quizá pudiera obtener las fotos en menos de veinte mil; pero los muebles no bajarían de doscientos mil. Mentalmente se fijó ese tope. Sin duda iban a presentarse todos los coleccionistas fuertes del país.

Por tercera vez en el día se sentía excitado. De regreso al tablero comentó el anuncio. Le informaron que llevaba casi una semana allí. Lou había leído mucho sobre la vida de Capablanca y recordaba a varias de sus amantes; pero nunca había oído hablar de la tal Ute, baronesa von Punkenburg. ¿Y quién sería ese señor Maxwell?

Un anciano miembro del club, que se había acercado a curiosear las partidas, recordaba perfectamente a Chris Maxwell: era un inglés muy rico que invertía en propiedad raíz, buen jugador de ajedrez ping-pong, y excelente en concebir problemas para las revistas especializadas. Había ayudado a financiar un par de torneos y era miembro de la redacción del *American Chess Bulletin*. Pero según creía el señor, Maxwell había regresado a Europa después de la guerra. Quizá estuviese de vuelta.

Extraño que Lou nunca hubiese oído hablar de ese regalo... Y el viejito le hizo notar que si la baronesa se lo había regalado, mal hubiera hecho Maxwell en pregonar

que Capablanca lo había revendido casi de inmediato.

Lou estuvo de acuerdo. Quizá mediara un acuerdo de caballeros, para no divulgar aquella indelicadeza del campeón mundial.

Tras una pésima noche, Lou llamó el martes a las ocho en punto. Le respondió una mujer de voz cansada y un marcado acento británico. Lamentablemente, ese día no podrían recibirlo. Ya habían distribuido los ocho turnos de una hora que asignaban diariamente. Y para el miércoles, a ver..., sólo le quedaban libres, de ocho a nueve de la mañana y de cinco a seis de la tarde. A menos que el señor prefiriera otro día...

Lou pretextó un vuelo a Tokio para el miércoles. Rogó que hicieran una excepción y le dieran un turno aunque fuera muy tarde, para ese mismo martes, o para el miércoles temprano.

La mujer le pidió que aguardara un instante y regresó para decirle que sólo podrían recibirlo a las siete de la mañana del miércoles.

—Perfecto, allí estaré —y se dispuso a anotar la dirección.

—Acton Boulevard, No. 3627.

—¿Dónde es eso?

—¿Conoce el campo de golf en Bay Heights?

—No me ubico.

—¿Dónde vive usted, *please*? —preguntó la inglesa impaciente.

—En Long Island.

—¡Ah, estamos cerca! —dijo—. ¿Conoce Shinecock Bay?

—Sí.

—¿Y la Iglesia de los Tres Picos?

—¿La de los techos rojos, sobre una altura?

—*That's right* —dijo la mujer—. Entonces, *if you agree*, a las seis y cincuenta y cinco nuestro chofer estará esperándolo. ¿Cómo es su carro?

—Un Corvette azul.

—Bien, un Cadillac, cuya chapa termina en 888 lo esperará estacionado en el *parking* del restaurante, frente a la iglesia. Aunque de ahí hasta mi casa son sólo diez minutos, el camino es bastante tortuoso. Le sugiero que siga a mi carro en su Corvette. Así es como recibimos a nuestros invitados... —comentó con una risita.

Y esa noche, Lou volvió a tener dificultades con el sueño. No pudo dejar de pensar en el desaire que le había hecho Capablanca a la baronesa von Punkenburg. Mujeriego y desaprensivo como era, nada tenía de extraño. Cuando le hacía falta dinero era capaz de vender a su madre. Sí, ese era el estilo del Maestro.

FRAGMENTO DEL PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN DE *LA CONFESIÓN DE ÁLVARO DE MENDOZA*

«... aunque aparezca alguno que otro personaje históricamente atestiguado. En fin, espero haber demostrado en este prólogo inequívocamente, que se trata de una obra de ficción, escrita por una diestra y perversa mano, quizá la de un poeta aventurero, o —¿por qué no?—, de alguno de los judíos conversos que constituían, a principios del siglo XVII, buena parte de la población en San Cristóbal de La Habana.

»A sólo dos años de mi hallazgo del texto en los archivos de los dominicos guatemaltecos, no he querido darlo a luz sin antes advertir que esta primera edición, no va destinada al mundo erudito, sino a un público muy amplio, que sin duda leerá con avidez el espeluznante relato. Por tal motivo, decidí desembarazarlo de la dificultosa ortografía del original, que sustituí por la moderna, tal como han hecho los editores de las versiones cervantinas más en boga. No obstante, he mantenido en su forma prístina la sintaxis y, salvo muy pocas alteraciones, el léxico del siglo XVII.

»Juan Ángel Polo y Herrera
»Madrid, octubre de 1941»

1938

Tras seis meses de catecismo tomé la primera comunión. Los jesuitas regalaban a todos los comulgantes pobres, un trajecito gris de pantalones cortos, una camisa y medias largas blancas, y una corbata azul. Aquellas galas y el chocolate dominical, espeso y burbujeante, servido después de la doctrina, ganaban para la parroquia muchos catecúmenos entre los niños del barrio.

Yo era uno de los mayores y ya vestía pantalones largos. El padre Nuño se ocupó de conseguirme un traje de mi talla, de los que se deshacían los alumnos ricos de la Sagrada Familia. Era un casimir inglés, también gris, pero más oscuro que el de los otros niños. Luego de unos retoques que le hizo el tío Lucho, me quedó muy bien. «¡Qué churro estás!», me dijo Margarita al vérmelo. Debí de ruborizarme: sentía vergüenza de estar churro, y ni siquiera me atreví a verme en el espejo. Pero busqué un pretexto para quedarme con el traje puesto y fui hasta la calle Soriano, a mirarme de reojo en las vitrinas. De pronto me sorprendí posando y con una ceja alzada. Era tan fuerte el deseo de mirarme y remirarme en aquella inusitada imagen de niño rico, que subí hasta Dieciocho, para seguir en mi regodeo ante los espejos de las grandes tiendas. Al tomar conciencia de tanta vanidad, justo en vísperas de mi comunión con Jesucristo, improvisé de regreso un par de oraciones expiatorias.

Días después, relucientes, endomingados, entramos en fila con un cirio en la mano, por la nave central. Nos arrodillamos ante la mesa del altar. Un estremecimiento, casi de terror, me sacudió al oír la campanilla que anunciaba el comienzo de los oficios. El cuerpo y la sangre de Cristo iban a alojarse en mí. Todo se empequeñecía ante aquel prodigio, consuelo de mi vida. Lo había esperado contando los días, y ahí estaba ya, de rodillas ante el Santísimo Sacramento. Cuando estalló el *Kirie eleison* entre el coro de monjas, un fulgor emanado de la custodia acompañó con rítmicos destellos las notas de aquel himno súplica, que repetía la cristiandad desde el fondo de los siglos. Desfallecido de piedad, oía aproximarse el repique de la campanilla y cuando tuve ante mis ojos el cáliz y sentí sobre mi lengua la tibieza de la hostia, un lagrimón resbaló por mis mejillas y cayó en la patena que sostenía el acólito.

Salí con Rosa y Margarita, que me habían acompañado. Al ver mi emoción, ellas, habitualmente juguetonas, se sintieron coartadas y caminaron a mi lado en silencio.

En la casa estuve poco rato. Aquella atmósfera bulliciosa del domingo no armonizaba con mi solemnidad. Yo era portador del cuerpo de Cristo y la gente me palmoteaba, me celebraba la elegancia del traje, hacían chistes, me daban vino. Tuve que saludar a todos los vecinos del caserón, como era lo usual. Y ellos me regalaban monedas. En vintenes, medios y reales amarillos, recogí como tres pesos.

En la casa, tía Sara era la única que iba a misa. Lucho, aunque nunca me lo dijo,

era de los que creían en Dios a su manera, pero detestaba a los curas. Sin embargo, desde hacía unos meses, mi evidente fervor les inspiraba respeto. Ni siquiera el Toto, siempre tan burlón y desenvuelto, se atrevía a hacerme bromas.

Antes del almuerzo decidí llegar a la farmacia.

Don Licinio cerraba a las doce de la noche. De lunes a sábado, después que yo me marchaba, Alfonso, un galleguito de unos dieciocho años, ocupaba mi lugar. Los domingos Alfonso trabajaba desde la ocho de la mañana hasta las doce de la noche. Era muy dócil y temía a don Licinio igual que yo. A él también le tocaba a veces pedalear en el aire para que el ocio no lo corrompiera moral y físicamente.

Yo nunca me aparecía por la farmacia los domingos, pero en tan importante día, necesitaba que el mundo se enterara de que yo, Bernardo Piedrahita, llevaba a Dios en cuerpo y alma.

Don Licinio también era católico. A las cinco de la mañana asistía todos los domingos a la misa que se oficiaba en la Iglesia de los Vascos. Al cabo de varios meses a su lado yo sentía desprecio por su avaricia y cinismo. Había descubierto que hacía trampas, que robaba a sus clientes en el peso y las cantidades, y luego, sabiendo que yo sabía, me espetaba sus retahílas moralistas.

Teresita, la farmacéutica que se ocupaba del dispensario, se convirtió en su esposa. El título era un atractivo que borraba gran parte de su fealdad. La señora Teresa (así había que llamarla después del enlace) era hija de ricos. Se había peleado con los padres un año antes de terminar su carrera y decidió ponerse a trabajar. Para el casamiento, don Licinio se encargó de restablecer las relaciones. Un día fui a llevarle un recado a casa de su suegro. Vivían en Capurro, en un palacio que ocupaba una manzana con su parque interior y servidumbre uniformada.

Licinio Lobo era un hombre vil; pero en aquel día de mi comunión, yo me había librado del sentimiento de desamparo que me infligiera el suicidio de mi padre. Cristo estaba conmigo, dentro de mi cuerpo y de mi alma. Y yo sentía que mi sola presencia purificaba a los seres y las cosas.

Más que a verlo fui a que me viera. No iba sólo por la propina, que sin duda me daría, al verme con la cinta de seda blanca prendida de la manga del saco.

Alfonso estaba llenando unas cajas de talco y tardó en reconocerme. Se quedó embobado, mirándome, con la cuchareta en la mano. Al cabo, sólo atinó a sonreír torpemente. Cuando le pregunté por don Licinio me señaló la oficina.

Entré sin llamar. Se me olvidó. Él estaba de espaldas, echando con una jarra un líquido en unos frascos grandes. Al advertir mi presencia a su lado me dirigió una mirada de sorpresa, y en cuanto comprendió que era yo, infló los carrillos y sin soltar la jarra me gritó encendido de ira:

—Fuera! Mocosos atrevidos!

—Pero don Licinio, yo venía...

—¡Fuera!! —repitió desgañitándose.

Al señalarme la puerta con violento ademán, volteó una hilera de frascos vacíos. Uno se rompió a mis pies.

Yo me asusté mucho; como se asusta uno ante esa maldad máxima de los objetos inanimados, cuando nos propician golpes, caídas, quemaduras imprevistas. Ante aquella agresión tan injusta conmigo, tan irracional en sus causas, yo me sentí como ante un temblor de tierra y huí hacia la calle.

Alfonso, que había oído el griterío, me miró salir espantado.

Yo demoré mucho en calmarme.

Al principio atribuí la indignación de don Licinio a que yo había entrado sin llamar; pero eso no justificaba una reacción tan feroz. Ni siquiera se dio cuenta de mi atuendo, con la cinta colgada del hombro. No era posible que un católico le gritara así, a quien venía de comulgar con Cristo...

De pronto, volví a verlo expulsándome, y recordé también una cabellera rubia a mis pies, en la etiqueta del Champú Berenice sobre el frasco roto...

En ese instante comprendí que la ira de don Licinio estaba bien justificada. ¡Yo lo había sorprendido falsificando champú! Por eso tenía los frascos en hilera y la jarra de líquido azul en la otra mano.

La adulteración debía de ser muy sencilla; y como era un producto caro y de gran demanda, sin dudas había mandado imprimir las etiquetas por su cuenta y ganaba mucho más vendiendo su propio mejunje que el producto legítimo de los Laboratorios Ripoll.

Pensé en buscarme otro empleo, pero aún me faltaban dos meses para cumplir el año, al término del cual, don Licinio debía entregarme los sesenta pesos que me correspondían por mis ahorros. Pensé en pedirle que me entregara lo reunido hasta ese momento, pero temí que intentara alguna trampa. Y decidí agachar la cabeza y esperar a que se cumpliera el año.

A veces me admiro al recordar la paciencia con que yo era capaz de proceder a los doce años. Sin duda también lo advirtieron los jesuitas. Por eso y por mi devoción, pusieron sus ojos en mí.

El padre Nuño me inscribió en una escuelita nocturna dirigida por la Orden, donde completé el sexto año de primaria, que había interrumpido cuando se marchara mi madre.

En la escuela había sido un buen alumno, pero como me resultaba fácil, estudiaba poco y había mantenido una actitud muy pasiva. Con los jesuitas fui un alumno sobresaliente. El padre Nuño me había prometido, si lograba buenas calificaciones, una beca en la Sagrada Familia. El maestro de matemáticas se quedaba embobado viéndome resolver mentalmente problemas de muchas operaciones. Desde muy pequeño tuve facilidad para el cálculo mental y una memoria gráfica que me permitía

repetir una página completa de historia sagrada o geografía, tras un par de lecturas. Algunas lecciones que memoricé entonces, puedo repetirlas todavía.

Por eso no me apresuré a buscar otro empleo. En diciembre terminarían las clases de mi escuelita y todo hacía pensar que en marzo podría ingresar como pupilo en la Sagrada Familia.

Me era muy importante cobrar los sesenta pesos, porque pensaba regalárselos a tío Lucho para que se comprara una máquina Singer, profesional, que codiciaba desde hacía un par de años; pero nunca acababa de reunir los cien pesos de la cuota inicial. Por un motivo u otro, siempre se le descompletaba el dinero. Yo no había hablado en la casa de los ahorros que don Licinio me guardaba, y pensé, como regalo de fin de año, darle la sorpresa.

Pese a mi sumisión y mansedumbre, las relaciones con don Licinio empeoraron desde el día de la primera comunión. A diario encontraba algún motivo para regañarme; nunca quedaba satisfecho con mis limpiezas matinales; me obligaba a pedalear en el aire; y yo, cuanto más lo odiaba, más dócil y solícito me le mostraba. Contaba los días que me faltaban para exonerarme de él. Y así, de una forma u otra, me las ingeniaba para sobrellevar mi agobio y reservaba energías para descollar en la escuela.

Las clases de los jesuitas eran los martes y viernes de siete y media a nueve y media. Eran clases muy intensas, para jóvenes trabajadores que en su mayoría sobrepasaban los quince años. Los demás días, por las tardes, desde que salía del trabajo hasta las ocho, estudiaba en una biblioteca pública que quedaba cerca de la casa. Allí regresaba después de la cena y estudiaba hasta las once, en que cerraban. Eso lo hacía yo todos los días, después de haber trabajado doce horas, y sin haber cumplido aún los trece años. No obstante, recuerdo aquellas veladas en la biblioteca como momentos felices de mi vida. No sentía sueño ni cansancio. Trabajaba con avidez, excitado. Llenaba páginas de mis cuadernos, forrados con un papel mate y áspero de color azul: ejercicios, composiciones, análisis lógicos y analógicos, conjugaciones, mapas. Siempre he agradecido a los jesuitas el haber avivado en mí el amor por el estudio.

Una mañana, poco antes de abrir la farmacia, don Licinio andaba de un humor de perros y me regañó porque había encontrado en el piso un pedacito de papel, debajo de la balanza. Era un aparato muy alto. Desde la base subía un fuste delgado que remataba en una armazón, donde se desplazaba un pilón cilíndrico sobre la escala graduada de los pesos.

Evidentemente, yo me había olvidado de pasar el trapo húmedo por debajo de la balanza. Cuando me agaché para hacerlo, resbalé hacia adelante y al agarrarme del fuste lo empujé contra una vitrina. La balanza se partió en tres pedazos; la vitrina, llena de frascos, quedó en añicos.

PRIMERA MISIVA

Para Fray Jerónimo de las Muñecas:

En el día de hoy, a la hora de maitines, he dado cima a un largo viaje. El Cielo ha sido servido de guiarme hasta esta ciudad de San Cristóbal, por encontrar con Vuestra Merced y pedirle confesión escrita. Lo tal ha de ser, pues mi desventura quiso que me cortaran la lengua, dos años ha.

Siento que muy presto he de entregar el alma y mucho me aprieta hallar confesor que la alivie de pecados. Como Vuestra Merced consienta en valerme, suplícole se haga manifiesto mañana, a las tres del día, cabe la puerta postrera del convento, que da a la calle larga de la Iglesia Mayor.

Criado de Vuestra Merced,

Alvaro de Mendoza.

Puesta en la Iglesia de San Juan de Letrán, a veinte y dos días del mes de junio de mil y seiscientos y veinte y ocho años.

MAMMA MIA!

Lou Capote siempre despertaba antes de que comenzara a tintinear su carillón. Para aquel miércoles lo había puesto a las cinco y cuarenta y cinco; pero como siempre, despertó mucho antes. La víspera, por la noche, Henry Fynn le había entregado los microfilms prometidos pero no se quedó a cenar. Dijo tener catarro y fiebre y prefirió acostarse temprano.

Se volvió de lado y miró la hora. Eran las cuatro y quince. Con los ojos cerrados y la fantasía al garete podría remolonear todavía una hora y media. Sabía que en cuanto enganchara las pantuflas y sintiera la dureza del suelo, el mundo adquiriría otra densidad.

Sin embargo, algunas de sus más creativas ideas eran hijas de aquellas duermevelas. Era la única hora del día en que no ponía orden ni cortapisas a su pensamiento. En desbocado tropel evocó fragmentos de las negociaciones con los suecos, gestos y frases de Geneen, su mirada de póker, atenta pero sin entusiasmo al oír los detalles de la propuesta de Fynn, y ¿cómo sería Ute, baronesa von Punkenburg?, el proyecto que proponía el Salvaje era peligroso, pero si la ITT fabricaba el localizador y se lo vendía a la US Navy, haría quizá uno de los buenos negocios de ese año; y el Salvaje se saldría con la suya, pero mientras no lo hallaran lo tomarían por un desertor y hasta sospecharían que se había vendido a los rusos, pero si él hubiera jugado caballo tres alfil dama el *fucking* polaco no le habría coronado el peón pasado, había sido un descuido, claro, desconcentrado como estaba por el anuncio de la subasta, diecisiete por ciento de acciones en Estocolmo y un trece por ciento anual de crecimiento, *tax-free* ¿y si se sobornara a alguien en Bélgica para conseguir el *switch* de la materia prima francesa?, y al CEO le había interesado la perspectiva de quedarse en exclusiva con las aplicaciones nobélicas del localizador, y si conseguía subastar la mesa de Capablanca con sus piezotas enormes, sí, tenían que ser enormes, porque dieciocho libras eran... a ver... unos ocho mil gramos, y divididos entre treintidós piezas, a ver..., *Jesus Christ*, el promedio de las piezas sería de una media libra, *shit!*, tenía que conseguir ese juego, seguramente la gente de Cohen & Cohen iban a pujar muy alto; ah, si pudiese quedarse con el juego y los muebles al primero que invitaría a una partida sería al CEO; tendría que buscar un buen pretexto para que aceptara venir a la casa, lo mejor era darle la sorpresa, pase, pase, y al correr las cortinas del salón que prepararía ¿raso gris oscuro?, o beige, para que hiciera juego con los muebles ¿y cuál sería el estilo Restauración?, y pase, pase, señor Geneen, tome asiento *please*, y también le mostraría su colección y las fotos de Capablan... tar, tarar, tarar, tararíiiii, el brindis de *La Traviata* en el carillón, las cinco y cuarenta y cinco de la mañana.

Lou abrió los ojos y se volvió. Había llegado la hora de pensar boca arriba y con

orden. Bien: a las siete vería lo de Capablanca en Shinecock Bay; a las ocho y veinte regresaría a la casa a recoger los microfilms; a las nueve y diez, reunión con el CEO y Gainsborough; a las nueve y treinta en la asesoría jurídica, para elaborar el contrato de los fertilizantes; a las diez y quince, despacho con la gente de Webb and Webb, *shit!*, ese iba a ser el peor momento del día, tendría que enfrentarse a Rohatyn en el problema de los *royalties* canadienses; de diez y media a diez y cuarenta y cinco oiría la exposición del arquitecto Harrison sobre su proyecto de helipuertos; de once a doce despacharía sus entrevistas de agenda; de doce a una dictaría su correspondencia a míster Robertson. No debía olvidar llamar nuevamente al Salvaje para ver cómo seguía de salud y concertar una nueva cita. A las dos comería algún sandwich en su oficina; a las tres y quince saldría de Park Avenue para entrevistarse con el senador Canning y a las cuatro y media ingresaría al consejo de dirección que duraría no menos de dos horas. Y luego, hasta las diez de la noche, trabajaría en el informe final sobre su proyecto para los helipuertos Sheraton. Y hacía diez días ¿qué fecha era?, sí, 12 de abril, hacía diez días exactamente que no había encontrado un solo hueco para pasar un rato con una mujer. Esa tarde llamaría a Jane para que lo visitara a las once pm en el bunker. ¿Cómo haría Jane para tener tan tostada la piel en pleno abril? Tar, tarar, tarar, tararíiii...

Esos primeros pasos torpes, yertos, le recordaban cada mañana que ya tenía cincuenta años. Diez años antes se levantaba todavía con los movimientos flexibles de un hombre joven. Ahora llegaba al baño como un plantígrado, orinaba sentado, y a medida que su cuerpo mórbido, salido de la molicie del *pull-man* de tres plazas se iba adaptando a la dureza del mundo, también se endurecía su espíritu.

Extrajo un puñadito de *lather* de la maquineta adosada a la pared. Se examinó la lengua: bastante sucia, sin duda por el borgoña de la cena. Se dio vuelta los párpados. Sabía que no tenía anemia pero le gustaba ratificarlo. El mundo iba cobrando más y más realidad. Hizo girar la espiral de la maquineta de afeitarse y se volvió sobre la alfombra de felpa anaranjada para afeitarse frente a la luna veneciana que había colocado al otro extremo del lavabo. No le importaba caminar una y otra vez desde el espejo hasta el lavabo para escurrir la espuma de la maquineta. Le gustaba verse de cuerpo entero. ¿Cómo sería Capablanca encueros? Terminó de afeitarse y se lavó los dientes. Luego, con una espátula de carey comenzó a rasparse el moho blancuzco de la lengua. Era un hábito siciliano. Por la mañana, todas las lenguas de Sicilia se raspan. Tienen que estar rosadas para el desayuno, la santa hostia o el beso.

Tras su segunda taza de café *espresso*, encendió un cigarro y tocó la campanita. De inmediato apareció la señora Viglietti, con su uniforme negro y su cofia blanca.

—*Cosa desidera il signore.*

La *signora* Viglietti era de los Abruzzi. Para Lou, tenía el doble atractivo de no entender inglés ni siciliano. Y entre los dos destrozaban el italiano a la perfección.

—Esta noche regresaré, *tropo tardi* y quisiera comer una carbonara.

—Entonces yo lo espero...

—De ninguna manera —la interrumpió Lou—. Ponga la salsa en el refrigerador y yo la caliento luego.

Mamma mia! Tras una breve discusión sobre los efectos del frío en las salsas italianas, la *signora* Viglietti se resignó a la barbarie de Lou y prometió dejarle la salsa, pero no en el frío, sino en la mesa de la cocina, dentro de una marmita y tapada con un lienzo, de modo que no se pusiera ácida...

A las seis con veinticinco Lou conectó el contestador automático y se dispuso a marcharse.

—Hasta mañana, *signore*.

—Hasta maña... —Y se volvió a mirarla—. No: hasta mañana, no; porque dentro de dos horas voy a pasar de nuevo por aquí.

—*Va bene, signore* —dijo ella sonriente—. Hasta luego entonces.

—*A rivederla*.

Mientras bajaba por la escalera de caracol hacia el garaje, pensó que la *signora* debía haberse quedado intrigada por ese regreso. Lo mejor de aquella mujer era que jamás preguntaba nada.

De pronto, se detuvo. Realmente ¿no era una tontería andarse con tanta precaución? ¿Por qué no llevarse los microfilms? Así, después de ver lo de Capablanca, seguiría hasta Park Avenue sin pasar por la casa...

Pero volvió a repetirse que se sentiría más tranquilo si los dejaba en el bunker. De todos modos, de regreso hacia Manhattan, el paso por las cercanías de su casa era obligado. Lo más que perdería en recogerlos era diez minutos.

A las seis y cuarenta, el Corvette cortaba el aire plomizo de la autopista 27. Llegando a Shinecock Bay, Lou trató de ver en lo alto del promontorio la iglesia de los tres techos rojos, pero una neblina sutil, que venía del otro extremo de Long Island, le nublaba la vista.

Y a las siete y cinco de aquel fatídico 12 de abril, Lou franqueaba, tras el Cadillac que lo aguardara en Shinecock Bay, la puerta de rejas de la residencia de Christopher B. Maxwell, como lo indicaba una chapa de bronce empotrada en una de las columnas de piedra, junto a la entrada. Al final de la alameda, en lo alto de los peldaños de acceso a la casona, lo esperaba una mujer joven, esbelta, insólitamente morena para habitar en un edificio tan victoriano.

—*How d'you do, Mr Capote?*

—*Hello, Miss...*

—Sarah Maxwell —lo interrumpió ella extendiéndole la mano—. Pase por favor.

—Usted no es la persona con quien hablé...

—No, señor Capote —le sonrió la muchacha—. Usted habló con mi madre.

La muchacha no tenía nada de británica. Hablaba con acento neoyorquino.

Entraron a un vestíbulo amplio, de muebles antiguos. Una escalinata de madera muy lustrosa se abría en lo alto, hacia ambos lados, de modo que las barandas, al rematar en la segunda planta, dibujaban la forma de un ánfora. Sobre la parte central de los peldaños, un notorio cambio de coloración indicaba que allí había habido una alfombra. Y en el rellano donde la escalera se dividía en sus dos alas, la pared, también decolorada, marcaba la eliminación de un tapiz, o quizá de un enorme espejo.

—¿De mudanza? —se le ocurrió preguntar.

—De liquidación, más exactamente —dijo ella señalándole un pasillo, también sin alfombras—. Tras la muerte de papá hemos decidido vender esta casa y comprar algo más céntrico.

Lou pensó que si anunciaban la subasta en Attica, era porque pensaban, para esa fecha, haberse deshecho ya de la casona.

Era una hermosa mujer. Se dejaba caer un rizo negro al estilo de las gitanas. Era de un tipo decididamente meridional. Caminaba delante de él con un meneo acompasado. Cintura estrecha, caderas móviles, rostro aceituno, labios gruesos. El vestido largo dejaba ver unas pantorrillas redondeadas sobre un nervioso juego de tobillos. Calzaba ballerinas de un cuero opaco.

Por fin, abrió una gran puerta de caoba labrada y lo hizo pasar a una salita, amoblada con sobriedad y muebles modernos, que desentonaban con el ambiente solemne de la mansión.

—Tome asiento por favor —dijo la muchacha—. Voy por mamá.

Y al salir, con un rápido movimiento, cerró la puerta.

¿Por qué cerraba la puerta?

¡Qué raro!

Dos minutos, tres minutos, cinco minutos.

Lou comienza a inquietarse.

A los siete minutos, se pone de pie, intenta abrir la puerta. Está trancada. Pero... pero... ¿qué quiere decir eso? ¿Qué hace él allí, encerrado en aquella habitación? ¿Quiénes son los Maxwell? ¿Por qué es tan morena Sarah Maxwell? ¿Por qué no le dieron la dirección sino que lo fueron a esperar? ¡Sacramento! ¿Quién habrá puesto el aviso? ¿Por qué el chofer del Cadillac usaba aquellos ridículos bigotes de manubrio? Pero el viejo del club, sí, conocía a Maxwell, inversionista... ¿Y por qué, si la puerta estaba abierta al llegar, ahora lo habían encerrado? ¿Y por qué si la subasta iba a ser en Attica a él lo habían citado en Shinecock Bay?

¿Querrían hacerle daño? ¿Venganza? ¿Alguna mujer? ¿Algo que ver con Fynn?

¡Ocho minutos! ¿Qué forma era esa...? Se quejaría...

Intenta otra vez abrir la puerta. Levanta el puño para golpear y en eso, un sobre

blanco se desliza por debajo. Al agacharse, un cosquilleo eléctrico en la cabeza, calor en las orejas... Miedo, mucho miedo.

En el sobre no dice Lou, sino Luigi Capone. *Porco Dío!*

No se atreve a abrirlo. Se le paran los pelos, se le arruga la piel de las sienes. ¿Será algo relacionado con la mafia? ¿Una venganza ancestral por lo que hiciera su padre en Sicilia?

Se deja caer sobre la butaca y abre el sobre. Las manos le tiemblan. Los ojos atónitos recorren vertiginosamente las líneas mecanográficas.

«Estimado señor Capote:

»Esto es un secuestro. Su rescate vale un millón ciento once mil dólares (US 1 111 000.00), incluidos los gastos que nos ha originado. Sabemos que dispone de muchísimo más que eso.

»Usted permanecerá en esta casa hasta que se nos entregue esa cantidad. No creemos necesario puntualizar que si no se cumpliera tal formalidad, las consecuencias serían lamentables para usted.

»La sala donde se encuentra ha sido conectada con un sencillo circuito eléctrico a todo un sistema de explosivos. Ante el menor intento de abrir la única puerta de acceso a ella, tanto por dentro como por fuera, volará su habitación, y buena parte de la casa. Un dispositivo idéntico se ha conectado a la puerta de entrada, al garaje, a la puerta de la cocina y al jardín. Lo peor que a usted podría sucederle es que algún imprudente tratara de forzar el acceso a esta casa sin conocer las claves para desconectar el sistema de explosivos. Además, como usted ve, no tiene posibilidad de comunicarse con el exterior.

»Hemos tomado la precaución de instalarle en el techo un extractor de aire, que comunica con la planta alta. Usted mismo podrá controlarlo a su gusto. Le advertimos que el extractor también está conectado al circuito de explosivos.

»Todos sus movimientos serán observados a través de la mirilla que se ve en la pared anterior. También podemos ver lo que hace en el bañito contiguo.

»En el closet del baño tiene usted varias mudas de ropa que confiamos sean de su medida y de su agrado, y en la pequeña alacena que encontrará al lado de la puerta, suficientes provisiones para veinte días, un calentador eléctrico, medicamentos usuales, libros, revistas. Tiene también a su disposición un radio, una grabadora con cassettes, un pequeño televisor de seis pulgadas y papel y lápiz, por si desea llevar un diario de esta singular experiencia. En el armario grande, encontrará también un

juego de ajedrez, una biografía de Capablanca, una selección de sus mejores partidas, y una colección de problemas que esperamos no haya resuelto ya. Si así fuera, háganoslo saber y con mucho gusto se los cambiaremos por otros.

»Son las 07:20 de la mañana. Antes de mediodía, sírvase redactar un mensaje a quien usted considere conveniente. Explíquele su situación actual y autorícelo a que gestione la entrega a nosotros del rescate indicado. Los detalles correrán por cuenta nuestra.

»Le deseamos una agradable estancia en esta casa y esperamos que con su cooperación todo se solucione en pocos días.

»*Truly yours,*

»Familia Maxwell.

»P.S.: Sírvase devolvernos este texto por el buzón. Añada las llaves del carro, las de su casa, la clave de su caja fuerte y sobre todo, la del cofre donde guarda *El tránsito de la Virgen*.

»Muchas gracias.»

La ruptura de la balanza había ocurrido a principios de diciembre. Mientras Teresita me vendaba la herida de una muñeca, don Licinio se apresuró a decirme que debía pagarle aquel daño. Vociferaba contra mi ingratitud: yo no era merecedor de los desvelos que él pasaba por hacer de mí un hombre de pro; y todo por mi haraganería de no limpiar debajo de la balanza; por ese camino me auguraba la cárcel...

Una semana después dijo que me descontaría cuarenta y ocho pesos de mis ahorros. Eso era lo que le había costado la soldadura de la balanza y la reparación de la vitrina. Y demasiado bueno, demasiado considerado era él, en no cobrarme más; porque de hecho, ni la vitrina ni la balanza habían quedado como cuando eran nuevas. Pero en fin, para no dejarme sin nada, iba a darme doce pesos restantes de los sesenta que ahorrara en el año. Y que ese ejemplo de su generosidad me sirviera para mostrarme agradecido, pues lo que yo merecía era otra cosa.

Unos días después supe que me había estafado. Lo supe gracias a un tal Carlitos, que había vivido en el mismo conventillo que nosotros y era en ese entonces vendedor de la Singer. Él era el que había entusiasmado a tío Lucho con la máquina de coser. A crédito, costaba doscientos cincuenta pesos. Había que dar cien iniciales y pagar el saldo a razón de cinco pesos mensuales, durante dos años y medio. Carlitos le había insistido mucho en que la comprara. Él le regalaría sus propias comisiones que sumaban veinticinco pesos. Así, Lucho podría adquirirla con una entrada inicial de setenta y cinco pesos. Y aquella máquina le aumentaría enormemente el rendimiento de su costura.

Carlitos sentía por Lucho un gran afecto. Él y tía Sara habían sido muy solidarios con su madre durante los años en que Carlitos anduvo perdido de la casa. Les estaba agradecido de que a la vieja, en sus momentos difíciles, no le faltara un plato de sopa y la compañía de su familia.

En la época en que yo lo conocí, Carlitos tendría unos treinticinco años. Era pelirrojo, muy pecoso. En el barrio le decían Pimentón. En su época había sido guapo. Cantaba tangos y una vez ganó un concurso en el Café Ateneo. Unos años antes, había tenido sus problemas con la policía. Metido a cuentero, había consumado algunas estafas y tuvo que esconderse algún tiempo en Argentina y Brasil.

Con los años había sentado cabeza, pero siguió siendo calavera. Bebía con alarde, se jugaba la plata en el hipódromo y siempre andaba enredado con varias mujeres. Se había mudado con su madre a una casa de bajos, a dos cuadras del conventillo. Vestía rumboso. Por las tardes salía para el centro engominado, cuello duro, pantalón bombilla; pero de pasada por el bar de la esquina, invitaba su par de copas a los esponjas del barrio.

Enterado de la historia de la máquina de coser, a finales de noviembre hablé con Carlitos. Quería sorprender a Lucho y ponerle, el Día de Reyes, la máquina de coser en los zapatos.

En el momento en que llegué a casa de Carlitos para proponerle la operación, él salía todo emperifollado. Él me conocía. Me había visto en casa de Lucho y estaba al tanto de mi reciente orfandad; pero su trato conmigo se había limitado hasta entonces a una caricia en la cabeza o a un «chau, botija» y una guiñada cuando nos cruzábamos en la calle. Y aquella tarde, el que yo quisiera hablar con él, lo tomó por sorpresa. Cuando le expliqué, un poco cortado, que se trataba de algo reservado, se detuvo a unos metros de la esquina donde ya lo esperaban los puntos fijos. Con una mano apoyada en un árbol y la otra en la cintura, agachó la cabeza y oyó mi plan para el seis de enero. Lo que yo quería de él, era que aparte de los veinticinco pesos que había prometido ceder de sus comisiones, pusiera otros quince, que luego Lucho le devolvería, para poder completar los cien. Era la única forma de hacer las cosas en secreto y sorprender a Lucho con la máquina en sus zapatos, la madrugada de Reyes.

Se quedó mirándome muy serio, como sopesando lo que yo le había dicho. Estuvo un momento pasándose la punta de la lengua por los labios; y la cara que puso me dio idea de que no iba a aceptar, que pretextaría andar muy corto de plata o algo así.

No me dijo nada. Me agarró por el brazo y me introdujo en el bar.

—¡Dos grasas! —gritó, dando un manotazo en el establo.

El gallego Taboada se quedó cortado al ver que pedía bebida para un menor.

—Este pibe que ves aquí, gallego, es todo un hombre ¿m'entendés?

Mi proyecto lo había conmovido. Me hizo tomarme la grapa de un trago y me despidió reiterándome que yo era todo un hombre; un hombre de buenos sentimientos, agradecido, y que él, Carlos Caligaris, era desde ese día mi amigo para lo que fuera. Me dio la mano, me palmoteó la cara y me dijo que contara con él. Lo de la máquina estaba hecho. Él pondría la guita que faltara.

Cuando por fin supe que ya no iba a recibir los sesenta pesos, sino doce, fui un domingo por la mañana a contárselo a Carlitos. Él todavía estaba acostado y doña Carmen me hizo pasar al cuarto. Le conté lo ocurrido y comenzó a hacerme preguntas con las manos en la nuca y el cigarro en la boca. Cuando se enteró de que yo trabajaba con don Licinio dio un salto en la cama.

—¿Cómo se llama el trompa tuyo?

—Licinio Lobo.

—¿Es un gallego alto que tiene un lunar en el cachete?

—Sí, ese mismo.

Lanzó una andanada de improperios: gallego amarrete, la reputísima madre que lo parió, chupamedias, carnero, batidor... Lo conocía muy bien. Habían trabajado juntos

en una barraca y por alcahueterías de Licinio Lobo a él lo habían despedido.

Cuando se tranquilizó me preguntó si yo sabía dónde habían arreglado la balanza. Le dije que no, pero le referí en qué había consistido la reparación. En cuanto se vistió, cruzó a hablar con un soldador que vivía en la vereda de enfrente. Averigué que la reparación de la balanza, tirándole por todo lo alto, podría haber costado quince pesos. Incluido el cristal de la estantería y su aplicación, todo debió costarle no más de veinte. ¡Y don Licinio me había descontado cuarenta y ocho! Carlitos anunció que ese mismo día iba a ir a la farmacia y lo iba a agarrar a trompadas. Pero en ese momento se me ocurrió una idea.

Le expliqué a Carlitos que don Licinio falsificaba champú y un ungüento para la caspa. Ambos eran productos del señor Ripoll, un catalán de muy malas pulgas a cuyo laboratorio yo había ido varias veces. Ripoll tenía una producción artesanal de jabones, perfumería barata, talco y otras menudencias; pero sus productos de mayor salida eran los que adulteraba mi patrón: champú Berenice y caspicida Jaspe. Siempre supuse que Teresita tendría mucho que ver en el descubrimiento y plagio de aquellas fórmulas sencillas.

Carlitos se ofreció entonces para ir él mismo a denunciar a don Licinio ante el señor Ripoll, pero yo insistí en mi idea. Cuando se la expuse Carlitos se entusiasmó. Tomó la cosa como propia y decidió ponerla en marcha. Llamó a la farmacia Moderna y pidió dos frascos de champú Berenice, dos de caspicida Jaspe y un litro de agua oxigenada. Quince minutos después los recibía en la puerta, de manos de Alfonso. Al peluquero del barrio le pidió un poco del pelo que barrían del piso y esa misma mañana comenzamos a experimentar. Al día siguiente, con un amigo tintorero, Carlitos consiguió una anilina verde muy concentrada. Cuando vio que mi plan resultaba factible, se reía a carcajadas pensando en la que le íbamos a hacer al gallego. Me dirigía elogios entusiastas. ¡Yo iba a llegar muy lejos! Tenía un marote fenomenal. ¡Un cerebro era yo! Si no me torcía por el camino iba a llegar muy lejos. ¡La pipeta! ¿Quién se iba a imaginar que un botija como yo, con esa cara de cande, fuera tan rana?

Yo estaba decidido a vengarme de don Licinio y hasta pensé que Dios, infinitamente justiciero, me había inspirado.

En pocos días todo estuvo listo. De las estanterías de la Farmacia Moderna desaparecieron una mañana tres frascos de champú Berenice y tres de caspicida Jaspe, y en su lugar ingresaron otros tantos, iguales por fuera. A las cuatro de la tarde de ese día, una mujer que vivía en la misma cuadra de la farmacia se llevó un frasco de champú y luego supe que por la noche se habían vendido dos frascos de caspicida.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, se presentaban en la farmacia, cuando yo no había terminado aún de levantar las persianas, dos clientes que reclamaban hablar con don Licinio.

Uno, un joven bien vestido, traía una gorra encasquetada hasta las orejas. Y la mujer que comprara champú el día anterior, llevaba un pañuelo en la cabeza, a manera de turbante. Cuando don Licinio se acercó, todo sonrisas, a atenderlos, la mujer se quitó el pañuelo y dejó ver una cabellera, otrora morena, llena de lamparones decolorados.

—¿Me puede explicar qué porquería fue la que me vendió ayer?

Don Licinio aún no había terminado de abrir la boca ante aquel esperpento, cuando el otro cliente se quitó la gorra y exhibió unos rizos verdes, con destellos azulados y amarillentos. Por el espejo yo vi el estupor de don Licinio convertirse en espanto.

SEGUNDA MISIVA

Para Fray Jerónimo de las Muñecas:

Las comedidas palabras de Vuestra Merced y el hospitalario ofrecimiento de posar en el convento de Santo Domingo, en el entretanto que pongo mi confesión por escrito, llénanme de gratitud por su persona y la del Prior.

Aun bien que Vuestra Merced no me conoce, yo sí, de luengos tiempos acá, he sabido que amén de licenciado por Salamanca, teólogo y erudito en Letras Humanas, es también Vuestra Merced, como natural de Palos de Moguer, aficionadísimo de las cosas del mar y diestro compositor de derroteros y cartas marinas en Indias.

Mucho me huelgo de todo ello, siendo que nadie podría estar en potencia más propinqua que Vuestra Merced, para confesar a quien, como este su criado, ha oído cátedras en dos universidades de España, y surcado, con más adversa que próspera fortuna, casi todos los mares deste mundo. Sin embargo, por lo que más adelante se le alcanzará a Vuestra Merced, no he sido yo, sino la Divina Providencia, quien le escogiera para confesor de mis muchos pecados.

He de anticipar también a Vuestra Merced, que a buen seguro, en toda su ejecutoria confesional, nunca ha oído de boca de ningún pecador tantos horrores y demasías como saldrán de mi pluma.

Es tarde ya; vénceme la fatiga del largo viaje y he menester del reposo a que me convida el recogimiento desta celda donde vuestras mercedes me han alojado. En el día de mañana, *Deo volente*, he de escribir la primera jornada de mi confesión. ¡Qué Dios se apiade de mi alma!

Álvaro de Mendoza.

GAINSBOROUGH Y PRICE

Thomas H. Gainsborough había nacido en Calcuta en 1912. Su padre, un orientalista británico, había pasado la mitad de su vida en la India. A los nueve años Tom hablaba con él en inglés; con su madre suiza, alemán y francés; e indostaní con los sirvientes de la casa. A los quince años Tom podía leer mejor que muchos graduados universitarios europeos, latín, griego y sánscrito. Más que de su propio talento, aquella erudición fue el fruto de doce años de metódica dedicación del padre a la poliglotía de Tom. Parte de su programa educativo era el haberlo dotado de una madre bilingüe.

En 1929, con diecisiete años, Tom ingresó a la Universidad de Berlín de donde se licenció en Germanística. Reclutado en 1935 por el Intelligence Service británico para el Departamento de Codificación y Claves, pronto abandonó su vocación erudita por la patética profesión de espía.

Durante la Segunda Guerra Mundial saltó dos veces en paracaídas sobre el territorio de la Alemania nazi y cumplió riesgosas misiones. Casi al final de la guerra fue condecorado por Winston Churchill. En 1949 ocupaba ya un lugar prominente en la inteligencia británica. Y en ese mismo año participó, junto con Philby y otros espías británicos, en la colaboración que el Intelligence Service prestara a la seguridad norteamericana para la creación de la CIA.

En 1952 cayó en desgracia, víctima de una intriga urdida por el propio Kim Philby, quien algunos años más tarde conmoviera los cimientos de la seguridad angloamericana, al probarse que durante casi treinta años había sido un espía soviético.

En 1952, Gainsborough emigró a los Estados Unidos. Tenía entonces cuarenta años. La propia mujer y el hijo adolescente dudaron de su probidad. Todos los amigos le volvieron la espalda.

Gainsborough vendió sus propiedades, se divorció de la mujer y se marchó para no volver nunca. Y en 1956, cuando Philby se exilió en la Unión Soviética, Gainsborough, rehabilitado ante el Intelligence Service, recibió una propuesta para reintegrarse a un alto puesto en el *Circus* londinense. Pero la rechazó categóricamente. Ese mismo año pidió la ciudadanía norteamericana. Hasta el año 56 vivió modestamente como profesor de sánscrito en un instituto de estudios orientales de New York.

El coronel Behn había seguido muy de cerca el *affaire* Philby y conocía a Gainsborough desde fines de la década del 40, cuando la ITT requiriera sus servicios para organizar un dispositivo de claves y señales. Y en 1956, al enterarse del error e injusticia cometidos por el Intelligence Service contra aquel inglés intachable, se antojó de él al costo que fuese. No resistió la tentación de atraer a su lado a un

verdadero profesional del espionaje. Y Gainsborough necesitaba dinero. Había invertido su escasa fortuna en negocios que fracasaron y vivía modestamente en una casita de Yorktown, con su sueldo de orientalista. Tenía a la sazón cuarenta y cuatro años. Behn lo buscó, le propuso la jefatura de su servicio de espionaje y le ofreció un sueldo altísimo. Gainsborough aceptó. Para él, que había sido uno de los primeros veinte hombres del Intelligence Service, el dirigir un servicio privado de inteligencia, con los amplios recursos y libertad de acción que el coronel Behn sabía otorgar a quienes le caían en gracia, resultaba un cómodo reencuentro con su vocación.

En un par de años organizó un buen aparato de espionaje industrial. Supo adaptarse al estilo acrobático de Behn, pero logró contener su improvisación. Gainsborough impuso a los agentes de la ITT, el rigor profesional de que carecían hasta entonces. Él mismo se encargó de depurar el personal. Reclutó hombres experimentados. Sobretodo, supo eliminar el aventurerismo romántico con que el coronel contaminara a toda la empresa.

Cuando Harold Geneen asumió la gerencia de la ITT en 1959, Gainsborough fue uno de los pocos funcionarios que mantuvo, casi sin alteraciones, el *status* recibido del coronel Behn. En una larga conversación con el nuevo CEO, Gainsborough expuso sus logros y proyectos. Geneen decidió dejarlo hacer. Aunque no del todo convencido, el hombre lo había impresionado bien. Y poco a poco se ganó su absoluta confianza. Le favoreció su condición de caballero británico, fino y erudito y la posición vertical que asumiera cuando el caso de los espías soviéticos. Podía jactarse de haber salido impoluto del Intelligence Service. Y para Geneen, su decisión de no regresar jamás al seno de la inteligencia británica, pese a la vehemente invitación que se le formulara una vez concluido el caso, denotaba una gran dignidad. Se había portado primero como un patriota y luego como un *gentleman*. Y Geneen, que no era ninguna de las dos cosas, lo admiraba.

En 1976, Gainsborough llevaba veinte años en la empresa: tres con Behn y el resto con Geneen. Dentro de la ITT era acreedor de la máxima confianza y distinción que un CEO concedía a sus súbditos. Con Gainsborough consultaba casi todos sus negocios delicados. Se rumoraba que Gainsborough había asesorado personalmente al general Pinochet en su estrategia para el derrocamiento de Salvador Allende.

Y aquel miércoles 12 de abril, según lo convenido, Gainsborough se presentó en Park Avenue donde Geneen, exactamente en un minuto y medio lo informó sobre la propuesta de Henry Fynn. Al terminar, eran las nueve y dos y Geneen le rogó que regresara a las nueve y media para recibir los microfilms que mister Capote había prometido llevar sobre esa hora. Y así ya podrían coordinar la mediación entre Fynn y el personal de la ITT.

Gainsborough hizo tiempo en su despacho ante una taza de té.

Aquella noticia no le gustaba nada.

¿Por qué tenía que ponerse la US Navy a construir su L-15, justamente cuando la ITT proyectaba el famoso HumptyDumpty para localizar submarinos atómicos? ¿Qué coincidencia! ¿De modo que también ellos habían producido un láser azul de semiconductores?

Como a todo profesional, las coincidencias no le gustaban.

Pero detestaba conjeturar en el vacío. Lo importante era que Lou Capote entregara de una vez los materiales prometidos.

A las nueve y media Gainsborough regresó al despacho de Geneen, pero Capote no había llegado todavía. Se ubicó en un sofá de la antesala y leyó un periódico hasta las diez. Como tampoco llegara, bajó dos pisos y entró en la oficina de Capote.

La señora Robertson también estaba alarmada. El señor Capote había quedado en llegar a las nueve. Y siempre era muy puntual.

—Llamemos a su casa...

—Ya lo hice, míster Gainsborough, y le dejé un mensaje en el contestador.

—¿Hay alguien allí ahora?

—Hasta mediodía suele estar su criada; pero no sale al teléfono porque no habla inglés.

—¿No estará atrapado en la autopista?

—Imposible, míster Gainsborough: ya nos lo habría informado por su microonda.

Antes de marcharse, pidió a la señora Robertson que en caso de novedades lo llamara a su despacho. Y mientras esperaba el ascensor, se dijo que debía localizar a Charlie Price.

Charlie Price había perdido su puesto en la CIA cuando Watergate. Al año siguiente montó una agencia de detectives privados. Su relación con la ITT era vieja. Desde que estaba en la Agencia, había colaborado con Gainsborough en seguimientos delicados y había logrado un par de exitosos sobornos en Chile. Era un hombre formado en ciencias y sabía moverse en el terreno del espionaje industrial. Gainsborough lo sabía laborioso y serio; y como él, con una gran vocación por lo que hacía. En general, lo reservaba para tareas que no estaban al alcance de un sabueso corriente. Y aunque lo que ahora tenía en mente era un trabajito para sabuesos rasos, si realmente había necesidad de realizarlo, quería confiárselo a Charlie. No le hacía ninguna gracia que Lou Capote anduviera perdido en New York con un rollo de microfilms, sobre un *top secret* de la marina norteamericana.

Y a las diez y doce minutos del miércoles 12 de abril, hizo llamar a la oficina de Price.

—No se encuentra, míster Gainsborough —le dijo su ayudante—; pero vendrá por aquí sobre las tres.

—Dígale que me urge verlo —dijo Gainsborough—. Por favor que se comunique

conmigo aquí, apenas llegue.

Decidió borrar el problema de la cabeza y se puso a trabajar. Desde hacía una semana estaba organizando el seguimiento de un tal Larsen, diputado y sindicalista sueco que acababa de publicar en Estocolmo un artículo incendiario contra un consorcio local, filial de la ITT. Como germanista Gainsborough había estudiado islandés, y con algún trabajo podía descifrar el sueco.

A las once, seguía sin aparecer Lou Capote.

—Vámonos —le dijo de pronto a su ayudante—. Espéreme en el carro.

Eva Rains estaba sacando fotocopias de unos mapas y lo miró de reojo. Llevaba quince años con Gainsborough y sabía que algo extraño ocurría. Había fumado una pipa tras otra y en una hora había pedido tres tazas de té.

—Por favor, señora Rains —dijo Gainsborough— me dirijo a la casa del señor Lou Capote, en Long Island. Si me llamara el señor Price, localíceme con urgencia.

—*Very well, sir.*

Gainsborough volvió a bajar, esta vez por los peldaños, los dos pisos que mediaban hasta la oficina de Lou.

La señora Robertson se puso de pie, con cara compungida.

—¿Ha estado usted alguna vez en casa del señor Capote?

—Sí, señor, varias veces.

—¿Ha hablado usted con su criada?

—Monosílabos... —alzó los hombros—. No sé italiano.

—De todos modos, le ruego que me acompañe. Necesito hablar con esa mujer; y si es posible, echar un vistazo dentro de la casa.

Ella tuvo un momento de vacilación.

—Vamos —dijo Gainsborough imperativamente y salió delante de ella.

—*Bon giorno! Sono un amico del signore Capote.*

—*Ma lui non è in casa...*

Del portero eléctrico salía una voz muy cascada y ansiosa.

—Yo trabajo con él y estamos muy preocupados porque no ha venido hoy y tenía una importantísima...

Se interrumpió porque no se acordaba cómo decir «cita» en italiano.

—*Che cosa importantissima?*

En eso se acordó:

—*Un importantissimo appuntamento, signora, y como no vino ni llamó...* Permítame subir, un momento. Es por el bien del señor Capote. Aquí está también su secretaria, la que trabaja con él.

La italiana se asomó tras las cortinas de un ventanal y al ver a la señora Robertson apretó el botón para abrir la puerta de calle.

—¿Cuándo vio usted por última vez al señor Capote? —preguntó Gainsborough sin aceptar el asiento.

—Ayer por la mañana.

—¿A qué horas, por favor?

Le hacía las preguntas sin mirarla mientras recorría la enorme sala. En una vitrina que ocupaba del piso al techo se veían centenares de piezas de ajedrez en distintos tamaños y estilos; y otra de las paredes estaba prácticamente tapizada de tableros.

—Muy temprano, a las seis y media...

La señora Robertson se sentó a fumar un cigarro.

—¿Vive usted aquí?

—No, pero vivo muy cerca y vengo a la hora que haga falta.

—¿El señor Capote le dijo adónde iba?

—Yo nunca le pregunto, señor.

—¿Habló por teléfono con alguien?

—Si habló desde su cuarto yo no puedo saberlo, señor... —¿Ha visto usted si recibió alguna visita en estos días? Ella desvió la mirada, como angustiada.

Gainsborough se sentó, sacó un carnet, una tarjeta y se los mostró:

—Mire, *signora*, nada tiene que temer. Nosotros somos sus amigos y colegas de trabajo. Es posible que el señor Capote esté en apuros, y cualquier información que usted nos dé puede servir para ayudarlo.

—*Un signore biondo, grande*, vino a cenar ayer por la noche, pero luego dijo que estaba enfermo y se fue.

—Un señor rubio, alto... —repitió Gainsborough.

—Sí, un amigo suyo. Antes venía a jugar con él al ajedrez.

«Henry Fynn, por supuesto», pensó Gainsborough. «Vino a traerle los microfilms».

—¿Dijo que estaba enfermo? ¿Usted lo oyó?

—No, pero el señor Capote vino a decirme que me despreocupara de la cena porque el otro señor estaba enfermo y no iba a quedarse a cenar.

—Y usted, normalmente ¿a qué horas se va?

—Si *il signore* Capote no necesita que le prepare la cena, me voy a la una y ya no regreso hasta las seis de la mañana del otro día; pero si me necesita, también vengo por las noches.

—¿Vio usted si ese señor rubio le entregó algo al señor Capote? ¿Traía algo en la mano?

—Me parece que sí... Creo que un maletín; pero yo lo hice pasar y luego no lo volví a ver.

—¿Notó usted algo raro? ¿Se veía normal?

—Sí, como siempre.

—Habló algo con usted antes de irse.

—Me dijo que volvería muy tarde; que le dejara su comida en la mesa de la cocina y me fuera cuando yo quisiese...; y también me dijo que en dos horas estaría de regreso, pero no volvió.

—¿No le dijo para qué regresaría?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Y a qué hora se fue usted?

—A mediodía, cuando le preparé su comida y terminé la limpieza.

Permítame ver el resto de la casa.

Ella les mostró la biblioteca y el despacho. Al salir hacia el dormitorio, la señora Robertson se quedó hojeando algo en el despacho.

En el dormitorio y el baño la señora Viglietti no encontró nada anormal. El señor Capote era una persona muy ordenada. No parecía meridional.

En eso apareció tras ellos la señora Robertson, que traía un libro en la mano.

—Mire esto, señor —dijo y le mostró lo que resultó ser una agenda, con una anotación manuscrita—; esta es letra del señor Capote.

Gainsborough leyó: «Capablanca, tres techos rojos, 06:55, 888».

—¿Tiene usted alguna idea? —preguntó Gainsborough.

La señora Robertson negó con la cabeza.

—¿Conocía usted esta agenda?

—Por supuesto; yo siempre le preparo lo que anota aquí.

—¿Él la lleva consigo?

—Nunca; pero tiene otra idéntica en la oficina; y todo lo que se anota en aquella, yo se lo paso diariamente a unas tarjetas para que él lo vuelque en esta.

—¿Y esta anotación...?

—No figura en la agenda de la oficina; si no, yo la recordaría.

—¿Le oyó usted últimamente mencionar a Capablanca, o algo en relación con el ajedrez...?

—No, señor.

—¿Y algo sobre tres ochos o sobre unos techos rojos?

—En absoluto.

A las 17:15 Gainsborough explicaba a Charlie Price que Lou Capote, miembro del consejo de dirección, hombre de confianza de Geneen, no había asistido a una reunión, posiblemente secuestrado, y ojo, mucho ojo, que Charlie pesquisara la cosa con la máxima prudencia, documentos importantísimos en juego, posibilidad gran lío para la ITT, *be very careful*, no era nada seguro, pero detrás de la desaparición Capote podía estar la CIA o US Navy y Tom Gainsborough no daría un paso hasta que Charlie averiguara algo, que se movilizara de inmediato, en casa Capote agenda

Capablanca, tres techos rojos, 888, 06:55, sí, fanático del ajedrez, miembro del Royal Chess Club en la Avenida de las Américas, si aparecía algo urgente que llamara a Gainsborough a Park Avenue hasta la 19:00 y luego a su casa a cualquier hora, eso era todo, *go ahead!*, ya eran las 17:33 y a las 18:00 Charlie club ajedrez donde Capote visto última vez lunes noche, y allí subasta Capablanca Christopher B. Maxwell, 28 de abril, teléfono para llamar de mañana de 8 a 10 y a las 17:46 Charlie por teléfono a su oficina, que mandaran a Jeff a Attica, urgente informarse Kensington Manor, Richmond Road 28, y que mandaran a Billy localizar dirección del teléfono que figuraba en aviso subasta, averiguar discretamente todo, y el presidente del club, sí cómo no, él recordaba a Chris Maxwell, había estado en su *manor* en Attica, muy aficionado al ajedrez, amigo personal Capablanca, Lasker, Alekhine, y a las 21:10 Jeff asegurando Attica falsa dirección, en Attica ningún Richmond Road, ninguna Kensington Manor y Charlie que sí, que existió un inglés dueño de un Kensington Manor y Jeff, que sí, que *of course, sure*, él ya lo había encontrado pero en otra dirección, y hoy propietario ningún Maxwell sino institución pedagógica para sordomudos donde nada saben de subastas ni de Capablanca, y Billy que el teléfono donde se pedían los turnos correspondía casa muy curiosa en forma de torreón, construida sobre un molino restaurado en el extremo de Long Island y dueños de la casa los Togawa matrimonio joven origen japonés, pero habían alquilado la casa a otra gente y últimamente por la mañana llegaba mujer rubia, entraba con carro al garaje a las 07:30 y se iba poco después, nadie la vio fuera del carro y otra vecina informando que la señora Togawa diseñadora de modas, trabajaba para una firma del Village y Billy, sí, por eso mismo la buscaba, él quería hacerle una oferta, ¿no tendría por ahí un teléfono?, bueno ella no tenía, pero seguramente Sarah Graves, que vivía en frente, y Sarah sí, muy *cooperative*, muy amiga de la jap, y Billy, ¿puedo usar su teléfono?, *hello?*, señora Togawa?, sí, él había obtenido su dirección y no la había encontrado, quería proponerle un trabajo, y ¿había ido hasta el molino?, oh, *what a pity*, su esposo lo había alquilado por todo abril para filmar una película, ¿una película?, bueno, sí, dadas las características de la casa, se la habían alquilado a muy buen precio, pero justamente ese día, hacía un par de horas, la habían llamado para decirle que la película no se haría por el momento y que podía volver a ocupar su casa, de modo que si el señor hubiera demorado un día más, la habría encontrado en el molino, y Billy conjeturando que evidentemente le habían alquilado la vivienda sólo para disponer del teléfono.

De pronto, sintió necesidad de preguntarle una tontería:

—¿Y le pagaron el alquiler, señora Togawa?

—Sí, desde el primer día, todo por adelantado.

En los envases de champú habíamos echado dos tercios de agua oxigenada y un poco de jabón en polvo. La decoloración del pelo resultaba inevitable. Y al caspicida Jaspe, un ungüento verdoso que debía aplicarse durante media hora después de lavar el cabello seborreico, le habíamos agregado una anilina del mismo color. Era una maquinación bastante modesta pero eficaz.

El lío con Ripoll fue fenomenal. Como primera medida, por salvar su prestigio en el barrio, don Licinio había indemnizado con una suma importante a los tres damnificados (ese mismo día había aparecido otra señora con el pelo verde). Luego hizo desaparecer todos los frascos de champú Berenice y caspicida Jaspe, falsificados por él, y entabló una demanda contra el catalán. Supuso que los frascos que dieran lugar al escándalo procedían realmente del laboratorio Ripoll, donde quizá algún empleado descontento estaría sabotando la producción. Por guardar las apariencias y no despertar sospechas, don Licinio, a pesar de que falsificaba los productos de Ripoll, le seguía comprando pequeñas cantidades de champú y de caspicida; y para él, la única explicación de lo sucedido era que alguno de los frascos procedentes del laboratorio, que él guardaba en cajas separadas en su depósito, se hubiera mezclado, por negligencia mía o de Alfonso, con los producidos por él.

A fines de diciembre, don Licinio me llamó a su despacho y me entregó completos los sesenta pesos de mis ahorros. Se puso a hablarme de su buen corazón. Al fin y al cabo, lo de la balanza había sido un accidente, y yo era un buen muchacho. Él sólo me pedía que fuera muy discreto y nunca comentara con nadie lo que hubiera visto en la farmacia. Estaba comprando mi silencio. Temía que yo fuera a divulgar lo que sabía.

Cuando tuve los sesenta pesos en la mano, me di por satisfecho y hubiera deseado que la cosa acabara allí. Pero no fue así.

El catalán entró un día a la farmacia hecho una hidra, haciendo molinetes con su bastón. En cuanto tuvo a don Licinio a tiro, le sacudió un trancazo por el cuello que lo hizo huir y encerrarse con llave en su despacho. Desde adentro gritaba: «¡Llamen a la policía!». El catalán lo colmó de denuestos y se marchó con amenazas de pateaduras, tiros y toda suerte de catástrofes.

Cuando recibí los sesenta pesos que daba por perdidos, fui de inmediato a casa de Carlitos. Él no podía creer que don Licinio me los hubiera entregado completos y antes del término previsto. Al ver el éxito de mi maniobra, derrochaba un buen humor entusiasta: «¡Sos un cerebro, botija!», me decía.

Yo le anuncié que desde ese día no trabajaría más en la farmacia y le pedí que me ayudara a buscar otra colocación. Me propuso que fuera al otro día temprano a su casa, para llevarme a la imprenta de un amigo suyo, donde quizá me consiguiera una

changuita como aprendiz de tipógrafo.

Al otro día conocí a Granucci. Era un hombre alto, muy apuesto, de pelo blanco ondulado. Pasaba de los cincuenta. Hablaba muy rápido, con una voz cascada y pestañeaba incesantemente, como si le dolieran los ojos. Era un típico ejemplar de la guardia vieja: bromista, calavera, medio poeta. Aunque mucho mayor, había sido empleado de la misma firma donde trabajaran Carlitos y don Licinio.

Con su gracia y adornando mucho las cosas, Carlitos le contó la que le habíamos hecho al gallego. A Granucci le encantó. Soltaba unas risotadas estrepitosas. Carlitos le refirió luego la historia de los sesenta pesos y se deshizo en elogios sobre mis buenos sentimientos y sobre el regalo que yo le quería hacer a Lucho. Le dijo que me quería como si yo fuera su hijo y que no iba a permitir que siguiera trabajando con el gallego. Granucci tendría que darme una changa en su imprenta.

—¡Pero che, Pimentón!, ¿qu'es lo que vos querés? —lo interrumpió Granucci con cara de alarma—. ¿Que meta a este pichón de Maquiavelo en la imprenta, para que cuando se cabree conmigo me joda igual que al gaita?

Quedamos en que el lunes yo empezaría a trabajar como aprendiz de tipógrafo.

Supongo que Granucci también tendría alguna cuenta que cobrarle a don Licinio. Evidenció un exagerado interés por los detalles sobre la falsificación del champú y caspicida. Me hizo muchas preguntas. Tomó nota de la dirección aproximada de los damnificados y de los Laboratorios Ripoll. Por mí se enteró también de que don Licinio había sacado una patente para fabricar preservativos. Parte de mis tareas era enrollarlos en un falo de madera y empaquetarlos en unos sobrecitos amarillos, donde se veía un gallo rojo, de pechuga altanera.

Unos días después, buena parte del centro de Montevideo, por la Avenida 18 de Julio, por la calle San José, por todo el sector donde vivía la clientela de don Licinio, amaneció inundada de unos impresos mimeografiados donde podía leerse:

¡Traquetéele!

¡Traquetéele!

¡Traquetéele a su novia, con condones marca Gallo!

Fabricados por don Licinio Lobo, con patente 675 165 del Ministerio de Industrias, bajo la esmerada supervisión técnica de la químico-farmacéutica doña Teresa Cortés de Lobo.

Adquiéralos en FARMACIA MODERNA.

Abierta todos los días hasta las 12 de la noche.

San José y Río Branco, tel. 88-5-32.

En las semanas siguientes, que eran de carnavales, siguieron circulando textos

cada vez más picantes redactados por Granucci, donde divulgaba las peripecias de la clientela de la Moderna. Luego apareció una misteriosa revista con caricaturas en colores, donde se veían melenas verdes, gente llena de granos por haber tomado un jarabe para la tos; bizcos, tuertos, cojos, que habían comprado aspirinas, chicles o caramelos a don Licinio; en fin, preservativos voladores en distintos colores y diseños: el modelo Ariete, el modelo Banana, el Veinticuatro extra-largo de cornisa volada, el modelo Consuelo, el Suspiro de Monjas, etcétera. Según supe, Ripoll había contribuido con una suma para los primeros números de la revista, que incluía bastante pornografía y humor grueso. Se difundía de mano en mano y con éxito. Granucci debió de ganar bastante con ella.

PRIMERA JORNADA

Fue mi padre, don Juan Cancino de Mendoza, un caballero sevillano, con solar en Carmona, que probara nobleza en la Orden de San Juan de Jerusalén y en la Real Chancillería de Granada; y mi madre, Cornelia van den Heede, hija de un mercader de Flandes. Cuando alcanzó mi padre edad de tomar estado, propuso de seguir el ejercicio de sus mayores, que fuera el de las armas, y sentó plaza en Palencia, bajo la bandera de un capitán llamado don Lope de Cerdeño, quien por la fidelidad y denuedo con que mi padre le sirviera, le guardó gran amistad y diole su hija en matrimonio. Hallándose en quinto año de servicio, que fuera el de mil y quinientos y sesenta y seis, fuese mi padre con el sobredicho Cerdeño, adonde lo llamara el Duque de Alba, que a esa sazón alistaba sus ejércitos para domeñar Flandes, siendo que allí los calvinistas habíanse conjurado para ofender a la Iglesia y al rey don Felipe II.

Pasado que hubo mi padre por Sevilla, por dejar en su solar de Carmona a la mujer encinta, que luego murió de sobreparto en naciendo mi hermano Lope, partióse con Cerdeño a castigar, diz que la demasía de los calvinistas.

Cerdeño fue muerto en combate de allí a poco, y mi padre salió, al cabo, al cabo, con ser teniente, no menos por su fortuna que por sus merecimientos, pues mucho afaná por quebrantar la soberbia flamenca, en honra y provecho de su rey y del Duque de Alba. Mucho acreció mi padre su hacienda en los días en que los ejércitos españoles, con licencia del Duque, entraron a saco la muy próspera ciudad de Harlem. Mas el rey don Felipe, en dándose cata del fracaso de sus armas en Flandes, determinó de retirar al de Alba. Y después acá, tomado que hubieron los españoles la ciudad de Amberes, do tenía su asiento principal toda la máquina y conjura calvinista, que el Duque no había podido concluir, cúpole en suerte a mi padre servir en ella durante ocho años.

En el año de ochenta y tres, el Cielo fue servido de darme a ver su luz, y pasado que hubo otro, un rumor que no de leve causa procedía, hizo a mi padre, a esa sazón capitán de una compañía, blanco de la furia de los calvinistas, que por entonces pisoteaban bulas y pragmáticas, y porfiaban que don Juan Cancino, notadísimo en Amberes, diz que por perseguir sin desmayo la herejía y desobediencia de los flamencos, había dado orden en socorrer y ocultar en su propia casa, al asesino de Guillermo de Orange; y en sazón semejante, por hurtarse al perseguimiento de todos cuantos fanáticos podían matarle, huyó mi padre, secretamente, con dos de sus criados y sus bien herradas bolsas, y yéndose por la derrota de Alemania y Austria, alcanzó Nápoles en pocos días, de donde pasó, en una galera, al puerto de Cartagena, y de allí a Sevilla, con próspero viaje.

Cuando yo no había hecho aún los dos años, llevóme mi madre consigo a una

villa holandesa puesta muy cerca a la ciudad de Groninga, donde unos primos suyos tenían un castillo, cabe la ribera del mar. Tanto le plugo este retiro con el tiempo, cuanto le puso en confusión al principio, el mandato de su primo el gobernador de la villa, de ocultar su matrimonio con un soldado español, y de tornar a la fe calvinista, que ella había tenido de renunciar para sus desposorios con mi padre. A esa sazón, flamencos y holandeses culpaban al Duque de Alba y a la Santa Inquisición de crueldades sin término, y porfiaban que se les restituyese lo que tan contra razón se les había usurpado.

Allí pues, fray Jerónimo, hube de criarme hasta edad de quince años. Viví rodeado del amor de mi madre, lejos de toda zozobra, siendo que a los apartados fines de Groninga no alcanzaba el estruendo de las armas; y allí crecí, jugando con los muchachos de la comarca, de los que en nada me distinguía, a no ser por mis mejores ropas y modales, pues eran mis cabellos rubios y mis ojos azules, cual los tienen casi todas las gentes en Holanda. De otra parte, sólo hablaba el flamenco y holandés, que el castellano no hube de aprenderlo sino mozo ya. En Groninga híceme buen jinete, cazador y algo marino, pues los primos de mi madre, eran ricos armadores que enviaban naves a comprar lana a Inglaterra, especias y cristales en Venecia, paños y sedas en Florencia, y que luego vendían con provecho entre suecos, rusos y polacos; pues es cosa averiguada que los principales de Flandes y Holanda, tienen el ser mercaderes, y todas las circunstancias al tal ejercicio atañederas, por cosa de todo punto honesta y aventajada, y en ninguna manera sienten con ello anublarse su honra, como aviene en nuestra desventurada España.

Mi madre fue mujer discreta y de natural gentil. Mucho miré en mi infancia la dulzura de sus ojos y lo bien entendido de su espíritu. A lo que ahora se me alcanza, curóse sobremodo de mi buena crianza y en Groninga púsome profesores de esgrima, latín y matemáticas, entretanto que un su primo, que fue hombre instruido y por haber perdido una pierna defendiendo a Amberes durante el sitio, vivía recoleto en el castillo, dióse con esmero a cultivar mi ingenio en las intrincadas razones de la lógica, en las discreciones de las letras, en las grandezas de la historia y en las invenciones de la música y la pintura, amén de los fundamentos de la fe calvinista, en la que me educaron.

Del autor de mis días y de mi hermano, nada supe cuando pequeño; y a lo que creo, por no acuitarme, mi madre no me habló de mi linaje español hasta tener yo edad de trece años. Hasta ese punto, tenía me por huérfano de un náufrago holandés fallecido en el año de mi nacimiento. En refiriéndome la historia de mi verdadero padre, mucho curóse ella de callar las sinrazones y atropellos que cometiera en Amberes, como asimismo lo atingente a la muerte del de Orange; pero a poco a poco, en haciendo cuenta de las razones pasadas entre los mozos del castillo y los aldeanos del lugar, fui dándome cata del mucho abuso en que tuvo asiento mi linaje, y mucho

afané por confutar en mi ánimo los argumentos que desde mi primer entendimiento y discurso, yo mismo levantara contra los españoles. El tío Jan, un aldeano ya en días, apersonado y con sus ciertos puntos de sabio, que enfurtía paños en un lugar sombroso, cabe la ría de nuestro molino, solía hablar en muchas y diversas razones, con grande alteza de conceptos, y contaba historias llenas de donaire, de suerte que los muchachos de la comarca, acudíamos al batán por oírle; y nos deleitaban sobremodo las consejas de Till Eulenspiegel, un pícaro flamenco que siempre hacía mofa y escarnio de los españoles. Después de mi padre, fue este hombre simple a quien yo más miré en mi infancia, pues sus imaginaciones y moralejas parecíanme niveladas con el fiel de la mismísima razón, y cuando hube colegido que mucha cuenta tenían con las injusticias de los de mi raza, llenéme de tanta confusión y desasosiego, que volví junto de mi madre, única remediadora de mis cuitas, a que sin ninguna sofistería, me diese entera y particular cuenta de la historia de mi padre. Ella, quien según se me alcanza, nunca había acertado a abonar el que a su esposo nada se le diera en acabar la vida de tantos inocentes, por lo que ella misma, aun bien que mucho lo quisiera, tuvo de renunciar el seguirle, púsose a llorar toda turbada y salió con decirme que así había hecho mi padre, por cumplir puntualmente los mandamientos de su rey y señor, y lo tal, para quien profesara el estado de las armas, antes es honra que vituperio.

Mas yo, viendo que inméritamente tenía de cargar culpas y lastar por las crueldades del rey don Felipe, del Santo Oficio, del Duque de Alba y de las demasías de mi padre, como asimismo de tantos abusos y sinrazones como cometieran en Holanda los tercios españoles, avergoncéme de mi padre y maldije mi estirpe. Sin embargo, a obra de algunas semanas, mudé parecer de todo en todo, y ya no quise saber si eran verdaderos o falsos los argumentos levantados contra mi padre, que corrían por toda Holanda en estampa. Discurriendo a mis solas y a mi modo, al cabo persuadíme que iba muy puesto en razón cuanto él hiciera, y era cosa de poco momento, en confrontación de otros hechos de la historia; pues es razón averiguada que los vencedores, constituidos en mandos y en oficios graves, o quier por la misma confusión que trae consigo la guerra, nunca usan blandamente de sus privilegios ni de sus armas, sino que llevan por fuerza a los vencidos a obedecerlos en todo, pues entienden que el serlo les obliga; mas como lo tal no es bastante a que obedezcan de grado lo que les cumple, ni hay remediarlo por las buenas, siempre el vencedor da con ello disculpa bastantísima de la crueldad con que reduce a los vencidos. Y así, a poco a poco, avínome apartar mientes de aquellas mis cuitas y de avergonzado y corrido, volvíme en orgulloso de llevar aquella sangre que había domeñado tantas tierras y naciones; de suerte que un día, cuando tenía alcanzada edad de quince años, que fue en acabando de morir mi madre, diputé que nada me forzaba ya a enfrenar la lengua por tener secreto mi origen, y declaré muy al vivo y me ufané ante varios

aldeanos, de mi linaje español y de ser hijo de don Juan Cancino de Mendoza. A lo que creo, hícelo de industria, porque todos se desviasen de mí, y mis tíos acuciasen de enviarme a España junto de mi padre. Luego de la ruina de Amberes, tres de los hermanos de mi madre, salvando lo que pudieron de su hacienda, habían pasado a Amsterdam, y con ayuda de sus primos, mucho habían prosperado en la trata de las especias, para lo cual armaban bajeles que se partían hasta las islas del Oriente.

Y así busqué a mi tío Teodoro, que era quien más se curaba de mí, y declaréle lo que me había venido en voluntad. Él predicóme y persuadió que estuviese en razón, mas no pudiendo reducirme, y viéndose a tiro de ballesta que ya nadie podría ponerme en pretina, hubo de conceder con mi demanda. Envió un propio a Amberes, que diera embajada de mi pertinacia al Conde de Peñafior, maestre de campo del difunto rey don Felipe II, quien ese mismo año había subido al trono de España. Este, que fuera grande amigo de mi padre, hízolo sabedor de mi deseo, y él, no nada perezoso, escribióle diciendo que le hiciese merced de enviarme con el primero que topase. ¡Oh, cómo me holgué de saberlo! Me encomendaron a un correo que se partía a la corte, con el registro y fe de las alcabalas de Su Majestad, a la sazón en Aranjuez, y que iba escoltado por una compañía de la que era capitán un sobrino del Conde. Desde Amberes hasta Bilbao, nuestra flota tardóse siete días, y de allí a más diez, que fue el último de noviembre, parecieron ante mis ojos la Torre del Oro, la famosa Giralda y las amenas riberas del Guadalquivir.

Mi padre frisaba ya con los sesenta años y vivía en Sevilla con mucho recogimiento, y las más veces, en oración. En llegando al solar, acogióme bondadoso, mas mi hermano Lope, maguer que simulara las sólitas cortesías, no se holgó entre sí de mi llegada y después acá hubo de sacar a plaza la mucha ojeriza que me tenía solapada.

Pagóme mi padre un maestro que me enseñara el castellano y los fundamentos de mi nueva fe católica, que abracé con fervor; y de allí a poco, envióme a una escuela para nobles, en Córdoba, dónde me estuve dos años y fui alumno aventajado en todo, pues aquel mi tío flamenco, viudo y sin hijos, no había encontrado para su soledad mayor confortación que darse a enriquecer mi ingenio y lo tal había hecho con mucha severidad y buen término. De otra parte, en Córdoba sufrí muchas afrentas, pues algunos mancebos menospreciaban mi sangre flamenca, y los más puntosos y estirados se desviaban de mi compañía; aun bien que en punto a disputas y duelos, hubieron de tenerme respeto, pues no era yo empachado para trabar cuestiones, ni me hacía ventaja el mejor peleante de mi escuela, y todas veces que me tocaron arma, fui notado de ser no nada tardo en airarme, y de no mirar ni a rey ni a roque, ni de temer linajes, por levantados que se fuesen.

Concluido el segundo año de mi estancia en Córdoba, mi padre, con muy buen discurso y por verme mejorado en hidalguía, determinó que yo viviese en lo adelante

con todo el predicamento de un mancebo principal. Acomodóme de las mejores galas y me envió a estudiar leyes en Alcalá de Henares, anteviendo que así saldría yo aventajado en luces, con quien aquistar buen estado y abundosa hacienda. Llegué a Alcalá con mucho entono y atildadura, caballero en un corcel remendado y en compañía de un criado. Érame ya tan manual el romance castellano, que nadie podía darse cata de mi origen flamenco, y allí fui, vez primera, don Álvaro de Mendoza. Volví a holgarme en una vida sin estorbos, atendiendo de un lado a mis estudios, y andándome de otro, demasiadamente de lascivo y rijoso, en lances que me llevaron a cometer algunos pecadillos; mas hoy, tras haber pecado tanto y haber profesado ejercicios y menesteres que van tan desviados de lo político y honesto, ha mucho que se me han partado de las mientes.

La víspera del día de San Juan, del año de mil y seiscientos y tres, mi padre mandóme llamar a Sevilla. En acogéndome con amorosos brazos díjome que iba su salud muy quebrantada y anteviendo que de allí a poco había de entregar su alma, pidióme que le estuviera atento a lo que quería darme, sus consejos de cómo haberme en la vida; y declaróme que mirase más a la buena fama que a la vanagloria, y a las verdades de la religión que no a los halagos del siglo, y pasados que hubieron tres días en declaraciones de este jaez, en acabando de cenar todos tres en buen amor y compañía, levantados los manteles y dadas gracias a Dios y agua a las manos, hizo que mi hermano Lope le prometiera curarse de mí, cual si yo fuera su propio hijo, pues érame mayor en diez y siete años. En viéndome aún muy muchacho, y por otras que diera, al parecer justas razones, quiso que Lope, más adulto y encaminado en la vida, sobre dirigir mis actos y velar en pro de mi persona con saludables advertimientos, tuviese cuenta con el albaceazgo de mi hacienda, hasta que ya estuviese yo en situación de tomar estado.

A esa sazón, requebraba yo con muy buenos propósitos a la hija de un Caballero de Calatrava, andaluz de origen, que vivía en Alcalá, había ya muchos años, por haber casado con una dama principal de la ciudad. Llamábase él don Alonso de Fuentearmejil y eran tantas las partes con que el Cielo había enriquecido a su hija doña Mencía, que en el punto en que mis ojos la vieron en toda su entereza y natural conformidad, hícela señora absoluta de mi alma. Su padre, que la guardaba con mucho recato y encerramiento, en viendo que yo le pedía licencia de comunicarla con tan bien criadas ceremonias, y averiguado que hubo de mi linaje y la hacienda de mi padre, consintió en que yo la cortejara honestamente, y que la acompañara a misa los domingos, cuando acudía con su aya a la capilla de San Ildefonso. Ella, de su parte, volvíame el recambio, declarándome en billeticos el amor que me tenía, y haciéndomelo ver en sus ojos, y en los que me daba, amorosos apretones de manos, a hurto del aya, en San Ildefonso.

Había al pie de un mes que mi padre me llamara junto de sí, cuando llegó al cabo,

el día de su muerte; y mi hermano, a quien con mejor vocación llamara mi verdugo, haciendo orejas de mercader a mis súplicas, negóse a cumplir su promesa y defendióme la puerta de la casa paterna. Sólo fue servido de ofrecerme cuatrocientos ducados para el mi regreso a Holanda, y que allá me lo hubiera. Sin tener a quién reclamar el derecho de aquel tuerto, envuelto y revuelto en tamaña pesadumbre, volvíme a Alcalá, por ver a mi amada e implorarle que hiciéramos pacto y concierto de aguardarnos. En el entretanto que cabalgaba de regreso, guiado de mi mozo y desbaratado discurso, había hecho prosupuesto de regresar a Amsterdam, junto de mis tíos, porque me ayudasen a acomodarme de hacienda, con que ofrecer a Mencía desposorios, en paz y haz de la santa madre Iglesia Católica Romana.

Escalé su balcón a la medianoche y cuando le referí mi desventura, acongojóse, deshízose en ayes y suspiros, me abrazó y besó sin melindres, y con tanto amor en la boca, que contra toda mi mejor intención y prosupuesto, vencióronme sus lágrimas, movióme el calor incitativo de su cuerpo y concluí en robarle la honra, sin que ella me hiciera resistencia; por donde se arguye que uno es lo que proponemos, y otro lo que Dios dispone.

Excuse Vuestra Merced, que en esta, mi primera jornada de confesión, no haya ahorrado la diligencia de declarar puntualmente los hechos de mi linaje y nacimiento, mas por lo que se sigue en las venideras, echará de ver que lo tal esme forzoso y mucho va en ello, para conocer las causas que me arrojaron a tanta desventura, como ha sido, desde ese punto, el discurso de mi vida; y juro en Dios y en mi conciencia, que he de referirle toda la verdad, sin faltar un átomo a la sustancia della, y encerrándola en las que pueda, más breves y escuetas razones; aun bien que a las veces, tendré de dilatarme aposta, en comentarios que sin mudar aquesta ni alterarla, vengan al caso de esclarecerla, y a las otras, en semínimas de algunos acaecimientos, que de no, nadie los tuviera por verosímiles ni contingibles.

HISPANOHABLANTE CON PASAPORTE VIGENTE

A las once de la mañana, Eva le pasó un sobre lacrado a su nombre, que acababan de subir de la portería. Gainsborough lo rasgó y encontró dos hojas manuscritas. En la primera decía:

12 de abril de 1976

Estimado señor Gainsborough:

No pude asistir a nuestro encuentro en Park Avenue porque hoy a las 07:02 me secuestraron. Estoy bien. Le ruego obtener del señor Geneen la autorización para pagar mi rescate, por un monto de un millón ciento once mil dólares que abonaré en cuanto me liberen.

Le ruego tenga en cuenta que cualquier intento de rescatarme por otros medios, sólo puede conducirme a la muerte.

Lou Capote.

La carta había sido escrita y firmada por el propio Capote. La otra carta, aparecía en letras de molde muy parejas:

Estimado señor Gainsborough:

Por las fotos adjuntas puede usted ver que el señor Capote se encuentra con vida y en buen estado. Observe la foto número seis, donde está leyendo una edición del *New York Times* del día de hoy. Y seguramente vivirá muchos años si ustedes son tan sensatos como él.

Por el momento, se encuentra recoleto en una casa de este país cuyos accesos están conectados a un sistema electrónico de señales, y cualquier intento de penetración, incluso perforando las paredes o el techo, provocaría la voladura del local.

El señor Capote tiene provisiones para veinte días, medicamentos, condiciones higiénicas, confort, todo cargado a la cuenta de los ciento once mil dólares que exceden el millón solicitado como rescate. (Tenemos por norma cargar el monto de la invertido en nuestras operaciones a la cuenta de nuestros clientes. Nos gusta operar con cifras redondas y limpias. Eso simplifica nuestra teneduría de libros).

Consiga los US 1 111 000 (un millón ciento once mil dólares) cuanto antes, distribuidos de la siguiente forma:

2 500 billetes de US 100 = 250 000

18 050 billetes de US 20 = 361 000
50 000 billetes de US 10 = 500 000
TOTAL.....: 1 111 000

Consiga también una persona de su confianza que sepa algo de español, no padezca hipertensión ni trastornos cardíacos, para viajar con el dinero al exterior. En cuanto todo esté listo cuelgue una tela roja sobre las persianas de su despacho del piso diecisiete, y espere nuestras instrucciones para la entrega del dinero. Tan pronto lo tengamos a buen recaudo, recibirá usted las claves para desconectar la red de explosivos de la casa donde está el señor Capote.

Atentamente,

Familia Maxwell.

Good heavens! ¿En qué lío andaría metido Lou Capote?

¡Lamentable! Muy lamentable sería que los microfilms de Fynn cayeran en manos de gente irresponsable. La ITT podía verse envuelta en un escándalo.

Geneen discutía con un grupo de petroleros tejanos, cuando vio encenderse una lucecita roja a espaldas de los visitantes.

Le indicaba que debía salir de su despacho a la sala contigua por algo muy urgente. Era Gainsborough. Lo estaba esperando de pie. En treinta segundos le explicó la situación de Capote. Geneen palideció. Dio unos pasos por la habitación y autorizó a Gainsborough a que hiciera lo que estimase conveniente. Hacía falta que Capote apareciera cuanto antes, sin mirar en gastos.

Geneen volvió a su reunión y Gainsborough al piso diecisiete.

—Por favor, señora Rains: ¿podría usted conseguirme cuanto antes una tela roja?

La inmutable Eva quiso saber de qué tamaño.

—Un metro por dos.

Steve se quedó mirándolo boquiabierto, con un papel en la mano.

—Hay que solidarizarse con el Primero de Mayo... —comentó Gainsborough, y sin ningún deseo, armó su única sonrisa del día.

La noche precedente se había alarmado mucho al informarse de lo averiguado por Charlie Price y su gente. Y el anónimo recibido evidenciaba que los victimarios de Capote no eran delincuentes comunes. El haber adquirido el molino nada más que para recibir las llamadas de teléfono; la redacción del anuncio de la subasta; el hecho de que, en efecto, hubiera existido un tal Christopher B. Maxwell, propietario de un Kensington Manor en Attica y amigo de Capablanca, revelaba un conocimiento o una investigación del caso impropia de maleantes a granel. Esta era sin duda gente con un gran kilometraje en delitos de altura, que si se apoderaban de los microfilms y olfateaban un negocio importante, tratarían de averiguar. ¡Peligrosísimo! En pocos

días la CIA, el Pentágono o la Marina, descubrirían los manejos de Fynn con Capote. En el mejor de los casos, la ITT podría verse envuelta en un chantaje monstruoso; y en el peor, en un escándalo nacional sin precedentes.

No era para bromear.

Cuando sintió aumentar el desasosiego, salió del edificio y se puso a caminar por el Central Park. Trataría de apaciguarse mediante la reflexión. Sobre todo, necesitaba ordenar sus ideas antes de volver a reunirse con Charlie Price.

Sentado ante un banco del lago pensó que, obviamente, por elemental cautela, Capote no había mencionado en su carta los microfilms. Pero el hecho de que los secuestradores tampoco los mencionaran, quería decir una de dos cosas: que Lou no los llevaba encima en el momento del secuestro; o que los llevaba y se los cogieron, pero aún no sabían qué valor tenían y andaban averiguándolo.

No tuvo su primera sensación de alivio hasta vincular esta reflexión con lo que comentara la criada de Lou. Dijo que antes de marcharse a las seis y media, Capote le había anunciado su regreso a la casa, unas dos horas más tarde; es decir hacia las ocho y media. Y Gainsborough pensó como cosa muy, muy probable, que Lou se propusiera regresar a las ocho y media a su casa para recoger los microfilms. Eso le daría tiempo de estar en Park Avenue a las nueve y media, hora en que Geneen lo citara. Parecía una precaución exagerada. Parecía. Quizá no lo fuera. Nadie podía saber a dónde fue Capote. Las tres techos rojos y el número 888 seguían siendo una incógnita. ¿Habría en todo aquello de su visita matinal a los falsos Maxwell que firmaban la carta, algo que le hiciera temer por los microfilms?

Era ocioso especular. De momento, lo único sensato era rescatar a Capote cuanto antes. Si se lograba, ya habría tiempo para indagar quiénes lo habían secuestrado.

Jesus Christ! ¡Quién se lo iba a imaginar! ¿Y qué pensaba hacer míster Gainsborough?

Pagar cuanto antes, Charlie, cuanto antes, documentos muy comprometedores en danza, y Capote único podía informar adónde estaban, ese día debía entregarlos a Gainsborough, ojalá depositados lugar seguro antes secuestro...

¿Y el carro?

Oh, absurdo perder tiempo buscar carro Capote New York.

¿Charlie hablaba español?

Sí, míster Gainsborough, aunque muy mal.

¿Padecía alguna cardiopatía?

No.

¿Presión?

120 con 80.

Bien, Price preparado salir cualquier momento a partir día siguiente entregar

dinero rescate Lou, operación *very very* comprometedor para confiarla otra persona, momento oportuno Gainsborough explicaría más detalles.

Cuando me aparecí en casa de Lucho estaba muy demacrado. Tía Sara, algo alarmada, tartamudeó una bienvenida y se empinó en la punta de sus chancletas para besarme. Sus manos olían a sosa y lejía. Lucho me dio un abrazo. Estaba muy canoso y había perdido un par de dientes delanteros. Supuso que yo venía de vacaciones. Sin muchos detalles, le dejé entrever mi renuncia al sacerdocio. Discretamente, me sondeó sobre mis nuevos proyectos. Yo no tenía ninguno. De momento proyectaba trabajar en lo primero que hallara.

Lucho me oyó asintiendo, sin dejar de pedalear en su máquina.

Sara me hizo espacio en el mismo roperito cojo que antes compartiera con Lucho y el Toto, para reubicar mis pertenencias. Sentí tristeza y algún despecho. No creía merecerme aquel mueble por segunda vez. Tras haber vivido varios años en cuartos soleados, silenciosos, abiertos al aire seco y diáfano de las sierras de Córdoba, la pobreza de Lucho me agredía con el olor avinagrado de las colchas; se reflejaba en los espejos descascarados, en la cursilería del cuadrito versallesco donde un galán de empolvada peluca requebraba a su dama a la orilla de un lago; en el desamparo de los frasquitos de perfume vacíos que tía Sara adornaba con moños rojos y disponía en hilera, sobre una repisa cubierta por un papel de florecitas tijereteado en los bordes; era el traqueteo de la Singer, la radionovela de los vecinos, el chancletear de Sara con sus palanganas de ropa apoyadas en la cintura. Y no sé por qué turbiedades de mi alma, en vez de gratitud ante la renovada solidaridad de Lucho y los suyos, sentí una rencorosa aversión, como si fueran culpables de aquella pobreza tan llena de contenidos. Al tomar conciencia, sentí una repentina angustia. Quizá labajeza de aquel sentimiento, confirmaba la acusación de felonía con que me expulsaran de la Orden. Para reprimirlo salí a pasearme por la Rambla. Una hora después, con las técnicas suasorias que aprendiera durante los Ejercicios Espirituales, tras repetirme que eran mi única familia y mis benefactores de siempre, logré sustituir el rencor por un vago sentimiento de compasión.

De regreso pasé por casa de Carlitos. Me recibió con su vozarrón afectuoso y un abrazo palmoteado. También me produjo cierto desagrado. No me daba gusto reencontrarme con su vulgaridad. El pelo rojo se le había encanecido en las sienes. Muerta su mamá, se había casado con Tita, una mujer de mejillas muy rosadas, bobita, sonriente, bastante menor que él. Se mostró contento de verme. Le pareció natural que hubiese perdido mi vocación por el sacerdocio. Al calor de unas grasas que sirvió, se puso a jaranear. Como era de rigor, evocó las trastadas que le hicimos a don Licinio, y así supe que había vendido la farmacia y se había marchado a su pueblo.

Días después, un domingo, me invitó a almorzar en su casa. Tita preparó unos

ñoquis en mi honor. Después del almuerzo, en el que ambos tomamos mucho vino, anunció que iba a sestar y que si yo quería me acostara en el altillo.

En el acto me enamoré de aquel cuarto espacioso construido en la azotea, con un gran ventanal abierto hacia el mar. Esa misma tarde hicimos la mudanza. Carlitos no quiso oír hablar de alquiler. Mientras no necesitara nada mejor, el altillo era mío y gratis. Ni una palabra más.

Desde mi regreso me había puesto a consultar los avisos de *El Día* en busca de trabajo, pero no encontré nada. Fuera de los clasificados, había un llamado a un concurso de oposición. Se ofrecían cinco plazas para profesores de matemáticas en liceos del interior del país. La admisión de aspirantes cerraba a mediados de febrero. Al día siguiente fui a inscribirme. El concurso se efectuaría en julio, seis meses después. Cuando se lo comenté a Carlitos y le pregunté si mientras tanto no habría algún trabajo para mí en la Singer, declaró que yo no servía para vender máquinas de coser; y que en eso, él estaba seguro de no equivocarse. Estimó que yo debía tomarme esos seis meses para preparar el concurso. Él podía prestarme algunos mangos. Aparte de que las cosas en la Singer le marchaban mejor que nunca, se había hecho socio capitalista de un primo suyo diariero, y habían comprado un quiosco en Malvín que estaba dando mucha guita. Yo le pagaría cuando empezara a cobrar. Mientras tanto, que aprovechase lo que quedaba del verano, que fuera a la playa, que me distrajera, que me consiguiera una novia, en fin, que aterrizara. Y lo pasado, pisado. Él estaba seguro de que un cerebro como yo, no podía fracasar en el concurso. Y yo también lo estaba; de modo que acepté su propuesta.

Sin embargo, yo necesitaba ante todo exculparme. Bajo su fórmula de «felonía», los jesuitas me acusaron de traición y deslealtad a la Compañía. Se comportaron como soldados. Me abrumaron con su desprecio. Y desde que se produjera la primera crisis, nada me habían aclarado. Nadie se molestó en sacarme de errores. Y al prohibirme leer, me dejaron indefenso, asediado por las dudas.

En vez de ir a la playa, comencé a encerrarme desde la mañana hasta las once de la noche en la Biblioteca Nacional. Necesitaba un mano a mano con los Doctores de la Iglesia. Sólo ellos podrían apaciguarme. Si sus libracos daban la razón a los jesuitas, yo trataría sinceramente de remozar mi fe. Pero si mis intuiciones sobre la gracia o la fe resultaban certeras, me vería exculpado y podría buscar a Dios por otros caminos.

Tras leer el *Tratado de la Gracia*, comprobé que San Agustín era, *grosso modo*, como nos lo explicara en Nazareth el padre Grijalvo. El *Augustinus* de Jansenius me proporcionó cierto alivio y la sospecha de que los teólogos jesuitas desvirtuaban o no habían entendido a San Agustín. Pero el sosiego que buscaba no lo hallé hasta concluir la ardua lectura de Santo Tomás, en latín. El doctor Angelicus fue mi definitivo aval contra la teología jesuítica. La *Summa* representa esa armonía entre fe

y razón que yo ansiara desde niño, cuando preguntaba al padre Nuño si las matemáticas no eran tan verdaderas como la existencia de Dios. Al darme la razón, el doctor Angelicus me devolvió la paz. Llegué a embriagarme con su obra.

Un día en que andaba un poco acatarrado, leí de corrido desde la mañana hasta bien entrada la noche, sin pausa al mediodía. Me dio un mareo fuerte y tuve que esperar un rato, sentado, a que se me pasara.

Al otro día amanecí con fiebre y tos. Carlitos insistió en traerme a un médico del barrio que me encontró bastante anémico. Le conté que había pasado casi dos meses leyendo catorce o dieciséis horas diarias y comiendo mal. Fuera del café con leche, acompañado de bizcochos, pan y manteca, que Tita insistía en servirme, a veces me pasaba el día en blanco y por la noche sólo me cabía un sandwich, una pizza, o cualquier otra soncera. El médico me recetó vitaminas y sol. «¿Si no tomás sol, cómo vas a sintetizar la vitamina D?». No sé por qué, pero aquella falta de síntesis me asustó. En cuanto estuve mejor comencé a ir a la playa. Era a finales de febrero. Hacía ya un poco de frío y no había mucha gente.

En pocos días recuperé el apetito, cambié de color, gané optimismo. Pero más que del aire marino o del sol, disfrutaba yo de la vista de aquellas mujeres semidesnudas. Las veía pasar hundiéndose en la arena, tenderse boca abajo, cerca de mí. «¿Y por qué no?», me dije un día, en que me vi forzado a masturbarme bajo el agua.

El único pecado consistente, reiterado durante todos mis años conventuales, que yo confesaba con vergüenza y un sentimiento de indignidad, era la masturbación, en la que solía incurrir varias veces al día. Pero ahora era un seglar. Ya no estaba obligado por ningún voto de castidad. ¿Por qué no?

Una noche entré a un prostíbulo de la calle Rio Branco. Me tocó una rubia oxigenada de unos treinta años, un poco desgarrada pero muy bien de abajo. Cuando me lavaba con permanganato y me apretó el glande para comprobarme, estuve a punto de eyacular. Luego, me demoré segundos. Esa misma noche regresé excitadísimo y me tocó una gordita petisa. Mientras me desvestía ella canturreaba al unísono con Libertad Lamarque, que lloriqueaba madre selvas desde la radio. Ya abierta de piernas bajó el volumen pero siguió más atenta al tango que al coito; y en cuanto acabé, con la misma mano que bajaba un rollo de papel higiénico subía a Libertad en el dramático treno final. Recuerdo perfectamente que la penetré en «si todos los años tus flores renacen» y terminé en la prolongada pausa del «por qué ya no vuelve». Me vestí de prisa al compás de *El choclo* y ella, con la mirada ida, se tarareó un *croissant*. Curiosamente, ese profesionalismo descarnado me excitaba. Después de pagarle, me acompañó con los senos al aire hasta la puerta de su cuarto. Y esa imagen de la petisa me excitó durante semanas. Se llamaba Suzanne. Era francesa. Me contó que había emigrado por seguir a un milonguero que la alzó de Marsella. Al día siguiente me hizo la primera felación y quedé absolutamente

hechizado. Me convertí en su *habitué* de muchos días continuos. En ella descargaba los ímpetus que reprimía en la playa. Y ante tanta lujuria sentí necesidad de confesión.

Una tarde quise ver al padre Nuño y llamé por teléfono a la Sagrada Familia. Pero ya no estaba en el colegio. Dos años antes había sufrido una hemiplegia y la Orden lo había enviado a un retiro, en Peñarol. Supuse que estaría muy cambiado, senil quizá. Preferí no verlo y guardar el querido recuerdo.

Por esos días conocí al padre Castelnuovo. Era un hombre esbelto, muy dinámico, deportivo. Sobresalía como pelotaris en el frontón del Euskal Erría. En esa época era párroco de una iglesia del Reducto. Un tal Durán, que trabajaba en la Biblioteca Nacional, estudiante de escribanía, me lo había recomendado como buen teólogo.

El padre Castelnuovo había estudiado en Lovaina. Manejaba con soltura la filosofía contemporánea. Era un conversador ocurrente. Cuando le conté mis tribulaciones teológicas se echó a reír. «¿En qué mundo vivís, muchacho?». Me pidió literalmente que me dejara de joder con Santo Tomás y Jansenius. Quedé helado. Nunca había oído a un sacerdote hablar de vos ni decir palabrotas. Me explicó que nuestro siglo necesitaba católicos militantes, no exégetas. Por supuesto, estaba bien conocer la Patrística, pero no internarse por sus laberintos al punto de olvidar la problemática del siglo xx. Había que leer a Maritain, a los neotomistas, la obra de Mauriac, Bernanos, Papini, autores que abordaban el tema de la fe desde una perspectiva contemporánea. Y si San Ignacio fue grande, se debió a que supo ubicarse en su tiempo. Simuló asombrarse de mi ignorancia sobre los hechos de la Segunda Guerra Mundial. «¿Pero vos no comprendés que esto plantea problemas mucho más vigentes que las disputas entre Port Royal y los jesuitas?». Me despidió sin confesarme. No se sentía dispuesto a lidiar con un hombre del Medioevo.

Aquel cubo de agua fría produjo, algún tiempo después, sus efectos benéficos. Sentí necesidad de ponerme a trabajar. En otro aviso de *El Día* pedían «personas imaginativas y con excelente redacción para trabajo independiente y muy bien pagado». Llamé por teléfono y me dieron cita para tres días después, a las ocho de la mañana, en una escuela de comercio que quedaba en la calle Andes. El aviso había atraído a unas veinte personas, en su mayoría jóvenes. Nos hicieron tomar asiento en un aula y a las ocho y media apareció el señor Tejerías, atildado, oliendo a lavanda, en un traje sport muy bien cortado. Se presentó como gerente de Parnaso Ltda. en Montevideo, una agencia de representantes de artistas con sede en Buenos Aires, que entre otras actividades contratava libretos de radioteatro. La Parnaso suministraba argumentos esquemáticos que los plumíferos debían convertir en libretos conforme a una preceptiva elaborada por ellos. Los libretos podían contener entre treinta y noventa capítulos, para veinticinco minutos en el aire. Contra entrega de cinco capítulos, la agencia pagaba en el acto, a razón de tres pesos cada uno, pero se

reservaba los derechos de autor. Los que se sintieran capaces de realizar ese trabajo o dispuestos a aprender el oficio, que permanecieran en el aula, pues de inmediato se les iba a someter a una prueba. La mayoría se marchó. Sólo quedamos cinco o seis valientes. Hubo algunas preguntas sobre las características del trabajo. Alguien quiso saber cuánto demoraba un profesional en escribir un libreto para veinticinco minutos de actuación. Tejerías respondió con tantas digresiones que nadie pudo saber si se hacía en dos o en diez horas. Yo pensé que si algo de lo que Tejerías decía era verdad, con sólo trabajar por las mañanas podría obtener un sueldo mensual de unos ochenta pesos, que en ese entonces me eran muy atractivos. Si la cosa resultaba, tendría la ventaja de no verme supeditado a horarios ni a relaciones demasiado formales de trabajo. Decidí someterme a la prueba.

Primero llené una planilla con datos de identidad y luego un cuestionario sobre mis lecturas, gustos personales, etcétera. La prueba en sí era un test de capacidades literarias y muy original.

Bastaba con escribir una historia de no más de quinientas palabras, sobre una pareja de jóvenes que se encuentran en la calle. Podía hacerse con un tratamiento cómico o romántico. Pero si alguien hacía las dos historias en dos horas, tendría mejores posibilidades. Y si alguno de los candidatos era capaz de hacer poesía, podía componer un poema, libre o rimado, cuyo último verso dijera «el murmullo sombrío de los pinos».

La historia cómica me salió de inmediato. Me inspiré en el atildamiento de Tejerías. Imaginé un galán de los que en esa época se apostaban en las esquinas de la Avenida 18 de Julio a piropear mujeres. Una muchacha hermosa le sonríe. Mi galán la aborda valerosamente y al principio cree dominar la situación, pero poco a poco va dándose cuenta de que la muchacha le está tomando el pelo. Atusándose el bigote, él le pregunta qué impresión se había llevado ella, a primera vista. Ella le declara que le había parecido un tipo inofensivo. ¿Por qué? Por el bigote: un hombre de verdad no necesitaba llevar adornos en la cara. Además, las manos manicuradas, el saco entallado, la loción que se ponía, le confirmaban su conjetura inicial. Y al llegar a una esquina de la Plaza Libertad, le había presentado a un orangután de manos peludas que la estaba esperando. «Estos son los hombres que a mí me gustan», le había dicho al despedirlo.

La historia romántica transcurría al atardecer, en un parque abandonado. Era el encuentro de dos seres solitarios y todo el énfasis estaba en la descripción del paisaje.

Ambas historias eran bodrios, pero las había escrito en menos de una hora. Me di por satisfecho. En el poema, en cambio, me lucí. Hice dos sonetos. Uno en el estilo de Quevedo y otro en el de Góngora. Parte de los ejercicios que hacíamos en Nazareth, durante los cursos de literatura, era imitar el estilo de los líricos. Y con los del Siglo de Oro español habíamos trabajado hasta el hartazgo.

Después supe que la Parnaso Ltda. repetía quincenalmente la prueba en Montevideo y semanalmente en Buenos Aires. Era el semillero del que se nutría el negocio. A veces pasaban meses sin reclutar a nadie, pero les caían muchas ideas que luego se expandían y depuraban en manos de sus profesionales. Me consta que de allí surgimos varios calcógrafos rioplatenses.

En aquella ocasión les fue bien. Dos de los postulantes habíamos pasado la prueba. Al otro día, cuando llamé para conocer el resultado, me citaron por la tarde en una oficina del Palacio Salvo, donde volví a encontrar al gerente. Me dijo que mi prueba había sido la mejor. El lenguaje le sonaba un tanto intelectualista y los diálogos debían ser más pedestres; pero en general, como ejercicio de improvisación, mi prueba le parecía excelente.

Tejerías era un hombre práctico, y bastante más inteligente de lo que aparentaba. Durante años había sido empresario en teatros de zarzuelas. Era argentino de nacimiento, pero hablaba como madrileño. Había vivido mucho en España. Me recomendó que oyera programas de radioteatro y tratara de imitar la sensiblería consagrada por el público de amas de casa, árbitro indisputable del género. Sobre todo, que procurara cerrar los capítulos con escenas de tensión que aseguraran la continuidad de la audiencia. Por fin, me dio un guión escueto para treinta capítulos. Cuando terminara los primeros cinco, debía llevárselos. Si resultaban buenos, me los pagarían de inmediato, pero si no servían debía llevármelos y rehacerlos. Me advirtió que eso sería lo más probable durante las primeras semanas. A todo escritor novel le costaba aprender el oficio. Eso no se lograba de un día para otro; pero, en fin, yo era un hombre joven, talentoso, y si persistía un poco, me aguardaba un porvenir inenarrable, etcétera.

A la semana lo sorprendí con los primeros cinco capítulos. Tejerías no había pensado verme de regreso tan pronto. Los leyó y me los aceptó sin enmiendas. Ordenó que me pagaran, me felicitó y me despidió con una sonrisa. Los quince pesos, más algo que me prestó Carlitos, sirvieron para comprar una Underwood de segunda mano. Me puse a teclear febrilmente hasta que terminé aquel primer libreto. Hice dos más entre marzo y abril con los guiones que me daban. Invariablemente se trataba de historias de amor: un marino decepcionado de las mujeres, después de haber arrastrado su escepticismo por los siete mares, reencuentra el amor en un puerto perdido del Océano Índico; una madre que tras muchos sufrimientos consigue reconciliar a su hijo, mortalmente ofendido con el riquísimo padre por no haberle consentido matrimoniarse con una florista; un ladrón tipo Raffles que se regenera al enamorarse de una mujer a cuya casa había entrado a robar. Y así por el estilo. Bastaba con saberse algunos trucos.

Aburrido de los engendros, un día le propuse a Tejerías que me dejara desarrollar un argumento propio. Aceptó a condición de que le dejara ver el guión antes de

ponerme a escribir los capítulos. En tres días le preparé un argumento para sesenta programas. No era más que la adaptación al ambiente montevideano de los años cuarenta, de la novela *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, que acababa de leer. Le gustó y me pidió que lo escribiera. Lo terminé a razón de dos capítulos diarios en poco más de un mes. Sólo trabajaba por las mañanas. En julio de ese mismo año la pasaron por Radio Belgrano, en Buenos Aires. Tuvo un éxito considerable, tal como había previsto Tejerías, quien sin esperar el resultado me encomendó otros argumentos. Era algo nuevo, más fino, según decía entusiasmado. Me ofreció un peso más por cada capítulo si yo ponía el argumento. Aquello me resultó un negocio. Trabajando cinco o seis horas por la mañana redondeaba doscientos pesos mensuales, que para mis veinte años eran una fortuna.

Con el inglés que cursara en Nazareth, yo podía leer bastante bien la literatura británica del siglo XVIII. Me interesé por el período luego de haber descubierto en los catálogos de la Biblioteca Nacional, que había muy pocas obras traducidas al español, por lo menos en ediciones recientes. Me asocié luego a la biblioteca circulante del Anglo-Uruguayo, donde abundaban obras de Richardson, Fielding, Smollet, Goldsmith, Sterne, y comencé a plagiarlos tenazmente. La Parnaso Ltda. me ofreció entonces un contrato en el que aparte de los libretos que yo mismo escribiera, me pagarían a razón de dos pesos por capítulo, lo que ellos llamaban «guiones ampliados». Ya no eran las «morcillas» esquemáticas que daban a los plumíferos para elaborar libretos con su propia sazón y detalles *ad libitum*, sino una verdadera sinopsis, con descripciones más pormenorizadas de las escenas y ambientes, con personajes definidos *a priori* y con la trama bien cocinada.

La Parnaso comenzó a interesarse más por mi fertilidad argumental que por mis propias facturas literarias. Cuando llegaba a las oficinas me trataban como a un personaje. Luego supe que la agencia suministraba libretos de radioteatro a unas veinticinco emisoras del Río de la Plata y que luego negociaban o canjeaban con otras agencias de América del Sur, México y Cuba. La demanda era grande y prefirieron que yo les proporcionara cuatro argumentos mensuales y no un solo libreto, por bien escrito que estuviera.

Aquel trabajo se me hacía más variado y ganaba mucho más. Al principio, la lectura de los originales en inglés me tomaba demasiado tiempo, pero en un par de meses adquirí una aceptable soltura. Ya no necesitaba tanto diccionario. A veces alcanzaba a leer en una mañana una novela completa y luego convertía a un lord de Northumberland en un agente neoyorquino de seguros; hacía de su *manor* un inmueble de propiedad horizontal; resucitaba a Pamela o Clarissa Harlowe como eficientes secretarias; o despojaba a Roderick Random de su nacionalidad y lo convertía en un pirata holandés que en vez de sitiar Cartagena de Indias atacaba los saladeros de Maldonado y moría ensartado en el facón de un gaucho patriota. ¡Las

Musas me perdonen!

Por supuesto, ya en julio había renunciado al concurso de matemáticas. Me interesaba mantenerme en la capital, en contacto con el padre Castelnuovo, a quien había empezado a ver con frecuencia. Además, estaba satisfecho con lo que hacía. Era mucho mejor que lo que se oía habitualmente. Y me complacía el saberme solvente. Hice regalos a la familia de Lucho, a la esposa de Carlitos; en el altillo instalé libreros, un biombo, un escritorio de caoba labrada y varios sillones finos.

Me convertí en un personaje. Las amas de casa repetían mi nombre, mencionado en las radionovelas y comentaban los argumentos de mis libretos. El barrio me consideraba una celebridad. Y aquel mundo de fantasía sin frenos al que me lanzaba desde la cama, alternaba por las noches con mi lujuria prostibularia, pero ya sin tanto remordimiento gracias al padre Castelnuovo.

Desde la primera entrevista me había picado. Persuadido de que tenía razón, me tomé muy en serio su exigencia de ponerme al día con nuestro siglo. Por las tardes, después de mi trabajo, me ponía a leer tenazmente. Durán, el empleado de la biblioteca, me dio otra gran ayuda al ponerme en contacto con un tal Ramazzo que, desde hacía más de quince años, recortaba diariamente todos los periódicos importantes de Montevideo y clasificaba la información por materias. Era un hombre extraño, aficionado al ajedrez, al *bridge*, a las matemáticas y sobre todo, a hablar de la Segunda Guerra Mundial desde una perspectiva bastante izquierdista. Yo me lo gané por el lado de las matemáticas y luego me convertí en un *habitué* de su casa. A los dos meses ya estaba bastante al día. Y volví a ver al padre Castelnuovo. Complacido con mi reacción, me tomó bajo su tutela. Poco a poco me fue imponiendo de los problemas del cristianismo contemporáneo; me inició en el neotomismo, me habló de los curas obreros en Francia e Italia y me limpió la cabeza de lo que él llamaba mis «telarañas medievales». Él se había ordenado poco antes de la guerra y desde Bélgica había vivido de cerca toda la efervescencia filosófica y política de los años treinta. Su inquietud lo había llevado a tratar gente de todos los credos. Mantenía corresponsales y recibía publicaciones en varios idiomas sobre tópicos, para mí estafalarios, como el budismo zen, las investigaciones antropológicas en África, la actividad de los sectores protestantes y otros, que no imaginaba pudieran ofrecer interés a un párroco montevideano.

Un día le confesé mi preocupación por la lujuria de mis relaciones con prostitutas. Él comentó que eso estaba bien para aprender. Amar también era un oficio y convenía no tener conflictos al principio. Me aconsejó cuidarme de las gonorreas y buscarme a alguien que fornicara por amor. Y no me impuso ninguna penitencia.

Un sábado me llené de valor e invité a Graciela al cine. Era una muchacha esbelta de enormes ojos negros que trabajaba en la oficina de Parnaso Ltda. Tenía veintitrés años y vivía separada del marido, en casa de una amiga.

En el cine se mostró fogosa sin yo estimularla. Al salir fuimos a La Americana a tomar un cóctel; y cuando la acompañé hasta la casa me invitó a pasar. Ya era muy tarde y la amiga se había acostado.

Fue una noche memorable. Ella se divertía con mi torpeza. Decía estar emocionada por ser la primera vez que se comía un virgo. Y después supe que también había disfrutado de mi anatomía y juventud.

Al otro día era domingo y quiso que me quedara en el apartamento. Por primera vez falté a misa en muchos años. Nos pusimos a beber. Mientras ella cocinaba yo me sentí hombre. Me dejé la camisa desabrochada, como hacía Carlitos, para que los pelos del pecho me asomaran por encima de la camiseta. Estaba orondo de mi masculinidad.

Lucy nos había dejado solos por la mañana y regresó a mediodía. Yo estaba inspirado. Me puse a cantar y a hacer gracias que ambas me festejaron. De la euforia y el vino nació un personaje desconocido para mí. Graciela, manifiestamente complacida, me encerró en el cuarto y tuvimos otro *round*.

Además de hacer mis primeras armas en el amor, con Graciela aprendí también a beber, a fumar, a bailar y a vestir con alguna elegancia. Al poco tiempo comencé a ayudar con treinta pesos mensuales para el alquiler de sesenta que pagaban entre las dos, por aquel apartamento de la calle Convención.

Dejé de dormir en casa de Carlitos, pero iba todas las mañanas, desde temprano, a trabajar al altillo. Me había acostumbrado a la vista del mar, a los muebles y el silencio.

Mis amoríos con Graciela me robaban mucho tiempo. Para no disminuir mi ritmo de trabajo, estuve varias semanas sin ir a ver al padre Castelnuovo. Los domingos prefería oír misa en cualquier iglesia del centro, más cercana. Y un día en que volví al Reducto, me encontré con que Castelnuovo ya no estaba en su parroquia. Lo habían trasladado a Paysandú. Se había marchado la semana precedente tras una áspera disputa con la jerarquía del arzobispado, según supe después. Parece que la controversia era vieja, y de no haber sido por su excelente labor como párroco lo habrían demovido mucho antes. A él se debía la ampliación de la capilla con fondos recaudados en el barrio; había conseguido que el Municipio le cediera unos terrenos para construir una cancha de fútbol, otra de básquetbol y un club para obreros católicos. Tras organizar cruzadas populares para ayudar a las familias más necesitadas, había fundado una escuela nocturna, una biblioteca circulante, y sobre todo, mantenía la parroquia llena de fieles. Pero algo debió suceder en esos días para que lo retiraran tan repentinamente. Supe que un domingo, desde el púlpito, se despidió de su feligresía y se marchó sin comentarios. Fue para mí una pérdida importante.

SEGUNDA JORNADA

La voltería fortuna, que mis cosas de mal en peor iba guiando, quiso que doña Aurora, un punto antes de que riera el alba, acertase a penetrar en la alcoba, do nos vio a entrambos, desgreñados y en piernas. Alojaba ella en la estancia frontera de la de Mencía y nuestros congojosos suspiros y angustiosas lamentaciones no fueron bastante quedos, que no la quitasen de su ligero sueño, cuya ligereza no le venía de su mucha edad, sino del su grandísimo celo y de la prudencia y gravedad, que como aya de Mencía y superintendente de la casa, ponía por obra en todo cuanto hacía. Y en habiendo, como había en esa sazón en España, tantas dueñas de luengas y repulgadas tocas, que sólo sirvieron para perdición de castas intenciones, dio mi mala estrella, ¡pecador de mí!, en depararme a aquella doña Aurora, vigilante cual no lo fuera un Argos; y aunque más le suplicamos su silencio, fue predicar en desierto y majar en hierro frío. Luego, luego, descubrió las señales de la honra robada, y no hubo para mí, en el entretanto que ella corría a publicar el delito, sino levantarme en pie, calzar mis borcegués, vestir presto mis gregüescos, mi jubón, tocarme aprisa con mi montera de raso, y tras ceñir mi espada, deslizarme por el balcón que había escalado, de suerte que en tanta confusión y zozobra, quedó sobre una silla mi cuello almidonado, de grandes puntas y encajes, que había menester mucho trabajo para colocarlo, siendo que de ordinario vestía yo las ropas negras de estudiante, mas no así en aquella sazón en que de regreso de Sevilla, fuérame a buscar a mi amada, antes de hacer otra cosa alguna en Alcalá.

Y antes de añadir otras razones del infortunado suceso que me avino aquel día, debo decir que el mayor de los tres hermanos de Mencía era un mozo de hasta veintitrés años, que escogiera muy tierno aún el ejercicio de la armas, y había unos dos años, tomara estado como alférez de un capitán por Su Majestad, que lo era ya don Felipe III, bajo cuya bandera hacía por entonces la compañía en tierras de Ávila. El segundo hijo había vestido los hábitos de San Ignacio, y el tercero, que frisaba con mi edad, y era un mozo de natural muy colérico, había desgarrado de la casa unos años antes, cuando aún no había hecho los diez y seis, y ofendido por un mal tratamiento que le diera su padre, se había partido en busca de su hermano mayor, por entrarse en los tercios de Su Majestad; y lo tal hubiera hecho, si don Felipe, que así se llamaba el mayor, no le hubiera persuadido de que sosegase el pecho, que se dejara crecer un poco para llevar los trabajos de la guerra y se estuviese con sus padres, para darles buena vejez, siendo que él era el único varón joven que quedaba en la casa; y don Gonzalo, que así se llamaba el menor, determinó de regresar a implorar el perdón paterno, que le fue concedido en albricias. Ese mismo año, mediante el designio de su padre, que quiso darle estudio de leyes, se entró en la Universidad de Alcalá, donde de allí a poco cobrara fama de rijoso y mal estudiante. Este mozo, cuya historia hube

de conocer por uno de mis camaradas que bien lo sabía, a causa de que vivía pared y medio de los Fuentearmejil, era un año mayor que Mencía, y de los tres hermanos varones, el más devoto della, y tan sobremodo celoso de todos cuantos la requebraban, que sabedor de nuestros amoríos y encuentros en San Ildefonso y de ser yo bienquisto de su padre, jamás pasó comedimiento alguno conmigo y muy al contrario, mirábame fosco cada y cuando topábamos en los patios o claustros, o en las tabernas do se holgaba la turba alegre de los estudiantes.

Y en aquel amanecer de mis desdichas, traspuesto que hube las altas paredes del jardín de los Fuentearmejil, llegué en volandas a mi aposento, que lo tenía en casa de una viuda, partido con otros cuatro estudiantes, mudé presto mis ropas de camino por las de estudiante, bajo las cuales encubrí mi daga toledana y acudí a San Ildefonso, en busca de mi confesor. Quería alistarme a entregar el alma, pues daba por cosa de todo punto cierta y verdadera, que en semejante sazón, don Gonzalo ya habría hecho juramento de lavar con mi sangre la honra manchada de su hermana. Entre mí, propuse de aceptar con humildad mis culpas y desposarme con Mencía, y a fe que cualquier suerte la tuviese yo por bien empleada, a trueque de tenerla junto de mí; mas para ello era menester que don Alonso no formara escrúpulos en entregar su hija a quien había salido con ser un pobre corriente y moliente, sin hacienda ni renta, lo cual era yo, por perfidia de mi hermano Lope.

A obra de las siete, que fue en acabando la misa de seis, que dijera ese día mi confesor, declaré mi pecado, recibí la reprimenda y dispúseme a cumplir mis penitencias, mas antes que saliese, hinguéme sobre el altar de la Virgen, y por aquello de que «hombre apercebido, medio combatido», así del puño de mi daga y me alongué de la Iglesia a arrostrar lo que el Cielo fuera servido de enviarme, que no fue sino el topar de manos a boca a don Gonzalo, a vueltas de la primera esquina. Roguéle que nos desviáramos unos pasos del grupo que lo acompañaba, para pasar algunas razones, lo cual no pude acabar con él, pues saliósele la cólera de madre y me replicó que antes le sudarían los dientes que atender a mis súplicas y promesas, a quienes no tenía por legítimas sino por muy bastardas; y ante el corro de curiosos y estudiantes que se nos pusieron a la redonda, entre los cuales vinieron a hacer número dos de mis camaradas de aposento, don Gonzalo, al tiempo que desenvainaba el puñal, con una voz tremente y ronca, púsome cual no digan dueñas. Yo hube de sustentar sus denuestos sin tenerme por afrentado, y estúveme quedo, con la daga desnuda en la mano, maguer que sin ánimo belicoso, y antes deseando entre mí que alguien acertara a despartirnos; y ahora me doy a entender que de la mala conciencia por lo avenido la noche antecedente, me nació aquella blanda condición que mostré entonces. Don Gonzalo era un buen coto más alto que yo y estaba en opinión de ser bonísimo entre los duelistas de Alcalá, pero aquel día, incitado de la cólera y venganza que lo poseía, diputando que matarme era la cosa más hacedera y manual,

menospreciador de mi brazo, que no era lerdo ni menguado, mostróse tan en mi daño y acometióme de modo tan osado y de todo punto descompuesto, que al primer lance, sin cobrar ninguna herida, ni saber cómo ni cómo no, lo ofendí por el flanco del hígado, de suerte que vino al suelo traspasado de muerte.

Hubo razones y grita; alborotáronse los circunstantes; los amigos dél acudieron a su remedio y vieron luego que ya estaba los ojos vueltos y el aliento corto, dando muestras de que entregaba el alma; hurtáronme mis camaradas del gentío; corrieron las voces por la cuesta hasta el Colegio Mayor, do dieron en los oídos de un alguacil, quien con dos cochetes se puso en el lugar del duelo y conoció ser yo el matador del caído; pero a aquesta sazón, cuando aún no estaba enjuta la sangre de mi daga, hallábame ya caballero en otro sitio, decantado a obra de quinientos pasos, merced a un estudiante de mi parcialidad y grande amigo mío, que me proveyó de su mula; y ropero hubo que en daga las pajas y de muy buen grado, cambió mis ropas de estudiante por las de un mozo de mulas. A persuasión de mis camaradas púseme en cobro, pues no había dudar que me hallaba en muy grande aprieto, y la muerte de don Gonzalo me granjearía muchos, fuertes y peligrosos enemigos. Los duelos estudiantiles eran castigados con mucha riguridad por la Justicia aun cuando los más, no pasasen de leves heridas. Y el que yo hubiese matado a un mancebo principal de Alcalá, daría conmigo en una cárcel de la que ya nadie me ahorraría. Temí ese peligro, como era razón que lo temiese, siendo que no quería verme pie a pie y solo en aquella estacada y maguer que me quedaba un no sé qué de escrúpulo, no era en mi mano hacer otra cosa que poner tierra en medio, y así busqué coyuntura de partirme luego, luego, sin que persona me reconociese, tomando derechamente de Madrid la vía.

Sin haberme desayunado de bocado ni tener hambre ni por pensamiento, salíme de Alcalá con el alma en los dientes y combatida de mil contrarias imaginaciones. Pesábame por mi amada y pesábame también por su anciano padre, a quien yo privara en un solo día de dos hijos, pues para él no había sino dar orden en sepultar otro día al mancebo y ver a la que ya no era doncella, entrarse monja en un convento, lo cual no otra cosa es, sino darla por muerta. Y viéndome en esta guisa, burlador de la una y matador del otro, di en dolerme de mi suerte con tan verdadero dolor, que cayera en pecado de desesperación si el ángel de mi guarda no se curara de volverme en más cuerdo.

Y ahora abrevio, fray Jerónimo, que no hay más para qué alargue este sujeto, ni me ande refiriendo aquesta parte del discurso de mi vida, que nada hace al caso de aliviar mi alma de pecados, pues en esa sazón no los cometí sino de muy poco momento.

A salvamento entré en Madrid, a quien dejé a un lado por seguir el camino de Toledo; estaba de parecer que la Justicia del Rey menos se curaría de buscarme en la

ciudad del Tajo que en la del Manzanares.

Al cabo de algunos días, pese a aquello de que *animum debes mutare, non caelum*, cobré algún sosiego, respiró mi espíritu y volviéronme los pulsos, que desamparado me habían. Encubierto llevaba yo, entre los arneses de la mula, un esquero con los cuatrocientos ducados que me diera Lope para mi retorno a Amsterdam y tomando consejo de un mozo toledano, en extremo cortés y bien razonado, con quien hice camino y camarada, el cual mozo venía de servir como caballerizo a un corregidor de Guadalajara, compré un asno sardesco, más unas brazas de sogas y un par de cántaros, con que entrarme de aguador en Toledo, pues aseguróme que era aquel un oficio muy manual, en que yo ganaría de comer desenfadadamente, sin que nadie lo empachase, y así pensé yo ser bien ponerlo por obra, pues venía de molde con lo que yo había menester y me daría tiempo para el mucho que faltaba, hasta tanto se quietaran los ánimos en Alcalá y llegase el punto y sazón de volver a ella con algún disfraz, por conocer la suerte de la que yo había hecho señora de mi albedrío; y a fe que hubiera andado yo las siete partidas del mundo y los mismos senos de la tierra, sin dejar ostugo donde no buscara, hasta venir en conocimiento del lugar y sitio do estuviese; y así la guardasen con más encerramiento que de antes, yo buscaría coyuntura de enviarle un billetico y declararle cuán verdadero había sido con ella y cuán precipitoso don Gonzalo, y que yo no la había pretendido de burlas y que en las veras del amor que le tenía, no podían caber sino buenos propósitos, por todo lo cual quería hacer concierto con ella, de que me esperase o de partirse conmigo a Holanda, do me fiarían mis parientes, por ponerme en estado de no desdecir de su condición de gentes principales y ricas. ¡Ah, cuán de un sutil cabello tenía colgadas mis esperanzas!

En el entretanto, el oficio de aguador se me acomodaba muy a propósito, siendo que era horro de pecho y alcabalas y no tenía tropiezos ni ocasiones forzosas, ni había, como dicen, alambicarse el cerebro, ni usar continuo ni socaliñas, pues de mi mercadería hacíanme grata donación los raudales del Tajo, que en esa sazón iba crecido y casi fuera de madre; y por que nadie tuviese barruntos de mi verdadera condición, di orden en hablar como un mozo rústico y en el entero espacio que estuve en Toledo ni dormí en cama ni cené olla y aun bien que a escondidas lo hiciese, nadie me vio sustentarme sino de rajadas de queso y mendrugos de pan. Con aquella cubierta, nadie acertó a tenerme por gente mal entretenida, ni fui juzgado, ni preso por vagabundo, y una sola carga de agua, que vendía toda entre la morisma del Alcaná, era bastante a granjearme de comer y algo más, de suerte que no menoscabase los cuatrocientos ducados, mi única hacienda.

Al cabo de tres meses arreos, parecióme ser llegada la sazón y punto de poner por obra mi propósito, que hacía tiempo lo tenía fabricado.

En Toledo, había tenido cuenta, siempre que me salía de la ciudad, de andarme

descalzo, por endurecer mis pies y volverlos juanetudos y callosos, y cuando juzgué ser bien la partida, vendí el asno, la albarda, los cántaros y fuime en la misma mula del mi amigo estudiante, que en el entretanto me había guardado en su casa el mozo toledano, con quien hiciera camarada, en huyendo de Alcalá.

En Madrid, ofrecí diez ducados y mi ropa de aguador a un fraile mendigante, porque trocase conmigo su hábito, y como viese la mucha presteza y ninguna pregunta con que aceptó mi ofrecimiento, se me asentó luego que el tal fraile tenía más de embelecador que de vísperas. Me vestí de aquel hábito astroso y hediondo, y vínome bien, pues no tenía otra hechura sino ser de una tela basta que se ceñía con una cinta a cualquier talle y maguer que me hacía mucho asco me di a entender que no tenía de lavarlo, pues a los frailes mendigantes mejor les está oler a bacalao que a algalia. Otro día, una de esas viejas que hacen número en la canalla hechiceresca, y preparan filtros y ensalmos, proveyóme de un tinte negro e hice que ella misma me lo untara, con ocasión de que era yo un hidalgo que quería hacer monas a un pariente. Y esotro día, caballero en mi mula, en hábito de San Francisco, negras mis barbas y cejas, que de natural tenía rubias, y con el capuchón embozado, llegué cuando era ya anochecido, a una venta que está puesta a obra de una legua de Alcalá, como vamos de Madrid a ella. Suspendióse el ventero de ver a un fraile mendigante acomodado de tan buena cabalgadura y repetíle lo que ya había declarado con grande flema y disimulación a unos cuadrilleros de la Santa Hermandad que me lo inquirieron por el camino; que la mula no era mía, y que un hidalgo de Alcalá, habíame hecho en Madrid una grandísima limosna, y a contracambio, habíame pedido que le llevara su mula hasta esa venta, donde uno de sus criados pasaría a cobrarla, y que habiéndome yo ofrecido a llevársela hasta su casa, él había rehusado temeroso de que su señora madre no se llenase de zozobra, como viese regresar la mula sin su hijo, quien a esa sazón, por recuestar con boato a una dama madrileña, ya no quería andarse en la mula, sino montar un caballo engalanado y brioso, amén de excusar el tener de volverse a Alcalá con la mula de reata.

Di tan buen color a mi mentira, que así a la cuenta de los cuadrilleros como del huésped, pasó por verdad, y a este pedí por fin un trozo de pergamino, pluma, tinta y tijeras, de todo lo cual me proveyó al momento; y con ello escribí sobre el pergamino con grandes letras: JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, SALVADOR; y luego, en menos de un credo, cortélo por do lo había escrito, a vueltas y a ondas, de modo que quedase el pergamino partido en dos mitades, que luego encajaran igualmente y al justo, y la una pudiese henchir los vacíos de la otra, al modo como se usa cortar las contraseñas. Dile una mitad al ventero y díjele que proveyera caballeriza y cebada, hasta que el sobredicho criado llegara desde Alcalá con la otra mitad de la contraseña, que yo le daría al día siguiente, el cual criado se llevaría la mula y pagaría lo que su amo debiere por pienso y posada.

Hízome el huésped limosna de una escudilla de habas, dióme posada en un pajar, y al otro día, antes que se descubriese el alba y pareciesen distintamente las cosas, partíme hacia Alcalá, con buen compás de pies.

Sabía que no me conocerían con aquellas barbas morenas y mis pies embrutecidos en las aguadas de Toledo, y yo de mío daba traza de que nadie pudiese verme el rostro de lleno, a causa que llevaba inclinada la cabeza y el capuchón muy por cima de la frente, en guisa de penitente.

En saliendo de San Ildefonso, encontré con mi amigo el de la mula. Acerquémeme con ocasión de pedirle limosna, haciéndole primero del ojo, y me le signifiqué el que era. Roguéle que nos viéramos antes de que hiciese más día y él me contestó que buscaría coyuntura de no ir esa mañana al claustro, sin que lo advirtieran sus camaradas, que eran los míos, y que lo aguardase en la otra ribera del Henares, cabe la Parroquia de Santa María.

Pareció puntualmente a obra de media hora, dile el contraseño de la mula para que la cobrase cuando quisiera; preguntéle si había venido a noticia y podía darme relación de lo avenido en casa de los Fuentearmejil después de mi partida, y por abreviar razones, en muy escuetas díjome que a don Alonso el descaecimiento le había apocado tanto la salud que estaba a pique de entregar el alma, y que mi Mencía se había entrado monja en Ávila, do la llevaron los oficios del hermano mayor, quien hacía aún la compañía en ella y granjeara el beneplácito de la Priora, en el Convento de las Carmelitas de Santa Teresa.

Hasta este punto, arrepíentome de haber matado a don Gonzalo; y podría confesar otras muchacherías y nonadas que callo, pues son de burlas para las que más de veras se siguen en el discurso de mi vida y que ha mucho me desasosiegan el alma.

¡BUEN VIAJE, MÍSTER STEVENSON!



En la mañana del 15 de abril a las 08:45, en la portería del edificio de la ITT en Park Avenue, un mensajero había entregado el maletín de cuero y un sobre lacrado, a nombre de míster Thomas Gainsborough. El sobre contenía las llaves del maletín y una carta. En el interior del maletín había un pasaporte, una prensa manual para cuños en relieve y un pasaje de Branniff, New York-Bogota-New York.

El pasaporte se había expedido en marzo de 1976 a favor de Peter Stevenson, comerciante. Evidentemente, no se había usado nunca. Podía verse que habían descolado una foto. Contenía solamente una visa turística para Colombia, expedida el día 13 de abril.

El pasaje, en primera clase, también a nombre de Peter Stevenson, aparecía asignado al vuelo 703 de Branniff, que salía de New York el viernes 16 a las 07:30 rumbo a Bogotá, Quito, Lima y Santiago de Chile.

La carta estaba escrita por las mismas letras de molde, muy uniformes, en que enviaran la anterior.

Estimado señor Gainsborough:

En la tarde de ayer observamos la tela roja en su ventana. Nos complace la prontitud con que ha actuado. Y para no irle en zaga nos apresuramos a enviarle los materiales adjuntos. El maletín, como usted puede ver, dispone de suficiente espacio para el dinero. Al pasaporte, sólo deberá añadirle la foto de quien usted haya escogido. Imprímale encima el cuño que encontrará en el maletín.

Esa persona deberá situarse a la 1:00 p.m. en Park Avenue frente a la entrada del Waldorf Astoria. A la 1:05, sin abandonar esa acera, comenzará a pasearse lentamente hasta la esquina de la calle 50, y regresar al punto de partida. Debe repetir ese recorrido cinco veces. Que vaya vestido con el mismo atuendo con que descenderá del avión en Colombia. Debe llevar el maletín en la mano derecha. Necesitamos conocerlo para evitar errores.

Si Branniff es puntual, su míster Stevenson llegará al aeropuerto Eldorado, en la capital colombiana, mañana a las 10:15 a.m. Garantizamos que la aduana no le abrirá el maletín. Se dirigirá a la barbería del primer piso, donde un taxista lo estará aguardando para trasladarlo al hotel Tequendama. Luego quedará a su disposición, durante veinticuatro horas diarias, por todo el tiempo que míster Stevenson permanezca en Bogotá. Por ese servicio, el señor Stevenson deberá abonarle ochenta dólares diarios. El chofer ignora, por supuesto, que míster Stevenson porta más de un millón en su maletín. Lo supone un *executive* de la Sears Roebuck, en viaje de

auditorías. Por lo demás, puede confiar en él. Lo garantizamos.

Al llegar al Tequendama, el señor Stevenson reclamará la habitación 637, reservada desde hoy a su nombre por cinco días. Espere allí instrucciones para formalizar la entrega del dinero.

En nombre de míster Capote agradecemos su eficiente cooperación. Trasmite por favor a míster Stevenson nuestros deseos de éxito y buen viaje.

Cuando le recomendaron a alguien capaz de hablar español y libre de cardiopatías, Gainsborough pensó que cobrarían el rescate en la Ciudad de México, cuya gran altura exigía personas aptas.

Se había equivocado; *but not too much*, pensó.

Buscó un *Atlas* y comprobó que Bogotá era algo más alta que México. Estaba a 2 640 metros sobre el nivel del mar.

Nada recomendable para hipertensos, *indeed*.

Envuelto en una humarada de Dunhill, mordió la boquilla dela pipa y meneó la cabeza: tanta precaución de los secuestradores no le hacía ninguna gracia.

TERCERA JORNADA

Como el mi amigo me diese razón de lo avenido en Alcalá, partíme luego en busca de Mencía, hacia el convento do se había entrado. En hallándome otro día en Madrid, que está puesta en la mitad del camino, como vamos de Alcalá de Henares a Ávila de los Caballeros, fuime en casa de la vieja hechicera, dile dos escudos de oro, le dije que ya había dado cima a mi burla, pedíle que me proveyera con qué raparme las barbas y que guardara su promesa de volverme la color rubia de mis cejas, lo cual cumplió prolijamente, untándome un tinte que sacó de un botecito de mudas. Hecho el metamorfosis, llevóme luego en casa de un ropero de su parcialidad, donde me desnudé el hábito y vestíme de ropas de hidalgo, que yo sabía llevar con donaire. Esa misma tarde, a un subidísimo precio, compré una jaca tordilla, de agua y lana, a quien echaba de vérsese en las costras de las ijadas y llagas de la espuela, lo poco andariega que era; y de allí a tres días entréme en ella caballero a la ciudad de los tales, con el pecho lleno de ansiedad. Y fueron también tres los días que me tardé escogiendo, entre otras muchas trazas que en la imaginación fabricaba, hasta que di en hablar con una alcahueta, quien con las mañas anejas a todas las de semejante trato, persuadió a un anciano pintor de imágenes que me sirviese de medianero. A esa sazón, componía el viejo las figuras del techo de la capilla, que habían criado moho; y por las señas que yo le di, vino en cuenta que mi Mencía no era otra que sor Beatriz, pues tal nombre habíanle dado en el convento. En cuanto tuvo lugar de averiguar cuál era su celda, dejóle caer un billetico mío, donde yo le suplicaba, que si ella venía en mi mismo parecer, no dilatara el buscar coyuntura para salirse de la estrechez de aquel encerramiento, y que en el punto en que se aviniese a comunicar conmigo, yo compraría una hacanea que ya tenía vista en casa de un tratante (pues Mencía montaba a la jineta como el más diestro cordobés o mexicano), y así podríamos partirnos a Bilbao, y de allí, por mar, a Holanda. Yo me daba a entender que los medios que había puesto para cobrar a mi amada iban harto bien encaminados, maguer que el viejo me prometió entregar el billete, pero no así traerme respuesta, pues temía le castigasen, como la Priora viniese en cuenta de su mensajería. Escribí en el billetico las señas de mi posada y declaréle que como no recibiese respuesta volvería a requerirla con otra traza y harto más carga. Al día siguiente, o esotro, usando de una discretísima industria que ya no hace al caso referir, Mencía me hizo saber que no venía con mi gusto, pues ya me había puesto en olvido; y que perdonaba el tuerto que había cobrado por mi culpa, por parecerle que no había tal tuerto, en haberla enviado a la venturosa vida de servir y desposarse con Nuestro Señor Jesucristo; mas nunca me perdonaría el ser yo matador de su hermano, con la añadidura de que lo tal habíale resfriado todos los ahíncos que por mí sintiera en otra sazón. Aconsejóme y aun púsome en caso de conciencia, que me partiese

enhorabuena, pues ella no mudaría propósito y sería por siempre la misma que ahora me significaba, y advirtiéndome que tendría muy secreta aquella embajada mía, pero a enviarle yo otro mensaje, luego al punto lo entregaría a la Priora, y ésta daría cuenta a su hermano don Felipe, que me haría prender por Justicia.

Aun bien que era su letra, que yo conocía, había dudar si era aquella la su legítima respuesta, o dictado de las otras monjas, que podrían haber dado cuenta de mi traza, con ella comunicada.

Si aquello me atosigó el alma, queda a consideración de Vuestra Merced; mas mi perpleja tribulación no fue bastante a dejar de poner por obra el consejo que se me daba, pues había que estar ciego y no ver por tela de cedazo, para no hacer cuenta que estándose en Ávila el alférez don Felipe, quedaba yo a peligro de un nuevo duelo, que de cualquier forma habría concluido en mi muerte, o en grillos y cadenas. Sobre verme desechado de Mencía, tendría que arrostrar mayores infortunios, y siempre he estado de parecer que no es cordura esperar algo, cuando el peligro sobrepuja demasadamente la esperanza.

Esa misma tarde, a la hora de las avemarías, me alongué por el camino de Salamanca, de donde pensaba pasar a los embarcaderos de Galicia, con intención de partirme en el primer bajel que se encaminara a Flandes, pues tal habíame puesto Dios en corazón. Torné a sentirme el más despechado y corrido hombre del universo mundo y tras la pérdida de mi madre, que buen poso haya su ánima, y de mi padre, abandonábame también la que yo había hecho señora de mi voluntad; y como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no podré decir cuántas fueron las leguas que anduve por aquel camino, tragando mil muertes a cada paso, hasta que mi jaca, maltrecha por la cabalgata de toda la noche y por la sed del mediodía, que lo era ya, desvióse del camino hacia un arroyo que pasaba el camino de través, bajo una puente de madera. Dolíme de la pobre bestia, apeéme della para darle descanso y dejarla abrevar, mas tal era mi desconsuelo, que me eché a la sombra de un álamo a hablar entre mí mismo y a despedir mis congojosos lamentos, de suerte que me oyeron dos mancebos principales, lo que después acá me mostraron ser, en el que llevaban, rico aderezo de camino, y cuyos dos criados, también abrevaban los caballos y mulas de la partida, a obra de treinta pasos aguas arriba, y a quienes yo no había visto, por cubrírmelos unos frondosos sauces, ni oído, por tener el alma en tanta confusión y desamparo. Los amos, tras ordenar a los mozos que lavaran y refrescaran las bestias, se me acercaron con grande tiento, pues no es cordura apiadarse luego, luego, ante el llanto de los desconocidos, y mucho menos en los caminos de España, llenos de truhanes y pícaros de toda laya, diestros en embustes y simulación de infortunios, que concluyen en sacar tijeras, cortar bolsas y desvalijar a los que dellos se conducen. Pero era tanta y tan verdadera la zozobra que albergaba mi pecho, que contra toda razón y prudencia, en

preguntándome ellos las causas de mis cuitas, despegué el labio por extenso, de todo lo que me aviniera en Ávila; y Vuestra Merced, a quien bien se le entiende de confesiones, ya sabe que de la abundancia del corazón habla la lengua, y también cuánto es alivio a quien declara sus desventuras, ver u oír que otro se duele dellas. A poco a poco, entrambos fueron confiándose de mí; moviéronlos mis lágrimas, y sobremodo el que yo, prófugo de Justicia, desbuchase mis cuitas y otras cosas que no le estaban bien a mi crédito, con tan grandísima sinceridad; y luego preguntáronme para dónde bueno cabalgaba; y al que parecía mayor, no se le cocía el pan, como suele decirse, por conocer más por menudo el discurso de mi vida, que yo referí sin faltar un punto a la verdad.

Cuando acabé mi historia, cerraba ya la noche, y el mayor, cuyo aspecto la edad de veinticinco años le señalaba, y a lo que después acá he sabido sólo hacía veintidós, levantóse en pie con la gallarda disposición que tenía, y me abrazó, dándome su palabra de que jamás, ni en vida ni en muerte, diría a nadie lo que yo le había descubierto y lo tal juró asimismo el menor y entrambos dijeron que era hora de salir a lo raso y buscar posada donde alojásemos, la que no hallamos sino a obra de una legua, cuando ya nos había salteado la noche y era esa hora en que *nox humida caelo praecipitat suadentque cadentia sidera somnos*, y perdone Vuestra Merced que de cada en cuando cite mis latinicos, pues llevo ha mucho algunos prendidos en el alma, y en esta vida mía, pecadora y facinerosa de los últimos años, sólo he llevado trato con gente por la mayor parte inurbana, sin comunicar con letrados como Vuestra Merced, concedores del Mantuano, con cuyos levantados y heroicos versos, este mudo que hoy le pide confesión por escrito, se ha consolado a sus solas en altamar, en prisiones e islas desiertas, por asearse el espíritu, escardarlo de sus bajezas y reconciliar con la belleza y con lo humano.

Acostéme tan cansado aquella noche, que de un solo sueño me la llevé toda, y al siguiente día, como tuviésemos de seguir la misma derrota, determinamos de hacer camino juntos. El mayor de mis dos acompañantes, que se llamaba don Tomás de Peralta, contóme que era natural de Segovia, y de allí venía en esa sazón de visitar a sus padres, y se encaminaba a Salamanca do estudiaba leyes, cuatro años había ya. Declaróme que con ser el camino por Medina del Campo de más brevedad y derechura, había hecho la vuelta de Madrid y Ávila, pues también él tenía, en la de los Caballeros, una señora de su corazón que no le correspondía y a la que él diera cualquier cosa por hacer suya para siempre. Y el ser también él enamorado, habíalo movido con tanto mayor sentimiento a compadecerse de mí, cuanto es cosa cierta que los flechados de amorosa pestilencia, fácilmente concilian los ánimos y hacen camarada con los que conocen haber cobrado sus mismas heridas.

El oír su historia, que por momentos no hacía sino avivar mis pesares, llevóse casi la entera mañana. El otro caballero era don Francisco de Peralta, primo de don

Tomás, y hacía poco más de diecisiete años. El tío de don Tomás le había encargado a su hijo, para que él, por serle mayor en varios años, se lo llevase consigo a estudiar leyes en Salamanca, y en todo momento se curase dél y le mostrase cómo había de haberse en la vida estudiantil; pues es cosa harto averiguada que todas las universidades, junto de mancebos principales, abundan de hidalgos pobres quienes, por alzarse a mayores, suelen andarse acompañados de pajes bergantes, mal entretenidos y doctos en truhanerías de todo jaez.

Y así, al tercio día de camino, mi ánimo saturnino no estorbó que don Tomás y yo departiéramos a ratos y tratáramos en leyes, historias y políticas, por donde quedé muy suspendido de mi discreción. Lo tal moviólo a hacer conmigo luego muy buena camarada, como si nos conociésemos de luengos años. Declaróme que su padre era un caballero muy rico y que amén de aquellos dos criados que les servían en lo que él y su primo hubieren menester, don Tomás había tenido otro en Salamanca, a quien él había dado estudio, a la manera que se usa darlo en algunas universidades a los criados de lúcidos cascos; y ese tal, en los cuatro años que había estado junto de don Tomás, con ser que siempre se curara de servirlo puntual y comedidamente, nunca recibió trato de criado sino de compañero; pero unos meses antes de que don Tomás se partiese a Segovia, Pedro Sayago, que a lo que yo me sé acordar así se llamaba el mozo, había muerto de hidropesía; y tanto habíase dolido don Tomás, como si fuera su hermano. Y habiendo cabalgado una buena pieza en silencio, por contener las lágrimas y tomar aliento de proseguir su plática, pidióme don Tomás que le estuviera atento, y con mil prevenciones y disculpas, declaróme que él daba por cosa de todo punto sabida, no ser yo por condición ni origen, nacido para servir; mas él me pedía viniese en quedarme a su lado en Salamanca, no como criado, sino para hacerle compañía, pues la mía, con ser tan fresca, ya la tenía por muy grata y no necesitaba hacer experiencia de quién era yo, que mi buen rostro me acreditaba y salía por fiador de mis buenas obras; y así quería que yo le ayudara en algunas menudencias de sus estudios, como copiarle manuscritos y leerle en veces a voz alta, al modo de lo que hacen los estudiantes, y que nunca me pediría servicio alguno que no fuese decente a caballero, reiterándome que para menesteres anejos a su limpieza y regalo, él traía a su mozo, lo mismo que su primo el suyo; y siendo que yo había estudiado leyes en Alcalá, en las que pasamos, andantes pláticas y razones, don Tomás había echado de ver que yo era un mancebo de aprovechadísimo ingenio, afortunada memoria y bonísimas prendas; y así, él quería darme estudio, porque no se desaprovechasen las partes que el Cielo fuera servido de concederme. Y quedó en que si yo venía en el parecer de aceptar su liberal convite, seríamos compañeros de todo en todo.

Se me representó que al cabo, al cabo, el Cielo me enviaba la salud y túvelo a mucha ventura; y asaz fuera sandio si rehusara aquella su largueza. Declaréle muy al vivo cuánto me holgaba del felice encuentro, y que por el acogimiento y señaladísima

merced que me hacía, movíame la voluntad a emplearla en su servicio con mucho contento, asegurándole que en su punto y sazón, le daría muestras de que en ser agradecido, nadie me podría hacer ventaja.

En Salamanca hícame llamar Álvaro Cancino a secas, que era el apellido de mi padre y mío legítimo. Vestíme de negro, como es el uso de estudiantes, y entreguéme con tanta fidelidad a ayudar a don Tomás y don Francisco en sus estudios de leyes, como con deleitosa devoción a los míos, que esta vez escogí de letras humanas.

Con don Tomás hice verdadera camarada: fue para mí como un hermano; pero no así don Francisco, quien no sólo érale menor en cinco años y en tres a mí, sino que cualquiera que lo comunicase, echaba de ver a tiro de escopeta, que no era cortado del mismo artífice y paño que su primo. Era muy corto de razones, de ingenio boto, tardo y flaco de memoria, y tocaba en el vicio de envidia, que le nacía de oírnos sin despegar el labio, hablar en los más ilustrados sujetos, así como de ver el donaire y desenfado de nuestra comunicación fraternal.

A los dos años de mi llegada a Salamanca, que fue el de mil y seiscientos y tres, rindió por fin don Tomás a su enamorada de siempre, primogénita de un principalísimo caballero avileño, y rogó a sus padres que se la pidiesen en matrimonio, lo cual fue aceptado y acordáronse las bodas, que tuvieron lugar en la catedral de Ávila. Don Tomás, que ya llevaba seis años en la Universidad, se partió con su mujer a Segovia, por hacerse cargo de la hacienda paterna, a causa que el padre, con ser que no era mucha su ancianidad, padecía un mal de orina que no le dejaba reposar un rato. Al tiempo del partirse don Tomás, se despidió de mí con gran tristeza, declarándome la mucha amistad que me guardaba, ofrecióseme para lo que yo necesitare dél en la vida y quedamos con más privanza que de antes. ¡Ah, y cuántas veces lo tuve de echar de menos! Dejóme acomodado, de suerte que con lo que me diera, podíame yo sustentar cinco años y concluir mis estudios en los que mucho me había distinguido. Leí por entonces con harto júbilo y denuedo a Horacio y Virgilio, y a nadie quedaba en zaga en sabérmelos de coro. Y algunas de mis propias poesías, que las componía no pocas, ora en latín, ora en romance, merecían las más veces alabanzas de estudiantes y doctores, maguer que a las otras, eran envidiadas de quienes se huelgan en escudriñar los escritos ajenos por ponerles falta y dolo y sin haber dado a la luz algunos propios.

En habiéndose partido don Tomás, a quien don Francisco guardaba mucho respeto, no sólo por ser su pariente mayor, sino por el natural ingenio y las partes con que el Cielo lo dotara, el mancebo tomó la mano a descreer de mi buena fe y a dudar de mí; y aun llegó a ofenderme poniendo lenguas a cada trinquete y publicando que yo me andaba en entonos sin fundamento, reventando por parecer caballero y ufanándose de mi privanza con su primo, cuando no había sido más que su criado.

De allí a poco, dejé de comunicar con don Francisco. Siendo que aquel agravio

me trajo bastante alcanzado de paciencia, tuve de mudar posada, pues no me parecía cordura tomarme con el primo de mi benefactor; y así propuse de defender que no me disparase con alguna sandez o pasare adelante con afrentas que me hiciesen salir la discreción de sus quicios. Y la antevíspera de un Domingo de Ramos, estábame yo en el coto de los Maldonado, una nobilísima familia salmaticense cuyo único hijo varón, estudiante como yo, me distinguía tanto con su amistad de condecito, como con su envidia de poetastro, de suerte que solía convidarme a sus partidas; pues poco se me entendía de achaque de caza, y menos aún de altanería, en la que mi amigo era sobremodo diestro, por lo que mucho se holgaba de hacerme en ella, la ventaja que no podía hacerme en las letras. Y esa mañana, llegó un mi amigo de galope al coto, por acusarme que un alférez escoltado de varios soldados, había acudido a mi aposento que él partía conmigo, y le había preguntado si allí alojaba Álvaro Cancino; y mi amigo respondióle que así era la verdad, pero que me había partido a cazar en el coto de los Maldonado, de donde regresaría atardecido ya. El alférez habíale preguntado dónde estaba puesto ese coto, por do coligió el mi amigo que ninguno dellos era de Salamanca, y sobre señalarles el camino, lo cual le agradeció el alférez, los vio irse la calle adelante hasta un mesón que quedaba junto de la puente, por do yo tenía de pasar a mi regreso del coto.

Confuso primero de tal accidente, el mi amigo tuvo luego algunos barruntos de lo que podría avenir y, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento, salióse a caballo la vuelta del arrabal de Santiago, porque yo viniese en conocimiento de lo acaecido.

Díjome ser el alférez un hombre membrudo, muy alto de cuerpo, de una tez jaspeada, sobre lo moreno, nariz corva y una herida que le alcanzaba casi medio carrillo, por donde sin poner duda alguna, conocí ser no otro que don Felipe de Fuentearmevil, hermano de Mencía, quien habría venido a tomar su venganza, por haberle acusado mi presencia en Salamanca don Francisco de Peralta.

Aquello me heló el alma y por una buena pieza, la terrible nueva dio con mi mucho ánimo al través; pero cobrélo luego, luego; y no fue tanto por temor de un encuentro con aquellos soldados, como por la cólera y el odio tan grandes que me trajo la traición de don Francisco, que esa misma mañana, por la derrota de Medina del Campo, me partí a Segovia tan aprisa que no me alcanzara una jara, y llevando sólo los pocos ducados que guardaba en mi esquero, pues el resto de mi modesta hacienda lo tenía puesto a tributo.

Llegué a Segovia la mañana del Martes Santo, y como no quería dar salto en vago, primero de hacer cosa otra alguna, visité la casa de don Tomás, por tomar el pulso de lo que a queste supiera y allí conocí ser ciertos mis barruntos, pues don Francisco se había venido a Segovia por el camino de Ávila, y para mí no había dudar de que lo tal hiciera por entregarme a don Felipe, de quien yo sabía que aún servía en

aquella ciudad, porque había al pie de dos meses, el azar quiso que topara en Salamanca al hijo del capitán por Su Majestad, bajo cuya bandera hacía la compañía el alférez de Fuentearmejil.

Di por cosa de todo punto cierta, que don Francisco y no otro, fuera el que le descubrió mi paradero, y aunque más lo negara, como ya no había manera de templar mi cólera, en la tarde del Miércoles Santo, lo maté de tres puñaladas en la garganta, como se ajusticia a un criminal, por estar de parecer que hacen ese número quienes acogen en su pecho la traición y el perjurio; y aun creo que todos tales merecen se les cuelgue un sambenito o alguna señal, en que fuesen indubitablemente conocidos por infames.

Persuadido de que todos mis antecedentes pecados eran flores de cantueso en confrontación de aquel crimen, en un día de Semana Santa, el cual era bastantísimo a depararme el fuego eterno y sin remisión alguna, di en abjurar de la religión, en no volver a confesar hasta el día de hoy, en hacerme menospreciador de toda ley y gastador de las buenas costumbres, como asimismo en dudar de las más recibidas verdades. En resolución: determiné de vivir desde ese punto en hoto de mí mismo y no de Dios o de persona alguna, y me fui por ese mundo adelante a medir con mis propios pies todas la tierras de Castilla y la Andalucía, donde tocóme correr las más encontradas suertes; y el diablo, que todo lo añasca, hízome hacer camarada con pícaros del peor jaez, de suerte que a cabo de algunos meses, había aprendido a cortar faltriqueras, a jugar a la taba en Madrid, al rentoy en las ventillas de Toledo; y a poco, acomodéme también al hurto de que hacen uso los esportilleros sevillanos; a espiar por el día a los que salían de la Casa de Contratación, para dar tiento en las suyas por la noche; a hacer camino en los aduares de la gitanería, y aun bien que no fui graduado en leyes por Alcalá de Henares, ni en letras humanas por Salamanca, a lo menos, graduéme en artes de puñalero, tahúr y ladrón, en las almadrabas de Huelva, sin par facultad donde leían cátedra señaladísimos doctores de ciencia rufianesca, de la cual academia salí también rico en cante de coplas al tono loquesco y correntío de las casas llanas, en hablar germanías de pícaros y gitanos, en soltar todo género de rumbos y en hacer jácara de boatos y juramentos para amedrentar en pependencias y borracherías; pero dejemos aquesto aparte, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto, pues hace más al caso desta confesión, dar cuenta de otro pecado del que traigo muy encargada la conciencia.

Paseábame un día por la ciudad de Granada, y en viéndome la viuda de un corredor de lonja, tan rica ella de dineros como ligera de cascos, cebóse de mi juventud y buen talle, hizo designio sobre mí y marcóme por suyo, en el mismo punto y sazón en que yo marcaba por mías sus alhajas: y fue lo bueno, que yaciendo esa noche, ella (una de las mujeres más sandias a quien he topado en mi entera vida) púsose a disparar que mis cabellos le daban vislumbres del finísimo oro de la Feliz

Arabia y que mis dientes se le representaban perlas lucidísimas de no sé dónde; y tanto fue su afincamiento por guardarme junto de sí, cual figura de paramento, que salió por tomarme a su servicio como escudero de brazo. Pasé con ella dos meses regaladísimo, pero al cabo me enfadaba tanto el tener de oírle sus mentecateces, cuanto el que no me dejara apartármele ni un negro de uña; de suerte que, tras aliviarla de todas sus joyas y de un talego lleno de doblones, me partí a Sevilla donde puse las prendas en almoneda y granjeé muchísimo dinero.

Y en ésas me estaba yo, dando orden en vender los últimos recuerdos de la viuda, por alongarme luego de la raya de la Andalucía y poner tierra en medio de la justicia de Granada, cuando el Día de Reyes del año de mil y seiscientos y ocho, hallándome acaso en la Plaza de San Salvador, encontré con mi hermano Lope, del que yo sólo sabía que medraba había algún tiempo en la corte, donde desposara a una dama noble que le diera dos hijas. Iba, caballero en un alazán muy lucio y de rico aderezo, ufano y vanaglorioso por delante donde yo estaba, y a par de otro jinete de gentil talle y apostura, que vestía un finísimo colete de ámbar, por do me di a entender que quien tales hábitos traía y tal caballería montaba, debía de ser persona de mucha principalidad.

Mi hermano pasó gallardeándose en la silla, sin mirar a los lados, de suerte que no reparó en mí. Presumí luego que habría llegado de paso a Sevilla por tomar cuenta del término en que estaban sus negocios, y determiné que no había para qué se dejara pasar aquella ocasión, que con tanta comodidad me ofrecía sus guedejas; de suerte que di en anticipar lo que había tiempo tenía propuesto de hacer: fuime en volandas a una casa de posadas de la calle de Tintores, en busca de un tal Mochuelo, que hacía profesión detratante en una cofradía donde mataban a pedimento; pues había muchos como yo, que preferían pagar la hechura de la obra y ahorrarse la fatiga de hacerla por sus manos; y así, preguntéle qué costa tenía el dar doce cuchilladas a mi hermano, y díjome que la entera monta estaba en sesenta escudos de oro, pues cada una valía cinco. Y yo quedé conforme, con la condición y concierto de que le cupiesen cuatro en el vientre y el resto, a partes iguales, en el pecho y la garganta. Dile veinte escudos a buena cuenta y al día siguiente, sin dárseme nada, vi con mis ojos que habían traído puntual finiquito de lo concertado entre el Mochuelo y mí; y tan fui contento que le completé los sesenta mandados, como era nuestro contrato y más diez encima para él, y muy en albricias, por lo que se declaró comedidamente, gran servidor de mi persona.

En este punto, arrepíentome de haber dado traza de raptar a una monja; de haber asesinado sin confesión y en un Miércoles Santo a don Francisco de Peralta; de haber abjurado de nuestra Santa Madre Iglesia; de haber cometido demasías y hurtos que, por ser tantos, no conceden ahora lugar para contarlos; de haber creído en supersticiones de gitanos, y de haber pagado a un puñalero porque acuchillase a mi

hermano Lope.

Y por demás digo, que estos pecados son aún muy mocosos y de poco momento, en confrontación de otros, que mucho me temo no estremezcan la suma cristianidad de Vuestra Merced, cuando venga a noticia dellos.

Graciela tenía cierta vocación de *femme fatale*. De no haber tenido yo una voluntad precoz y entrenada, habría hecho de mí un guiñapo. Para defenderme de su hechizo, varias veces tuve que recurrir a la disciplina autohipnótica de los ejercicios espirituales. Nunca he olvidado el olor de su piel. Hace poco volví a sentirlo en un té verde de Ceilán, sazonado con flores.

A Graciela la visitaba un fantasma: la invadía una indiferencia ante el mundo y la gente, que le extraviaba la mirada. Entonces evitaba el diálogo, no devolvía las caricias. Por las noches se levantaba a fumar en silencio junto a la ventana. Había algo en su vida que nunca pude descifrar.

Después conocí a otras mujeres con fantasma; y aprendí que suelen ser ficticios. Aunque pienso que el de Graciela era legítimo. En todo caso, quien quiera librarse del fantasma de un ser amado, jamás ha de intentar conjurarlo. Lo mejor es oponerle uno propio. Y quien no lo tenga, deberá fraguárselo.

Pero en ese entonces, cuando aparecía el fantasma de Graciela, me hacía estragos.

Era una mujer imprevisible. De pronto se mostraba inusitadamente bondadosa conmigo. Siempre lo era con los pobres y con los animales. Una vez en que caminábamos por la Pasiva de la Plaza Independencia, encontramos un perrito sarnoso gimiendo en un portal. Lo recogió. Se lo metió debajo del abrigo y me hizo tomar un taxi para llevarlo a la San Francisco de Asís. Cuando volvimos al taxi se me echó a llorar sobre el hombro. Me llenó de pulgas y de olor a perro...

Carlos:

Este capítulo y el siguiente contienen la historia muy personal y turbulenta de mis relaciones con Graciela y otras mujeres, que no viene al caso para lo que nos interesa en tu gestión. Pero quiero referir lo ocurrido con Mosquera, tan determinante para mi salida del país y las peripecias de los años siguientes.

Recuerdo que un domingo fui a almorzar con Graciela a casa de Lucho y por la tarde visitamos a Carlitos. Todo el barrio me celebró la conquista. A Carlitos, incrédulo, se le iban los ojos. Y la más impresionada fue su mujer, porque desde ese día cambió su actitud conmigo.

Tita casi nunca había reparado en mí; hasta entonces, cuando yo llegaba a trabajar en el altillo, ella andaba por la casa en chinelas, desgredada, con un ropón ancho; pero desde aquel día comenzó a vestirse con esmero, a peinarse, a ponerse zapatos de taco alto, blusas escotadas. Al verme entrar, siempre tenía algo que preguntarme. Se mostraba amable, se reía por cualquier cosa que yo dijera. Subía al altillo a llevarme bizcochos, mate dulce, café con leche. Mientras yo hacía un alto en mi trabajo para

recibir lo que me trajera, ella se reclinaba en la cama y me exhibía sus curvas mórbidas. Con cualquier pretexto se manoseaba los senos y me miraba sonriente.

Era mucho menor que Carlitos. La recuerdo como de unos veinticinco años. No era hermosa de cara, pero exuberante y bien formada. Tenía una piel muy blanca, senos elásticos y piernas firmes, sonrosadas.

Un día me trajo un mate y se sentó en la cama, a mi lado. Se recogió el pelo. De sus axilas entalcadas me llegó un grato olor a prostíbulo. Me preguntó si el corazón dolía. Le dije que no. «Pero a mí me duele aquí», dijo, palpándose el esternón. «Eso no puede ser el corazón», le respondí, devolviéndole el mate.

Estaba decidido a lo que viniera.

Me agarró la mano, so pretexto de indicarme el lugar exacto donde le dolía. Se desabrochó la blusa y me la apretó contra un seno túrgido, caliente. Cinco minutos después, me desparramaba sobre sus carnes blancas.

[...] y convencí a Graciela de que fuéramos a pasar una noche de sábado al taller de un pintor amigo, que acababa de regresar de Europa. Alfredo vivía en Pocitos, en el décimo piso de un edificio en herradura. Tenía una sala grande, con un ventanal que daba al mar y otro que se abría hacia la parte cóncava por el fondo del edificio. Era un local comfortable, ordenado. No parecía el taller de un pintor.

Cuando las copas hicieron su efecto, alguien descubrió que había muerto el pescadito de la pecera. Yo improvisé un epitafio y un *requiem* en latín. Luego tuve que hacer cálculos mentales y pruebas de mnemotecnia. Como ya se había hecho habitual, bajo los efectos del alcohol me convertí en el principal histrión de la fiesta. Graciela me llevó a un rincón para besarme con ardor. Dijo que esa noche me quería más. Aquel inesperado fervor me puso de excelente humor. Di una misa bufa y eché un sermón que comenzaba con estas aleccionadoras palabras: «Como dijera Nuestro Señor Jesucristo: relajo pero con orden...». Arranqué aplausos. Un actor presente intentó convencerme de que yo había nacido para las tablas. Me invitó a un curso sobre Stanislavsky que se impartía en Teatro del Pueblo.

Y en eso llegó Mosquera, un escenógrafo del Teatro Solís que pintaba un poco y hacía tallas en madera. Había sido amante de Graciela y en otra fiesta habíamos tenido un encuentro nada amistoso. Era un hombre de unos treinticinco años, muy bien parecido y repelentemente seguro de sí mismo. También tenía éxito como histrión. Tocaba guitarra y cantaba bien todo tipo de folklore, sobre todo el del norte argentino. Bebía la grapa a vasos llenos y no parecía hacerle efecto. Aquella noche había venido acompañado de una muchacha y se abstuvo de cortejar a Graciela, pero yo me llené de celos retroactivos. Sabía que eran injustificados pero no pude reprimirlos; y por molestarla me hice un poco el borracho y me dejé mimar por una italiana que podía ser mi madre. Mosquera cantó, hizo chistes y le ganó pulseadas a

todo el mundo.

Luego, alguien inventó un juego macabro en que se sorteaban parejas y cada uno debía decir lo que pensaba del otro. La mala suerte quiso que mi pareja fuese Mosquera. Él enfiló su ataque sobre mi condición de «frailecito» y «cagatintas». Yo reaccioné con una inquina retórica. Dije que él era un artista abnegado, que aunque carecía de talento y estaba ya en el atardecer de su vida, insistía aún, meritoriamente, en sus esfuerzos por emerger en la cultura nacional...

Acabado el juego y envalentonado por varias copas de coñac que me había echado a pechos en muy poco rato, seguí como perro de presa mortificando a Mosquera. Si hacía algún comentario gracioso, yo se lo desbarataba. En esa esgrima de la superficialidad, yo era, por lejos, más ingenioso y rápido que él. (Al año de mi salida del convento, tras mi primera separación de Graciela, yo había comenzado a frecuentar los cafés de la bohemia montevideana. Allí logré una gran desenvoltura para el cinismo coloquial, tan de la época. Cuando el encuentro con Mosquera, era ya un polemista fraudulento, citador de obras no leídas, *causeur* ocurrente, muy hábil en la paradoja, y capaz de perorar sobre artes plásticas, jazz, gastronomía, y muchas otras cosas de las que poco sabía).

Ante mis retruques mordaces, que los contertulios celebraban, Mosquera perdió su sonrisa de inmunidad y comenzó a replicarme con groserías. Hacía evidentemente el ridículo y yo lo azuzaba.

Al verme tan agresivo, Graciela parecía divertida. Para mi sorpresa volvió a besarme con ardor y a la vista de todos. Eso debió de enfurecer a Mosquera.

—Che, niño prodigio —me preguntó de sopetón—: Cuando estabas con los curas ¿nunca te hiciste coger?

Se hizo un silencio total. Yo estuve pensando si echar mano del atizador de la estufa o arrojarle la pecera encima, pero me contuve. Bebí un trago largo y reaccioné como nadie se esperaba. Con absoluto desparpajo admití:

—Sí, una vez...

—¿Y te gustó? —volvió a preguntarme envalentonado.

—No es feo —le dije—; lo que pasa es que la posición resulta muy ridícula.

La insostenible tensión del momento se disolvió en carcajadas. Mosquera quedó como un energúmeno. Era el revolcón definitivo y me di por satisfecho.

Pero la cosa no paró ahí. Más tarde la gente se puso a jugar a Antón Pirulero, un juego de prendas en que todos simulan tocar un instrumento, al ritmo de una canción infantil. Yo nunca lo había jugado y me equivoqué varias veces en los cambios. Me había sentado en un almohadón con Graciela, junto a la ventana del fondo, al pie de la cual salía una viga de cemento de unos treinta centímetros de ancho, que unía los extremos del edificio, distantes entre sí unos cincuenta metros.

—Que camine diez pasos por esa viga —propuso Mosquera, mientras el grupo

deliberaba qué prenda imponer a mis errores.

Antes de que nadie pudiera impedírmelo, me encaramé en la ventana y comencé a alejarme por la viga. De inmediato resonaron a mis espaldas voces de alarma. De frente, un viento bastante fuerte me alzaba el faldón del saco. Cuando ya había caminado cinco o seis pasos, se hizo el silencio. Me sentí solo. El miedo me detuvo. Hice un esfuerzo de concentración y seguí adelante. Me convencí de que no caminaba por una viga a treinta metros de altura, sino por una hilera de baldosas a ras del suelo. Estiré los brazos para buscar equilibrio, aflojé todos los músculos y apresuré el paso.

Volvieron a oírse gritos.

Así caminé mucho más de lo que había pedido Mosquera. Me di cuenta de que lo más peligroso sería dar la vuelta. No sabía cómo hacerlo. Me detuve. Traté de girar y se me ladeó un poco el cuerpo. Oí nuevos gritos. Pensé que lo más fácil sería seguir hasta el extremo de la viga para dar la vuelta apoyado en la pared y regresar como había venido. Pero no lo hice porque en ese momento se me ocurrió una idea homicida.

Me agaché con cuidado sobre una sola pierna y con la otra en el aire, hasta quedar a caballo sobre la viga. Luego giré lo suficiente hasta dejar colgando ambas piernas por un mismo lado. Y por fin volví a quedar a caballo, de frente a la ventana de Alfredo. Mis contertulios apiñados me miraban con horror. El viento me echaba ahora el pelo sobre la frente. En ese momento oí voces a mi izquierda. Por las ventanas de otro apartamento se asomaron algunos vecinos. Alfredo les hizo señas para que guardaran silencio.

Cuando me sentí seguro, a horcajadas sobre la viga, saludé con ambas manos, me puse a tirar besos y a remedar gestos cortesanos. Luego me quité la corbata y la amarré a la viga, gesticulando aparatosamente, como un prestidigitador. Dos minutos después me introdujeron de los pelos en el apartamento de Alfredo, en medio de aplausos, palmadas, insultos y mordiscos lacrimosos de Graciela.

Cuando se calmó el alboroto, un gracioso me entrevistó sobre la singular experiencia, como si yo acabara de cruzar las cataratas del Niágara. Me preguntó qué móviles había tenido yo para emprender tan riesgosa aventura. Yo pedí un vaso de vino y expliqué que como miembro de la AIAF, me había propuesto establecer un nuevo récord.

Todos quisieron saber qué era la AIAF.

Explicué que era la Asociación Internacional de Alcohólicos Funámbulos. Cuando se acallaron las risas, el improvisado reportero, que a manera de micrófono utilizaba un zapato de mujer, me lo pasó para que aclarara el significado de aquella corbata que yo amarrara a la viga; y yo declaré que cuando los miembros de la AIAF establecían alguna nueva marca, dejaban esa constancia por si algún valiente deseaba

emular con ellos. Y me quedé mirando con sorna a Mosquera.

Alfredo y una mujer intentaron detenerlo, pero ya era tarde. A empujones se deshizo de otro. Cuando ya estaba en cuclillas sobre el marco de la ventana, Alfredo se abalanzó por detrás para cogerlo por la cintura, pero él le dio un codazo en el pecho y se lo quitó de encima.

No había dado ni cinco pasos sobre la viga cuando perdió el equilibrio. Hizo desesperados molinetes con un brazo para tratar de recuperarlo. Dio una vuelta entera y cayó de espaldas sobre el cemento. Produjo un ruido sordo, como el eco de un cañón.

EL QUE EN BOGOTÁ NO HA IDO, CON SU NOVIA A MONSERRATE, NO SABE LO QU'ES CANELA NI TAMAL CON CHOCOLATE

Ql Boeing de Branniff aterrizó a las 10:13 a.m. en el aeropuerto Eldorado. Price llevaba en la mano el maletín con el dinero y por todo equipaje una valija pequeña. Bajó del avión a las 10:20. Pasó por inmigración a las 10:35 y salió de la aduana diez minutos después. Junto a la puerta de la barbería, un hombre joven, alto, trigueño, se le acercó para preguntarle:

—¿El señor Stevenson?

—¿Sí?

—Yo soy Alberto, el taxista.

—Ah, muy bien! ¿Podemos salir ya?

—Si el señor Stevenson lo desea, con mucho gusto. Era una ciudad de gente cortés.

El taxista cogió la maleta. No gracias, el maletín podía cargarlo él, muchas gracias, Alberto.

Descendieron por una escalera mecánica, atravesaron el extenso *hall* de la planta baja. Eldorado fue en un tiempo un lujoso aeropuerto, construido por la dictadura de Rojas Pinilla, gemelo del de Miami. Price lo conocía desde los años sesenta. Había estado varias veces en Bogotá.

Durante el viaje desde Eldorado hasta la entrada de la Ciudad Universitaria atravesaron una urbanización compacta que doce años antes era un descampado en la sabana. A medio camino quiso ver si aún estaba el merendero donde solía ir con estudiantes colombianos a jugar al tejo, un pretexto para tomar cerveza a pico de botella. Años antes, Charlie se había enviciado en un juego similar, muy difundido en Chile y Bolivia, con la variante del sapo al que había que acertarle una ficha metálica en la boca. Pero fue en vano. La sabana estaba cubierta de edificaciones modernas.

Efectivamente, en el hotel Tequendama aparecía reservada la habitación 637 a nombre de Peter Stevenson. Price desempacó la maleta, pidió al *room service* los periódicos del día, una botella de vodka, un café doble, cargado, y por favor, bien caliente. Se desnudó para tomar una ducha. Sentía la falta de aire. Los dos mil seiscientos metros siempre lo aturdían un poco durante el primer día en Bogotá. En La Paz, a tres mil quinientos metros, una vez había tenido que guardar cama toda un tarde antes de salir a la calle.

Salió de la ducha y descorrió la cortina del ventanal. Aunque Bogotá le resultaba una ciudad fea y heterogénea, aquella zona moderna del Tequendama, con sus puentes y áreas verdes, con la plaza de toros y la cordillera de fondo, no carecía de encanto. Contempló el cielo. Encapotado, como siempre. Y como siempre, las calles

húmedas, encharcadas de un agua barrosa, opaca. Al llegar había sentido un poco de frío. Allí no se sentía la primavera. Era un otoño perenne, casi invernal.

Terminaba de vestirse cuando llamaron a la puerta. El camarero con su pedido. Mientras el hombre le devolvía el cambio de los diez dólares (Price nunca firmaba en los hoteles), probó el café. Tibio, como siempre. ¡Qué asco! ¿Y por qué, en un país con tan excelente producción de café suave, servían, incluso en los hoteles de lujo, aquella porquería? Dejó la taza por la mitad y se sirvió un trago de vodka. Al encender el cigarro notó que le temblaba un poco la mano. Tenía instrucciones de esperar en la habitación. Leería los periódicos para entretenerse en algo, y si le daban tiempo, trataría de dormir un poco.

No le dieron tiempo.

A las 12:10 llamaron otra vez a la puerta. Era un *bell boy* con un sobre para míster Stevenson. Le sorprendió reconocer en la carta la misma caligrafía muy cuidada, en letras de molde, de la carta enviada por los secuestradores. *Shit!* Eran ubicuos, como el Buda. Seguían escribiendo en inglés.

Señor Stevenson:

Esperamos que haya hecho usted un buen viaje. Bienvenido a Bogotá. Por nuestra parte, trataremos de propiciarle una breve estancia.

A las 12:30 subirán a su habitación dos personas. Son dos agentes del F-2 colombiano, buenos pistoleros, malos karatecas, pésimos policías, pero es lo mejor que hemos podido contratarle para su seguridad personal. Al igual que el taxista, lo creen un *executive* de Sears, y por honorarios bastante suculentos, estos dos gorilas están dispuestos a impedir que ni las moscas se le arrimen. Ni se le ocurra comentar lo que lleva en el maletín, porque podrían cambiar de idea. Pero mientras estén convencidos de que usted es un gringo razonablemente temeroso de las calles de Bogotá, y con la esperanza de convertirlo en cliente regular, harán lo que usted les ordene.

Para empezar, recíbalos a las 12:30, baje con ellos, lleve consigo el maletín del dinero, entregue las llaves en la recepción y reclame un sobre que contiene nuevas instrucciones para usted.

Todo saldrá bien, con su cooperación.

Como primera medida, necesitamos asegurarnos de que usted no esconde entre sus ropas, ni en el reloj, bolígrafo, espejuelos, etcétera, ningún micrófono para comunicarse con algún grupo o individuo móvil, que pretendiera interferir o detectarnos. También detestaríamos descubrir que lo sigue una microfilmadora o cualquiera de esos aparatejos innobles, tan del gusto de los espías como el señor Gainsborough. Como usted habrá podido observar, no carecemos de técnica en nuestro trabajo y tenga la certeza de que hemos previsto todos los detalles. Si nos

jugara sucio en este sentido, lo descubriríamos. Se lo advertimos en el tono más cordial que cabe, dada la situación: aún tiene veinte minutos para desembarazarse de cualquier miniatura electrónica (nos consta que la ITT las fabrica), con la que pretendiera hacernos alguna jugarreta. Eso sólo serviría para crearle incomodidades a usted y al pobre señor Capote.

No había firma.

A las 12:30 subieron los gorilas. Uno era muy blanco, de tipo lombrosiano, con caninos de oro y una sonrisa sepulcral. Típico torturador. Y el otro, medio encogido, cara de infeliz, buena gente, mirada vidriosa; pero con los presos debía ser más terrible que el otro, de esos que torturan para defender la comida de sus hijos. Pero era bueno tenerlos a su lado en una ciudad violenta. Afortunadamente hablaban despacio, mascando las palabras con esa excelente dicción del interior de Colombia. Price los entendía perfectamente. Les preguntó si tenían carro. No, ellos no tenían. Habían recibido instrucciones de montar con míster Stevenson en el taxi, y cuando se tratara de caminar, seguirlo a unos tres metros.

¡Perfecto! Eso era lo mejor.

Price se puso el saco, cogió el maletín y bajaron juntos. Al llegar a la planta baja, usted primero míster, y tomaron posición tras él.

Price entregó la llave y recibió un sobre que contenía la segunda carta del día:

Señor Stevenson:

Monte con sus gorilas en el taxi de Alberto, y pídale que lo deje en la esquina de la calle 63 con la carrera 13, en Chapinero. Al bajar, ordene a Alberto que lo espere allí mismo. Escoltado por sus gorilas, camine hasta el Café Victoria, que queda en 13 entre 60 y 59. Pregunte por Elbia, una camarera. Ella le entregará otro sobre como éste. No se preocupe por la carta de amor que contiene. En el baño aplíquele un poco de calor y aparecerán nuestras instrucciones con tinta invisible. Para cumplirlas, regrese al lugar donde Alberto lo espera. Eso es todo por ahora.

Elbia, con una bandeja llena de pocillos, pintarrajeada, treinta años largos, nalgas aún paradas, rodillijunta, patiapartada, cuatro dientes arriba y ninguno abajo, en medio del humo bullicioso y las conversaciones de mesa a mesa, pero ¿qué has hecho, ala?, estaba deseosísimo de verte, y tac, tac, tac, carambola, y en la vitrola un tipo de ruana pone pasillos y bambucos:

*El que en Bogotá no ha ido,
con su novia a Monserrate,
no sabe lo qu'es canela*

Y Elbia indignada con un chino pendejo, ola su mercé, si me sigue sobajeando el culo cada vez que paso me va a tumbar la bandeja con los tintos, y la otra camarera, permisito, permisito mi chino, ¿quién, quién?, ¿el señor Stevenson?, ah, sí, siga siga, que aquí le tengo la razón, y con una mano en el escote y la otra sosteniendo la bandeja de tintos ¡¿su merced me va a dejar el culo tranquilo, ola?!, sacando de entre los senos un sobre arrugado y Price depositando un billete de cinco dólares sobre los tintos y las cajetillas de Piel Roja, y muchísimas gracias su merced, que vuelva por el Victoria cuando necesite de ella alguna otra razón o lo que sea, que ella está para servirlo, tan amoroso el gringo, mira, me dio cinco dólares y ¿de dónde se habrá levantado la vieja esa a un gringo tan bien plantado?, y en el baño Price abre el sobre que contiene una llavecita y la carta, y cuando le aplica su encendedor aparece otra vez la conocida letra de molde:

Señor Stevenson:

Pida a Alberto que lo deje en la carrera 10 con calle 18. Que sus gorilas le indiquen dónde quedan las casillas del apartado aéreo de AVIANCA. Diríjase hacia allí muy lentamente. Mientras tanto, Alberto deberá trasladarse a la esquina de la carrera 7ma. con la Avenida Jiménez de Quesada y esperarlo junto al edificio de *El Tiempo*. En AVIANCA, diríjase al apartado 17245 y ábralo con la llave que tiene ahora en su poder. Allí encontrará otra carta. Siga las nuevas instrucciones.

Las casillas del apartado postal de AVIANCA quedaban a unas cinco cuadras del lugar donde esperaba Alberto. Evidentemente, los secuestradores lo estaban desplazando por la ciudad para comprobar que no hubiera seguimientos. Eran exageradamente cautos. Después de la maniobra en el Victoria y ahora en el centro de la ciudad, ya podían estar convencidos de que Charlie no llevaba cola. ¿Y cómo pensarían comprobar si llevaba transmisores? No pudo evitar un ligero gesto de desdén.

En la carta del apartado postal le indicaban:

Diríjase a pie hasta el hotel San Francisco. Ordene a los gorilas que lo hagan pasar junto al edificio del periódico *El Tiempo*, donde lo estará esperando Alberto, quien también deberá seguirlo a prudencial distancia.

En la recepción pida las llaves de la habitación 201, reservada a su nombre, más una nota que le hemos dejado. Cumpla las instrucciones. Los gorilas y el chofer deberán aguardarlo en el vestíbulo del hotel, sin moverse de allí.

Y en la recepción del San Francisco, luego de inscribirse, recibió el sobre anunciado, que contenía otra carta y una llave. En la carta leyó:

Señor Stevenson:

No ocupe todavía su habitación. Suba por la escalera al primer piso y penetre en el local de los baños turcos. Con la llave que le entregaron en recepción abra la taquilla 122 y encontrará nuevas instrucciones.

¿Iban a hacer que se desnudara para comprobar que no llevaba aparatos? Sería la primera cosa tonta que hicieran.

En el primer piso pasó a un gran salón donde unos cincuenta individuos descansaban en sillas plegables. Algunos dormitaban semidesnudos con la cabeza cubierta por una toalla, un periódico, un libro; otros conversaban en las mesas del bar, discutían encueros, se rascaban los testículos, se estiraban los prepucios y bebían a mansalva lo que esperaban sudar en las cámaras de vapor. Otros, tendidos boca arriba, con los ojos entrecerrados, cedían sus pies a los pedicuros. Y en el extremo opuesto a la entrada, algunos gordos halaban poleas, pedaleaban, levantaban pesos.

El armario número 122 quedaba en el extremo de una hilera, a la vista de todo el salón. Desde cualquier posición, un observador podía vigilar sus movimientos. Al abrir el armario encontró el mensaje, en un sobre idéntico a los anteriores:

Señor Stevenson:

Coloque su maletín en el armario. Desvístase completamente. Despójese también del reloj y de los espejuelos. Al penetrar en los baños sólo podrá llevar la llave de su taquilla. Si le molestara exhibir su desnudez, tome una toalla para cubrirse. Permanezca veinte minutos en la primera cámara y diez en la segunda. Al salir tome una ducha fría en las instalaciones que hay a la entrada del salón. Se sentirá mejor. Regrese luego a su taquilla, vístase, coja el maletín y retírese a su habitación, que está en el segundo piso. Coja la escalera contigua a la salida del local de baños y escale los dieciocho peldaños. Su habitación es la segunda a la derecha. En la gaveta de la mesita de noche encontrará otro mensaje. Esperamos sepa disculparnos por nuestras instrucciones tan fraccionarias.

Charlie se encaminó desnudo hacia la entrada de las cámaras. Cogió una toalla roja del montón multicolor que había junto a la puerta y se cubrió la cabeza. Luego otra blanca y se introdujo en la primera cámara.

El termómetro marcaba cuarenta y ocho grados centígrados. En el reloj eléctrico adosado a la pared, eran las 3:10. Había unas veinte personas sudando. En un rincón se desarrollaba un gesticulado coloquio futbolero. Los cuerpos desnudos resultaban mucho más expresivos. Price echó un vistazo rápido y se sentó al lado de un hombre pequeño, de rasgos mongoloides, que se afeitaba con fruición y sin jabón. Un gordo gracioso y vital que se paseaba encueros sobándose los rollos de la cintura,

conversando con todo el mundo, se detuvo a observar el trajín depilatorio del mongólico y comentó: «Se está dejando la cara suavcita como nalga de monja. ¿Es que su merced piensa salir a buscar novia?». El mongólico se rió, achinó más los ojos, pero sin dejar de afeitarse. Con la lengua se empujaba un carrillo por dentro, y presionaba con la maquinita; y con los dedos de la otra mano se estiraba al máximo la piel. Parecía deleitarse con aquella afeitada, que por lo visto, duraba ya un buen rato. A la derecha, un torero explicaba cómo el cuerno le había entrado por la ingle. Tenía la piel llena de rotos, huecos y remiendos, testimonios de sus cogidas.

Price recorrió los rostros de los presentes. Nadie demostraba interés por él. Era un ambiente de *habitués*, bastante festivo. El mongólico estaba ahora dedicado al mentón, que adelantaba exageradamente, como si ello le ayudara a llegar a la raíz misma de la barba. Charlie sintió que el sudor le corría a chorros hacia el piso. ¿Quién de aquellos hombres lo estaría vigilando? ¿El torero? ¿El mongólico? ¡Bah! Le daba lo mismo. Cuando transcurrieron los veinte minutos indicados, Price pasó a la segunda cámara. Un vaho compacto apenas permitía ver los bultos imprecisos de los bañistas. Todos estaban sentados en las graderías de una especie de anfiteatro. En la parte de abajo había un banco de mármol. Dos gordos sentados en él, respiraban pesadamente, con los codos apoyados en las rodillas y las quijadas en las palmas. Nadie hablaba allí. Nadie se movía, sino para entrar o salir. Faltaba el aire. Por el intenso vapor, no se veía el termómetro. Price calculó que habría entre sesenta y sesenta y cinco grados. En la pared había un reloj de cuarzo, cuyas cifras verdes, luminosas, podían distinguirse nítidamente. A los cinco minutos, Price comenzó a respirar con dificultad. Pensó que situar en un baño turco con aquella temperatura, a quien había llegado ese mismo día a los casi 2700 metros de Bogotá, exigía en efecto no ser hipertenso ni cardíaco. Cuando faltaban tres minutos para cumplir los diez que le habían ordenado, notó que se le nublaban la vista y regresó apoyándose en una pared a la primera cámara. Allí esperó cinco minutos. Cuando recobró fuerzas y se le normalizó un poco la respiración, se levantó para salir hacia el salón. Le costaba mover las piernas. Aún se sentía muy embotado. ¿Los secuestradores lo habrían obligado a aquello deliberadamente? ¿Con qué fin? Sintió que no le interesaba mucho. En aquel momento, nada le interesaba mucho. Al pasar junto al torero notó que se había puesto a hacer flexiones de cintura, y el gordo gracioso se había tendido boca abajo para recibir un masaje. Casi entre sueños, le llegaba el pláquiti plac del masajista, otro gordo, calvo, de brazos peludos y musculosos.

Al salir, el aire seco le produjo un agradabilísimo alivio. La ducha fría, con el agua natural de Bogotá contribuyó a reanimarlo. Tenían razón. En la carta le habían dicho que se sentiría mejor. Comenzaba otra vez a pensar con lucidez. Se secó, botó la toalla húmeda en un cesto y cogió otra, también roja, del montón. En eso salió el mongólico. Seguía afeitándose en marcha, ensañado ahora con el bigote. ¿Sería

posible que...? No; era absurdo.

Charlie se vistió en pocos minutos, recogió el maletín, pagó cincuenta pesos al cajero que cobraba los servicios a la salida, y un minuto después entraba en la habitación 201.

El mensaje que le habían dejado en la mesita de noche decía:

Señor Stevenson:

Muchas gracias, su misión con nosotros ha terminado. Abra el maletín y encontrará nuestro último mensaje.

Pero, pero,... ¿qué era aquello? ¿Que abriera su propio maletín? ¿Sería posible que...? Sólo en ese momento cayó en cuenta. Se abalanzó casi sobre el maletín, llave en mano, lo abrió, y... ¡estaba repleto de papel de periódico!

Una cosa estaba clara: mientras él aguardaba, medio atontado por el vaho de las cámaras, le habían hecho un cambio de maletines. Y encima del papel periódico estaba el sobre con las instrucciones finales, que también contenía una llave, un pasaje de avión y sus propias fotos, tomadas en New York, frente al Waldorf Astoria.

Señor Stevenson:

¿Ha visto usted qué fácil ha sido todo?

El vuelo 667 de AVIANCA sale hoy para New York, a las 20:30 Su reservación está confirmada. Despídase de los gorilas en el Tequendama. Nada les debe. Pague al taxista, en cuanto lo deje en Eldorado, sus ochenta dólares. No se imaginaba usted que esta noche dormiría en su casa, ¿verdad?

Entregue la llave adjunta al señor Gainsborough. Con ella podrá abrir una taquilla en la consigna de la Grand Central Station, donde hemos depositado las claves para liberar al secuestrado. Allí encontrarán también unos microfilms, que por error nos llevamos de la casa del señor Capote. A él y al señor Gainsborough, nuestros respetos, y vaya para usted nuestro reconocimiento por la eficiente labor cumplida.

P.S.: Le devolvemos sus fotos, tomadas en New York. Tal vez le sirvan como recuerdo de este paseo.

Charlie miró la hora. Eran las 4:10. Si su vuelo salía a las 8:30, tendría tiempo de sobra. Sintió sed. Mucha sed y hambre. Recordó que no había probado bocado desde el amanecer. Llamó al *room service* y ordenó un par de cervezas y algunos sandwiches. Luego pidió a la recepción que le localizaran al chofer, que debía estar en el vestíbulo de la planta baja. Sí. Que lo llamara a su habitación.

Alberto respondió de inmediato y Price le ordenó que lo volviera a llamar a las

seis en punto. Los gorilas debían esperarlo en el vestíbulo del hotel.

El camarero llegó con su pedido a los cinco minutos. Charlie bebió una cerveza completa sin pausa y botó la lata en el cesto. Destapó la otra y se puso a comer un sandwich, acodado en la cama. Cuando terminó de comer, reclinó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Casi dormido ya, se dijo que a pesar de sus veinticinco años de experiencia en técnicas de espionaje mayor, si su misión hubiera sido capturar, o propiciar la captura *a posteriori* del que recogió el maletín, habría fallado. El que fuese, debió de esperarlo ya vestido en el salón. Acodado en el bar, lo vio entrar a los baños. Seguramente tenía el otro maletín oculto en la taquilla contigua. Y mientras él permanecía embotado en las cámaras de vapor, en menos de diez segundos, el tipo abrió su armario con un duplicado y cambió los maletines. Sin duda tenía a mano un bolso más grande donde ocultarlo. Y unos minutos después abandonó el hotel, como tantos que salían de los baños.

A las seis con quince lo despertó un sacudón. Era el gorila pálido.

¿Qué le había pasado al míster? ¿Estaba bien?

Sí, sí, claro, perfectamente, estaba descabezando un sueñecito.

Menos mal, cuando Alberto les dijo que su teléfono timbraba y timbraba y él no contestaba, imagínese, ellos se habían tomado el atrevimiento...

Sí, sí, habían hecho muy bien. Ya era hora de regresar al hotel Tequendama.

A las 8:30 el jet de AVIANCA alzaba vuelo en Eldorado. Alberto, que se había quedado contemplando el viraje del avión sobre los contrafuertes de la cordillera, se preguntó qué rayos había ido a hacer aquel gringo a Bogotá, para pagarle a él ochenta dólares por la pendejada de llevarlo hasta el hotel, luego a un café, después al correo de AVIANCA y finalmente al San Francisco, donde no había hecho más que dormirse una siesta.

Estaba claro que el gringo aquel no había ido a Bogotá por auditorías. ¡Pendejadas! Algo traía en aquel maletín del que no se había separado un instante. O al revés: quizá lo había traído para llevárselo cargado. Pero ¿de qué? ¿De fúlgidas esmeraldas colombianas? ¿De Santa Marta Golden, la mejor marihuana del mundo? ¿O sería que el míster le metía a la blanca?

CUARTA JORNADA

Había al pie de un mes arreo que hiciera matar a mi hermano Lope, cuando llegué a Madrid. Y hallándome de allí a poco en un mesón donde tenía tendidas mis redes de tahúr, con ocasión de ser un mancebo algo mentecato y vanaglorioso, dio en hinchársele el ojo a un bulero, del mucho mirar el tamaño de mi bolsilla de brocado, en la que no guardaba yo sino unos pocos escudos de oro, por cima de un buen porqué de guijarros sonoros. Y dándose cata aquel malandrín, así de mi mocedad como del lenguaje cortésano y buena crianza que yo sabía usar a ciertas ocasiones, propuso de coger aquella por la melena, y concluyó en convidarme a pasar tiempo jugando a la veintiuna. No sin simular algún melindre, yo tuve el envite y trabé juego con él. Mas a cabo de rato, cuando le hube dejado sin un solo maravedí, viose burlado y empuñó un cuchillo de cachas amarillas, de los que suelen llamar vaqueros, con quien me amenazó porque le volviese su dinero, o sobre eso, morena; pero en viéndome asir de mi daga, pronto a tomarme con él, suspendióse primero de oír los boatos que despedí en germanía de pícaros; quietóse luego y, rematado su ánimo, salió con correrse, aun bien que pelándose las barbas; y como nada hay que tanto pique a algunos tahúres, cual el verse heridos por sus propios filos, el bulero perdidoso cohechó a un cuadrillero, porque me prendiese y atormentara. Dióle mis señas, informóse el cuadrillero, y tres días serían pasados, cuando me halló jugando a la taba en una venta de Lavapiés, donde me prendió sin más ni más, pero en cambio de llevarme a prisión, entróme en la espesura de un robledal, espulgóme los bolsillos hasta dejarme sin blanca, me hizo mosquear las espaldas de cincuenta azotes y concluyó en deshonrarme con un tormento vil, a la vista de sus dos camaradas, que reían a más y mejor de verme puesto en aquel sufrimiento, el cual, a trueque de que se me pasara de la memoria, diera yo por bien empleado, el perderla para siempre.

Y así como el haber vengado el tuerto que me hiciera Lope, diome tanto contento cual si me hubiesen aliviado de una espina, quise arrancarme también la que me clavaran el bulero y el esbirro. Aquel no apareció jamás ni supe dél, pues ya sabe Vuestra Merced cómo es errante la vida de esos pícaros que se dicen ministros de la Santa Cruzada, y viven de echar las bulas, medrando con la fe de los crédulos; pero del cuadrillero, sí vine a noticia, en la primavera del siguiente año, durante las fiestas de San Isidro, en que yo había vuelto a Madrid, pues a esa sazón, siempre hay lugar para la taba y el hurto, y la ciudad se llena de maleadores. Y allí, por un ladrón valenciano al que apodábamos el Verrugas, vine en conocimiento de que mi cuadrillero se había alzado a mayores y cohechado para sentar plaza de alguacil del Santo Oficio en Valencia, que era su tierra, do el mi amigo le viera con sus mismos ojos, primero de partirse a Madrid.

Yo conocí al Verrugas en las almadrabas y le tenía por un mozo secretísimo y de

todo punto verdadero, de suerte que no había dudar de sus razones. Fueme bien en San Isidro. Salí ganancioso en la taba y corté faltriqueras a salva mano; y el último de mayo había allegado en mi bolsa más de novecientos ducados, amén de los recuerdos de la viuda que montaban más dos mil y los tenía en Sevilla, puestos a tributo.

Hubiérame partido hacia Valencia luego, luego, pues muchos eran mis apremios de venganza, mas me lo estorbaron unas almorranas que no me daban lugar a cabalgar, y así, muy amohinado, vime apretado de aguardar hasta el mes de julio en Madrid.

Siendo que yo nunca había trabajado en el Levante, pedí al Verrugas que me fiase ante sus cofrades, si los había en su patria. Él me dio un contraseño en lengua valenciana y me dijo lo pasara a un ciego llamado Violant, que mendigaba junto de San Nicolás y al que todas gentes conocían en Valencia. Díjome que era ciego de un solo ojo y amén de mendigar, hacía profesión de avispon, que no es sino venir en conocimiento de lo que acaece en la ciudad y buscar ocasiones para el hurto, de las que luego daba prolija relación a sus cofrades. Declaróme el Verrugas, que el mayoral de su cofradía era el maestre Socarrats, a cuya aduana yo debía acudir en compañía del ciego, por obtener la licencia contingente, si quería trabajar en su distrito, y encomendóme el Verrugas que le diese cuenta de que al Pascualet, su hermano menor, no lo habían matado en el tormento, como se diera a entender en Valencia, sino que estaba bueno y sano, dando tientos en Madrid, de lo que mucho se holgaría el maestre Socarrats.

Y así llegué un día a Valencia, a cabo de treinta de camino, acrecidas mi bolsa y mis almorranas también, la una por haberme estado ganancioso a los naipes, en los muchos altos que me vi apretado de hacer en ventas y mesones, y las otras, por la riguridad de la cabalgata estival, que mal de mi grado, tuve de hacer a mujeriegas. Busqué al ciego Violant, dile el contraseño del Verrugas, me le identifiqué como el que era, y otro día, a las horas en que daba audiencias, el maestre Socarrats me acogió en su manida muy comedidamente; y siendo que me fiaba su ahijado el Verrugas y le llevaba tan buen recado como eran las nuevas de su Pascualet del alma, declaróse muy servidor de mi persona, y añadió que mucho se holgaría de socorrerme en lo que yo fuera servido pedirle. Dile cuenta del tuerto que me hiciera el cuadrillero, y cuánto me fatigaba el afincamiento de vengarme, lo cual tenía prosupuesto de hacer por mis manos, mas no sin antes pasar a dar al maestre Socarrats la sólita obediencia y granjear su señal, pues no sabía yo cuáles fuesen los tratos de su cofradía con el que ahora era alguacil del Santo Oficio. Con ser que en esa sazón mal se me entendía el romance valenciano, vine en cuenta que los tratos del señor Socarrats con el que todos llamaban Mossen Alguatzir, no eran buenos ni malos, porque los ladrones y puñaleros de Valencia eran todos viejos cristianos y estaban en paz con el Santo Oficio; pero si tan grande bellaquería había hecho conmigo el cuadrillero, cual yo le

había referido prolijamente, bien empleado se tenía el castigo que yo le fabricara, y declaróme luego que mucho se habría holgado en darme licencia para cumplir mi designio en buen hora, horro del almojarifazgo que los estatutos de su confraternidad tenían señalado para las venganzas mayores, pues la mía hacía número con las de ese jaez; y luego se quejó que en esos días anduviese flaco el oficio y no pudiese darme de gracia la sobredicha licencia, de suerte que para pagar las alcabalas de su aduana y poder poner por obra mi propósito, tenía yo de darle doscientos ducados, prometiéndome por otros tantos, escondite seguro y embarcación que me sacase de Valencia si los hubiere menester. Manifestéle luego los cuatrocientos ducados y pedíle me guardara los setecientos restantes, pues de muchos tiempos a esta parte, es cosa averiguada que en achaque de confiar dineros, nadie es más honrado que un mayoral de ladrones. Diome al punto los contraseños por si acaso topaba a sus ahijados y díjome que cuando necesitare escondite, me fuese en casa de un bonetero cuyas señas me daría el Violant, y al que debía decir con voz baja «pan y bienvenida», que en lengua valenciana declárase *pa i benvenguda*, y así el cofrade sabría dónde ponerme en cobro. Pedíle también las señas de algún ropero que me vendiese hábitos de fraile, mas él me aconsejó que mejor fuese luego en casa del sobredicho bonetero y él me encargaría la hechura más a mi sabor. Y así se hizo, y de allí a dos días me puse a dar trazas para poner por obra mi venganza.

Escogí un bosque grandísimo que estaba puesto a obra de dos millas, como vamos de Valencia a Sagunto, y allí estúveme una buena pieza buscando el lugar que se acomodara a lo que yo había menester. Hallélo luego cabe un castaño y otro día oculté en lo alto de su ramaje, ocho brazas de sogas con dos roldanas ya aparejadas. En un morral había llevado un mazo y un pico, a quienes hice mango en el bosque y escondí en lugar seguro. Llevé luego un hacha pequeña y un par de grilletes, que fueron hechura de un herrero de la parcialidad de los cofrades. Cavé entonces un pozo de estado y medio, luego corté una vara derecha como un huso de Guadarrama que, enterrada en el pozo, asomaba unos diez palmos, la cual descortecé y desbasté por hacerla muy puntiaguda en el fin, y encubrí de unas cambroneras harto espinosas, de suerte que semejase a un zarzal intrincado y nadie se diera cata de lo que ocultaba. Corté últimamente una estaca de una vara de largo, amarréle unos grilletes a las puntas y la escondí allí mismo, con la añadidura de una bola de cera.

Así como hube concluido la máquina de mis pertrechos, aguardé comodidad para vengarme, y no habían pasado cinco días, cuando una mañana temprano vi al alguacil salirse de la ciudad por el camino de Sagunto. Iba caballero en un rocín overo, platicando con otro oficial que vestía de negro y escoltado de dos corchetes en sendas mulas y de dos familiares del Santo Oficio que iban a pie. Seguíles a obra de trescientos pasos hasta que se me perdió de vista, pero en llegando que llegué al bosque, vi por las huellas, haber seguido ellos el camino adelante, de lo cual me

holgué. Entréme luego, cogí el mazo que tenía escondido y salí presto a la orilla, donde me estuve una buena pieza a la mira, avizorando el regreso de la partida, lo cual avino de allí a poco. Cuando les faltaban unos quinientos pasos para llegar junto del bosque, vi que sólo regresaban el alguacil con los familiares, y traían con las manos aherrojadas y una sogá sujeta al cuello, a un hombre de pelo cano, de hasta sesenta años, que caminaba con la cabeza derrotada sobre el pecho.

El alguacil venía adelante, seguía lo el preso y cabalgaban postreros los familiares. Mi víctima traía una escopeta de rueda en el arzón delantero y los familiares sólo sus espadas. Los jinetes que por allí pasasen, tenían de abajar tantico la cabeza, en el punto do las ramas de una encina gigantesca atravesaban el camino de parte a parte. Yo cargaba dos pistolas a la cinta, y con el mazo en la mano, deslicéme sobre un ramo grueso y echéme en lo alto a esperar que pareciesen por la vuelta del camino.

Al alguacil descargué el mazo en la mollera y al punto vínose de su cabalgadura al suelo con estruendosa ruina. Descolguéme de un salto, cogí la escopeta, encañoné a los familiares que se habían quedado inmóviles y suspendidos de espanto, y sin darles lugar de ponerse en defensa, apretélos a apearse y a liberar las manos y el cuello del cautivo.

Yo había escogido aquel sitio por ser muy frondoso y porque la vuelta del camino no daba lugar a que nadie que no estuviese muy cerca, pudiese ver el asalto. Con las mismas esposas que traía el preso, sujeté a los dos familiares por sus manos derechas, de suerte que uno tuviese siempre de caminar hacia atrás o entrambos de lado. Desarmado que hube a los familiares, di la escopeta al preso, amarré por delante las manos del alguacil y arrastrélo antecogido por ponerlo fuera del camino. Cobré luego la bestia, y a pocos pasos que me entré por la espesura del bosque con ella y los familiares, que iban rabo entre piernas, arrendé la una al tronco de un nogal y a los otros a una encina, advirtiéndoles que si querían sus vidas se estuviesen bien queditos vieran lo que viesan.

Corrí luego a cobrar al alguacil que había dejado al cuidado del viejo y estúveme una buena pieza dándole de torniscones, hasta tanto no volverlo en su acuerdo. Cogí entonces la escopeta de manos del viejo, desviéme con él aparte, obra de veinte pasos, por decirle que yo no era ningún religioso, sino que iba disfrazado por tomar una venganza del alguacil, y que él quedaba horro de irse enhorabuena, y si así lo quería, de llevarse consigo la cabalgadura. Besóme las manos y con lágrimas en los ojos, ofrecióseme como el maestro don Pedro de Aranda, médico de Lisboa, para servirme, con las veras a que lo obligaba la gran merced que la mía le había hecho.

Por lo forzoso y atropellado de la ocasión, hasta ese punto yo no había reparado en aquel hombre cano, cuya buena crianza y cortesano trato echaban de verse a tiro de ballesta, así en lo bien razonado de su lenguaje, como en su natural grave y apersonado; y por la mansedumbre de sus ojos, dime cata luego, de que era hombre

agradecido y bueno; y siendo que hacía profesión de médico, vínome en voluntad que me enseñase algún remedio para mis maltrechas almorranas, que a esa sazón, a causa de la caminata, mucho me atosigaban; mas primero de en lo tal hablarle, pedíle razón de la ausencia del hombre de negro y de los dos corchetes que habían sido de la partida en saliendo de Valencia. Díjome que todos tres se habían quedado en la casa donde lo prendieran; los unos custodiando a los demás moradores, y el otro, que era el escribano, haciendo el sólito escrutinio, pues otro día llegaría el receptor de la Hacienda Real a poner por obra el secuestro de los bienes, como es el uso ordinario del Santo Oficio en los tales casos, como era el suyo, de ir preso por herejía.

Soseguéme de saber que los corchetes no me cogerían de sobresalto y preguntéle qué traza daría para alcanzar ciudad tan lueña, cual estaba Lisboa. Díjome que cabalgaría a paso tirado, por alcanzar Tortosa, donde tenía personas de mucha calidad y predicamento, quienes darían orden en ocultarlo y socorrerlo con dineros, para el su retorno a Portugal. Repliquéle que no hiciera yo tal, si fuere que él, pues no sería mucho que diesen noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual luego le estaría buscando a campana herida por todos los caminos de España. Y aunque más se anduviese con grandísimo tiento, sin patentes, licencia, ni despachos que lo fiasen por otro nombre, aquella huida no era hacadera y ni por pensamiento llegaría más allá de Castellón, a quien tenía de atravesar en cabalgando de Valencia a Tortosa.

Persuadílo que tomara mi consejo de desnudar a uno de los familiares y disfrazarse con sus ropas, de suerte que pudiera andarse por Valencia a hurto de quienes lo conocieran, y allí se fuese en casa de un bonetero cuyas señas le dí, y a quien debía declarar por contraseño *pa i benvenguda*. Aseguréle que el bonetero le granjearía escondite donde yo mismo sería sin falta a obra del mediodía y daría traza para sacarlo de Valencia en una nave y con patentes que lo fiasen por otro nombre. En el entretanto que yo le hablaba, él no hacía sino mirarme y remirarme como si formara escrúpulos de mis pocos años o quisiese tomar el pulso a mi cordura, de suerte que no saliese yo con ser un prometedor de cosas imposibles; mas por alguna señal que debió de descubrir en mi rostro, dióse cata de mi discreción, tornó a agradecerme y declaró que tomaría mi consejo. Así, en el entretanto que él daba orden en desnudarse, yo desaté al familiar más seco de carnes y mandé que me diera sus ropas, las cuales estaban limpias y bien compuestas, pero eran de paño corriente y moliente como el que usan las personas de poca calidad. Vistiólas el anciano y aun bien que le iban tantico holgadas, pasaban por suyas y a nadie darían barrunto de disfraz. Concluido que hubo el metamorfosis, tornó a agradecerme y luego al punto, partióse a pie a buscar su salud en la manida del bonetero.

Fuime entonces adonde había dejado al alguacil, quien aún todavía no acertaba a darse cata de lo avenido y miraba desencajadamente mi rostro y mi hábito de fraile, como atónito y embelesado; y asiéndolo a cabo de los pelos, hícele abrir la boca, que

le henchí con unas tiras de seda que traía conmigo, y luego lo fajé con un gran pañuelo randado, porque no se oyesen los gritos que de allí a poco tendría de dar. Llévemelo entonces bosque adentro, do había dejado a los familiares, paréme frontero dél, me quité el capuchón de fraile y la cinta con quien me había ceñido la cabeza por cima de la frente, y en la sorpresa que se pintó en aquellos ojos, dime cata de que me había reconocido luego, de sólo ver mi cabello rubio, largo y ensortijado. Maguer que yo no le mostré ira ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de mi designio, en su desconsuelo echaba de verse que ya tenía barruntos de lo que le esperaba. Cogí entonces la estaca que tenía aparejada y sujetéle ambos tobillos a las puntas, donde había emplazado los grilletes, de suerte que las piernas le quedasen decantadas a obra de una vara. Desnudéle entonces los calzones hasta dejarlo como la madre que lo parió de medio abajo; y cuando quité el ramaje que cubría la pica y apareció a la vista de todos tres aquella punta afilada ¡allí fue ello!

Uno de los familiares, al darse cata de lo que avendría, púsose a temblar como un azogado y viose a las claras que se le paraban los cabellos. Otro comenzó a hacerse más cruces que si llevara el diablo a las espaldas y a dar diente con diente, como quien tiene frío de quartana. El alguacil cayó de hinojos, mirándome suplicante, mas luego se fue de lado sin sentidos y dio en despedir un como gemido por la nariz. Yo cobré entonces, con una pértiga de gancho, la soga que escondiera en lo alto del castaño, por cima de donde había enterrado la pica, y con uno de sus cabos sujeté las manos del alguacil, por el mismo lugar donde se las había amarrado; y con el artificio de las roldanas comencé a izarlo, de suerte que cuando volvió en sí, se encontró suspendido, con las piernas abiertas y las asentaderas a obra de cuatro varas del suelo y a una de la punta de la pica. A esta sazón, comenzaba yo a flaquear y a arrepentirme de mi furia; pero hice propósito de pasar adelante, pues aquel bergante y mal mirado alguacil no había hecho conciencia de atormentarme por unos ducados que le diera el bulero, ni por tan liviana ocasión como fuese la pendencia que yo tragara con él. Y como no quise dejarme nada en el tintero, en pago de los cincuenta azotes que me diera en Madrid, corté una vara de acebo verde y púsele las posaderas como unas amapolas, lo cual, más que sufrimiento, parecióle alivio; mas cuando comencé a encerar la punta de la pica, del rostro del alguacil llovieron lágrimas como de alquitara; y en viéndose en aquella guisa en que yo lo había puesto, sabedor del tormento que le avendría, elevó sus ojos al cielo, pues mal de su grado, había echado de ver que para consigo, no había más sino encomendar el alma a Dios.

Ya se puede imaginar el resto; y porque no pene Vuestra Merced por confirmar lo que casi le debe ir trasluciendo, sepa que no hacía yo aquello a humo de pajas, pues eso mismo me había hecho él en el robledal de Lavapiés. Ordenó que me amarrasen de pies y manos y, sobre azotarme, me bajaron las calzas y me sentaron sobre una pica de un palmo, que habían enterrado en el suelo, y que me quedó encajada cuan

larga era, en lugar donde por buenos respetos aquí no se declara. Y yo, por dejarlo mas que rebién pagado, le volví el contracambio por el mismo lugar y con creces, pues lo espeté sobre otro palmo de pica, con la añadidura de más nueve, y el prosupuesto de que le llegasen hasta la nuca del cerebro. Mas no me quedé a verlo deslizarse, pues me enfadaba el espectáculo. Apretaba el tiempo y temí no me cogiesen de sobresalto; pero primero que me partiera, mal de mi grado y con remordimiento del juicio, maté de sendas puñaladas a los dos familiares, por defender que no diesen luego mis señas al Santo Oficio.

Con sincero dolor me arrepiento de este crimen. Que Dios se apiade de mi alma.

CAUTIVO

Con el libro en las rodillas, Lou ubica los trebejos en el tablero para el problema N° 18: «Juegan las blancas y dan mate en dos».

Al iniciar su sexto día de cautiverio ya ha resuelto diecisiete problemas. Se muerde pensativo el labio inferior y mueve un alfil.

¿Se habrán llevado los microfilms del Salvaje?

Ya no puede concentrarse en el problema. Desde las seis de la mañana ha matado casi cinco horas con los dos anteriores; pero la ansiedad creciente no lo deja concentrarse en el nuevo.

Se levanta del sillón, pone a calentar agua, se prepara un café instantáneo y enciende un cigarro.

¿Qué habrá pasado con el Salvaje? Y si cuando lo suelten comprueba que los microfilms han desaparecido ¿qué le dirá a Gainsborough? El inglés lo someterá a un interrogatorio exhaustivo.

Bebe un sorbo y se sienta con la vista fija en el tablero. Su mayor preocupación y principal causa de insomnio vuelve a asediarlo: ¿sospecharán de él?, ¿podrán Geneen y Gainsborough imaginarse algún turbio manejo suyo en relación con los planos del localizador?

¿Y si les dice la verdad? ¿Toda la verdad?

Mmmm: lo grave es que una verdad tan insólita como su relación con las mujeres dentro del bunker, los uniformes, el cuadro, sólo es creíble si refiere la historia con todos sus detalles... ¿Y cómo lo tomará el puritano de Geneen? Durante aquellos seis días, alternativamente, Lou ha decidido y luego desistido de enfrentar a Gainsborough con el relato de la pura verdad.

¿Qué hacer?

Es evidente que los secuestradores conocían su afición al ajedrez, su verdadero nombre italiano, y lo más sorprendente, sabían también que en el bunker existía una copia de *El tránsito de la Virgen*.

Lo del ajedrez y el nombre italiano podía saberlo cualquiera, pero lo del cuadro lo ha hecho sospechar inmediatamente de Rita Alegría, su segunda esposa.

Vamos a ver: es perfectamente explicable que te hicieran caer en la trampa con la historia de la subasta. Eso, cualquiera lo entiende. Pero ¿cómo explicas que te dejaste sacar la clave de la caja fuerte, si era un secreto tuyo que jamás comentaras con nadie? Y nadie entenderá para qué querían entrar en el bunker, correr riesgos, cuando ya te tenían capturado... Aunque los secuestradores no los habían mencionado al pedirte las llaves, quizá les interesaran justamente los microfilms; pero nadie podía saber que tú los habías situado allí la noche antes. Fuera del Salvaje, Geneen, Gainsborough y tú, nadie en el mundo sabía que los microfilms estaban aquel día en

tu casa. Y ninguno de los tres conocía la existencia del bunker. De modo que era absurdo atribuir a los secuestradores un interés inicial por los microfilms. Y ese absurdo era lo que más sospechoso te haría ante Gainsborough y Geneen. Tampoco parecía lógico que los secuestradores se arriesgaran a penetrar en tu casa en busca de dinero u otros valores, comprometiendo una operación bastante segura, que razonablemente podía aportarles más de un millón de dólares.

Insistió unos segundos con la jugada del alfil y cuando vio que no prosperaba, lo volvió a su posición inicial y probó a adelantar un peón para dar un jaque descubierto de torre.

Al bunker sólo habían entrado mujeres: Rita fue la primera... Levanta la vista del tablero y se pone a contar con los dedos: luego Emily, Liz, Paquita, Ann, Jane y Diana.

Pero sólo Rita pudo darles la pista. A todas las demás, se había cuidado de mostrarles que el bunker no guardaba valores. El dinero estaba en los bancos y no había joyas. Les había explicado la historia de cómo se hiciera, por pura casualidad, del bunker; y que allí guardaba el maniquí y los uniformes para que no los viera la criada. Y ninguna, ni siquiera Rita, supo cómo se llamaba el cuadro ni su autor...

Desde el primer día de encierro, la reflexión incesante, compulsiva, arrojó como conjetura probabilísima, que quienquiera hubiese organizado el secuestro, obtuvo la información de Rita Alegría. Sólo ella sabía que dentro del bunker había un cofre exclusivo para *El tránsito*. Las demás, al entrar lo veían ya colgado. En los preparativos de sus lances, Lou siempre lo sacaba de su escondite antes de que las mujeres llegaran, para concentrarse en él a solas, reclinado en el diván.

Si salía con vida de aquel secuestro, aunque sólo fuera por curiosidad, pagaría a algún detective para que averiguase quiénes fueron los amantes de Rita durante los últimos trece años. Sólo a una persona de mucha confianza, sí, a un amante, por ejemplo, podía ella haberle referido la historia de sus relaciones íntimas con Lou.

Sí, sólo Rita pudo darles la pista del cuadro. Aunque... había detalles oscuros. Indudablemente, ella conocía el cuadro; pero lo vio sólo unas pocas veces; y no era probable que lo recordara. ¿De dónde iba a sacar una analfabeta en arte como ella, que se llamaba *El tránsito de la Virgen* y era obra del Mantegna? Él nunca se lo dijo... Sí, pero ella pudo retener la escena y encontrarse después alguna reproducción donde se mencionara el nombre del pintor...

Miró el reloj. Eran las once de la mañana. Encendió la radio pero volvió a apagarla. Necesitaba una ducha fría. Se sentía aturdido, le ardían las orejas. Tenía calor, una sensación como de fiebre.

Cuando ya se había quitado la chaqueta del pijama y se estaba bajando los pantalones, se abrió la puerta y penetró Gainsborough. Quedaron mirándose.

QUINTA JORNADA

En el profundo de mi corazón agradezco a Vuestra Merced las consoladoras razones que me declaró, en acabando de leer mi confesión de la cuarta jornada; y en lo que ahora le he de referir, echará de ver que en el entretanto que cometía yo todo género de demasías, no iba aún tan descarriado que no tuviese voluntad de poner por obra nobles prosupuestos.

Los acaecimientos que he de referir en esta jornada, no contienen por sí pecados de los que yo necesite aliviar mi alma, mas paréceme ser bien y nada estéril, que Vuestra Merced los conozca, siendo que mucho hacen al caso de aquesta confesión.

Empalado que hube al alguacil, fuime presto al escondite donde me aguardaba el médico. Era una casa cercana a la Puente de la Trinidad, do moraba la madre de un carcelero de la Penitencia, ahijado del maestro Socarrats. Quitéme el hábito, vestí de nuevo mi atuendo de camino, y en pasando nuestras primeras razones, declaré al viejo que aquel alguacil me había azotado una vez, tan sin ocasión alguna, que yo había porfiado en volverle el recambio, lo cual parecióle bien por todo extremo y tornó a rendirme gracias por su liberación. Apenas hubo dicho esto, por no perder coyuntura, le conté cuánto me dolían las almorranas, y que así me sucedía todas veces en que caminaba demasiado, como aquel día en que había andado más de una legua. Preguntóme si había mucho que las padecía, y respondíle que allende el año, pero sin descubrirle que las debía al maltrato que me diera el alguacil en el robledal de Lavapiés.

Él declaró que haría por sanarme al punto y llamó a la vieja para que le trajese una aguja, tamaña como los alfileres de a real; pidió luego que me desnudase de medio abajo y me volviese a gatas sobre una mesa. En habiéndome escudriñado una buena pieza y muy por menudo, advirtióme que la cura dolería tantico, pero que sanaría luego; y sin más ni más, enterróme la aguja una pulgada por cima de las almorranas; y en el espacio de dos paternostres, sentí que se me recogían y se me aliviaba el dolor de todo en todo; y yo, que esperaba bizmas y sanguijuelas, suspendíme mucho de aquella, al parecer, milagrosa curación. Sentí un alivio cual ya me había desesperado de hallarle, y en resolución, aquella repentina sanidad me puso más alegre que una Pascua de Flores; y tanto se me encendió la gratitud y admiración por aquel desconocido, que luego fatigóme el deseo por saber qué médico fuese, tan fuera del uso de los otros que yo conocía, y cuál su patria, y cuyo su linaje; y dónde había aprendido su arte, como asimismo, cuál era el toque y gracia de aquella aguja y qué tan gran delito lo pusiese en aquella estrechez cual yo lo viese esa mañana. Mas no tuve atrevimiento de preguntar, por no renovarle y traerle a la memoria sus pasadas desdichas; mas él, como si adivinara mi pensamiento, dijo que ese día yo lo había ahorrado de la hoguera, lo cual obligábalo a abrirme su pecho y referirme todo

cuanto yo fuere servido conocer de él.

En resolución, era su nombre Juan Alcocer, y su patria, aquella misma tierra valenciana. Su medicina habíala aprendido en Macao, ciudad portuguesa de la China, donde viviera doce años; y preso, lo llevaban por herético y prófugo de galeras.

Nadie hubiera imaginado que aquella presencia llena de señorío, que aquellas manos ebúrneas, hubiesen sido las de un galeote que empuñara el remo en los bajeles del rey. Díjome que el nombre de Pedro de Aranda, con el cual ofreciéraseme a la orilla del bosque, no era el suyo verdadero; pero que bajo ese nombre vivía en Lisboa, y que el legítimo sólo conocíanlo allá, su hija y dos caballeros de su privanza, dentro de la cual me había entrado yo, su salvador, lo cual obligábale la voluntad a comunicarme como a un grande amigo.

Contóme luego que fue su abuelo un morisco de Guadalajara muy poco aljamiado, y que en su mocedad había granjeado hacienda en la profesión de mercader, que le llevara luego al Alcaná de Toledo, do abriera una gran sedería. Cuando tenía alcanzada edad de treinta años, habíase sometido a la pragmática de Fernando e Isabel por quien, los mudéjares que vivían en España, para no ser expulsados della, tuvieron de bautizarse cristianos; lo cual había hecho su abuelo puntualmente pero sin ninguna sinceridad, siendo que había muerto en la fe de Mahoma; más por el sobredicho bautismo, llamóse desde ese punto del nombre de Fernando Alcocer, pues en esa población había nacido y así había tenido principio el nombre cristiano de su familia. Luego, su trata de sedería había traído al abuelo a tierras de Valencia, donde comprara muchas fanegas de sembradura, para cultivar moreras, en una comarca fértil y abundosa, camino de Sagunto, cabe el bosque do topáramos esa mañana. Allí habíase criado el maestro Juan y también su padre; y su infancia no fue sino publicar la fe católica, en el entretanto que a hurto, leían el *Alcorán*, tomaban el Guadoc y el Taor, y guardaban los ayunos del Ramadán, cual hacían todas las familias apóstatas. Como yo tuviese atrevimiento de preguntarle cuál de los dos credos profesaba a esa sazón, díjome que ninguno, pues ambos iban muy fuera de la verdad; y que él sólo creía en un Dios creador del mundo, al cual no honraba con ningún otro culto que el hacer buenas obras en favor de sus prójimos, y mucho lo amohinaba el fanatismo, culpante de que la ciencia de muchos sabios anduviese corrida y maltrecha por el mundo; pero en Lisboa y por doquier, publicaba ser buen cristiano.

Contóme después que desde el año de mil y quinientos y setenta y siete, cuando alcanzara edad de veintinueve años, durante tres dellos había medido ya con sus mismos pies, muchos caminos de Francia e Italia, por oír ciencias médicas, geografía y alquimia, a los más señalados doctores de esas tierras; y que a poco de haber regresado a Valencia, cobró tanto aliento su opinión de muy sabio y de ser persona sobremodo leída, que a corrillos se hablaba dél en toda la ciudad. Mas movido de su

juvenil imprudencia, que lo hacía mantenedor de la verdad en todo acontecimiento, había dado en publicar su admiración por el moro Averroes y por el italiano Giordano Bruno, estando de parecer que sus escritos debían sacarse a la luz distintamente, entretanto que los inquisidores teníanlos por dañadores de la fe católica; todo lo cual, llegado que fue a oídos del Santo Oficio, le valió prisión; y como mantuviese ser verdaderas las alabanzas dadas, los inquisidores de Valencia condenáronlo por sus años a galeras. Contóme luego que a cabo de algunos meses de inllevable trabajo en oficio tan aporreado, roto y piojoso, cual es el de galeote, la mucha hacienda de su padre, granjeó cohechar a un escribano de esos que en los oficios sacan dineros, para pretender otros cargos mayores; y éste cohechó al comandante de la galera, y a queste al cómitre, de suerte que el maestro Juan pudo escapar, abrazado a un madero, frente a las costas de Portugal, cuando este reino pertenecía todavía a la casa de Avís y estaba con vida don Sebastián, su postrer soberano. Y de allí había tenido de huir en el año de mil y quinientos y ochenta, que fue el año en que Felipe II se sentó en el trono de Portugal y los tribunales de la Inquisición, luego, luego, dieron orden en perseguir a los moriscos con presunciones de apostasía, mostrando en ello tanto ahínco y riguridad como en España. Pero el maestro, merced a sus artes de geógrafo, comunicaba con mucha gente de mar; y así, fuele manual granjear plaza de piloto en un bajel que se partiera por la ruta del África adelante, hasta la sobredicha ciudad portuguesa, en los reinos de la China. A poco de estar él allí, su medicina le hizo bienquisto del gobernador, de quien, habiéndole curado de un morbo gálico merced a unas unciones que le hiciera, vino en ser así su médico como su amigo a todo ruedo; de suerte que las puertas de la gobernación se abrieron para él y pudo granjear ayuda de costa, patentes y despachos, que lo fiaron desde entonces como don Pedro de Aranda, pues tal era el nombre del que se llamara a los principios, cuando llegara a la ciudad.

Y así fue como en Macao, por su privanza con un sabio chinesco, aprendió el maestro el arte de sanar con agujas de marfil, que los médicos de esas tierras conocen de luengos tiempos acá. Mucho miró el maestro en la eficacia de aquella medicina, y no sin riesgos visitó, de cuando en cuando, ciudades del imperio chinesco, por conocer a médicos famosos y aprender dellos más por menudo, aquel arte de las agujas, pues habíale venido en voluntad hacerse peritísimo en él, siendo que era desconocido de todo en todo de los médicos árabes, hebreos y cristianos, quienes profesaban por la mayor parte de herbolarios. Y allí aprendió también, según se me alcanza, una suerte de filosofía que enseña ser virtud el contentarse con una vida pobrísima y a no meterse en altanerías, siendo que todas amenazan caída. Y en el año de mil y quinientos y noventa y dos, fatigado por el deseo de ver a sus padres y hermanas, regresó a Lisboa, pasó por barco a Alicante y de allí a Valencia, donde sólo se estuvo tres días, sin dejarse ver más que de su padre, quien había enviudado había

ya dos años, y vivía solo con algunos criados fieles, pues sus dos hijas habían casado con moriscos alicantinos y, por seguirlos, habían dejado la casa paterna.

El maestro propuso de llevarse a su padre consigo a Lisboa, mas el anciano le declaró que entrambas hijas habían porfiado y persuadido por tenerlo a su lado; mas él era amantísimo de la tierra donde había nacido, criara a sus hijos y enterrara a su esposa, y en ella quería morir; y como su único hijo varón no pudiese quedarse en Valencia para darle buena vejez, siendo que sobre fugarse de galeras lo habían quemado en efigie, dióle su bendición musulmana y, con muchas plegarias y deprecaciones por su salud, le pidió que se partiera en buen hora.

En Lisboa, casó el maestro con la heredera de un mayorazgo en tierras de Allende el Tajo, que en romance portugués se declaran de Alemtejo, y en ese mismo año, que fue el de noventa y tres, nació Eugenia, su única hija. Y como le avenía por doquier, sus agujas granjeáronle también en Lisboa poderosas amistades, que en mucho le tenían por su sabiduría y bonísimas prendas. Y en el año de mil y seiscientos y nueve, un su amigo miembro de la Grandeza de España y de la parcialidad del Archiduque Alberto de Austria, hábale dado cuenta de que el duque de Lerma tenía persuadido al Rey don Felipe III, de expulsar a todos los moriscos de España y de confiscar sus tierras y dineros, suceso que avendría sin falta a finales del verano, por dar lugar a que los muchos hortelanos y criadores del gusano de seda que entre ellos había, vendiesen sus cosechas y el dinero quedase en España, empachando que las destruyeran como viniesen de antemano a noticia de su expulsión.

Mirando por la suerte de su padre y hermanas, llegóse el maestro a Alicante, por dar cuenta de lo que avendría y persuadir que vendieran cuanto pudiesen y se partieran luego de España.

En Valencia vivía aún su padre, pero su extrema ancianidad lo había privado del juicio, de suerte que ni siquiera conoció a su hijo. El maestro echó de ver que ya nadie lo volvería a su primer entendimiento y discurso, y que le quedaba muy poco espacio de vida; de suerte que llevárselo de allí, por las buenas o por las malas, era matarlo; y para el maestro Juan ya no hubo más sino besarle la frente en despedida, y confiar en que la muerte lo cogiese antes de que lo apretaran a partir. Un mayoral puesto allí por sus yernos, se curaba con varios mozos de plaza y campo, de entender en el beneficio de las moreras; y dos mujeres cuidaban del viejo, el cual, en sus últimos intervalos lúcidos, había granjeado que sus hijas le jurasen, por la memoria de la madre, que nunca lo alongarían de aquella casa; mas la desventura del maestro quiso que el mismo familiar del Santo Oficio al que yo desnudara y a quien se le habían quedado sus señales estampadas en la memoria, lo viese en Valencia la víspera de su partida y así lo declarase a los inquisidores, los que luego mandaran al alguacil que lo prendiese, de suerte que yo, en asaltando a los de la patrulla, hábale ahorrado del sambenito y de la hoguera.

Yo también dile cuenta de mi vida, sin menudencias y en brevísimas razones, celándole empero las muertes de don Francisco de Peralta y de mi hermano Lope; y sin tocar en otros puntos que no le habrían estado bien a mi crédito.

En estos coloquios pasamos el primero de los tres días que hubimos de guardar en el escondite; y al caer la tarde, como viniésemos a tratar en diferentes sujetos, ya sentía yo admiración por aquel sabio cuya dignidad y libre albedrío me incitaban a conocerle mejor, a aprender dél y a ayudarle en todo cuanto yo pudiese.

Al día segundo, vino el ciego Violant y díjome que Socarrats le mandaba declararme que ya me tenía granjeada plaza de pasajero en una fragata que llevaría un cargamento de seda hasta Cádiz; y que me alistara, pues zarparía el ferro otro día. El ciego no hizo comentarios sobre la muerte del alguacil y los familiares, ni yo le hice pregunta alguna; pero daba por cosa verdadera que todo Valencia habría venido a noticia de lo acaecido en el bosque, y que las cuadrillas de la Santa Hermandad ya estarían buscando al maestro Juan por todos los caminos.

Y abrevio, siendo que a Vuestra Merced nada le va en conocer menudencias que no hacen al caso desta confesión.

Con quinientos ducados que yo le di, el maestro pagó las alcabalas de Socarrats, las costas de su plaza en la fragata, y una patente a nombre de don Jaume de Santángel, para lo cual hubo de untarse la péndola de un escribano y cohechar a otro.

Navegamos con próspero viento, sin tormentas que corriesen, y de allí a tres días, desembarcamos en Cádiz, y he de decir a Vuestra Merced que tal era el trato del maestro Juan, que de ordinario servía de deleite y enseñanza a cuantos con él comunicasen; pero cuando en el secreto de nuestra fugitiva privanza me declaraba algún pensamiento, todo parecía tan puesto en razón y en políticos fundamentos, que salía con ser espuelas que apretaban mi deseo de hacerle hablar en mil diferentes sujetos.

El maestro, tras mucho pensarlo, y como viniese a persuasión de que ya no podría seguir su vida en Portugal con nombre de Pedro de Aranda, siendo que el tal nombre encubría a un morisco herético y prófugo de galeras, las cuales nuevas muy presto llegarían a la Inquisición de Lisboa, determinó de llegarse a su casa disfrazado, a riesgo de que lo prendiesen, con las miras puestas en cobrar mujer e hija, salvar lo que pudiese de su hacienda, y partirse adonde nadie lo conociera y pudiese vivir con su nuevo nombre de don Jaume de Santángel.

En esa sazón, no había en Cádiz ningún bajel surto que, en los cinco días venideros, zarpara por la derrota del Portugal. Yo me daba a entender que los oficios de Valencia llegarían a Lisboa de allí a una semana, por las postas del Reino, Y como el maestro, que entonces tenía alcanzada edad de 61 años, no estaba con salud para sustentar una cabalgata a paso tirado, de Cádiz a Lisboa, propuse de quitarle aquel tropiezo y ocasión de delante y pedíle que me confiara el cobro de su familia y su

hacienda. Declaréle que las tendría bajo mi tutela y amparo hasta entregárselas en el sitio que él escogiese para vivir, pero primero que me respondiese palabra, añadí que el primer cargo en el que quería estarle era el de la confianza que había de hacer de mí.

Él aceptó luego, quedándome nuevamente agradecido, pues fiábame indubitadamente y no había miedo de que yo no guardase mis promesas: y sobre considerar despacio lo que vio que más se le acomodaba, díjome que quisiera aguardarlas en Madrid o Toledo, donde tenía amistades de tal predicamento, que lo fiarían para vivir a su salvo, encubierto del nuevo nombre.

Él habíame referido que tenía por amigo aficionadísimo a un médico inglés llamado Harvey, y que en Holanda comunicaba también con astrónomos y geógrafos que conociera durante sus viajes por Europa; y como en ese año de mil y seiscientos y nueve, Felipe III había tenido de conceder una tregua y nuevos fueros a holandeses y flamencos, yo le aconsejé que se fuera a Amsterdam y aguardara allí a su mujer e hija, do podría volver a su medicina sin encubrir su nombre ni fingir su patria, ni temer al Santo Oficio, ni tener de hacer usos nuevos para vivir con nota de menoscabo. Díjele que en cuanto yo me partiese a Lisboa, él podría embarcar en la primera nave que se encaminara a los mares del Norte, y así entróse en buceo conmigo sobre los medios que debíamos tomar para dar cima a aquel designio; y sobre pasar muchas razones que no hacen al caso, viose abatido de dudas y temores, y ya llevaba término de argüir cargos en favor de quedarse en España, de suerte que yo hube de dar muchas trazas para ahorrarlo de sus flaquezas; y así nos concertamos al cabo, de hacer lo que yo aconsejaba.

Partíme de galope, por la posta de Jerez. Dormí esa noche en Utrera y entré en Sevilla a la tarde del siguiente día, donde me estuve dos más sacando mis dineros, que tenía puestos a tributo en la banca de los Espinosa; y allí mismo granjeé una letra de cambio para volver mil y quinientos ducados en cuatro mil florines cuando le hiciera manifiesta en Holanda; y otra por más cuatrocientos para cobrarlos en Portugal; y de allí a cuatro días, cabalgando contino, alcancé Lisboa.

El maestro, hincado que me hubo sus agujas por tres veces, curóme las almorranas de todo en todo, y aseguró que no había menester andarme con reparos, pues me habría de estar en sanidad para siempre. Entregóme en Cádiz sendas epístolas para su mujer e hija, mas hízome advertimiento y prevención, de que no sabía en qué términos se portaría su esposa doña Inés, ni si lo abonaría y saldría por él, pues era una dama catolicísima y cuando conociese por aquella carta la verdadera historia que él nunca le había declarado, podía tomarlo a ofensa; pero estaba seguro de que su hija Eugenia, que ya tenía edad de diez y seis años, y a quien él había criado secretamente a su modo, sería contenta de seguirme adonde yo la llevare; y todo lo haría con pronta voluntad y buen ánimo, a trueque de llegarse junto de su

padre.

Y entrando a Lisboa, en poco espacio me puse frente a una plaza que el maestro me dibujara en un pergamino, con otros muchos señalamientos de aquella gran ciudad, pues tal había pedido yo, por haberme a solas y ahorrarme de preguntar nonadas a todas gentes que, como aviniesen tropiezos, podrían recordarme por el habla o el talle; y de aquella plaza, a obra de cuatro calles andadas, descubrí luego los balcones de hierro dorado que él me diera por señas de su casa, adonde no hube de llamar hasta cobrar certidumbre de que los oficios de Valencia no me habían hecho ventaja; pues a ser así, habíame de andar con grandísimo tiento y secreto, y no ponerme a peligro de que, por mensajerías de un hereje prófugo, yo también diera con mis huesos en la cárcel; y excuso referirle ahora, fray Jerónimo, los cuidados que en ello puse por obra.

En resolución, como doña Inés viniese en conocimiento de que estaba desposada con un morisco, quemado en estatua por herético, con la añadidura de ser fugitivo de galeras, cuyo nombre no era aquel con que la llevara al altar, húbolo por pesadumbre y enojo, y luego se puso a despedir pestes y reniegos como una endemoniada, de suerte que sus familiares la encerraron con su hija en una casa de campo, de donde, de allí a poco, hube de llevarme a Eugenia a las ancas de mi caballo; y con tan buena suerte que, a cabo de ocho días, cinco de los cuales nos estuvimos escondidos en una casa de posadas de la ciudad de Oporto, llegóse el tiempo de nuestra partida, que acomodé en un bajel dinamarqués; y sin ningún desmán que lo estorbase, navegamos hasta el puerto de Amsterdam adonde, había una semana, nos aguardaba el maestro como al agua de Mayo.

AQUELLA CAJA FUERTE...

Charlie Price había recibido instrucciones de anunciar su llegada desde el aeropuerto de Bogotá. Y cuando el Boeing de AVIANCA aterrizó en Nueva York, el día 16 a las 23:17, Gainsborough en persona lo estaba esperando.

Tras un minucioso relato de lo ocurrido ese día, Price le leyó el párrafo final de la carta que hallara en el maletín: «Entregue la llave adjunta al señor Gainsborough. Su número corresponde a una casilla en la consigna de la Grand Central Station donde hemos depositado las claves para liberar al secuestrado. Allí encontrarán también unos microfilms, que por error nos llevamos de la casa del señor Capote...».

¿De modo que devolvían los microfilms?! ¿Unos microfilms que se habían llevado «por error»? ¿Y qué tenían que ir a buscar entonces a casa de Capote? Era sorprendente que devolvieran los microfilms, sin averiguar su contenido. ¿Ignorancia? ¿Incompetencia para buscarse asesores?

A las 00:30 del 16 de abril, acompañado de Steve y Frank, Gainsborough acudió a la Grand Central Station y, en efecto, en la casilla indicada aparecieron una nota, una llave y unos microfilms.

Al examinar el rollo en su casa, vio que contenía planos electrónicos, documentación y comentarios inaccesibles para quien no fuese un versado en tecnologías de base físicoquímica. Pero al final aparecía una imprudente nota manuscrita de Henry Fynn, sin firma, donde dejaba escapar alusiones al carácter clandestino y militar del proyecto. Sin ser un especialista, cualquier persona con alguna información científica, podía olerse que la ITT andaba en algo muy grande, a espaldas del gobierno. Resultaba difícil creer que gente tan astuta como los secuestradores de Capote despreciaran la posibilidad de preparar un gran chantaje. ¿No habrían sacado copias para actuar más adelante? ¿No estarían preparándose para coger a la ITT con la guardia baja?

De todos modos, el haber recuperado aquel material reforzaba la conjetura de Gainsborough de que ni la US Navy ni el Pentágono tuviesen relación con el secuestro de Capote. De haber caído en manos del aparato nacional de seguridad, no habría transcurrido tanto tiempo sin que estallara el escándalo; o por lo menos, sin que los hombres de la ITT colados en las agencias oficiales, les hubieran hecho llegar alguna señal de alarma.

Evidentemente, Lou Capote no llevaba los planos encima en el momento del secuestro. Y si era cierto que se los habían llevado de su casa «por error», entonces no habían ido por ellos.

Gainsborough se dijo que hasta no hablar con Capote, cualquier conjetura sería ociosa.

Miró la hora. ¿Iría inmediatamente a liberarlo?

No. Tras aquel día de tensión, se sentía psíquicamente indispuerto. Necesitaba dormir bien esa noche y estar muy lúcido para diseñar la táctica del interrogatorio a Capote. Si había soportado cinco días de encierro, unas horas más no le harían mucho daño. Y Capote tendría que darle una explicación satisfactoria o atenerse a las consecuencias.

Tendría que fundamentar muy bien a qué diablos habían ido los secuestradores a su casa, después de tenerlo secuestrado. ¿Si no eran los microfilms, qué otra cosa tan importante había en su caja fuerte, para inducirlos a correr semejante riesgo?

Gainsborough se durmió casi a las 0:02 de la mañana sin un barrunto siquiera sobre el inquietante enigma.

El 17 de abril, a las 10:50, dos coches se detienen junto a las rejas de una casona. El portón está abierto, como si los esperaran. En una de las columnas, una chapa de bronce ostenta el nombre de Christopher B. Maxwell. Es una hermosa residencia victoriana de dos plantas, que trae a Gainsborough recuerdos de sus primeras vacaciones en Cornwall, cuando era un mozalbete.

¿Serían británicos los secuestradores?

Sacude la cabeza como para espantarse una mosca. Cada vez que se le ocurre alguna tontería, procura ahuyentarla de un cabezazo.

¿Quién diablos viviría allí, normalmente? El jardín recibía un mantenimiento impecable.

Según las instrucciones que pusieran en la consigna de la estación, debía levantarse la tapa de una alcantarilla en la parte trasera del edificio, donde se encontraban las indicaciones para desconectar el sistema de explosivos.

Cuando se dirigían al lugar indicado en el planito, un hombre viejo, muy canoso, de aspecto latino, salía de un cobertizo con una manguera enrollada al hombro.

—¿Vive usted aquí? —le preguntó Steve.

—No, señor —dijo el hombre, con acento notoriamente hispánico—. Pero vivo cerca. Aquí, sólo vengo por las tardes a ocuparme del jardín y la comida de los perros; pero hoy vine temprano porque me lo encargó la señorita Mary.

—¿Hay alguien en la casa ahora?

—Nadie, señor —dijo el hombre, mirando hacia el edificio donde se veían cerradas todas las puertas y ventanas—. Ellos estuvieron hasta ayer por la tarde; y al marcharse me dijeron que ustedes iban a venir hoy. Por eso vine temprano, para amarrar los perros y dejar abierto el portón.

—Gracias —terció Gainsborough, en español—. ¿Cuál es su nombre?

—Pedro Valderrama, para servirle —dijo el hombre, sorprendido y sonriente.

—Muy bien, Pedro —dijo Gainsborough—. Prosiga su trabajo.

El hombre saludó con el sombrero y se dirigió hacia unos parterres sembrados de

geranios y hortensias.

Gainsborough quiso ir personalmente a desactivar el mecanismo y ordenó estacionar los carros a unos ochenta metros de la casa, junto al portón de entrada. Enseguida encontró la alcantarilla junto a una glorieta, exactamente donde lo indicaba el plano.

Al levantar la tapa encontró dos llaves y una carta, que leyó de inmediato.

Sonrió. Era lo que había supuesto: no había ningún sistema de explosivos. Con la llave más grande podía entrar a la casona, y con la otra, a la habitación del señor Capote que se encontraba al final del pasillo, a la derecha.

Al verlo entrar, Lou se alzó apresuradamente los pantalones del pijama.

—*Hello, mister Capote!* ¿Se siente usted bien?

Geneen y Gainsborough nunca llamaban a la gente por sus nombres de pila.

Lou arqueó las cejas, trató de sonreír. Sólo consiguió articular una mueca torpe.

Gainsborough no esperó más respuesta.

—Me alegro mucho ¿Podemos charlar un poco?

—¿Aquí...?

—¿Por qué no? —dijo distraídamente Gainsborough, mientras iniciaba con pasitos cortos un recorrido inquisitorio por la habitación, que olía a carpintería reciente.

El ventanal que daba a la parte trasera de la mansión, única entrada de luz y aire, había sido clausurado por dentro, con una especie de cajón de madera muy dura, sin barnizar. Lo mismo habían hecho con la ventanita del baño anexo. Unos tornillos enormes sujetaban las planchas de madera a las paredes. Mientras Lou se vestía de prisa, Gainsborough parecía muy interesado en el extractor de aire ubicado en el techo. Luego salió al pasillo y se puso a examinar las otras habitaciones. Sólo estaban amueblados el vestíbulo y el cuarto de Lou. Steve y Frank recorrieron la planta alta y también estaba vacía. En la cocina había un par de recipientes, vasos, tazas y unos pocos cubiertos. Era obvio que habían alquilado la mansión exclusivamente para el secuestro.

Gainsborough ordenó a sus hombres que interrogaran al jardinero para sacarle alguna información sobre los nuevos inquilinos. Luego se sentó en un sillón de roble, de recto espaldar, junto a la escalera del vestíbulo, y se puso a cargar su pipa. A poco apareció Lou, un poco encogido, alisándose el pelo.

—Como usted comprenderá, Mr. Capote —comenzó Gainsborough, después de encender la pipa, su situación nos ha llenado de inquietud.

Apoyó el codo en un brazo del sillón y cruzó las piernas, como si se dispusiera para un largo coloquio. Dio una chupada intensa y se le hundieron las mejillas. Sin dejar de apretar la pipa entre los dientes comenzó a interrogarlo.

—¿Alcanzó usted a reunirse aquella noche con su amigo Fynn?

—Sí, míster Gainsborough.

—¿Recibió usted los documentos?

—Sí, los recibí.

—¿A qué hora, por favor?

—A las diez y media de la noche, míster Gainsborough.

—¡Anjá! —dijo Gainsborough, mirándolo por primera vez a los ojos—. ¿Y es una documentación muy voluminosa?

—Eran unos microfilms, míster Gainsborough.

—¿Eran?

—Sí, míster Gainsborough: eran.

—¿Del uso del pretérito debo inferir que ya no están en su poder?

—No puedo asegurarlo, míster Gainsborough, pero eso es, lamentablemente, lo más probable.

—¿No los llevaba consigo cuando lo secuestraron?

—No, míster Gainsborough.

—¿Y dónde los había dejado?

—En mi casa, por supuesto.

Gainsborough abrió mucho los ojos y torció un poco el cuello, a la espera de una explicación.

—Sí, míster Gainsborough: me pareció imprudente andar con ellos encima.

—¿Y los dejó en lugar seguro?

—Los dejé en mi caja de seguridad, míster Gainsborough.

—¿Y por qué duda entonces, de que aún estén allí? ¡No supondrá que hayan forzado...!

—Eso es lo que supongo, míster Gainsborough —lo mejor era abreviar—: Los secuestradores sabían que en mi casa había una caja de seguridad. Tuve que darles la clave...

Gainsborough se puso de pie e inició una extraña caminata sobre la cenefa de la alfombra, con la cabeza gacha y las manos y la pipa cogidas por detrás. Desplazaba los pies, uno tras otro, cuidadosamente, como un equilibrista. Dio una vuelta completa al óvalo, y cuando quedó nuevamente de frente a Lou, comentó sin ninguna emoción:

—Muy inquietante, míster Capote, muy inquietante —y siguió sobre la cenefa otra media vuelta, hasta una maceta con un pino bonzai sobre cuyos bordes se puso a golpear la pipa, para descargarla. Luego recorrió un visillo, miró hacia el jardín, y sin volverse, preguntó:

—¿Lo amenazaron para obtener las claves de su caja?

—Por supuesto, señor Gainsborough.

—¿Y le mencionaron los microfilms?

—No, míster Gainsborough. No podían saberlo: yo los había recibido la noche anterior...

—Eso creo yo —dijo Gainsborough, otra vez de frente a Lou—. Y entonces, no puedo dejar de preguntarme para qué se arriesgaron a dar la cara en su casa. No es posible que quisieran saquear valores de su caja fuerte. ¿No cree usted que si pretendían más dinero, habrían aumentado el monto del rescate?

—*Of course*, míster Gainsborough.

—Le ruego, entonces, míster Capote —añadió mirándolo inquisitivamente a los ojos—, que tratemos de pensar qué buscaban los secuestradores en su caja fuerte.

Era exactamente la pregunta que Lou se temía. Era inevitable. A un zorro como Gainsborough no se le pasaría por alto...

—Puedo hacer muchas conjeturas, míster Gainsborough, pero hasta que no vayamos a mi casa y pueda comprobar lo ocurrido...

—Bien —lo interrumpió Gainsborough, dirigiéndose a la puerta—. Tiene usted razón. En marcha.

Los dos carros se alejaron en caravana. Gainsborough montó en uno e indicó a Lou que montase en el otro. No convenía, por el momento, que Capote siguiera hablando. Durante el viaje, Gainsborough quería aprovechar para procesar un poco la información recibida y conducir el resto del interrogatorio en la forma más eficaz.

Hasta el momento, Capote parecía sincero. Pero ahora, había que observar sus reacciones, en el momento en que abriera la caja y comprobase la ausencia de los microfilms.

Por el camino, Steve le informó lo que había averiguado con el jardinero. El señor Alfred Richardson había sido el propietario de la casa. Muerto hacía unos años, la viuda y su única hija habían subastado todo el mobiliario para alquilar la casa a unos médicos, que la convirtieron en clínica. Pero la habían desocupado hacía poco. Los nuevos inquilinos le dijeron a Pedro que la habían arrendado por unos meses para filmar una película. Un día aparecieron con un camión que traía unos muebles, pero sólo para el vestíbulo. Y Pedro había visto primero a una mujer de unos treinta años, de pelo negro, muy bonita; y hacía unos cinco o seis días, una sola vez, a un caballero mayor ¿de unos cincuenta años?, estatura media, más bien delgado, con bigotes grandes, que llegó manejando en su coche; pero durante los días siguientes, nunca más se asomó por ningún lado. No obstante, el jardinero aseguró que el hombre se mantuvo dentro de la casa, porque hasta el día de la partida, su coche no se movió del garaje.

—¿Describió el vehículo?

—No, míster Gainsborough, no tiene idea; ni tampoco recuerda la matrícula.

—¿Y no vio otros coches?

—Sólo el de la muchacha y el del hombre de los bigotes. Cuando le describimos el Corvette azul del señor Capote, dijo que tampoco lo había visto.

—Imposible que lo viera entrar si nunca estaba allí por las mañanas —comentó Gainsborough.

La señora bonita le había dicho a Pedro, que ellos dos iban a estar en la casa permanentemente para preparar lo de la película. De entrada, le habían doblado el sueldo; y al irse le dijeron que ya no se iba a hacer la película y le habían dejado una buena propina y un encargo.

—Le pidieron que hoy acudiera por la mañana para esperarnos con el portón abierto y los perros amarrados. Le dijeron que éramos los nuevos inquilinos.

—¿Y no vio a nadie más? ¿A algún proveedor...?

—No, señor; nos aseguró que aparte de los que trajeron los muebles para el vestíbulo y unos hombres que vinieron a poner la chapa de bronce junto al portón de entrada, y que fueron los mismos que tapiaron el ventanal de uno de los cuartos, allí no se presentó nadie más.

—¿Algún ruido en la casa?

—Dice que los que estaban adentro mantuvieron siempre todas las puertas y ventanas cerradas...

Sí, estaba claro... Todo lo habían preparado con gran cuidado.

Evidentemente, habían hecho una inversión importante. Y según declararan en una de sus cartas, pensaban cubrirla con los ciento once mil dólares excedentes del millón.

Gainsborough sonrió. Tenían sentido del humor. Habían instalado unos armarios antiguos, altísimos, que olían a sándalo; y todo el mobiliario parecía de excelente calidad; como el gobelino con la escena de cacería, los cuadros, jarrones, y las armas que figuraban en la panoplia alrededor de la cabeza astada del ciervo. En un ángulo habían dispuesto una colección de estribos. Lo único *kitsch*, para el gusto conservador de Gainsborough, fueron los arbolitos bonzai y la alfombra ostentosamente oriental, que desentonaban con la atmósfera décimonónica y europea del recinto. Pero todo parecía de excelente calidad. Quizá hubiesen gastado cincuenta o sesenta mil dólares en amoblar aquel único ambiente; y había que reconocer que como trampa para el coleccionista Capote, la mansión y el mobiliario del vestíbulo debieron de resultar muy eficaces. En efecto, parecía el lugar apropiado para albergar una colección ajedrecística. Tal vez, una parte de los materiales fuesen alquilados. Gainsborough se preguntó en cuánto habrían arrendado aquella mansión, con licencia de tapiar el ventanal. Y sin duda los preparativos, el alquiler de otros locales, viajes, personal auxiliar, vehículos, más el costo de la operación del rescate en Bogotá etc., debieron costarles mucho dinero. De todos modos, con menos de ciento once mil dólares, debieron cubrir sobradamente la inversión.

Al llegar a la casa de Lou, Gainsborough penetró junto con él. Todo estaba en orden. El ama de llaves parecía haber revivido y saludó a su compatriota con un suspiro que presagiaba diálogo, interrogatorio, exteriorización de inquietudes pasadas, etc.; pero Lou no le dio tiempo. La dejó con la boca abierta en una vocal italiana y prosiguió hacia la sala.

Gainsborough, sin comentarios, se detuvo en el vestíbulo.

—*Sit down*, míster Gainsborough! —dijo Lou, ofreciéndole un asiento.

—Déjeme ver la caja fuerte. —El tono era cortante.

Pasaron a un gabinete tapizado de maderas oscuras. Dos de las paredes estaban cubiertas de libros, desde el piso al techo. Lou extrajo del bolsillo una llave, abrió una gaveta del escritorio y presionó un botón. Una sección del librero que le quedaba a sus espaldas se abrió hacia adelante. Quedó a la vista una puerta de acero gris, de unos dos metros de alto por uno de ancho. En el centro destacaba una roseta azul y más abajo una rueda, metálica también, de unas siete pulgadas de diámetro, con unas prolongaciones radiales, como las del timón de una embarcación.

Lou hizo girar la roseta alternativamente a izquierda y derecha. Era una combinación de siete cifras. Gainsborough había contado los movimientos. Al concluir se oyó un clic, musical casi.

Lou hizo girar el timón hacia la derecha y empujó la puerta que se abrió sin ruido. Penetró agachándose un poco. La luz se había encendido automáticamente.

Gainsborough ingresó en un recinto débilmente iluminado ¡de rosa! Era una superficie cuadrada de unos tres metros de lado por dos de alto.

Good Heavens! ¿Para qué podía necesitar Capote una caja de aquellas dimensiones?

Lo primero que llamaba la atención, a la izquierda, era un reclinatorio de cuero, una especie de triclinio romano.

Pero ¿qué rayos quería decir aquello? ¿Una cama dentro de una caja de seguridad?

Y luego, en un ángulo, un espejo del techo al piso y un maniquí vestido con uniforme de colegiala.

¡Pero...!

Lou caminó hasta la pared opuesta a la entrada, abrió una pequeña gaveta metálica y se volvió para mirar a Gainsborough, consternado:

—*I'm sorry*, míster Gainsborough —dijo—. Se llevaron los microfilms.

—Muy lamentable, míster Capote —comenzó a decir Gainsborough, con las cejas arqueadas, mientras Capote se volvía hacia la pared opuesta y manipulaba la combinación de una caja fuerte cuadrada, de unos cuarenta centímetros de lado.

Una vez abierta, ambos pudieron ver el interior vacío.

—¿Le llevaron algo más...? —preguntó Gainsborough.

Lou no lo oyó. Miraba absorto hacia el vacío. A pesar de la luz rosada, Gainsborough notó que había palidecido.

Y pasaron varios segundos antes de que Lou reaccionara.

—¿Le falta algo más? —repitió Gainsborough.

—No no, sólo quería asegurarme...

—¿Asegurarse de qué?

—Eh..., es que por un momento dudé si no habría colocado los microfilms dentro de ese cofre...

Lou había vacilado flagrantemente al responderle aquello. Gainsborough tuvo la certidumbre de que le había mentado: no eran los microfilms lo que buscaba en aquel cofre; pero decidió no acosarlo. Era mejor pensar algunas preguntas bien capciosas y tirárselas a boca de jarro en otro momento. Además, Gainsborough quería reflexionar sobre el significado del diván, el espejo, la luz rosada, el maniquí. Se preguntó si en aquel encierro, el maldito siciliano no practicaría algún ritual abominable. *Jesus Christ!* Y si era así, como responsable de la seguridad de la ITT, Gainsborough no podía menos que reprocharse el haber permitido a un tipo así escalar tan altos niveles.

Hizo un gesto de vaga contrariedad y luego articuló una sonrisa indulgente.

Salieron hacia el despacho.

—Por hoy está bien, míster Capote —dijo, rehusando por segunda vez el asiento que le ofrecía Lou—. Ahora debe usted descansar. Yo también lo necesito. Mañana volveremos a hablar.

Y desde la puerta añadió:

—Sólo me resta decirle que el señor Geneen ha estado muy preocupado por el paradero de esos microfilms. Y para el caso de que usted los hubiera perdido, tomó de antemano la decisión de rechazar la oferta del señor Fynn, y me pidió que le transmitiera a usted la encomienda de hacérselo saber cuanto antes. El señor Fynn debe comprender que con esos microfilms en manos desconocidas, podríamos vernos envueltos en un gran problema.

Y cuando ya comenzaba a bajar los peldaños hacia la calle, añadió como si nada:

—A propósito, míster Capote: el cheque por el millón ciento once mil dólares, debe hacerlo a mi nombre.

Durante el trayecto de regreso, Gainsborough volvió a evocar lo sucedido dentro de la caja fuerte, y se dijo que en relación con el espejo, la luz rosa, el maniquí, etc., quizá él hubiese extremado su celo. A fin de cuentas, por aberrante que resultara la explicación, no parecía representar un gran peligro para la ITT. Pero lo que verdaderamente amenazaba con estropearle el sueño de varios días, era el recuerdo de aquella repentina palidez de Lou ante el vacío del cofre. ¿Qué esperaba encontrar allí? Y ya no tuvo dudas de que eso mismo era lo que habían ido a buscar los

secuestradores.

1949-1950

La muerte de Mosquera fue instantánea. Me detuvieron para interrogarme. Luego me soltaron, gracias a las declaraciones de los testigos. Todos estaban convencidos de mi inocencia. Todos menos Graciela y yo.

La mala conciencia me llevó hasta Paysandú a buscar alivio con el padre Castelnuovo.

Primero le confesé mi lance con Tita. Luego, tras referirle los antecedentes, me acusé del asesinato de Mosquera.

Él reaccionó con furia: no; yo no era un asesino; pero era un perverso. ¿Cómo llamar a quien provoca la muerte de un hombre por celos carnales? Y adúlterar con la mujer, y en la propia casa de un hombre que me había protegido desde la infancia, era un pecado execrable. Era violar la hospitalidad. ¿Por qué me había apartado tanto de Dios? Él era el primero en oponerse a una interpretación literal del Decálogo; pero no había que ser Torquemada para acusarme de transgredirlo en su esencia.

Cuando regresé de Paysandú no pude trabajar. Graciela me evitaba. A veces yo sorprendía en su mirada un temor esquivo. Me sentí muy solo. No me atreví a rezar. Necesitaba flagelarme. Y me impuse el destierro.

En una breve carta me despedí de Graciela y la autoricé a disponer de mis cosas. Y esa misma noche, a las diez en punto, zarpé rumbo a Buenos Aires.

Carlos:

Mi autoexilio en Buenos Aires está narrado con exceso de pormenores. Lo importante es quizá consignar que, víctima de un fuerte sentimiento de culpa por la muerte de Mosquera, caí en una depresión de varios meses, al punto de convertirme en un paria andrajoso y luego en vendedor de enciclopedias, puerta por puerta. Sólo me interesa referir las circunstancias que iniciaron mi vida de viajero.

[...] Y uno de esos días en que andaba con el cuerpo caliente, en mis preámbulos, entré al Partenón, una taberna del Retiro adonde acudía la marinería griega. Me gustó el ambiente y volví por allí con frecuencia. El dueño era un cretense que bebía salvia de la mañana a la noche, y a diario, en algún momento de sus borracheras, proclamaba a gritos: «¡Aquí durmió Onassis!», señalando con un dedo tembloroso un hueco, bajo el mostrador. Según su crónica, allí se habría refugiado el futuro magnate en los días accidentados de su arribo a Buenos Aires.

Uno de los *habitués* era el capitán Nicolaos, que narraba sus aventuras en los siete mares. El cretense me dijo un día que Nicolaos nunca había sido capitán, y que contaba puras mentiras. Pero yo oía, con admiración e indulgencia, las mentiras de aquel viejo, en su pésimo español, que a veces le propiciaba imágenes

disparatadamente bellas. Otras, me encandilaba el tono apocalíptico que solía adoptar. «¿Qué es lo más hermoso?», preguntaba tonitruante, alzando las cejas y apretándose el bigote con las manos. Y tras una pausa espectacular, obsequiaba su respuesta a los demás parroquianos: «¡La luz!».

Entonado por la salvia, aunque sus relatos transcurrieran en regiones hiperbóreas, yo veía blanquear mármoles y encrespase las aguas egeas. Él me había tomado aprecio. Gustaba presentarme a sus compatriotas como un fenómeno que había leído a Platón y Aristóteles en griego clásico. Durante mis dos últimos años en Nazareth, yo me había familiarizado bastante con la *koiné* de los Septuaginta, y algo conseguía descifrar de aquellas conversaciones en dialectos modernos.

Y tras una noche de amor, salido de un cabaretucho de la calle 25 de Mayo, me aparecí por el Partenón, tarde ya. Llevaba unas cuantas copas encima. Nicolaos me llamó a su mesa, que compartía con el capitán Dimitri y dos paisanos suyos de la isla de Paros. Estaban bastante entonados y cantaban a coro. Yo me puse a acompañarlos y luego bailé abrazado de Nicolaos y Dimitri. Eché discursos, me subí a una mesa y brindé por Homero y Arquíloco de Paros. La borrachera me dio por recitar algunas tiradas de la *Ilíada*, que sabía de memoria. Cuando terminé, Nicolaos me abrazó con lágrimas; y Dimitri me dijo de pronto: «Vente con nosotros». Le pregunté adónde. «Al Canadá», me dijo.

Esa misma mañana, a las diez, zarpé en el *Lailaps* con destino a Vancouver, por la ruta del estrecho de Magallanes. Me enrolaron como pinche de cocina.

TRATTORIA IL VESUBIO



Gainsborough entró a las 21:40 y lo vio sentado a una mesa, conversando con un camarero.

Lou le había formulado la invitación por teléfono, a media mañana. Poco después había bajado personalmente a su despacho para entregarle el cheque, expedido por el Banco Lazard's.

—Pensé que le tomaría más tiempo reunir tanto efectivo —había dicho Gainsborough, por decir algo.

Lou le explicó que sin ninguna dificultad, míster Rohatyn le había otorgado el préstamo, previa firma de una hipoteca inmobiliaria. Lou había pedido un millón doscientos; y con los ochenta y nueve mil que excedían del monto del rescate, tenía urgente necesidad de hablar en privado con míster Gainsborough. Por eso, si no tenía compromisos para esa noche, lo invitaba a cenar. ¿Le gustaba la comida italiana?

Ya en la mesa, ambos pidieron Campari.

Gainsborough elogió el buen gusto del local, donde se respiraba una atmósfera meridional, sobria y auténtica, sin camareros disfrazados ni pulpos folklóricos pintados en las paredes. El dueño, un gordo pequeño y calvo, de facciones delicadas y ojos muy vivaces, se acercó con efusivos ademanes a ofrecer sus respetos al *signore* Luigi.

Lou hizo la presentación:

—*Il signore* Nino Ammazzacane, míster Gainsborough...

Y alternando su inglés barriobajero con un pésimo toscano, Nino, juntando las manos, juntando luego los dedos de cada mano, se puso a reprochar a Luigi por dejar pasar tanto tiempo sin ir por Il Vesubio. Al saber que Lui iría esa noche, había mandado preparar una *vongole*.

Durante sus años en el Intelligence Service, Gainsborough había cumplido un par de misiones en Italia. Al final de la guerra estuvo tres meses en Nápoles. Y el ambiente del Vesubio le recordaba una *trattoria* del corso Umberto Primo, que solía frecuentar.

Enterado de que la *vóngole* era una salsa de almejas, la salsa preferida de Lou Capote, y que en todo New York no había lugar donde la preparasen mejor, míster Gainsborough también quiso probarla. Por supuesto.

—*Okey, allora, due spaguetti alla vongole* —ordenó Lou Capote. Y que Nino le sirviera su Marsala de siempre.

Gainsborough prefirió un Chianti *rosso*, y en la sonrisa aprobatoria de Ammazzacane, comprendió que aquel gordo napolitano, también despreciaba los vinos de Marsala. Había que ser siciliano para empujárselos.

—Extraño que un siciliano venga a este local...

—Sí, creo ser el único... El problema es que no hablo bien el dialecto y me da pena con los paisanos...

—¿...?

—Mi padre era abogado y tenía ciertas ínfulas...

—¿Lo obligaba a hablar italiano en la casa?

—*Ecco* —asintió Lou—. Y para sentirme siciliano siquiera en algo, en todas partes bebo Marsala.

Gainsborough prefirió no hacer comentarios. Paladeó otro sorbo de Campari y se mantuvo en silencio. Ya habían hecho suficientes digresiones. Quería que Capote le soltara de una vez el motivo de aquella invitación.

—Hoy a mediodía hablé con Henry Finn.

—¿Y...?

—Todo resuelto —dijo Lou—. Al principio se asustó un poco con lo del secuestro y el robo de los microfilms; pero luego aceptó que se perdieran con una inusitada mansedumbre. Hasta parecía aliviado, como si de antemano se hubiese arrepentido de habernos hecho su propuesta. Por ese lado, míster Geneen puede quedarse tranquilo. Problema resuelto.

Luego, durante un buen rato, Gainsborough le pidió detalles del secuestro. Lou hizo reiterado hincapié en que le habían preparado la trampa con gran astucia. Míster Gainsborough podía estar seguro de que cualquiera habría caído en ella. Disponían de una notable información no sólo sobre él, sino también sobre la historia del ajedrez en New York. Por eso, al principio, Lou había sospechado que los autores del secuestro fueran personas del ambiente ajedrecístico.

—¿Y lo ha descartado?

—No sé qué pensar, míster Gainsborough; hay detalles, combinaciones, previsiones que tomaron, propias de un ajedrecista, como la de usar el nombre de Christopher B. Maxwell...

En eso llegó la vóngole y Lou hizo una pausa mientras el camarero servía.

—¡Mmm, excelente! —dijo sinceramente Gainsborough, tras el primer bocado.

Capote no estaba interesado en seguir hablando de comida.

—El tal Maxwell existió y fue amigo de Capablanca. Y en efecto, cuando vivía en New York tuvo un *manor*...

—Sí —dijo Gainsborough interesado—; sería muy sorprendente que si no fueran del ambiente, pudiesen manejar esa información.

—Sin embargo, yo sé que detrás de todo esto está Rita, mi segunda esposa, que nada tiene que ver con el ajedrez.

La noche precedente, Lou se había decidido por fin a mencionar el robo del cuadro, pero sin explicar su verdadera función.

En eso, Nino Ammazzacane llegó a interesarse por la calidad de la salsa. ¿Estaba

buona?

Gainsborough reconoció que tenía mucho encanto; sobre todo un amargo aromático que le traía sabores de su infancia en la India. Se alegró de haberla descubierto. Volvería por Il Vesubio.

—*Tante grazie; sono contento, go ahead, please...*

En cuanto Nino se alejó, Lou adelantó un poco la cabeza y bajó el volumen al mínimo audible:

—En la nota que me pasaron bajo la puerta el día del secuestro, no sólo me pidieron las claves de la caja fuerte, sino también la combinación de una recámara destinada exclusivamente a guardar un cuadro.

—¿Un cuadro?

—Sí, un cuadro, *Il transito de la Vergine* del Mantegna. Hasta el nombre sabían.

—¿Un original?

—No, una copia; y nadie en el mundo, míster Gainsborough; nadie excepto Rita y yo, tuvo conocimiento de que en esa recámara se guardaba un cuadro.

—Ésa es entonces una pista...

—Eso mismo he pensado, y por eso quiero que me ayude...

—Si me es posible, cuente conmigo.

—Como le dije esta mañana, pedí un préstamo por un millón doscientos; y lo hice con la idea de destinar algún dinero, digamos cincuenta mil, para un detective que me siga esa pista. ¿Puede usted conectarme con alguien de su confianza, que acepte el trabajo?

—Veo que usted no sólo es siciliano en lo del Marsala —comentó Gainsborough sonriente.

—Exactamente, míster Gainsborough —dijo Lou, con gesto de rabia—. No se imagina con qué gusto me vengaría de los que están atrás de esto.

—Bien —dijo Gainsborough, doblando su servilleta—. En su caso yo haría lo mismo. Me ocuparé de encontrarle a alguien.

Era lógico que un siciliano burlado y robado quisiera vengarse. Gainsborough procuraría ayudarlo. Lo que no era lógico ni cabía en la cabeza de nadie, era que ese siciliano guardara la simple copia de un cuadro, dentro de una caja fuerte que estaba dentro de otra caja fuerte. ¡Eso y no otra cosa era lo que había atraído a los secuestradores a su casa! Y que Gainsborough supiera, ningún delincuente a punto de ganarse más de un millón de dólares, correría semejante riesgo por una copia. Ése tenía que ser un original; y si lo guardaba con tanto celo y ocultamiento, era seguramente un cuadro robado. O bien, lo del cuadro era sólo un pretexto para no confesarle que guardaba otra cosa... Sí, sí, algo que merecía el riesgo corrido por los secuestradores. Otra cosa que Lou Capote no quería mencionar y cuyo rescate le

interesaba tanto, que estaba dispuesto a pagar una suma considerable por dar con la pista de los ladrones.

Charles Price se ganaría un buen dinero en este *job*. Y seguro se pondría contento de seguir la pista a los secuestradores. Después del paseíto y baño que le dieran en Bogotá, él también les había cogido tirria.

SEXTA JORNADA

Haciéndome toda suerte de prevenciones sobre el mucho tiento con que había de haberme, diome el Maestro en Cádiz una secretísima epístola para un caballero portugués de su parcialidad, pidiéndole me entregara un buen porqué de dineros que a queste le guardaba; mas el sobredicho caballero hallábase a esa sazón en una casa de placer que tenía en lugar muy distante de Lisboa; y como apretase el tiempo, propuse de ahorrarme la embajada, cobrar a Eugenia de su encerramiento y partirnos luego, sin mirar en dineros; siendo así que yo tenía bastantísimos a pagar la monta del entero viaje hasta Amsterdam, y aún algunos meses de nuestro sustento en ella, donde daba por cosa cierta y sobremodo hacedera, que las agujas del Maestro granjearían luego amistades y hacienda con qué vivir él y su hija, sin ningún menoscabo ni estrechez; amén de que me daba a entender que si el Maestro confiaba en cobrar sus dineros, el su amigo portugués podría enviárselos por medianería de los Espinosa o cualquier otra familia de las que tenían bancas en Amsterdam y Lisboa.

Y ahora abrevio, señor Licenciado, las menudencias de nuestro arribo, los abrazos y grandes cortesías del Maestro; como asimismo las razones que en esos días pasaron entre él y mí, y sus amargos comentarios sobre el enfado de doña Inés, que poco hacen al caso.

A lo que creo, ya queda dicho en el progreso de esta confesión, que ni en Alcalá ni en Salamanca, ni en parte alguna había topado yo a persona tan razonada y discreta como el Maestro Alcocer, ni que tanto me acostumbrara a oírle decir verdad con palabras claras y significantes, que no admitían desmayo; siendo que a esa sazón, tal parecíanme todos sus juicios, sin importar el jaez y la sustancia en que tratasen. Entre sus muchas prendas, admirábale yo el uso humilde y oportuno que él hacía de sus conocimientos, pues a lo que se me alcanza, hase de usar de la sabiduría atentadamente, como de galas preciosísimas que no son de vestir a cada trinquete ni de traer a todo paso, sino cuando convenga y sea razón que se las vista.

Y así anduvo nuestra amistad y mi admiración por él, tan desenfadada y sincera, que nunca hubo lugar a que la ahogase o turbase la pesadumbre de la discordia; y sólo me pesó el no haber venido más presto en el conocimiento de su persona.

En Amsterdam, alojó el Maestro con su hija en casa de un anciano de venerable gravedad y presencia, gran privado suyo, de quien después acá, supe ser el inventor del catalejos y cuyo nombre se me pasa ahora de la memoria. En el entretanto, presentéme al mío tío Teodoro, el cual por su buena y añeja trata en el comercio de las especias y el café, había salido con ser uno de los principales en la Compañía de las Indias Orientales, de suerte que me fió para tomar estado en ella, pues habíame venido en voluntad tornarme marino, así por hacer nuevos usos en mi vida, como por

conocer los reinos de la China y el Cipango, de quienes tantas maravillas se decían y escribían, como asimismo por otras causas que luego habré de declarar.

Durante los días que la tuve a mi cuidado, habíame enamorado de Eugenia, no tanto por su belleza, que no era poca, como por la vivacidad de su espíritu, y porque con ser todavía muy muchacha, y haberse criado entre sinabafas y holandas, habíame dado muestras de ser mujer de gran valentía y discreción durante aquella, nuestra peligrosa huida de Portugal. Maravillábame sobremodo su habla; y éralo de suerte que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de lengua portuguesa tan suave y cantarino, que se me entraba por los oídos en el alma.

Yo no le había declarado mi amor, ni osaba tomarme licencia de pedírsela al padre, pues él conocía mi vida; mas a la legua advertí que también ella me miraba con buenos ojos; y así determiné de hacer profesión con que ganar mi sustento sin sobresaltos de justicia, pues aún tenía edad para enmendar mi ventura y volverme digno della y de sus buenas partes: y siendo así que no era manco, ni renco, ni estropeado del entendimiento, miraría por acrecer mi hacienda en aquel oficio, pues es cosa harto averiguada que el mar da lugar de granjear dineros sin gastos, y ya me daba yo a entender que a los principios, la pobreza es enemiga del amor. De otra parte, había tiempo ya que comenzaba a enfadarme la vida estrecha de los pícaros y el mal gobierno que había tenido en el discurso de mi vida; y tenía por merced señaladísima, el haberme encontrado con el Maestro Juan y que de aquel encuentro naciera la ocasión de tanta amistad; y ya fuera por esto, o porque el Cielo fuese servido de disponer mi ventura en esa guisa, declaré al mi tío que yo había tenido que huir de España por renegar de los dogmas de la Iglesia Católica, y por haber socorrido a un sabio, prófugo de la Inquisición, lo cual tenía en Holanda mucho más a honra que a infamia. Don Juan usaba de mucha privanza con sabios conocidos en Amsterdam, que salían fiadores así de su sapiencia como de sus buenas obras, y él, de suyo, publicó que como no fuese por mí, su vida ya no sería; de suerte que como el mi tío vio ser verdad todo cuanto yo le declarase, él y sus hermanos me ayudaron a tomar estado en la Compañía, con tal condición que, desde ese punto más, me llamara Albrecht van den Vondel, en nombre del hijo del náufrago holandés, con el cual díjose haber casado mi madre.

Concluido que hube mi primer viaje al Oriente, estúveme un mes arreo en Amsterdam donde ya corría la fama del Maestro, pues por prodigios se tenían algunas curaciones que había hecho a personas de mucha principalidad; y como viese él cuán presto estaba yo en tomar por medio a la virtud, pidióme un día que le hiciera placer de oírle dos palabras, que fueron éstas: siendo que la suerte nos había juntado, con ocasión tan extrema y singular como la de nuestro primer encuentro, dando lugar a que nos conociésemos muy presto y en grande privanza, él daba por cosa cierta que seríamos amigos hasta el postrero día de su vida; pues siendo que era el más viejo,

Natura se lo llevaría primero que a mí; y así, sin más ni más, usando de las prerrogativas que le daba nuestra amistad, declaróme que ya se había dado cata de que su Eugenia y yo nos mirábamos con buenos ojos; y como yo le confirmase ser así la verdad, él añadió que bien sabía no ser el mío aquel amor vulgar con que ya otros recuestaban la juventud y hermosura de su hija, sino el amor puro de quien mucho conocía de impurezas, lo cual complacía por todo extremo, de suerte que si yo había hecho prosupuesto de fundar familia y seguir vida honrada, a la mía quedaba el pedírsela cuando lo juzgare oportuno.

Y el que aquel hombre, que para mí representaba ser la flor y la nata de la bondad y de la humana sabiduría, me ofreciera a su hija del alma, llenóme otra vez el corazón de gratitud, y muy al vivo declaréle que si ella venía también en ese parecer, la diera luego, por pedida.

Antes de desposarnos, hice otros dos viajes al Oriente: conocí las islas de Java, Sumatra, Borneo, las Molucas, y la tierra del Malabar. Navegaba con cargo de escribano y contador, y llevaba las partidas de pago, despachos y recibimientos de las mercaderías y en aquestos menesteres en que tan manual me fuera hurtar y cohechar, no acerté a cogirme un solo florín que no me lo hubiese ganado por mi trabajo. Y a la fe que cuando un pícaro como yo, de veintiséis años, se vuelve honrado, hace muchísima ventaja a los que lo han sido toda su vida, maguer le doblen la edad; pues aquél tiene por maestros y preceptores, a las muchas ocasiones forzosas de su existencia; y como no deje que críe moho su depabilado ingenio, éste será valedor de grandes venturas en cualquier oficio del que haga uso; y ni habrá truhán que lo burle, ni cohecho que no advierta, ni aventura que coja por sobresalto al que tiene vividas más que las de un libro de caballerías; por do se colige que a cabo de poco espacio, granjeara yo mucho predicamento con los principales de la Compañía; y ya fuera porque echasen de ver luego mi honradez y buen juicio, o ya les pluguiese que no hubiera yerros en mis partidas, o porque tuviesen en mucho la fianza de mis tíos, en regresando que regresara yo a Amsterdam de mi tercer viaje, determinaron de ponerme en la mayordomía de una de sus posesiones en la isla de Java, donde tenían grandes plantíos de especias; mas yo no me avine luego, siendo que el Maestro Alcocer, a quien hallé enfermo, me pidiese desde su lecho, con voz tremente y muy endeble, que le diera contento de aguardar su muerte, la que avendría de allí a pocos días; y es tanta la congoja que aún me saltea el alma, cuando recuerdo a aquel justo, maguer que herético varón, que más quiero callar el relato de sus últimos días y excusar las razones que entonces pasaron entre nosotros.

Al cabo de tres años de nuestra huida de Portugal, tuvieron lugar mis desposorios con Eugenia en Amberes y por ley calvinista, pues a ella y a mí se nos daba entonces un ardite de la fe y sólo nos curábamos de guardar las apariencias. De allí a poco nos partimos a Java, donde hube de ser, por dos años, un hombre de vida apacible y

venturosa.

Diome Eugenia dos hijos, mas murió de sobrepardo en naciendo el segundo; lo cual acaeció el día de la Santa Cruz, del año de mil y seiscientos y catorce. Quedéme solo con mis pequeñines, persuadido de ser nacido para blanco y tercero do toman su mira los dardos del infortunio; y allí fue el acongojarme, el maldecir de mi mala estrella y el determinar el no segundar nunca con otro matrimonio; y siendo que no había lugar de habérmelas solo con los niños, dílos al aya, una viuda holandesa a la que proveí de una gruesa dote para criarlos a todo cómodo y holgura, hasta tanto yo volviera por ellos, lo cual prometí cumplir en el punto y sazón en que encontrase con mujer que me los quisiera, sabedor de que nunca la buscaría.

Renunciado que hube al estado de mayordomo, entréme en el ejército de la Compañía, que lo tenía propio y tan poderoso como el de cualquier reino. Allí estuve combatiéndome durante dos enteros años, por la mayor parte contra piratas chinos y malabares, mas también contra españoles, a causa que la tregua sólo se guardaba en Europa.

Con ser que señoreaba yo la lengua holandesa como un nativo, todos cuantos comunicaran conmigo en esos años, tuviéronme por natural de Amberes, lo cual era verdad, pero nadie vino a noticia de mi vida en España.

El año que sucediera al de la muerte de Eugenia, caí herido en el combate en que los holandeses derrotaron a la flota española, cabe las costas de Malaca, por quien después acá, fueron los únicos en comerciar con los reinos de la China y el Cipango y otros del Oriente.

Grandemente me había distinguido yo en el ejercicio de las armas, pues estando como estaba la más desdichada criatura del mundo, y a los principios tan poco en mi seso, nada me iba en la vida y me combatía de modo tan osado, que todos miraban mi valor, de suerte que ese mismo año salí con ser capitán de una urca artillada de cuarenta cañones.

No era que yo me holgase en la vida de la soldadesca, pues a fe que no era la que más venía con mi gusto; pero el mucho afanar de las armas me ahorraba el pensar demasidamente en mis desdichas y vivía dándome a entender que cuando menos me catase, hallaría ocasión de que me mataran, sin tener de hacerlo por mis manos; y pasado que hubo algún tiempo de la sobredicha batalla, en llegando que llegara nuestra flota al puerto francés del Havre, con un cargamento de especias y café, que embarcáramos en Java, el escribano de la nave que yo comandaba, halló forzados los cerrojos del arca en quien guardaba los dineros de la Compañía y de donde faltáronle tres talegos, repletos de perlas del Malabar que valían muchos miles de florines. Yo mandé al punto hacer cala y cata de toda la urca y abrir los fardos del cargamento, y aunque más escudriñamos palmo a palmo, los talegos no aparecieron por parte alguna.

El capitán general de la flota era uno de los Van den Foort, de Rotterdam, cuya familia, por querellas de mercaderes, llevaba una vieja enemistad con mis parientes; y había al pie de dos años, mi tío Teodoro había levantado argumentos contra el sobredicho general, publicando que éste había puesto algún dolo en su capitanía de la flota, por mirar más en el beneficio de su familia que en el común de la Compañía.

Habiendo dado fondo, pues, al atardecer de un día de invierno, en el puerto del Havre, y visto que no aparecieron las perlas, mandé que nadie saltase a tierra, y en un esquife híceme llevar a la nave capitana, por dar cuenta del mal suceso. El general oyóme con muestras de estar muy mal contento por lo avenido, y al punto determinó de irse conmigo a la urca; y pasado que hubimos, pidióme que lo dejara solo con el escribano en mi cabina, do se estuvo una buena pieza hablando con él. Luego, mandóme salir y pidióme que entrara yo; y allí, con muchas prevenciones y disculpas, dijo que en el entretanto que yo pasara a la nave capitana, alguien había declarado al escribano haberme visto entrar en su escritorio en el punto en que éste saliera dél, por hacer un cómputo de los fardos que teníamos de descargar en el Havre. Yo le declaré que el que tal hubiese dicho, era un fementido y embustero, pues ni por pensamiento había puesto yo los pies en el escritorio; y el general, haciendo oídos de mercader a mis protestas, predicóme que siendo mi cabina el único lugar de la entera urca do no se buscaran los talegos hurtados, yo mismo tenía de mandar el escrutinio en ella; pues donde no, esa misma persona que había puesto lenguas en los oídos del escribano, levantaría argumentos contra mí en Holanda; y en la Compañía darían en pensar que yo era un ladrón y que Van den Foort consentía en mis desmanes.

Y así, pelándome las barbas de la cólera, vime apretado de mostrar mi inocencia, de suerte que al cabo, al cabo, consentí con el escrutinio de mi cabina, mas a condición que sólo estuviesen presentes el general y el escribano, a causa que no quise más testigos de tamaña deshonra, y a lo tal se avino conforme Van den Foort.

En el entretanto que el escribano miraba y remiraba por todos los rincones y dentro de mis bagajes, yo di en pensar en la venganza que habría de tomar, como viniese a noticia del don hijo de la puta que osara ponerme en aquel trance; y cuando ya me daba a entender que concluía el escrutinio, el escribano acertó a desencajar una tabla de la pared que miraba al entrepuente; y allí parecieron los tres talegos. Con velocísimo curso de la imaginación, vi ser aquella, traza comunicada entre el general y el escribano; el uno por mostrarse en daño de los Van den Heede, que eran mis parientes y fiadores, y el otro, por tomar venganza del desabrimiento que yo le mostrara, siendo que por más que porfiase, nunca había granjeado conmigo la privanza que tuviera con el antecedente capitán de aquella urca y con quien, buen seguro, cohechaba a mano salva; y de esa suerte, habría venido en conocimiento del escondrijo de mi cabina; y así, en un daca las pajas, vi ser embuste que persona me levantase argumentos, sino perversa industria de entrambos; y todo ello,

representóseme en el entendimiento, antes que el rostro del general mostrase su fingida sorpresa; y viendo luego al punto que nadie creería en mi inocencia, lo traspasé de una estocada al pecho, entretanto que con la siniestra mano di en poner mi pistola ante los ojos del escribano, con el advertimiento de que como no hiciese puntualmente lo que yo le mandare, se diese por muerto. Cogílo tan de sobresalto, que temió por su vida; y aquel su temor y vacilación perdiólo de todo en todo, pues sobre hacer que me volviera las espaldas, con ocasión de que le amarraría las manos, le segué la gola con una daga. Entrambos murieron sin tiempo de dar siquiera un suspiro; y yo cogí un saco donde puse los tres talegos de perlas, más otros cinco repletos de florines, que eran toda mi hacienda; y sacándolo de la cabina, mandé que dos marineros me lo embarcasen en un esquife. Abajéme luego al entrepuente, donde se hallaba el teniente, y le declaré que por orden del general se partiese con diez soldados y la mandadería de escudriñar la sentina tabla por tabla, pues el general tenía barruntos de que por ahí debía de estar oculto el robo; y luego mandé al alférez que mirase porque nadie molestara al general y al escribano, pues aquél quería poner muy por menudo, y negro sobre blanco, las contingencias del mal caso. A bordo del esquife, hice que los dos marineros remasen hacia donde estaba fondeado el patache. Era noche ya brumosa, y de las otras embarcaciones de la flota, persona pudo verme. Al alférez que comandaba el patache, mandé que diese vela por salir del puerto, a causa que tenía de llevar una embajada a La Haya, la que podía alcanzarse con buen viento a cabo de tres singladuras, en aquella, que siendo nuestra nave de aviso, era la más veloz de la entera flota. Y cuando ya nos habíamos alargado unas dos millas, aún todavía no se había oído el cañonazo de alarma que debían disparar en nuestra urca, cuando allí viniesen a noticia de las dos muertes y del robo que yo había cometido. Y en certificándome que nadie podría ya oír la alarma, ni darse barruntos de mi designio, me desvié aparte con el teniente y le mandé que se encaminase a Dover, adonde podríamos llegar en uno y medio días. Díjele que allí me desembarcaría yo para llevar unos despachos secretísimos a Londres, y que él debía seguir al mando del patache hasta La Haya, y dar razón a los principales de la Compañía, de que unos mercaderes franceses habían ofrecido en El Havre un subidísimo precio por todo el cargamento de café, que repletaba cuatro urcas arreas; y por lo tal, el general había determinado no mover la flota de ese puerto, hasta tanto el patache no retornase con las nuevas de Holanda; y que en pasando por el canal, debía de hacer, vez segunda, escala en Dover, do yo estaría aguardando para el regreso al Havre.

Di tan buen color a mi mentira, que el alférez, ni por pensamiento, acertó a darse barruntos de mi designio.

Ya tenía yo por prosupuesto de partirme a París y hacer allí lo que más puesto en mi conveniencia estuviere; pero quiso esta vez mi buena estrella, que el mismo día de mi llegada a Dover, se estuviese aparejando para zarpar el ferro una goleta genovesa,

que se partía por el camino de las Españas. Cuando el capitán me dijo que haría escalas en Portsmouth y en Brest, sin pasar por el Havre, ofrecíle un talego con quinientos florines porque me llevase a Bilbao, a lo cual se avino al punto, declarándose muy servidor de mi persona.

Y así, a los doce días del mes de enero del año mil y seiscientos y diez y seis, torné a pisar tierra española. Nada me va en ello ahora, ni hace al caso desta confesión, el referir a Vuestra Merced las contingencias de mis primeros dos meses en España. Sólo me falta añadir que en la primavera del sobredicho año, empleando seis de los nueve mil ducados que montaron mis restantes talegos, granjeé cohechar a un caballero de mucho predicamento ante el duque de Lerma, quien me dio patentes con nombre de don Luis de Arboleda, donde se declaraba que yo venía de servir al Rey en Filipinas; y de esa suerte, siguiendo mi voltaria fortuna, o los designios del diablo que todo lo añasca, fuime a hacer la Compañía en Nápoles, donde de capitán holandés hube de volverme en alférez de arcabuceros, por Su Majestad don Felipe III.

Por lo que más adelante se sigue en esta confesión, echará de ver Vuestra Merced que de los dos primeros crímenes y el hurto referido en esta jornada, me arrepiento en mi cristiana conciencia de los mandamientos, pero a fuer de ser honrado, he de confesar también lo más grave, y es que de ellos ha vivido sosegado mi pecho. ¡Que dios en su infinita misericordia, se apiade de mi contumacia!

SÓLO HABÍA UN SOLUCIÓN

Tn mes después del secuestro de Lou, un oficial de la contrainteligencia militar soviética, agente de la CIA, provocó un revuelo en Langley: informó que Moscú había recibido unos microfilms, procedentes de un personaje de la ITT. El agente no había podido averiguar su nombre. Tampoco sabía por qué medios la información había transitado desde la ITT hasta la KGB. Aseguró, eso sí, que los microfilms se relacionaban con un moderno detector de submarinos atómicos.

Un alto funcionario de la CIA, a sueldo de la ITT, informó del caso a Gainsborough, quien pidió una inmediata reunión con el CEO. Al saberlo, Geneen se descompuso. Gainsborough advirtió, con cierto desagrado, que aquel hombre habitualmente tan seguro de sí, perdía el control por segundos. No podía ocultar su miedo. El primer síntoma fue que se puso a hablar atropelladamente. Una de sus incoherencias fue la de dar por confirmado lo que por el momento no eran sino vagas inquietudes.

—¿Para qué quiere Lou Capote una caja fuerte de esas proporciones en su casa? —y miró a Gainsborough como si acabara de concebir una sospecha que a nadie se la había ocurrido.

—¿Por qué motivos oculta la simple copia de un cuadro, dentro de dos cajas fuertes? ¿Y si lo del cuadro fuera sólo un pretexto para no mencionar algo inconfesable? ¿No será quizá ese algo, lo que verdaderamente atrajo a los ladrones?

Good Heavens! Le estaba repitiendo como suyas las conjeturas que él mismo le transmitiera unos días antes. ¿Estaría perdiendo facultades el CEO?

Geneen se paseaba por el despacho. Monologaba. Ese Capote pondría en graves aprietos a la ITT. ¡Cómo era posible que un miembro del Consejo de Dirección traficara con cuadros robados!

Fue inútil que Gainsborough tratara de decirle que por el momento, eran conjeturas suyas...

Geneen no lo oía.

Y si ese robo, por obra de los secuestradores o por cualquier circunstancia, se llegaba a destapar ante la opinión pública, mal parada quedaría la ITT...

Esa noche, mientras conducía de regreso a Yorktown, Gainsborough evocó la mirada fanática del CEO y sus palabras masticadas, casi con rabia:

—¡En este asunto, Tom, yo no quiero sorpresas! —le había reiterado tres veces durante la reunión.

Gainsborough nunca lo había visto tan alarmado, en una actitud tan poco

elegante. Pero bien vistas las cosas, su alarma no carecía de fundamento. Casual o intencionadamente, Capote había propiciado que los microfilms de un *top secret* de la Marina norteamericana fuesen a parar a Moscú. Si las pruebas de eso llegaban a la Casa Blanca o al Pentágono, los gorilas de Langley apretarían a Capote hasta sacarle toda la verdad, incluso las tratativas de Fynn con la ITT, para construir el localizador a espaldas del gobierno. Realmente, el escándalo podía adquirir proporciones catastróficas.

Desde luego, era absurdo querer ver en Capote a un agente ruso; pero tal como estaban planteados los hechos...

Sí. Geneen tenía razón: en el supremo interés de la ITT, sólo había *una* solución. Una sola.

Ya con el pijama puesto, Gainsborough regresó al despacho, abrió su agenda y anotó: «Conseguir un plano detallado de Il Vesubio».

NOTA IMPORTANTE: Las cartas y fragmentos siguientes son fotocopias de la correspondencia que Bernardo me dirigiera en la década de los años 50, más alguna carta mía y otros documentos. Yo mismo he seleccionado estos materiales para incluirlos en el dossier. Me interesa ilustrar todo lo excepcional que hay en la vida del personaje, porque sin esa excepcionalidad, jamás se hallaría en la situación en que se halla.

CARLOS CASTELNUOVO

Valparaíso, 2 de julio de 1950

Querido padre Castelnuovo:

No me esperaba una carta tan bondadosa. Gracias. Y yo que me temía no recibir respuesta... Muchas gracias. Me la trajo el agente del buque en Puerto Montt, unos minutos antes del zarpe.

Llevamos dos días en medio de un zarandeo fenomenal que me escamotea las cosas y las ideas. Desde el ojo de buey me asomo a un mundo gris. Por las crujías se me bambolean en escorzo las figuras humanas. Dedico gran parte de mi energía a reprimir el vómito.

Fuera de luchar por mi verticalidad en este mundo oblicuo, mi vida es pura rutina. Lo más importante hasta ahora, me ocurrió en Punta Arenas. Ese día yo estaba franco en la cocina y lo había pasado encerrado en mi camarote, entre los brazos de una ramera blanca y gorda, de bellísimos ojos amarillos techados por unas cejas glabras, naturales. Ya puede usted imaginarse cómo me sentía bajo el doble influjo de aquella mirada ultraterrena y los nobles vinos de esta tierra...

De pronto ocurrió algo inesperado. La víspera, yo había estado a bordo de un carguero noruego, en el camarote de un tripulante argentino. Allí vi y probé, por primera vez, un fruto abundante en el centro y norte de Chile: la chirimoya, una cantata de sabores. Cuando me despedí, me regalaron unas cuantas que guardé en el armario de mi camarote. Y bien, mediaba ya la tarde, yo seguía en cónclave con mi gorda, que tiene mucho de niña. De pronto, le anuncié una sorpresa. Hice que cerrara los ojos y, sin que me viera, saqué una chirimoya del armario y se la puse entre las manos. «Adivina qué es», le dije. Se puso muy pálida y sin abrir los ojos, empezó a decirme güevón, conchatumadre, etc.

La gorda es nativa de Quillota, un pueblo donde se producen justamente las mejores chirimoyas de Chile. Tras los insultos, ahogada en sollozos, comenzó a nombrar a su mamá y a pedirle perdón por haberla abandonado, y a prometer regalos a sus hermanitos cuando volviera. Sentada en un rincón, acariciaba la chirimoya como si fuera una muñeca y se la acercaba a las mejillas surcadas de lágrimas.

Cuando me aproximé para pasarle la mano por el pelo, me alejó de un manotazo. Luego se enjugó las lágrimas, comenzó a vestirse con energía y me pidió fríamente que le pagara. Por toda despedida me dijo, con la lengua trabada por el vino: «¡La cagaste, pu' huevón!».

La vi desde la borda alejarse tambaleando sobre el paisaje nevado.

Espero que me sirva de lección. Y no es la primera vez que me pasa: despertar la niña pura que hay en algunas putas, suele ganar más odio que gratitud. Ellas sólo alquilan su cuerpo, y con razón se enfurecen cuando uno se pone a manosearles el alma.

Y hablando de paisajes, padre, no comparto su admiración por la naturaleza fueguina. Quizá haya pasado usted en otra estación. A mí me resultó monótona, incolora. Hubiera preferido conservar intactas en el recuerdo las imágenes de tierras sombrías que aparecían en la *Vida de Hernando de Magallanes*, de la colección Araluce, aquella que adaptaba biografías para niños. Sólo en la parte occidental, donde el canal se angosta, evoqué entre los solemnes acantilados algo del dramatismo que me imbuía de niño al pensar en los misterios australes.

Por hora, dedico casi todo el tiempo libre a estudiar griego moderno. Conseguí una gramática y un diccionario griego-francés. Todavía hablo muy poco, pero ya entiendo bastante.

En general, la necesidad de adaptarme a esta atmósfera brutal de la marinería, el trabajo lleno de incomodidades en la cocina, la variedad de paisajes, las mujeres, los puertos siempre diferentes, están produciéndome un efecto saludable; pero al mismo tiempo, noto que comienza a arrastrarme una fuerza centrífuga, ignoro hacia dónde.

Que dios me proteja.

Hasta siempre,

Bernardo.

P.S. Atracaremos durante varios días en Antofagasta, y luego seguiremos a El Callao y Guayaquil. Le sugiero que me escriba al puerto colombiano de Buenaventura. En el papelito adjunto está la lista de direcciones para todas las agencias de nuestro barco, hasta Vancouver.

SÉPTIMA JORNADA^[2]



entado en los bandines, viendo remar a una chusma de ciento y veinte galeotes y cuando menos me cato, al pasar mis ojos de corrida por los bancos, se detuvieron en el que estaba frontero del espaldar por la siniestra banda, do afanaba un gaditano que de luengos tiempos atrás fuera mi amigo a todo ruedo, ladrón señaladísimo y el más único bailarín que yo sabré encarecer de toda Andalucía. Llamábase Antonio y a cierta ocasión, sobre habernos dado juramento de amistad en una cofradía de salteadores, dio en sacarme las barbas del lodo, navaja en mano, cuando me hallaba a pique de que me echase el guante la Santa Hermandad. Avino que me hallaran desapercibido y sin disfraz en una venta do luego me conocieron como ladrón de caminos, pues así era la verdad, y había al pie de dos semanas que desvalijara a unos mercaderes toledanos en el camino real, cerca de Jerez de la Frontera, lo cual habría valido que me pelaran y desollaran o el remo de por vida, que a la sazón, por su corta suerte, empuñaba el buen Antonio.

En mis galas de alférez, el Antonio no hubiera podido conocerme, mas yo le volví las espaldas y nunca más torné a sentarme en la popa, temeroso no lo hiciese. Y desde ese día, allí fue el roerme y escarbarme la conciencia y el no poder dormir, levantándome yo mismo de traidor y fementido, cual lo es para mí, todo el que no se porte agradecido con quien lo haya socorrido en mala ventura; y ese precepto había guardado yo siempre con tanta fidelidad, como guarda Vuestra Merced la fe de Nuestro Señor Jesucristo.

Por apuñalar en mi defensa a un cuadrillero de la Santa Hermandad y estorbar no me prendiesen, fuera el Antonio a esa sazón condenado a morir en el tormento; y he de decir a Vuestra Merced y juro cierto, que el Antonio, pese a la villanería de su alcurnia y a lo mal acostumbrado de su vida, como muchos maleadores y algunos animales, era persona de tanta devoción y valentía, cual no la tienen buenos cristianos a la Santa Cruz y las banderas de Su Majestad.

Y así me estuve tres días, turbado de mis remordimientos, a causa que no hallaba cómo socorrerlo en secreto. Mas al fin determiné, que allá me viniere lo que me viniese, no faltaría a mi usanza de portarme agradecido con aquel a quien debía mi salud, y tendría cuenta ahora, por mirar con la suya y por consolar su infortunio.

El cómitre era un murciano muy estevado, llano de cogote, giboso, de unos cabellos bermejos y rebultados que tiraban a crines, y tenía los dientes negros y comidos de neguijón; y por vida mía que tenía la voz más desentonada y bronca que jamás he oído. Por su figura representaba un bárbaro disforme, y por su natural crueldad, era el más notado en toda la flota de Cartagena, siendo así que a ocasiones, azotaba además a los galeotes, sólo por holgarse de verlos padecer.

Si el cómitre no hubiese sido tal, cohecháralo yo porque dejase escapar al

Antonio, mas tenía tragado que podía ahorrarme de esa fatiga, siendo que con él no había de usar de cohechos; y yo daba por cosa cierta que si lo tal le declaraba, a buen seguro me levantaría argumentos ante el capitán, ni tampoco érame manual pasar al Antonio limas a hurto, para que se cortase la cadena que lo amarraba al banco, pues la chusma convecina se daría cata dello, y el alboroto en que todos se pondrían a trueque de salvarse, haría que se descubriesen mis manejos.

Como todos los galeotes iban amarrados a una cadena maestra, el designio de ahorrar a cada uno parecióme inllevable, pero al cabo de tres días, sobre buscar por todos los medios que pude, determiné de poner por obra la única forma de ser quitado de mi deuda con el Antonio y librarlo de sus prisiones.

De allí a obra de un mes, llegado que hubo nuestra galera al puerto de Nápoles y abatidas las tiendas, se fueron los galeotes en cadena, custodiados del cómitre y cinco arcabuceros al mando de un cabo, hasta un rancho puesto junto de la marina, y al que los napolitanos llaman el ergástulo, donde quedaba encadenada la chusma cuando la galera daba fondo en puerto; y a aquella sazón, no teníamos de zarpar el ferro hasta el tercio día venidero. Con los galeotes dormían también, en un camaranchón más alto, el cómitre y los seis hombres de la custodia. Y la medianoche sería por filo, cuando yo mismo desperté al cabo de escuadra y le di orden de irse con sus hombres a la galera, de donde regresaría con otros seis, por orden del capitán, lo cual en veces así mandaba, por estorbar que los de la guardia no se entrasen por las tabernas del puerto, o se fuesen con mujeres del partido. Y cuando todos seis se partieron en un esquite, volví al ergástulo y descargué un garrotazo en la cabeza del cómitre, que se vino al suelo sin acuerdo. Volvíme a los pasmados galeotes y mostréles las llaves de sus grilletes, que poco antes hurtara de donde el capitán de la galera guardaba con mucho encerramiento.

Pedíles que me estuviesen atentos y así díjeles que primero tenía de ahorrar a uno de los galeotes, mas si ellos guardaban compostura y silencio, luego, en yéndome, les entregaría las llaves para que todos pudiesen salvarse; y quedéles por añadidura en que yo mantendría lejos a los soldados, de suerte que la huida por junto aviniera sin tropiezos.

Dime luego a conocer al Antonio quien, en viéndome y reparando en mi rostro, confirmó ser yo el Cara de Ángel, como me decían algunos; mas no acertaba a llorar, a reír y a pasmarse, así de verme en atuendo de alférez, como de que yo saliera ahora con ser el medianero de su libertad, que él daba por perdida para siempre. Quitéle el grillete que lo amarraba a la cadena, hícelo ponerse las ropas del cómitre que aún seguía sin volver en su acuerdo, y le pedí que me siguiese, lo cual hizo no sin antes persignarse y degollar con mi daga, al que tantos azotes le había dado.

Había escogido yo aquella noche, sabedor de que sería sin luna; y cuando aún no había llegado el cabo con los cinco arcabuceros a la galera, que había soltado áncoras

en el medio de la bahía, el Antonio y yo nos habíamos puesto ya en cobro, como se verá por lo que sigue en la siguiente jornada.

Hasta este punto, arrepíentome de haber abandonado a mis dos hijos, de los que nunca he procurado venir a noticia, y de las casi sesenta muertes que, según supe después acá, avinieron aquella noche en estallando el motín de los galeotes; y a Vuestra Merced he de pedir perdón, a causa que por aquella parte que le toca de oír confesión, tiene de leer ésta, la máquina interminable de mis demasías.

LA PUNTA DEL OVILLO



n cuanto le sirvieron su *vongole*, se anudó la servilleta al cuello, *all' uso nostro*. Apuró un trago de Marsala. Con la cuchara en la izquierda y el tenedor en la derecha, aprisionó una urdimbre de *spaghetti*. ¡Tal venía urdido su destino! Los elevó sobre el plato hasta la altura del pecho. Dejó que escurrieran unas gotas de la salsa. Los enrolló con destreza hasta formar un ovillo. No podía saber que en ese momento había desenrollado completo el ovillo de su vida.

Cuando abría la boca sonó un tiro silenciado. La bala le entró por el occipital. Quedó con el rostro ladeado sobre el plato. Una mujer se desmayó y otra lanzó un grito.

El asesino, sin dignarse mirar a los lados, a cara descubierta, caminó sin prisa hasta la puerta donde lo esperaba un vehículo, en el que se marchó. Ninguno de los presentes lo conocía. En Il Vesubio, nunca había estado.

Colombo, Ceylán, 7 de enero de 1951

Querido padre Castelnuovo:

Ayer cumplí veinticinco años. Estuve hasta la madrugada oyendo historias de mineros y bebiendo gin con unos marinos galeses que trabajan en las máquinas del barco [...]. Desde mi última carta, fechada en el Canadá, anduve algún tiempo embarcado en un buquecito pirata que navega con bandera liberiana, sin ruta fija. Uno nunca podía saber dónde iba a estar el barco en una fecha dada. Por eso no había vuelto a escribirle. Pero hace dos meses embarqué en el *Northumberland*, un buque inglés que me recogió en el puerto de Singapur, donde pasé un mes difícil por falta de dinero.

Del *Lailaps* tuve que desembarcarme en Vancouver. Un día, el capitán Dimitri me llamó a su camarote y me ofreció el puesto de mayordomo a bordo, más un capitalito en préstamo, para que yo pudiera enriquecerme a medias con él en el contrabando de la ruta. Adujo que como ya casi había aprendido el griego, sabía bien inglés y era un hombre preparado, podría desempeñarme con las vituallas y los suministros. Y anunció que en el Canadá formalizaríamos mi nuevo cargo; pero entrando a la bahía de Vancouver, me declaró su amor.

Pedí el desenganche. A eso le debo mi virginidad y los apuros que pasé con las autoridades canadienses. A los pocos días embarqué en el buque liberiano. Un horror: tripulación internacional, pendenciera, lumpen de mar. No quiero ni acordarme. Y luego, en una taberna de Singapur vinieron otra vez en mi ayuda las Musas del Helicón. El primer oficial del *Northumberland*, un irlandés con berretines clásicos, y por supuesto, católico, hizo buenas migas conmigo y compartimos un par de

borracheras ilustradas, llenas de versos y citas en latín y griego. Enterado de mi situación, habló con el capitán y me consiguió una plaza de camarero, generalmente vedada a un latino. Para el *dirty work* y todo trabajo servil —salvo el de primera clase—, los británicos conchaban en sus buques a la gente del Commonwealth, en su mayoría malayos e hindúes.

Me siento muy bien aquí. Me pagan ocho libras semanales. Comparto el camarote con un árabe de Adén, hombre humilde, primitivamente cortés, a quien suelo encontrarme en oración, con el rostro hacia la Meca, arrodillado sobre una estera que guarda bajo el camastro. En ratos libres reza interminables rosarios de grandes cuentas de madera o lee el Corán. La unción primordial de este hombre que entrega a Dios todo minuto libre de su vida, me produce un efecto inquietante que aún no puedo definir.

El buque cubre la siguiente ruta; Shanghai, Hongkong, les, Marsella, Cádiz, Lisboa, Le Havre y Londres. En la lista adjunta, le remito las direcciones de las agencias navieras que nos atienden.

Llevo dos semanas a bordo. Ayer zarpamos de Calcutta. Durante los dos días que permanecemos en esa desventurada ciudad, recorrí sus calles con más asco que piedad. He ahí un pecado del que me acuso ante usted. No me lo puedo explicar. Quizá me esté alejando de Dios.

Hasta siempre,

Bernardo.

P.S.: Escribame al Pireo. Estaremos allí hacia el 20 de enero.

OCTAVA JORNADA



iendo que de muchos días atrás, venía yo dando orden en poner por obra la huida del Antonio, hice concierto con un pescador llamado Genaro, quien se avino a embarcarnos en su bajel de seis bancos y encaminarlo a la isla de Córcega. Dile trescientos ducados a buena cuenta y prometéle otros trescientos con la añadidura de dos corceles briosos, cuando él trajese finiquito de nuestro concierto. Y en llegando mi galera de Cartagena, fuile a buscar a Pozzuoli, que es un puertecillo del Golfo de Nápoles, y le acusé que de allí a la segunda noche se alistase para llevar el ferro conmigo y un mi criado. Y en oyendo que no era yo solo sino dos personas, quiso el pescador conocer la causa de aquel designio mío; y no nada tardo en fingirme airado, repliquéle que quería estarle en el cargo de no andarse demasadamente de curioso conmigo; y que en lo tocante al mi criado, ningún caballero español se andaba por el mundo adelante, sin tener quien atendiese a su aseo y regalo; y vez primera y última le declaraba que tenía prosupuesto de tomar venganza de un desaguisado que me hiciera un noble de Castilla, y declaréle muy al vivo que si se avenía a guardar nuestro concierto, se lo tuviese bien quedo, y desde ese punto más, no me enfadase con sus preguntas; pues donde no, tendría de volverme los trescientos ducados habidos en buena cuenta, y allí se las hubiese él con sus pecados.

Temeroso de no perder aquella ocasión de ganancia que le ofrecían sus guedejas, se avino Genaro a llevarnos a todos dos sin más preguntas. Y a la siguiente noche, cuando hube ahorrado al Antonio de sus prisiones, caminamos obra de media milla, hasta el mesón donde ya tenía aparejados los caballos y vestiduras; y de allí a poca pieza, llegamos al Coliseo de Pozzuoli donde nos aguardaba Genaro, quien nos guió por un sendero de cabras, fuera del Golfo, hasta una playa en mar dilatado, declarando que la tal marina la había escogido porque los españoles, desde el atalaya de Nápoles, no nos viesen alargarnos.

Llegado que hubimos a la sobredicha marina y arrendados los caballos a unas breñas, asió el Antonio del único saco que llevábamos por bagaje, y nos entramos a pie por la mojada arena, do luego vimos el batel atado a un grueso tronco derrotado en la orilla y hasta a ocho hombres que aguardaban a Genaro, listos para hacerse a lo largo. Dos mozos que después acá, vine a noticia ser hijos de Genaro, partiéronse con los caballos; y en el punto y sazón en que el barco comenzaba a decantarse de la ribera por las sesgas aguas, oyéronse cañones y campanas de alarma, que tocaban en Nápoles a rebato; y como yo viese luego que Genaro entraba en bureo con los otros y todos nos mirasen con gran desasosiego, eché mano de mis dos pistolas, paséle una al Antonio, y puesto de pie en el barco, con grandes voces, amenacé a los siete hombres porque remarán con ahínco y se hicieran luego, luego, a lo largo.

A los principios, bogaron con todo el desnudo que les ponía la vista de entrambas pistolas, cual si tuvieran alas en los remos; mas a cabo de poca pieza, acertó a soplar un viento Ábrego que nos vino pintiparado, y yo mandé que levantasen la palamenta y diesen vela; y así nos alargamos de suerte que en amaneciendo, ya no veíamos las costas de Italia.

El Antonio y yo habíamos quitado a los napolitanos sus puñales, que luego echamos al mar; y armados cada uno de espada y pistola, nos pusimos el uno a proa y el otro a popa, por dar orden en que no nos cogiesen de sobresalto. Al mediodía de ese primer día, llamé aparte a Genaro y le declaré la entera verdad de lo acaecido en Nápoles, porque tuviese así cuenta que en tan forzosa ocasión como estábamos el Antonio y yo, sería el contrariarnos muy en daño de los suyos; y siendo que era mi prosupuesto el de alcanzar las costas de Francia, si él nos hacía placer de guardar el secreto, yo le daría más trescientos ducados, con condición ahora de que nos fuésemos hasta el puerto de Marsella, y donde no, debía traslucírsele cuán de un sutil cabello colgarían las vidas de todos siete; y en sus ojos de gran temor y zozobra, vi distintamente que aquel hombre, a trueque de desembarcarnos luego, nos llevaría a Francia sin parar mientes en la recompensa.

Hasta ocho días nos tomó la travesía, y tuvimos suerte de que soplasen vientos prósperos, no corriesen tormentas y fuese el bajel sobremodo marinero. Por defender que no nos traicionasen, el Antonio y yo dormimos mal, casi no probamos de bocado, y nos estuvimos sin agua los dos postreros días. Cuando en amaneciendo el octavo, tuvimos lugar de desembarcar a obra de tres millas de Marsella, di a Genaro los trescientos ducados y el consentimiento de hacer aguada en un manantial que por allí hallamos, mandándole que se partiese luego hasta Niza, por el opuesto camino de Marsella, en quien nos entramos nosotros a la media mañana, sobre haber andado una entera hora con muy buen compás de pies.

En una banca troqué mis postreros mil y quinientos ducados por luises de oro, y nos fuimos a una casa de postas. Allí pagué treinta luises en prenda de dos caballos, y otros veinte por el uso que queríamos hacer dellos hasta París. Diéronme los contraseños para el canje de caballerías en el camino y una libranza para cobrar las prendas en la posta de término. Y así, picamos luego, sin más bagaje que mi saco, las pistolas, espadas, y mis bien herradas bolsas; de suerte que siendo cerca a la medianoche, a juzgar por la oscuridad y un silencio en que sólo se oía mayar a los gatos, nos entramos en la ciudad de Avignon tras haber cabalgado veinte leguas sin darnos punto de reposo, sino para trocar dos veces las caballerías.

Pasamos esa noche en la venta que era casa de postas y allí pedimos de yantar. El posadero nos aparejó una ensalada fiambre y un conejo albar que había dejado al rescoldo; y mucho suspendíme de ver al Antonio comer como persona atontada, tan aprisa que no se daba espacio de un bocado a otro, y los tragaba tamaños como nudos

de suelta. A sus usos de galeote y a la hambre que hubimos de sustentar de Nápoles a Marsella, añadíase el que hubiésemos cabalgado a paso tirado, pues habíamos menester poner tierra en medio; y con ser que vimos el batel de Genaro partirse por la banda del Levante, camino de Niza, yo temía no se volviesen a Marsella por levantarnos de haberlos asaltado en Nápoles y forzado a traerlos a Francia, defendiendo así que al su retorno, los españoles no los tuviesen por mediadores de nuestra huida y culpantes del motín habido en el ergástulo; lo cual podía avenir, como alguien declarase en Pozzuoli que el batel de Genaro se había partido la misma noche de la escapada de los galeotes, a causa que soltar a los tales o socorrer negros fugitivos es crimen aborrecible y castigado en todas las naciones.

Había diez años que yo no topaba al Antonio y mucho suspendióme la gallardía de su cuerpo, que yo había conocido muy enteco, siendo que el vivir casi cuatro años en el duro ejercicio del remo, más el mucho sol, el bizcocho con vino y los bonísimos aires del mar, habíanle mudado la color de su piel, que de muy pálida y amojamada, habíale parado en morena y sobremodo reluciente. Mas no hay para que contar a su merced lo que él ya conoce, siendo que es marino y de los buenos; y tiene de perdonarme el escribir en veces además, pues ha dos años no hablo sino por señas, y es aquesta mi única suerte de alzar tantico el entredicho que me pusieron en la lengua, con habérmela cercenado.

Aquella noche, en que nos estuvimos vez primera a nuestras solas, aun bien que no habíamos pasado en nueve días ninguna plática donde nos diésemos relación de nuestras vidas, nos dormimos luego al punto y sin hablar en nada, pues estábamos con más sueño que lirones y la fatiga de la jornada nos pedía a entrambos más recompensa de lecho que de razones.

Yo había pedido al huésped que tuviese cuenta con despertarnos al alba, pues llevábamos harta prisa, y así hizolo puntualmente. Cambiados los contraseños, nos partimos a todo el galope de los caballos, pues nos dábamos a entender que en ciudad grande como París, hallaríamos más comodidad para ponernos en cobro; y así nos entramos en ella, de allí a doce días de cabalgata a paso tirado. Entregamos las bestias; hicimos manifiesta la cédula de la fianza; volviéronme los treinta luises, y nos salimos a buscar posada, que hallamos muy de nuestro grado, puesta cerca a Palacio, que allí llaman en la lengua francesa, con un nombre muy poco regio, el palacio de las fábricas de tejas o de las tejerías.

Entrando, miramos mucho en aquella famosa ciudad que veíamos vez primera, y alegráronsenos los espíritus de poder vivir a nuestras anchuras. A cabo de dos semanas de buen reposo y de comer manjares muy confortativos tres veces al día, amén de cortar la cólera otras dos, y de envasar los bonísimos vinos de esa tierra, el Antonio veíase más gallardo que de primero y andábase por la ciudad muy a su sabor, luciendo la librea de cendal que yo le comprara, con todos los bordados que allí van

puestos.

Contóme que había caído preso, a causa que hiciera un grandísimo asalto; y cuando ya se veía a pique de perder las tragaderas, salieron con enviarlo a gurapas, como declarábamos en germanía a las galeras; y lleváronselo por término de diez años, que no otra cosa era, sino condenarlo a muerte civil. Y habría al pie de cuatro que andaba al remo, cuando cúpole en suerte venir a bogar en la misma galera en quien yo servía, a causa que un buen número de forzados había muerto en ella de una enfermedad pegadiza y hubieron de llenarse los bancos de otros cautivos españoles, turcos y berberiscos.

En París nos estuvimos mes y medio, dando lugar, una por una, a que el Antonio ganara un poco de palidez, pues lo tal habíasele antojado. Y allí fue el buen pasar y el reducirsenos a la memoria muchos acaecimientos de nuestra vida en España, y en darnos cordelejo al uso de los pícaros de la Andalucía, que yo casi había puesto en olvido. Tan buena gracia tenía el Antonio para contar historias, que a las veces yo había de apretarme las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Y andábase el entero día alegre como una Pascua de Flores, como si se le hubiera pasado de la memoria el tiempo que estuvo al remo; y con velocísimo curso del ingenio, sabía hacer donaire de cualquier zarandaja que viera en las calles. Dormíamos las enteras mañanas, y por las noches nos íbamos con mujeres del partido.

Siendo que ni por pensamiento podía yo poner pie en Holanda y España, propuse en mí de partirme a Alemania, con las miras puestas en granjear patentes nuevas y pasar a Indias; y el Antonio, con ser que tenía tan grandísimas ganas de tornar a vivir en su tierra, me dijo que así pensaba volver a Cádiz como ver al Turco en persona; de suerte que se iría conmigo y allá se lo hubiera el Cielo, en lo que fuera servido de enviarle.

A esa sazón, que lo fue en la primavera del año de diez y siete, sobre la puente de otro palacio que llaman del Louvre, mataron a un italiano favorito de la reina madre, la cual lo había hecho con el título de Mariscal de Ancre, regente de su hijo Luis XIII; y en toda la ciudad nacieron ocasiones de encuentros armados y tumultos, de suerte que en tamaña zozobra, determiné de partirnos luego; y excuso ahora los detalles del viaje, por pagar a lo que más de veras nos va en esta confesión.

En bajando la costezuela de un val, cerca a la ciudad de Estrasburgo, que está puesta cabe la marca de Alemania, pasamos junto de un encinar, desde donde nos llegaron a deshora, sonidos de violines y salterios, y un como repique de panderos; y luego vimos ser un aduar donde festejaban, y de allí a poca pieza, unos gitanos se dieron cata de nuestra suspensión y acercáronse a convidarnos con cuernos de vino, mas no entendíamos lo que decían, siendo que después acá, vine en conocimiento de que eran zíngaros de la Hungría. Yo les hablé entonces en germanía de gitanos andaluces, mas no me entendieron ni palabra, hasta que un mozo nos hizo señal de

que aguardáramos y entrándose en el rancho, pareció de allí a poco con otro, muy moreno, que frisaba con los cuarenta años; y con ése sí, pudimos platicar, y de presto nos dijimos contraseños de la gitanería andaluza, que yo me sabía de coro; y púsose el moreno alegre por todo extremo y pidió que le diésemos placer de apearnos y celebrar el encuentro.

Rafael, que así se llamaba el gitano, era un cuatrero cordobés, escapado había algunos años de la justicia catalana por el hurto de unos caballos, y que luego granjeara atravesar los Pirineos y ponerse en cobro del lado francés, donde después acá encontrara acaso con aquel aduar, y se había abarraganado con una zíngara. Y así, Rafael declaró a los suyos quién era yo, lo cual oyeron los otros con muestras de cortesía y comedimiento, y luego persuadieron y porfiaron más al vivo que de primero, porque nos entrásemos al aduar y partiéramos con ellos el festejo de unos desposorios que, como es sabido, los gitanos suelen dilatar varios días.

Rafael salió con ser un buen tocador de vihuela y a poco de estarnos allí, asíó de una y pidió a los demás que le estuvieran atentos, pues iba a cantar aires de su tierra, en honor de nosotros. Y así púsose a tocar por la seguidilla, y el Antonio y yo, a hacerle el contrapunto de palmas, de la forma como sólo las saben repicar los moros, andaluces y gitanos; lo cual le trajo al Antonio tanto regocijo y añoranza, que a poco llovíanle sobre las mejillas, lágrimas como de alquitara; y en acabando Rafael, yo también canté mis coplas que mucho alegraron a todos, y después acá, les tomó ganas de vernos bailar, lo cual no se dijo a tonto ni a sordo, pues el Antonio pidió que se tocara un son gaditano, se montó en una carreta, ¡y allí fue ello!; pues los zíngaros, que nunca vieran semejante baile, pero que mucho semejaba por el nervio y donaire a la forma como ellos bailan los suyos, quedaron suspendidos de admiración y andábanse los cuernos a la redonda, no nada ociosos y henchidos de un vino tan gordo y picante como los de Navarra, y aún dos deditos más, que en echándolo a pechos, mucho nos hacía al caso del cante y del baile. Y entre ellos había otros músicos regocijadores de la boda; y los gitanos bailaban por junto, sobre una carreta sin toldo ni zarzo, con muchas volteretas y zapateos; y después acá, montó una zíngara que bailó con muy buena gracia, acompañándose de unas sonajas.

Corría la alegría y saltaba el contento por el encinar; y ellos nos pidieron que no nos partiéramos hasta el término de la fiesta, lo cual ocurrió de allí a cuatro días. En el entretanto, nos vistieron con ropas de gitanos, y yo me colgué un arete, pues había años llevaba el hueco en la oreja, y así pasaron a tratarnos como a miembros de la tribu.

Al novio, hice regalo de una mula que traíamos de reata, y a todos embelesaba el que yo tuviera el hueco en la oreja y hablara con Rafael lengua de gitanos, y cantara como él, que es menester y ejercicio desviado de todo lo que hacen los mercaderes ricos, pues por tal habíanme tenido a los principios; y luego, luego, echaron de ver

que mi profesión no podía ser sino la del embuste y el embeleco, cual es la dellos.

Y así, una zíngara que lo era de chapa, aun bien que algo mayor que yo, enamorada de mi rostro barbitaheño, me llevó al segundo día junto de un arroyo, y púsose a declararme razones en su jerigonza, que así las entendía yo como si hablara en turco; aunque bien alcanzaron que todas iban encaminadas a ofrecimientos y requiebros, que concluyeron con incitarme a comunicar con ella una necesidad que abrevio, por mirar al decoro; ¡y montas!, que lo hizo de forma bonísima y con tanto artificio, como yo jamás había catado ni entre gitanas, ni con mujeres de la casa llana, ni en parte alguna; de suerte que dio en enhechizarme como enhechizan los vicios, cuando señorean nuestra voluntad.

Quedé tan prendado, que a término de la fiesta, siendo que ella me pidiese seguir un trecho en su carreta, pues el aduar se partía otro día camino de Alemania, por la ribera del Rin, yo quise darle contento, que no otra cosa era sino darme ocasión y ocasiones de ser junto a ella, de quien salí en ese punto con enamorarme hasta los hígados; y allí dio el Antonio, cuando menos me cato, en decirme que mucho le enfadaba ya andarse por tierras donde no entendía la lengua, y que sobre ponderarlo algún tiempo, tenía determinado de morirse en Andalucía, y volver al su oficio de salteador y cuatrero, pues ya estaba tan usado a esa vida de peligros, que cualquiera otra pareciale de burlas; con la añadidura de que habiendo bailado en aquella boda, ya no podía contener el deseo de volver, siquiera una vez más en la vida, a bailar en su Cádiz. Y bien sabe Vuestra Merced ser los gaditanos aficionadísimos al baile; y que la suya, de luengos siglos acá, es conocida ser la más única tierra de bailadores que ha dado el mundo, siendo fama que en tiempos de Claudio, enterraron en Roma a una celebérrima bailadora gaditana, y como era el uso de la gentilidad, sobre su lápida pusieron: *Sit tibi terra levis*^[3]; mas en pasando por su tumba el emperador, que le fuera aficionadísimos, ordenó que añadieran: *Sicut super illam fuisti*^[4].

Di un socorrillo en luises de oro al Antonio, para que se acomodara de cabalgadura y otros atavíos más de camino, y no tuviese de hurtar por sustentarse en el viaje. Aconséjele que se reportara y no se pusiera a peligro de tropezar con ocasiones forzosas, y allí fue el despedirnos, con grandes abrazos, reiterándonos los ofrecimientos, como las leyes de nuestra amistad pedían; y concluido lo cual, fuese a la buena hora, con lágrimas en los ojos.

Anca, que así se llamaba la zíngara, era natural de Bohemia, pero habíase criado errante por toda Europa. Era viuda había poco y no quiso coger marido en el rancho, hasta que acertó a enamorarse de mí. Bailaba y tocaba el panderete como ninguna otra en el aduar, y debió de ser muy ducha en filtros de amor y sortilegios, pues cuanto más tiempo llevaba yo a su lado, menos quería decantarme della. A los principios, dime a entender que el seguir el aduar durante unos días, no sería sino holgarme en una vida desenfadada y en el hechizo de Anca, pero en llegando a

Colonia, estaba yo tan prendado della, que le ofrecí matrimonio. Ella se avino luego, con tal condición que yo renunciara mi nombre y me pusiese bajo las leyes y estatutos del gitanismo; y no se dilató el casamiento, que lo fue a la zíngara, cumpliéndose todas las ceremonias en las que yo me estuve harto rumboso, en boato de regalos y convites.

No hace al caso referir cuál fuese mi vivienda en aquel rancho, ni guardo de los primeros meses della, sino el recuerdo de pecadillos ordinarios, hurtos, engañifas, y la concupiscencia aneja al estarme barragán de una gitana, lo cual me avenía vez segunda en la vida. Y en ese andar errabundo, estúveme sin propósito pero feliz y bien acoplado con los demás gitanos, y al cabo de algunos meses, tan usado a su lengua y costumbres, como si me hubiesen forjado en la misma turquesa que a ellos; hasta que a la primavera siguiente, cuando el aduar seguía el camino de Buda, cabe la ribera del Danubio, Anca salió con enamorarse de un gitano húngaro de otra tribu, que hacía camino contrario del nuestro, y con la cual partimos rancho y campo durante algunos días. En dándome cata de las que se traían, púseme asaz mal contento pero nada dije, pues ella habíame estado en el cargo de la confianza que yo debía hacer della; y había ya una semana que los otros se habían partido camino de Grecia, cuando ella me dijo que iba hasta la halda de una montaña vecina, en busca de hierbas para un brebaje; de lo cual no se me dio nada, por ser aquél uso ordinario de gitanas, cuyos cocimientos diz que sanan enfermedades, enamoran, o sirven para ver lo por venir; mas Anca no regresó a la tarde, ni a la noche, ni pareció nunca más, ni persona del rancho súpome dar razón della, por do colegí que debió de concertarse con el húngaro, y éste habríala aguardado cerca a nuestro aduar, para llevársela de coima consigo.

Viose en el rancho el mal caso en que yo había caído, y para la gitana vieja que criara a Anca, fueron aquellas nuevas, tártagos de muerte: comenzó a mesarse los cabellos y a arañarse el rostro, y a lamentar su infortunio a gritos, al modo de las endechaderas, y siendo que nadie fue poderoso a templar mi cólera, lancéme por esos andurriales adelante; y poco trecho habíame alongado del aduar, cuando encontré con una farándula. Luego, luego, vi ser aquella la conyuntura que había menester para disfrazarme, y así compré las ropas de un recitante que iba vestido de bojiganga, con muchos cascabeles; y a otro le compré un laúd y luego unos vestidos de gentilhombre, de los que son corrientes en la Hungría; y así, proveído de vestidos, quitéme los aretes y demás prendas de gitano, y andúveme de moharracho unos días, hasta alcanzar el aduar de los traidores, adonde no podía llegar con mi cara, pues en reconociéndome, echarían de ver que correría sangre; y los parientes dél darían orden en encubrirlo; y con ser que por las leyes del gitanismo, no podrían valerlo, si yo salía matador dél, me cobrarían su muerte. Y así estúveme dos días acechándolos, hasta que los cogí por sobresalto una noche, y los maté a puñaladas sin darles lugar a

defensa. En una aldea, puesta a una milla del aduar, esperábame una mula muy andariega, que había comprado la víspera, y allí mudé ropas y di de espuelas luego al punto. Fue un crimen cobarde, que no cometería ningún gitano, pues ellos se vengan a lo raso, sin huir ni ocultarse, ni temer lo que luego no les avenga; pero yo, por defender que me mataran los parientes dél, determiné de apuñalarlos a secas y secretamente.

Concluida mi vida de gitano, tomé la derrota de Bohemia hacia el norte, y llegué a la hermosísima ciudad de Praga, a la sazón que los nobles bohemios, herejes seguidores de Juan Hus y desobedientes de bulas y pragmáticas, gritaban a voz en cuello su descontento contra el emperador alemán y rey de Bohemia, don Fernando II de Habsburgo, monarca catolicísimo si los hay, y absoluto como todos los Austria quien, siguiendo la tradición de su padre don Fernando I, nacido éste en Alcalá de Henares, vivía rodeado de consejeros y soldados españoles.

A poco de mi llegada, cúpome en suerte hacer camarada con un capitán extremeño, merced a una felice contingencia que no hace al caso referir, el cual concluyó en tomarme como su alférez, de suerte que así me quedé a hacer la compañía en Praga bajo su bandera; y ello aconteció obra de dos semanas antes de que los nobles bohemios se conjurasen para asaltar un palacio, de cuyas altísimas ventanas dieron en arrojar a la calle a algunos funcionarios imperiales, lo cual desató una guerra que según se me alcanza, no ha concluido aún todavía, y hace ya casi los diez años que se enfrentan católicos y calvinistas, no sólo de Alemania y Bohemia, sino también de Holanda, Francia, Inglaterra y Dinamarca.

Y allí, haciendo número de las mesnadas imperiales, cometí bellaquerías y crueldades contra los bohemios que, como las contase todas, montarían mucho más que los pecados que hasta aquí le he referido; mas con ocasión de que fueron en defensa de la fe católica, los capellanes de Su Alteza imperial nos absolvieron por junto, durante una misa de campo, como si fuésemos cruzados en Guerra Santa, lo cual me ahorra la fatiga de recordarlos, y a Vuestra Merced, la de venir a noticia dellos; y mucho habría que decir, en razón de si son legítimas o no las tales absoluciones, que no paran mientes en la sevicia y demasía de la soldadesca.

Por fin, en el año de mil y seiscientos y veinte, derrotamos completamente a la nobleza bohemia en las haldas de la Montaña Blanca. En esa batalla, avínome bien que granjeara el favor de don Pedro de Vanegas, otro capitán español llegado de Alemania había poco, a quien, como derribasen malparado a las primeras del combate, yo acerté a cobrar; y a la fe que con más valor que industria, libré de una ocasión harto forzosa. Hicimos luego buena camarada y a poco, en el discurso de una plática, él vino a tratar en que un su tío gobernaba a la sazón, esta ciudad de San Cristóbal de La Habana. Yo vi luego ser aquella la coyuntura que esperaba para granjear nuevas patentes y pasar a Indias, como tenía prosupuesto a la sazón que topé

a los zingaros en Francia.

Y abrevio, señor licenciado, pues en los meses siguientes, no me avino cosa que de contar fuese; de suerte que a finales de ese mismo año de mil y seiscientos y veinte, presentéme en esta isla con los despachos dados por los funcionarios de Su Majestad don Fernando II, y con la carta muy elogiosa de mi persona, que me diera don Pedro de Vanegas para su tío, en partiéndome de Praga con la buena licencia de mi capitán. Y como los Austria eran tenidos por tan españoles como el que más, aquellas patentes me fiaban de todo en todo, y más trayendo por añadidura, la epístola con los encomios de don Pedro, por do se puede colegir que en esta ciudad de La Habana, ocho años ha, nadie tuviese cuenta con hacer experiencia de mis despachos, y creyesen indubitadamente cuanto dijera, y me diesen la bien llegada a todo ruedo. Mas lo que Vuestra Merced no sabe ni se imagina, es que el nombre con que puse pie en Praga y en esta isla después, fue el del alférez Hernán Díaz de Maldonado.

ODISEO

A la muerte de Lou, hacía ya diez días que Charlie Price seguía la pista de los secuestradores. Había recibido un anticipo de treinta mil dólares. Gainsborough le dijo que prosiguiera. La ITT le completaría cincuenta mil cuando concluyera.

El 9 de mayo, Price acudió al Point. Así llamaba Gainsborough a su modesta oficina de Lexington Ave., donde solía recibir a sus agentes. Price había elaborado tres informes. Sin preámbulos, abrió su maletín y le pasó el primero.

Resumen de las pesquisas efectuadas por la Agencia Morley (detectives de New York) sobre el punto A.

El Sr. James West, administrador de la Sucesión «Alfred D. Richardson», declaró que tras haber puesto un aviso en el *New York Times* para vender la mansión, se presentó a sus oficinas la *signorina* Lucia Di Crescenzo, manager de una coproductora fílmica ítalo-norteamericana, con una atractiva oferta de arriendo, por dos meses, para utilizar la casona como locación de una película. Ofreció 8 000 dólares mensuales, con pago anticipado de la totalidad. Pidió como condición que se le permitiera tapiar el ventanal de una de las habitaciones y el baño contiguo; y asimismo, colocar una chapa de bronce a la entrada. Pagó una caución de 20 000 dólares por daños y perjuicios. En el contrato quedó establecido que debía devolver la casa sin afectar los revoques, pinturas, enlucido de las paredes etc., y que si por necesidades de la filmación se necesitara prorrogar el arriendo, los Richardson le otorgarían el derecho a extender el contrato hasta seis meses, previo pago adelantado de idéntica suma mensual. Pese a lo atractivo de la oferta, la Sra. Ela Richardson, que ya tenía una aceptable oferta de compra, se mostró reacia; pero Lucia Di Crescenzo convenció primero al yerno y éste a la viuda, con el argumento de que una vez filmada la película, quizá pudiera obtenerse mejor precio de venta. El Sr. West describió a la *signorina* Di Crescenzo como una mujer de unos 35 años, pelo corto, rizado, castaño claro, ojos verdes, estatura media, algo gruesa, con una leve cojera al andar y que hablaba un inglés muy fluido pero con acento italiano.

Con los esposos Togawa (propietarios del molino donde los secuestradores recibían los llamados de quienes se interesaban por la subasta), habló el supuesto director de la película. Dijo llamarse Pierre Klimo. Según la descripción de la Sra. Togawa, tiene alrededor de 50 años, es delgado, mide unos 5 pies y 10 pulgadas, ojos castaños, pelo oscuro, piel muy blanca, maneras y atuendo elegantes. Habla inglés

británico pero con un acento extranjero, probablemente francés. Les ofreció 6 000 dólares por disponer del molino durante todo el mes de abril. Habló con ellos a finales de febrero y les dejó una seña de 2 000 dólares.

La Sra. Togawa se interesó por la película. Klimo le dijo que se llamaría *La venganza de San Patricio*. El molino iba a ser la residencia de un pintor, protagonista del film. Es todo lo que pudo averiguar.

Desde las casas vecinas nadie vio en el molino más que a una mujer rubia, cuyas señas generales coinciden vagamente con las dadas por West sobre Lucia Di Crescenzo. Llegaba todos los días y permanecía un par de horas por la mañana. Nadie habló con ella. Nadie la vio de cuerpo entero. Parecía tener unos 40 años. (Se adjunta la reconstrucción fisionómica de Klimo, gentileza del FBI, elaborada con las declaraciones de los esposos Togawa. Ocho testigos que vieron a la mujer se contradijeron tanto que no se le ha podido elaborar un *identikit*). En el molino no ha aparecido ningún indicio que sirva de pista.

En el registro de la propiedad artística no figura ninguna película titulada *La venganza de San Patricio*, ni nadie del ambiente cinematográfico norteamericano, inglés o francés, conoce a ningún director ni productor llamado Pierre Klimo.

El supuesto administrador de la Sucesión Christopher B. Maxwell, según la tarjeta que presentara al secretario del Royal Chess Club de New York, tiene los mismos rasgos generales descritos por los Togawa. El Sr. Kramer, actual presidente, a quien se le consultara el ofrecimiento de Klimo, declaró no haber tenido la menor sospecha de malas intenciones y hasta se había propuesto acudir a Attica, el día 5 de mayo, para conocer la muestra y presenciar la subasta. *Motu proprio*, Klimo les dejó un compromiso firmado de ceder al club, en carácter de comisión por servicios prestados a la subasta, el 2 por mil del monto total obtenido, y ofreció en el acto una caución de 5 000 dólares, que no se le aceptó, con el argumento de que el club recibe donaciones pero no hace negocios. A nadie le pareció extraño que alguien estuviese dispuesto a pagar la divulgación de una subasta relacionada con Capablanca, en uno de los más selectos clubes ajedrecísticos de Nueva York.

Gainsborough observó el *identikit*, oyó las declaraciones de los testigos, revisó las cuentas presentadas por los detectives y los honorarios de la agencia.

—Okey, deme el otro informe.

Averiguaciones practicadas en Bogotá por Luis Sagebién, puertorriqueño, funcionario de la Sección de Homicidios del FBI, que presta actualmente asesoría técnica al Depto. Administrativo de Seguridad (DAS) colombiano. Punto B.

El apartado aéreo número 17 245 de AVIANCA perteneció hasta el mes de enero del presente año, a un fotógrafo bogotano que recibió 200 dólares por traspasarlo a nombre de Alberto Suárez, el chofer, que fue localizado de inmediato. Alberto declaró que un Sr. Pierre Klimo, de Sears Roebuck, le había pedido hacer la gestión porque quería tener un apartado postal para correspondencia confidencial. Según Alberto Suárez, Klimo hablaba buen español pero con acento inglés. A través de los datos brindados por el chofer, se localizó a los dos policías del F-2 y a la camarera Elbia, del Café Victoria. En los tres casos había utilizado sus servicios y los había retribuido generosamente. Con las declaraciones de estos cuatro testigos, se reconstruyó la fisonomía de Klimo (que como puede verse, coincide, en general, con la obtenida en el FBI).

En el Hotel Tequendama nadie recordó el rostro del *identikit*, pero una recepcionista del San Francisco asegura haberlo visto en el *hall*, aunque no recuerda con precisión qué día. Según esa mujer, llevaba una maletín muy elegante, que le llamó la atención. Se le hizo ver una foto del maletín y lo recordó. En ningún lugar del hotel apareció luego un maletín de ese tipo.

Todo hace suponer que quien se llevó el dinero, introdujo el maletín completo dentro de un bolso o una maleta más grande. En los baños turcos nadie recuerda el rostro del *identikit*. No quedó ninguna firma ni constancia escrita. En Sears Roebuck de Colombia, no conocen a Pierre Klimo.

En el tercer *file*, venía la información sobre el punto C.

Resumen de las averiguaciones practicadas por los detectives de la Agencia Albin & Lesky a los que se proporcionó las fotos de los identikits del FBI y del DAS.

Los dos maletines empleados en Bogotá fueron adquiridos a finales de marzo en una tienda de Brooklyn. Un vendedor reconoció por el *identikit*, al señor que se los comprara.

Desde el día 13 hasta el 17 de abril, la taquilla de la Grand Central Station fue ocupada por un mismo usuario, del que no existe ningún registro. Ninguno de los empleados que trabajaron ese día recuerda quién pagó la caución de la llave.

La forma como se obtuvo el pasaporte de Peter Stevenson es muy curiosa. Peter Stevenson es un *barman* que trabaja en un *night club* de Columbus Circus. Klimo le propuso un negocio muy atractivo. Se trataba de montar un bar de lujo en Bogotá. Klimo pondría el dinero y Stevenson su *know how*. Klimo había comenzado a frecuentar el *night club* a mediados de febrero. En total no había estado más de 4 ó 5 veces; pero siempre en horas en que había poca gente y podía conversar con Stevenson.

En abril se apareció después de un par de semanas y dijo que acababa de llegar de Colombia. Había conseguido un local estupendo y era necesario que Peter fuera para dirigir el montaje. Bastaría con que estuviera tres días. Como Stevenson no se decidía Klimo le puso en la mano 2000 dólares y ofreció costearle el viaje más los gastos. Stevenson aceptó, obtuvo su pasaporte y consiguió una visa de turismo en el consulado de Colombia. Luego Klimo le pidió el pasaporte para encargarse de los pasajes en Branniff y desapareció para siempre. Eso ocurrió exactamente el día del secuestro, por la noche.

Gainsborough se puso a cargar pensativamente la pipa. Lo único positivo obtenido hasta ahora eran los *identikits*, que no podían considerarse pistas. Seguramente eran disfraces. Por tanto, los treinta mil dólares de Capote no habían producido todavía ni una sola pista. Klimo resultaba un personaje cada vez más inquietante.

Bien. ¿Y qué resultado habían arrojado las pesquisas de Price en París y Madrid?

Price había estado en el cuartel general de INTERPOL, en París, donde tenía amigos. Un funcionario que oyó el resumen muy general del caso Capote, afirmó que desde hacía quince años, la INTERPOL conocía a Klimo bajo el seudónimo de *Odiseo*. Se lo consideraba un habilísimo secuestrador. Nunca se había denuncias llegaban a la policía después de pagados los rescates. Se conocían dieciocho golpes suyos; pero se suponía que había cometido otros, de los que quizá nunca se enterara nadie. Sus rasgos operativos más característicos eran:

—disfraces convincentes;

—el escoger víctimas muy solventes y atraerlas a viviendas fastuosas donde les dispensaba un trato cortés;

—preparación puntillosa de sus golpes, con fuerte inversión monetaria, que luego cargaba al monto de los rescates.

—complicidad con una mujer;

—el hablar varios idiomas con diferentes acentos (tanto él como la mujer).

Ninguno de los *identikits* obtenidos a lo largo de su carrera había servido para nada. Su red de acción conocida era Buenos Aires, México, Nueva York, París, Milán, Madrid y Barcelona. Price había podido ver un extracto de su carrera que figuraba al inicio del *dossier*. Eso de alquilar casas para una supuesta filmación ya lo había usado en otras dos ocasiones. En 1970 había dado un golpe por cuatro millones de dólares. En la INTERPOL lo llamaban *Odiseo* porque así había firmado los anónimos de su primer secuestro. Su trabajo, donde nunca se derramara una gota de sangre, había despertado cierta simpatía en París. Hacía tres años, con falsas

credenciales de un funcionario policial argentino, permaneció varias horas en los archivos de INTERPOL estudiando su propio *dossier*. Conocía las trampas que se le habían tendido. A los pocos días envió una carta de agradecimiento por los elogios que había merecido su labor. Sugería que no se molestaran ya en buscarlo. Estaba a punto de retirarse y pensaba escribir sus memorias. Desde entonces, para Navidad les hacía llegar saludos y el anuncio de que aplazaba su retiro.

Gainsborough sintió una cosquilla sinuosa desde la nuca hasta la frente, como si su cuero cabelludo comenzara a ondular. Solía ocurrirle desde niño, cuando sentía algún temor. Siempre supuso que era el síntoma de una descarga de adrenalina. Quizá por eso mismo a otros se les paraban los pelos.

«Y no es para menos», se dijo. «Si los documentos del L-15 han caído en manos de Odiseo, no es para menos».

—Un personaje de mucho colorido —logró comentar, indiferente.

—Sin duda —asintió Price—; pero lo más simpático y *crazy*, es lo que averigüé en Madrid.

El día 15 de abril, una mujer había entregado en la residencia del attaché cultural de la embajada española en Washington, un paquete y una carta, de la que Price había obtenido una fotocopia. ¿Mr. Gainsborough leía bien español?

—*Of course*.

Gainsborough se puso los espejuelos y leyó:

Sr. Alonso de Arévalo y Villafranca
EMBAJADA DE ESPAÑA
WASHINGTON D.C.

Muy señor mío:

Este cuadro es patrimonio de la humanidad y la historia ha delegado en España su custodia. Sospecho que ha sido robado del Museo del Prado. En su lugar ha quedado, quizá, una copia hábil. Es *El tránsito de la Virgen*, del paduano Andrea Mantegna. Tiene 500 años. Es justo que retorne a Madrid su patria adoptiva. Lo saluda un esteta, desfacedor de entuertos.

—¿Y era cierto lo del robo? —se apresuró a preguntar Gainsborough.

—Si lo era —dijo Charlie con expresión escéptica—, el director del Museo del Prado no quiso admitirlo. Parece que en Madrid investigaron bien la cosa y llegaron a la conclusión de que era una broma. Un copista que trabaja en el museo reconoció haber sacado hace algunos años, tres copias de ese mismo fresco por encargo de un cliente que vivía en New York.

Nota: De esta carta, omito una larga disquisición en que Bernardo me refiere su evolución hacia el deísmo y su abandono de la fe católica.
C.C.

Singapur, 14 de noviembre de 1952

Querido padre Castelnuovo:

[...] El domingo pasado O'Hara me llevó a oír misa en Hongkong. Es un espectáculo grotesco. Los chinos católicos me resultan tan inaceptables como un gaucho budista. Mi experiencia de este último año me ha inducido a descreer del carácter ecuménico de la Iglesia Católica (y de cualquier otra). Estoy persuadido de que toda religión no es más que lo que los romanos definieron con su término *religio*: un vínculo ético con la tradición, con el *mos maiorum* de cada pueblo. Y es un vínculo formal. Por eso me fastidia ver chinos rezando a la Virgen. Estoy seguro de que ninguna deidad los oye fuera de sus pagodas.

Durante mi última escala en Calcutta fui en avión hasta Benarés para presenciar los baños potamolátricos. En Adén y Alejandría encontré algunos ciegos mendigando por las calles. Ellos mismos se han arrancado los ojos después de haber visto en la Meca la piedra de la Kaaba. Y en verdad ¿para qué quiere uno los ojos cuando se posee una fe tan vigorosa?

Todo se me confunde, padre. Todo se me asemeja. En esencia, la única constante *per orben terrarum* es el amor a un Dios supremo. Lo que cambian son las formas, como cambian las razas y las lenguas. Nunca más podré ser católico.

Amén y que Dios me acompañe.

Bernardo.

NOVENA JORNADA

Doyme a entender que el nombre de Hernán Díaz de Maldonado, tiene de haber confundido a Vuestra Merced, y como es fama que el Prior de Santo Domingo hace número entre los más vigilantes guardianes de la religión y las buenas costumbres, en viniendo que venga en conocimiento de mi verdadera persona, mucho se ha de amohinar. Ruégole, pues, Fray Jerónimo, tener a lo menos cuenta con declararle que la riguridad desta vida mía, hame enseñado a ser tan bien sufrido, que consiento se me encadene en esta celda, porque puedan defender vuestras mercedes que no salga con escaparme y así queden en potencia propincua de entregarme a la Justicia, al término de mi confesión. Siendo que en esta vida cuéntome por acabado, no deseo ya sino dos cosas: entregar luego mi alma, aliviada de lo que más me pesa, y dar cima a mi designio en beneficio de nuestra fe y que he de referir muy por menudo en las venideras jornadas.

No debe creer Vuestra Merced que mucho me va en ello, la pesadumbre de haber matado a un sacerdote y deshonorado las banderas de un capitán. Ha mucho que no miro en más banderas que las que mis apremios plantan. Si Dios, por su infinita misericordia, fue servido de volverme a su seno de nuevo, sólo por ello pésame el sobredicho crimen; y vez segunda en esta confesión, arrepíentome del pecado de no llevar por ello encargada mi conciencia, a causa que me estoy harto persuadido de no tenerme la culpa, y aun de que Dios puso el arma en mis manos, por quitar de la faz de la tierra a aquella alimaña perversa y nefanda, tan en daño de las buenas costumbres y de la verdadera religión; y de esta pertinacia no me redujeran, con las mayores razones demostrativas, los más claros doctores de Nuestra Santa Madre Iglesia; mas en este punto y término, debo declarar que después acá, cometí otro pecado desconocido de todas gentes y tan indigno, que aún quizá sobrepuja el término y raya de mis mayores delitos, y a quien he de pasar en silencio, porque Vuestra Merced no sufra con su añadidura y por representárame como cosa de todo punto verdadera, que Dios, en viendo mis actos de perfecta contrición, ya me ha absuelto dél, y con verdad osaré jurar que así me lo ha hecho saber en apariciones y señales, de las que en su punto daré razón.

Londres, 16 de enero de 1953

Querido padre Castelnuovo:

[...]

En el *Northumberland* he hecho algunos progresos. Ocurrió que al salir de Singapur se enfermaron de golpe dos de los camareros y O'Hara me propuso al *steward*. Me aceptaron provisionalmente, pero mi desempeño fue bueno y me quedé con la plaza. Me ha valido quizá mi condición de políglota. En Alejandría, el buque se llena de árabes, griegos, italianos, franceses; y además, hablo español en Cádiz y portugués en Lisboa.

Mi fortuna quiso además que frente a las costas de Creta, navegando con mar de fondo, uno de los camareros derramara un plato de sopa de tomate sobre el escote de una *lady*, esposa de un coronel veterano de la India. Todo concluyó en un desenlace chaplinesco y Archibald pidió su retiro. Tiene más de sesenta y cinco años y es un profesional de honor. Poco faltó para que se suicidara como el Grand Vatel. Y para colmo, el *maître* francés nos abandonó en Marsella. Total, que la crisis, el río revuelto, mi buena estrella, *my continental type* (palabras del *steward*), mis *manners*, los indujeron a declararme *maître* del *Northumberland*. Como no soy diplomado, en vez de pagarme las 28 libras semanales que me corresponden, me pagan quince libras y seis chelines, que yo he aceptado.

Por supuesto, en estas semanas he aprendido algo, pero descontaba que en Londres volvería a mi puesto de camarero. Para mi sorpresa, tras contratar a otro *maître* acaban de anunciarme que me dejaron en el salón como *sommelier*, con el encargo de officiar un tanto de maestro de ceremonias, derrochar algún *savoir faire* que ya me reconocen, y mucha políglotía.

El nuevo *maître* es un belga. Ya he estado en contacto con él, antes de zarpar. Es muy competente y ha vivido durante años en Inglaterra. Parece que le he caído en gracia y espero aprender mucho a su lado.

Leo enormemente, sobre todo literatura británica. He pulido el inglés hablado al punto de no cometer errores sintácticos ni de vocabulario; pero mantengo un decoroso acento latino muy a tono con mi profesión. Visto con naturalidad la ropa de etiqueta, me hago manicurar, he aprendido a elevar dignamente el mentón y mis ademanes nada tienen que envidiar a los mayordomos de Wilde.

[...]

¿Cuál es la ciudad que escogería para vivir?

Alejandría, la más intemporal y cosmopolita, como en tiempo de los Tolomeos, donde están los apátridas, los como yo. Aparecen en cualquier suburbio. En la última escala conocí a un virtuoso danés, un instantaneísta que hace retratos itinerantes. Se

aposta en una esquina y cuando aparece un turista que lo inspira, comienza a retratarlo, caminando hacia atrás. Termina en menos de diez segundos, siempre con una firma aparatosa: Allan Hansen. Por fin, desprende ruidosamente la hoja del block y la entrega al cliente con versallesco ademán. Suelen darle un dólar, cinco, veinte, según la admiración que provoque. Tiene como meta no trabajar nunca más de tres minutos diarios. «Y eso en tres turnos», aclara siempre. Bebe como un cosaco, y apenas le pagan en fila hacia las tabernas. A mí, luego de sacarme dos libras egipcias me invitó a bebérmolas. Compró un par de botellas y me llevó a su hotelucho. Tras veinte años de academia ha descubierto ser un pintor mediocre. Apostó y perdió. Y ha escogido esa forma de suicidio.

Lamento decepcionarlo, pero no me interesan las luchas sociales, ni soy capaz de emprenderlas. Sin embargo, su arenga me ha conmovido...

[...]

Escríbame al Pireo.

Hasta siempre,

Bernardo.

P.S.: De Londres no le envió las impresiones que me pide, porque aún no he podido experimentarlas. En estos días el *fogg* no deja ver nada. Además, ¿no le bastan las miles de páginas escritas sobre Londres, en la excelente narrativa británica del último siglo?

Me sorprende y deleita la extensión de sus cartas.

Sobre mi verdadero estado de ánimo tampoco puedo informarle mucho. Mis nieblas interiores también me lo vedan.

DÉCIMA JORNADA



En habiendo huido de La Habana el Día de Difuntos del año de mil y seiscientos y veintidós, estúveme quince meses haciendo camino por la vuelta de la Española, Cartagena de Indias, Tierra Firme, San Juan de Ulúa y México, donde al cabo granjeé nuevas patentes, merced a la medianería de una dama aficionadísima de mi persona y de mucho predicamento en la corte del Virrey de la Nueva España, que en esa sazón lo era el Conde de Gelves, a cuyo servicio asenté por temiente en el año de mil y seiscientos y veinticuatro, poco antes de su famosa querella con el Arzobispo don Alonso de Cerna. Y a esa sazón, mostréme yo tan firmemente leal a mi protector, que fui de la partida que apresara al arzobispo en el arrabal de Guadalupe; y no le valieron el altar ni sus pontificales vestiduras, ni la mitra ni el empuñar la cruz arzobispal en una mano y el Santísimo Sacramento en la otra, pues con todo ello le prendimos y tuvimos recluso como reo de lesa Majestad y perturbador del reposo público; y después acá, cuando se amotinó la chusma frente a Palacio, llovió un nublado de piedras, de las que yo recibí una grandísima en el rostro, poderosa a hundirme un pómulo y a derribarme malparado en el suelo. Y allí me pasearon las costillas de cabo a rabo sin que nadie pudiera acudir a mi remedio ni valerme en forma alguna; y luego comenzaron a menudear sobre mí con estacas y a machacarme con tanto ahínco que me dejaron molido como alheña. En sintiendo la pesadumbre de tantos golpes, di por acabados mis días, pero el Cielo fue servido de darme salud; y de mi arrojo en la defensa de Palacio, vino a noticia el Virrey, que me consultó la plaza de jefe de la guardia, donde hube de sustituir a uno que se llamaba temeroso de la cólera de los mexicanos, se había puesto en cobro, vacando así la sobredicha jefatura. Y al año siguiente, en otro motín, habiendo embestido con la turba por sosegarla, perdí mis dientes delanteros y me quedó desde entonces torcida la quijada. Cobré a esa sazón muchas heridas y llegué tan al cabo, que hube de pasar varios días sin sentido en una casa de salud, donde un médico llegado poco antes de Cuba, en catándome las heridas, acertó a conocerme y me denunció como al terrible criminal y traidor Hernán Díaz de Maldonado; y a poco espacio, cuando volví en mi acuerdo, vino a prenderme el Santo Oficio, pese a mis protestas de no ser el que el médico significara. Como él mucho porfiase y persuadiese que debían prenderme, aun bien que sin más probanza que su pertinacia, faltóme valor y los del Santo Oficio determinaron de mandarme preso a Cuba, para que aquí dictaminasen lo que más puesto en razón estuviere. Y así, como queda referido en la jornada anterior, traíanme en una de las fragatas del trato, cargado de grillos y cadenas y con el ánimo desmazelado.

Era el mes de noviembre del año de veinticinco, y bien recuerda Vuestra Merced, que a esa sazón, la flota holandesa, sobre levantar el sitio que tenía puesto a don Juan

de Haro en el Puerto Rico, concluyó en venirse a la Isla de Pinos; y catorce buques al mando del corsario Baodayno Enrico, que en su lengua se declara Bowdoin Hendrick, estaban dadas fondo en la sobredicha isla, por ponerse a la mira de la flota española de la plata, que debía llegar del puerto de la Vera Cruz a hacer su escala ordinaria en La Habana. Y como Baodayno viniese en conocimiento de la presencia de nuestra fragata en aquellas aguas, mandó que salieran a apresarla dos pataches, de los que ellos declaran en su lengua con el nombre de *jacht*, todos ellos fuertemente artillados, lo cual hicieron sin ninguna resistencia de los nuestros.

En sabiéndome flamenco y catar ellos que yo hablaba holandés como los naturales del país, el propio Baodayno quiso conocer la causa que me pusiera en aquella estrechez de venir aherrojado y con tantas prisiones, en una nave española. Yo no podía declarar que había huido del cautiverio, pues al punto me denunciarían mis manos tersas y mis tobillos sin llaga; y tampoco podía decir que me habían apresado por pirata, siendo que en tal coyuntura habríanme ajusticiado o sentado al remo en alguna de las seis galeras que Su Majestad tiene en Indias. De suerte que con velocísimo curso del entendimiento, declaré llamarme Piet van den Heede, ser natural de Amberes, en Flandes y que cumpliendo secretísimo encargo del gobierno de las Provincias Unidas, y siendo que conocía bien la lengua española, servía de espía por dar cuenta de las defensas y pertrechos militares de la Nueva España y Tierra Firme; y en cumplimiento de la tal encomienda, habíame fingido español, hasta que un médico porfiara ante el Tribunal del Santo Oficio, ser yo un famoso criminal, asesino de un clérigo en La Habana, de lo cual declaré a Baodayno estar ajeno por todo extremo; y como el sargento español que me traía a su cargo, declaró por la parte que cabía conocer, lo mismo que yo, salió con abonar mi engaño y sacarme verdadero; de suerte que por aquel accidente salí a buen parto de la preñez en que me hallaba; y después acá, el mismo Baodayno en persona, quiso certificarse y conocer por menudo, cómo fuese mi vida en Amberes, Groninga, Amsterdam, y de mis viajes en la Compañía de Indias Orientales; y de las personas que yo conocía allí; y también de mi estada en Java, y en el ejército holandés; y de la batalla de Malaca; y a cabo de una buena pieza, se satisfizo de su duda y quedó persuadido de que yo decía verdad de todo en todo, y ordenó que me soltaran, tras lo cual pidióme nuevas de la flota de la plata. Él se daba a entender que ese año, la flota se haría a lo largo antes de la fecha ordinaria, y tenía por cosa cierta, que estaba al levar el ferro del puerto de la Vera Cruz, mas yo le declaré que así no era la verdad, pues sabía que aún todavía no había llegado el galeón de Manila, que arribaba a Acapulco desde las Filipinas, y dello veníase a noticia luego, luego, en la corte del Virrey, pues mucho interesaban a la corona las especias y tesoros del Oriente; y siendo así que yo, por mil señas conocía no ser aquella la época de cargazón de flotas, porfié haber venido en entero conocimiento de que la de la plata, no se partiría hasta el verano siguiente, como era

el uso ordinario; lo cual puso a Baodayno muy mohíno y tornó a presumir que yo pudiese decir mentira, pues no eran esas las razones que le habían traído poco antes; mas como fuese hombre de consejo prudente y no pudiese certificarse de aquella su duda, envióme a afanar entre el marinaje de una urca, como aprobación, por dar así lugar a que se viese si yo decía verdad o mentira.

Baodayno, como corsario que navegaba con el pabellón holandés, mucho se desviaba de ser un pirata corriente y moliente, y antes lo diputaba yo por almirante que por pirata. De todos era conocida su riguridad, pero nunca fue vanamente cruel con los vencidos. En aquella sazón, sobre desvalijar la fragata y quemarla, cautivó a diez mozos fuertes porque ayudasen a los calafates de su flota, mas concediéndoles reposar y comer humanamente; y a los demás, mandó decantarse a una ínsula con agua, y dioles avíos de pesca, porque tuviesen de qué vivir. De la Isla de Pinos había hecho su asiento y allí, sin salir a lo raso del mar, en una ensenada muy encubierta de todos los bajeles que por aquellas aguas navegaban, se estuvo a la mira, avizorando el arribo de la flota de la plata. Dos pataches suyos vigilaban las naves españolas, y cuando había ocasión y los vientos daban licencia, otras embarcaciones mejor artilladas, salían a capturar las presas que no ofreciesen peligro; siendo así que Baodayno no quería estorbos a su empresa soñada de asaltar la flota de la plata. Con ser que en esa sazón ocurrieron muchos casos dignos de referirse, he de callarlos por no hacer al caso de esta confesión.

Cuando a cabo de siete meses de espera, no parecía aún la flota española, Baodayno vio ser verdad cuanto yo le dijera, y determinó de desembarcar en el lugar de Cabañas y enviar un destacamento armado que recorriese la costa hasta cerca a La Habana y granjease bastimentos para mejorar el matalotaje con carne de cerdos y aves, de las que es abundosa la región. Y así, el catorce de junio nos presentamos en Cabañas, donde encontramos el lugar desierto, a causa que los moradores había huido con las reses hacia los montes, y sólo pareció de allí a poco, un negro al que yo serví de trujamán, para volver a lengua holandesa sus mal trabadas razones, con las que nos dio a entender lo mucho enhorabuena que habíamos llegado; y declaró llamarse Tomás y estar fugitivo, pues poco antes había sido fieramente azotado por su amo, que era Fulano Pérez Oporto quien, como divisara al alba la presencia de nuestra flota, y nos llegásemos a trecho que pudo ver en los mástiles la bandera tricolor, había enviado a otro negro, llamado Mateo el Congo, con la mandadería de dar cuenta y razón de nuestro desembarco a las autoridades de La Habana, para que luego le enviasen refuerzos; y el primer cargo en que Tomás quería estarnos, era el de que lo llevásemos fuera de allí, jurando que pondría toda su voluntad en servirnos y así defender no saliesen con marcarlo de la ese y el clavo; y Baodayno mandóme que le volviese en lengua castellana, que él sí consentía en darle licencia de partirse con nosotros, mas sólo con condición que nos guiase donde granjear bastimentos. Y de

allí a poco, el negro nos hizo patente un gran cercado, puesto a unas dos millas de Cabañas, donde los pobladores habían encerrado desde el amanecer mas de trescientos cerdos y un millar de gallinas; y luego, en la costa, nos descubrió una cueva donde hicimos bastimento abundoso de cecinas de vaca y tortuga, doce barriles de vino, cuatro de manteca de cerdo y alguna cantidad de bizcocho. Y últimamente, poco antes de levar áncoras, en el entre tanto que hacíamos aguada, Baoday no mandó poner fuego a un galeón que estaba fabricando Pérez Oporto, con una cuadrilla de carpinteros y esclavos.

En habiendo tomado Baodayno conocimiento de la embajada del Congo, había mudado parecer, y su primer designio de atacar por tierra varias poblaciones y corrales, trocólo por el de alongarse luego y encaminar sus naves a La Habana, con el prosupuesto de ponerle sitio y estorbar no enviasen desde allí algún bajel rápido que llevara mensajería al puerto de la Vera Cruz, de que los holandeses se estaban en aquellas aguas, a la mira de los galeones de la plata. De suerte que tras hacer abundosos bastimentos, nos hicimos a lo largo; y al amanecer del siguiente día, Vuestra Merced, como toda la población de La Habana, nos pudo ver barloventeando, a la espera de la flota, fronteros de la bahía.

No he de dilatarme ahora tan por extenso en cosas mínimas y rateras, que son bien conocidas en La Habana de tantas gentes, y pasaré luego a lo que más nos va, en esta sarta de pecados que forman el discurso de mi vida.

Baodayno murió el día dos del mes de julio, de unas fiebres que contrajera en Cabañas, y contra el parecer de muchos ministros de la flota, que querían tomar La Habana por asalto, el nuevo general, temeroso de las fortificaciones, encaminó las naves a Matanzas, como es sabido. De allí a poco, propuso fuesen de partida la vuelta de Holanda; y a un flamenco que se llamaba Fulano Dyck, dióle encomienda de alargarse luego al mando de un *jacht* de suerte que este *jacht* o quier patache, encontrase con las otras embarcaciones de aviso que Baodayno pusiera a la mira de la flota de la plata, allende al cabo de las Corrientes, y les llevase embajada y mandato de regresar a juntarse con el resto de la flota, para el retorno a Holanda.

Cúpome hacer número entre los doce hombres que iban en aquella mandadería, y en este espacio que navegábamos a toda vela, desvióse conmigo aparte el tal Dyck y me declaró que ya había persuadido a más de dos hombres de la partida, de que se desertasen con él en el patache, y se fuesen a hacer usos de contrabandistas y piratas, en granjería de botines, por esos mares adelante; y díjome asimismo que si yo venía en aquel mismo parecer, siendo que ya montaríamos cuatro, él tendría atrevimiento de predicar su prosupuesto a todos por junto, y a lo que él creía, lo oirían en albricias.

Hasta ese punto, yo había corrido con la buena fortuna de que nadie me conociese, aun bien que por estos mismo ojos, había visto a varios que conociera en Amsterdam, y aun a dos que navegaran y se combatieran conmigo en las islas del

Oriente; pero merced a mis heridas del rostro, a la pérdida de los dientes y de un buen porqué de pelo, nadie acertó a darse cata de ser yo el que otrora me llamase Van den Vondel, notadísimo en toda la Compañía como ladrón y asesino, por lo ocurrido en el Havre. Y con ser que ya no temía yo que persona acertase a descubrirme y levantarme de lo que hiciera como capitán holandés, ni por pensamiento quería volver a Holanda, a causa que allí luego se echaría de ver, ser embuste todo cuanto yo declarara a Baodayno, de ser enviado desde La Haya con la encomienda de tomar lenguas en Tierra Firme; y a buen seguro que nada bueno me avendría. De suerte que por lo tal, ya tenía determinado de saltar en el primer puerto de Francia o Inglaterra donde diere fondo la escuadra; y a Vuestra Merced ya debe írsele trasluciendo, cuán pintiparada veníame aquella resolución de Dyck, y muy al vivo declaréle lo mucho enhorabuena que la oía.

Yo me daba a entender que hasta los más leales a Baodayno tenían de estar mohinísimos por verse forzados a retornar con las manos vacías, sobre haber navegado por tan longincuos caminos y parajes.

Y en aquel punto y sazón de nuestro primer concierto, declaróme Dyck que él se había venido vez primera a la Indias, con la flota de Paulus van Caerden; y sobre irse a pique el bajel suyo, había granjeado salvarse a nado, pero los otros le habían dado por muerto; y después acá, Dyck había navegado veinte años por estas aguas, haciendo usos de negrero, contrabandista, pirata y filibustero; mas al pie de dos años, había embarcado con Baodayno en La Española, que como Vuestra Merced sabe, está despoblada por la parte que mira hacia el ocaso, y es muy abundosa de vacas y cerdos cimarrones, y refugio seguro de filibusteros y de todos cuantos piratas merodean por la isla Tortuga; y siendo notado como peritísimo en aquellas aguas, Baodayno habíale consultado una sargentía, porque le sirviese de piloto, al mando de aquel patache; a lo cual Dyck habíase avenido conforme, a causa que quería salir del forzoso trance de haberse quedado en aquellas soledades y sin blanca, sobre jugarse había poco a los naipes, un bajel cargado de cueros, tabaco y palo de tinte, con quien se aparejaba en ese punto a partirse camino de Inglaterra, por allí vender su mercadería y luego volverse por la costa del África a cazar negros y venderlos en Indias, como es el uso de muchos piratas holandeses, ingleses y franceses que, a las veces, hacen trata y comercio, y a las otras, cogen por sobresalto las naves y corrales de los españoles en estas islas. Y así, si todos veníamos en su mismo parecer, Dyck daría orden en irnos, primero de todo, a cazar cerdos y vacas en La Española, por aparejar salazones, cargar mucho cuero, y luego vender el patache con su carga, a ingleses o franceses. Así podríamos granjear una embarcación más grande, en quien pudiésemos izar pabellón de piratas. Y sobre hacer este concierto conmigo, mandó Dyck congregarse a los doce de la partida, a quienes declaró muy por menudo su designio; pero cinco de ellos se manifestaron contrarios, y uno osó decir con mucho ahínco, que moriría antes

de verse desertor; y no había terminado de declararlo, cuando uno de nuestra parcialidad le envainó un cuchillo en la espalda, y de esta guisa lo sacó verdadero y puntual cumplidor de su palabra. Los otros cuatro que se habían significado en contra, aviniéronse mal de su grado a tomar rápidamente nuestro parecer; y así, alargándonos por la corriente adelante, lejos de la costa, fuímonos proa al Poniente; y a cabo de seis días, junto de las costas de la Jamaica, nos cañoneó un galeón español; y con ser que granjeamos escaparle, nos hizo un hueco en la popa, de suerte que por repararlo, determinamos de dar fondo en la isla de San Cristóbal, poblada como Vuestra Merced sabe, por algunos miles de ingleses que mucho comercian con piratas, contrabandistas y negreros: y en llegando a la sobredicha isla topamos, allí dado fondo, al pirata flamenco Jan Goes, que tenía una urca muy bien artillada pero lenta y poco marinera; y siendo que nuestro patache veníale de perlas como nave de aviso, predicónos que lo reparásemos por junto y nos fuésemos con él y los suyos.

Dyck me tenía por hombre discreto y quiso que, primero de tomar ninguna determinación, pasáramos juntos algunas razones. Para mí, prófugo por igual de holandeses y españoles, y sabedor de que ya no podría tomar estado lícito por medios industriosos y honestos, no había más sino hacer profesión de pirata y renunciar todo pabellón de nación civilizada; y desde el punto en que me concertara con Dyck, determiné de granjear cuantiosa hacienda o de morir luego, pues estaba de parecer que solas las riquezas, serían poderosas de soldar mis quiebras, y a ellas tenía de confiar la enmienda de mi vida. Y así, persuadí que de los once que seguían a Dyck, sólo tres éramos leales a todo ruego; otros tres sólo a medias; y los cinco restantes, a lo que a mí se me alcanzaba, en nada; y por lo tal, estuve de parecer que vendiésemos el patache a Goes, partiéramos hidalgamente los dineros que hubiéremos por él, tras lo cual, cada uno podría hacer lo que más se le acomodase; y así se hizo, luego que todos aceptaran conformes.

Los siete meses que yo pasara con Baodayno, sirvieron para hacerme algo conocedor de estas aguas; pero a la fe que en achaques de verdadera piratería, quedé muy poco cursado, siendo que aquella flota que navegaba con el pabellón a rayas roja, verde y blanca de las Provincias Unidas, y por cuenta de la Compañía de las Indias Occidentales, por su disciplina y usos navales, semejava mucho más a una escuadra de guerra, que a una empresa piratesca; pero después acá, sí conocí, para mi grandísimo mal, la flor y la nata de los piratas por cuenta propia que navegan en esta parte del mundo, y cuyos usos no son de todo en todo como creen los españoles, siendo que tienen algunos que mucho suspenden, en viniendo a conocimiento dellos. Con ser que no tienen más ley que su capricho, estos maleadores son muy respetuosos de los estatutos que ellos mismos se dan para la cuadrilla, como asimismo de la autoridad del jefe, a la cual se sujetan por el término de la expedición. En sus bajeles, jamás admiten mujeres ni niños, y al desertor o culpante de robo entre

la congregación, le castigan con terrible riguridad; y lo mismo hacen con todo el que no guarde los juramentos de la cuadrilla; mas una vez terminada la partición del botín, se da finiquito al concierto y cada cual puede dirigirse a donde quiera, hacer la vida que más le plegue y gastar el botín granjeado a sus anchuras, aun bien que la mayoría dellos gusta de gastarlo en todo género de excesos, en mujeres, juegos y bebidas; y tal vez se suspenda Vuestra Merced, de saber que estos bellacos capaces de crímenes y demasías espantables, son por la mayor parte, devotísimos de la religión, y al comenzar un crucero, un abordaje o el sitio de una ciudad, con la mayor fe piden a Dios que les conceda buen suceso. Y así, cuando un desalmado más industrial que sus compañeros, y conocido de todos por valiente y osado, granjea un pequeño buque, tremola su bandera de enganche cabe la negra, y comienza a inscribir a los que todo lo han perdido a los naipes o se han entrado de rondón por las islas, gastando a trochemoche y haciendo boato de convites, de suerte que para ellos no hay más sino volver a los peligros y trabajos del mar.

Uno de estos hombres temerarios era el tal Jan Goes, que nos comprara el patache; y bajo su bandera negra me inscribí, y lo tal hicieron Dyck y dos de los holandeses de su parcialidad.

Fueron de la partida treinta y siete hombres, de los que montábamos veintiuno entre flamencos y holandeses; más doce ingleses, tres franceses y un negro fugitivo de la isla Margarita.

Lo primero fue jurar de palabra y por escrito, la sólita obediencia al pirata Goes. Con este seguro, y partidas que las plazas principales del maestre, cirujano y cocinero, todas tres para flamencos de la parcialidad de Jan Goes, se nos señaló el día y la hora de zarpar el ferro, y la obligación en que estábamos de acomodarnos, cada uno para sí, de suficientes armas, municiones y pólvora.

De esta guisa, llegado el día del embarque, que fue el quince de agosto de mil y seiscientos y veintiséis, se discutió la derrota que habíamos de tomar primeramente, para hacer acopio de matalotaje, siendo así que los piratas nunca compran sus bastimentos, sino que los toman por fuerza de los corrales españoles, en cualquiera de sus costas.

Tras hacer en La Española abundante salazón de cerdo y res, arrebatamos a una pequeña embarcación dedicada a la pesca de tortugas, que venía de la isla de la Santísima Trinidad, más de cincuenta dellas, grandísimas si las hay, las cuales dejamos vivas, patas arriba, siendo que este era el uso más manual de comer carne fresca, asada, guisada o en sopas muy confortativas que aparejaba el cocinero.

Proveídos así de carne, nos reunimos vez segunda en consejo, como es el uso ordinario, para hacer concierto de la ruta que habíamos de seguir; y allí, todos declaramos nuestro parecer libremente, como si fuésemos ministros de una república bien gobernada. Unos se pronunciaron por la Boca de las Carabelas y otros por el

Cabo de las Corrientes, que resultó elegido como el punto más acomodado para aguardar el paso de bajeles cargados de ricas mercaderías. Yo mismo, siendo que en la Compañía de las Indias Orientales, mucho había aprendido de cuentas y notarías, redacté la capitulación donde nos convinimos el tiempo que duraría nuestra hermandad y empresa, que fue de sólo cuatro meses, y la parte que había de quedarse el jefe, por sí y como dueño del buque; la del maestre; la del cirujano; la del cocinero; y asimismo, rata por cantidad, la parte de los treinta y tres otros. Allí aprendí, como es el uso de los piratas, a computar las recompensas por mutilaciones, donde la del brazo derecho monta la cantidad de seiscientos escudos de oro, o en su lugar seis esclavos, que lo son por la mayor parte cautivos de los navíos españoles; por la pierna derecha, quinientos escudos o cinco esclavos; y lo mismo por el brazo izquierdo; la pierna izquierda vale cuatrocientos escudos o cuatro esclavos; un ojo cien o un esclavo y el mismo precio por un dedo de la mano; por do puede colegir Vuestra Merced la barbarie de estas gentes, que tienen en igual estima un dedo que un ojo.

Sacábanse estas recompensas del botín, ya fuese en dinero, barras de oro y plata, como también del montante de la mercadería hurtada: cueros, sacos de azúcar, palo de tinte, cochinilla o tabaco, y mucho se miraría Vuestra Merced de ver a esos delincuentes vivir bajo el más perfecto orden y respeto mutuo, como si fueran, cuando parten el botín, los ciudadanos más bien criados deste mundo. Nada se ocultan entre sí, nada distraen del fondo común, y siempre hacen solemne juramento de no extraviar nada, de suerte que como sorprendan a algún compañero en delito, lo someten a un consejo rápido y lo castigan al momento, aplicando de todo en todo y sin apartarse un punto de lo legislado, los estatutos de los Hermanos de la Costa, que son la ley suprema de todos los piratas destas aguas; y con ser que amenudo granjean pingües botines, es la dellos una vida llena de amarguras y ocasiones forzosas, que sustentan sin queja alguna, pues eso del no quejarse mucho se entiende con los piratas.

No haré ahora la relación de todos los crímenes que cometí con Jan Goes. En cuatro meses asaltamos tres pequeñas embarcaciones españolas y varios corrales en la costa de la Jamaica y el Puerto Rico; y en esa sazón, cobré la herida que llevo por cima del ojo. Vendido y partido que fuera el botín, que por la mayor parte lo era de azúcar y cueros, tocáronme cerca a tres mil florines los cuales, como sabe Vuestra Merced, montan unos mil y doscientos ducados; y a cabo de dos meses pasados en San Cristóbal, que los franceses e ingleses llaman San Kitts, fuese mi hacienda por cima de los cinco mil. Con quince mil ducados podía comprar embarcación, y yo me daba a entender que en menos de un año los allegaría fácilmente en el juego; y sin tener ojo a la ganancia y granjería que me ofrecía el quedarme en tierra, mucho habíame gustado el achaque de andarme vagabundo por esos mares adelante, y diputábame en potencia propincua de izar mi propio pabellón, pues con ser que

mucho me había maltratado la vida, no por ello apocaba mi ánimo tanto, que me viniese a contentar con me nos de ser jefe de piratas y famoso por añadidura, mas si quería granjear tripulación diestra y aguerrida, había menester que todos me notasen de autoritario y audaz, sin lo cual no se engancharían conmigo los mejores hombres, y tales quería yo. Determiné, una por una, de adquirir fama junto de algún pirata temerario, poniéndome para ello en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase nombre famoso y de estruendo, y diera lugar a que se me elogiase a todo ruedo; y pluguiera a los Altos Cielos nunca me hubiese venido en voluntad el fabricar aquella quimera, pues hube de ponerme en trances tales, que todas mis antecedentes cuitas tengo hoy por tortas y pan pintado.

Y así, tal corrió el dado de mi desventura, que en el mes de enero de mil y seiscientos y veintisiete, fui de la cuadrilla del inglés Ben Turner, que con ser que hubiese navegado sólo un año por aquellas aguas, ya se pregonaba dél ser uno de los piratas más osados de todas las Indias. Era fama que, comandando una fragata con solos treinta hombres, se había allegado secretamente en la noche, en medio de una escuadra española en cuya nave almirante, según habíase enterado acaso, iba pasajero un oidor de la Audiencia de Santo Domingo, camino de La Española; de suerte que con veinte de sus piratas y sin que lo viesen, habíase pasado Turner a la almirante, que era un galeón artillado con setenta y cuatro piezas de bronce y llevaba un marinaje de veinte hombres y doscientos setenta soldados; y tras coger de sobresalto y apresar al oidor, se hizo entregar un riquísimo botín y tres rehenes, de suerte que pudo escapar muy a su salvo, sin que nadie se lo estorbara, lo cual avino en mucho provecho de su nombre.

En la Tortuga habíame enterado que Turner, amén de su valentía, era cruel por todo extremo, lo cual me pareció ser cosa ordinaria, cual lo es a todos los que se han ejercitado en cualquier ministerio de la piratería; y Vuestra Merced no ignora que los que tal profesión hemos hecho, fuimos desalmados, pues lo uno no puede ser sin lo otro. Pero entretanto que me anduve con Baodayno Enrico y con Jan Goes, aun bien que no queriendo hacer yo mundo nuevo ni sacar la piratería de sus quicios, de aquella crueldad prefería quedar falto que demasiado, y nunca pasé más allá de los delitos ordinarios de hurtar, matar, incendiar, hundir barcos, forzar mujeres, quienes resultaban de poquísimo momento en confrontación con la sevicia de Turner que, amén de ir fuera de toda razón y discurso, repugna y espanta al género humano.

A una sazón, asaltado que hubimos una villa del Puerto Rico, cúpome apresar a un español, y le encontré en sus ropas un pasador de oro. Como Turner presumiese que ocultaba otras riquezas, lo cual el hombre negó puesto de hinojos, ordenó que le descompusieran un brazo, lo cual hicieron volviéndole el codo hacia atrás, de suerte que ni el mejor algebrista del mundo lo volviera a su sitio; y como el desventurado no confesase, segundaron al punto con el otro brazo; y como tampoco hablase, le

pasaron una cuerda de cáñamo por la frente, a la altura de los párpados, y dos bellacos ingleses, que eran el maestro de Turner y el cirujano, le apretaron con tal fuerza el nudo corredizo, que los ojos del desdichado saltaron de sus órbitas al suelo, como si fueran huevos de gallina; y aún malcontento con eso, Turner ordenó que lo colgaran por sus partes de un horcón; y en esa estrechez, cuando aún todavía no entregaba el alma, le cortaron la nariz y las orejas, entre tanto que otro le quemaba la cara con un hierro ardiente. Perdida la esperanza de que aquel guiñapo confesara lo que desconocía, un negro pirata, no más que porque le daba contento, asió de su lanza y lo atravesó varias veces. Aquel infeliz, según supe después acá, era el sirviente de un hombre rico quien se había partido al monte de carrera, temeroso de nuestro ataque; y en atravesando un patio, el sirviente halló el pasador, que había perdido su amo fugitivo, con tan mala suerte que este consiguió huir y el sirviente cayó en mis manos.

No quiero acuitar a Vuestra Merced con la crónica por menudo de las demasías de aquella bestia, pero asaz frecuentemente, cuando algún propietario rehusaba declarar dónde guardaba sus reses, su oro o lo que fuese, el mismo Turner por sus manos, solía atravesarlo vivo de parte a parte y luego lo asaba a la parrilla; y podría referir otras bellaquerías de más tono, que por buenos respetos abrevio.

A cabo de dos meses de curso con Turner, fatigábame ya esa vida y dime a entender que a sus ojos, no granjearía yo ningún predicamento, pues no eran valentía ni determinación lo que miraba aquella caterva pérfida y mal acostumbrada, sino bellaquería y pedernalinas entrañas; pero temeroso no creyesen ser yo hombre de corazón afeminado, propuse de enfrenar la lengua, fingir regocijo ante cualquier demasía y guardar otros artificios por contentarle, pues donde no, Turner me tomaría ojeriza, lo cual a buen seguro, habría de ser mal para el cántaro.

A poco de aquel riguroso trance, cual fuera el tormento al español del pasador, y que yo no había podido partar de las mientes, apresamos cerca a La Española una fragatilla, tras un combate rudo en que murieron cinco de los nuestros; y Turner mandó pasar a cuchillo a los nueve españoles sobrevivientes. Como yo me alejase tantico del lugar del suplicio, el muy zorro de Turner dióse cata de mi repugnancia, o acaso tuvo algún barrunto della y quiso tomarle el pulso, de suerte que sobre mandar que los amarrasen a las bordas, hizo designio que yo fuese el verdugo y marcóme con el dedo; y haciendo lo tal, miróme con una sonrisa de burla, a la cual repliqué con otra más desenfadada, por mostrarle que no tenía reparos en cumplir la orden. Hurtarme fuera un despropósito que me costara la vida, y nada podía hacer yo por aquellos infelices quienes, de todos modos, estaban condenados a perecer; de suerte que sin dar lugar a que me temblara el pulso y mirando que no asomara ninguna vacilación en mis ojos, mostréme en guisa de disfrutar de aquel mandato, y por quedar con más veras, diputado por tan cruel como el más pintado dellos, en vez de

segarles la gola con una daga, como era el uso ordinario, o de cortarles la cabeza a cercén, cogí una espada grande y muy filosa, y púseme a descargar con todo mi poderío, furibundos hendientes sobre lo alto de sus molleras, que se acertaron en lleno sobre todos nueve, a quienes partí por medio hasta el cuello, lo cual fue materia de gran solaz para Turner y todos cuantos con él estaban, quienes con mucha grita y risotadas, me daban muestras de cuánto se holgaban dello.

A obra de un mes de aquel trance, cerca a la Florida, tuvimos un terrible combate, donde nos mataron diez hombres, pero nosotros matamos más de quince españoles y apresamos ocho, que Turner determinó de coger cautivos porque afanasen como calafates, recorrieran los fondos y recompensaran con su trabajo la mengua de nuestros diez muertos. En atardeciendo, nos retiramos a una ínsula desierta do estuvimos varios días curándonos las heridas y reparando en la marina las averías que nos habían hecho. La primera noche retiréme un poco y lloré a solas, con harto dolor de mi alma, de pensar cuán amarga y dura era la vida mía, y cuánto me había abajado en ella; mas por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir a Vuestra Merced, que de allí a poco consoléme de todo en todo, persuadiéndome que yo estaba ajeno de muchas muertes; y así dóymelo a entender aún todavía, siendo que nos las hice de mi voluntad, y he de decirle por añadidura, que peores demasías que la de partir por medio a los nueve españoles cometí yo, sólo por granjería de soldadas y diz que exento de pecados, a causa que fueron en servicio de un soberano católico en Bohemia, aun bien que en mucho deservicio de la humanidad.

Y al amanecer del postrer día que habíamos de pasar en aquella ínsula de mis desdichas, y que fue el día de la Santa Cruz, avínome ser por junto víctima de mi imprudencia y de la crueldad de Turner. Uno de los ocho prisioneros que estaban terminando la reparación de una avería en la arboladura, no pudo levantarse a causa que padecía en esa sazón una suerte de fiebre de quartana; mas Turner achacólo a flojera y mandó que lo trajesen ante sí en la marina, declarando que un médico inglés le había enseñado un bálsamo muy bueno y él quería coger la ocasión por el copete, para hacer experiencia de su virtud. Y así, usando de la traza y modo que aprendiera entre forbantes, pidió un yelmo español del que él se servía como bacín, bajóse las calzas, se mudó con gran estrépito a la vista de todos, y ordenó que desleyeran sus excrementos con agua de mar; el cual bálsamo hubo de echarse a pechos el enfermo, entre tanto que la daga de Turner le punzaba la garganta. Al infeliz, que a tiro de ballesta mostraba ser un ético confirmado, le dieron tantas ansias, trasudores y bascas, y sucediéronle tales paroxismos y vómitos de asco, que la fiebre le desapareció al momento, y aun bien que esto no parezca cosa contingible, aquel remedio le volvió en sanidad y pudo ponerse al trabajo; pero tamaña barbarie llamó la cólera y contumacia mías y cobré tal aborrecimiento del inglés, que no estuve en nada de acometerlo, ¡y montas!, que mi deseo era el de hacerlo rajas, por luego quemarlo y

no dejar dél ni las cenizas. Y por mi corta suerte, y por aquello de que cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, no pude hurtarme de mascullar que era Turner un don hijo de la puta, lo cual declaré en holandés, que era lengua bien entendida dél; y menos tardó en oírlo que en mandar que me prendiesen y juzgasen, acusado de infidelidad al jefe y murmuración, lo cual hicieron de presto y me condenarn luego en continente.

Turner me llamaba, en inglés, el Muchaslenguas; pues a cabo de tres meses con él, ya hablaba yo algo despiertamente la suya, y sabía también mi poco de francés y de alemán, que aprendiera con la soldadesca de Fernando II en Praga, con la añadidura del romance español, al que volvía las órdenes a los presos, más el flamenco y el holandés; y Turner me dijo entonces, que tenía determinado de trocarme el apodo, y que al punto daría traza para que en cambio de el Muchaslenguas, pasase a llamarme el Sinlengua, si no era que yo prefiriese llamarme el Sinvida; de suerte que yo hube de escoger luego entre perder la lengua o la vida, lo cual para aquel mi delito de murmuración, no otra cosa era, sino ceñirse punto por punto a los estatutos de la congregación. En preguntándome con cuál me quedaba, díjele que con la vida; y esas tres palabras, que en inglés se declaran *uiz mai laif*, fueron las postreras que salieron de mis labios por siempre jamás, pues me obligó a sacar la lengua, que él mismo enganchó con un anzuelo por la punta, y estirándomela cuan larga era, me la cercenó de cuajo, como era el uso ordinario en los castigos.

Yo perdí el sentido, y cuando lo cobré, vime de cara al sol, fuertemente amarrado con nudos marineros, de suerte que cuanto más intentase menearme, más firmemente me sujetaban a las cuatro estacas que habían enterrado en la arena para trabarme manos y pies. Y allí me estuve cara al sol, bebiendo y vomitando mi propia sangre, perdiendo y cobrando el sentido, hasta que por fin, a obra del mediodía, Turner y los suyos hincáronse de rodillas en la marina y suplicaron al Cielo con tierna y devota oración, les diese prósperos vientos y los guiase en el camino que tomarían. Recibí luego dieciocho escupitajos sobre el rostro, en señal de que me habían despedido de la cofradía por violar el juramento de fidelidad al jefe; y se partieron cuando el sol estaba en lo más alto del cielo y una sed espantable me quemaba la garganta.

Tánger, noviembre de 1954

Mi querido padre:

Estoy en lo alto de la Alcazaba de Tánger, donde han montado un bar elegante. Es un lugar ideal para escribir cartas largas. El Pernod me tiene un poco prendido; sobre todo porque antes de llegar aquí fumé dos pipas de kiff. El aire diáfano del Mediterráneo me deja ver las costas de España. Relucen brillantes y blancos los muros de Tarifa, donde Guzmán el Bueno sacrificara a su hijo. Y pienso en los Abderramanes, en los Yusuf, en los califatos, y en las huestes islámicas que atronaron durante ocho siglos en este mismo fuerte que hoy me sirve de mirador.

[...]

Nunca me había imaginado ateo. Fue una convicción repentina. Me sobrevino un día de enero, junto a la pirámide de Keops. Me despedí de Él sin dolor ni alegría, como el Tuerto López de sus zapatos viejos.

[...]

Vivo en este puerto moruno, entre moros. Hablo árabe, soy amigo de militantes del Istiklal y con ellos he asaltado un banco en Marraqush. Le escribo esta carta a sabiendas de que puede caer en manos de la Sûreté, pero no me importa mucho.

Desde que no existe Dios, me amenaza un aburridísimo vacío. Sé que navego en aguas procelosas: entregarme a un hedonismo pasivo me destruiría. Para preservarme desarrollo mucha actividad. Sobre todo, me dedico a jugar con el peligro. Es mi más saludable disfrute. Por ahora, nada espero de la vida sino sentirme bien. Supongo que en éstas anda, en general, la especie humana; pero la mayoría cae en la trampa de proyectarse hacia el futuro. Yo me aferro al presente como un gitano.

Con mis amigos árabes me une una vaga solidaridad, de un origen mucho más estético que humano. A veces me parece quererlos. Sobre todo en tertulias o fiestas, cuando me divierten.

Yo trabajo en embarcaciones de contrabando que salen de aquí cargadas de cigarros, whisky, armas, rumbo a las Baleares, Córcega o Sicilia. Nos defendemos a tiros de las lanchas aduaneras. Nos respetan, pero a veces nos hacen bajas. Es quizá una vida insensata, superficial, pero ayuda a sentirse bien.

Ya lo ve, pues: he abandonado a Pio XII por Lucky Luciano que dirige, desde su exilio en Nápoles, el contrabando en estas aguas.

El viraje en mi vida empezó hace meses. Durante una de las escalas del *Northumberland* en Le Havre, embarqué una judía sefardita que regresaba a Alejandría. Nunca me había impresionado tanto, a primera vista, una figura de mujer: nariz corva, boca voraz, ojos zahoríes, cintura de odalisca y el andar incomparable de

las mujeres orientales. Y además, bohemia, loca, heredera de una firma de exportadores de algodón y abundantes propiedades en las márgenes del Nilo. Por Cima y Alejandría abandoné el *Northumberland*. Vivimos ocho meses tumultuosos: cábala, hachís, cosmopolitismo. De mi parte, una pasión desbocada. Pero un buen día Cima se aburrió de mí y me cambió por un arqueólogo alemán. Sin ella no quise ya vivir en Alejandría. Tras una gran borrachera, compré un burro para peregrinar a los Santos Lugares; pero tomé el camino equivocado y fui a dar al Alamein. Pasé días en una cábila. Los árabes me colmaron de la hospitalidad que saben brindar al extranjero capaz de hablarles en su idioma. Luego Libia, Túnez, Argel, donde tuve un romance con una francesa, dueña de un hotel, que me puso a trabajar en un show. Me dediqué a hacer un poco de histrionismo barato, mnemotecnia y cálculos mentales. Como la fulana me hizo un par de trastadas que ofendían mi inteligencia, tuve que saquearle sus joyas. Para escabullirme abandoné mis ropas europeas, me compré un fez, chilabas, babuchas, y otro burro para seguir hasta Marruecos.

Quizá otro día le cuente el resto de la historia.

Me estimularía mucho saber que aún merezco una respuesta suya.

Vivo en la calle Isaac Peral, número 67, Emsallah, Tánger, Marruecos.

Salam u aléikum,

Bernardo.

UNDÉCIMA JORNADA

Por aquel mi delito de murmuración, Turner no podía atormentarme hasta la muerte, de lo que mucho se habría holgado, siendo que los estatutos de la piratería, vigentes en aquellas aguas, mandaban que el sobredicho delito se pagase con corte de la lengua, estacada y pérdida de la parte del botín; o bien, como todo otro delito, con la muerte, si el reo así lo pedía; y como ya queda referido, tienen los piratas mucha cuenta con sus leyes, y no osan cometer cosa en contrario de lo que está escrito por palabras expresas.

Aún hoy, me doy a entender no haber sido cordura la de escoger la vida en aquel trance, siendo que la estacada en isla desierta, como no interviniese la mano de la Divina Providencia, no otra cosa era sino muerte segura; y mil veces tomara hoy el morir al momento, que verme estacado vez segunda en semejante riguridad y estrechez.

Mía había sido la imprudencia; mía la culpa de la mala guisa en que me hallaba; y no podía darla a la poca noticia de los usos y crueldades de Turner, sino al desenfreno de mi cólera, que tantas desventuras me ha traído en la vida.

En todos mis trances rigurosos, en mis prisiones y pesadumbres, todas veces acerté a pintar en mi imaginación a mi madre, a Eugenia, al Maestro, a todos mis seres queridos, de la misma traza y modo que en vida fueran; y en tan velocísimo curso de recordaciones, parecióronme también, con toda puntualidad en aquel tormento de la estacada, las odiosas imágenes de mi hermano Lope y de don Francisco de Peralta; y mucho es de mirar con cuánta nitidez veía yo el dulcísimo rostro de mi madre, acariciando mis cabellos infantiles, diciéndome ternezas, leyéndome a voz alta las Sagradas Escrituras. ¡Oh, y cuánto se acuitara la pobrecilla, como supiese que su hijo del alma, vendría a yacer un día en tierras tan lueñas y apartadas del trato humano, cruelmente mutilado y condenado a una muerte espantable! ¡Y cuáles no fueran sus tormentos, si desde su eterna morada, hubiese visto el término en que me tenían mis desventuras: con la lengua menos, la quijada torcida, sin dientes y el rostro cubierto de horribles heridas! ¡Y cuánto lamentara la vacuidad de sus desvelos por hacerme buen cristiano y hombre de pro! Y otro tanto avenía al parecerseme mi esposa Eugenia, el maestro Juan y mis chiquitines abandonados, cuya evocación me llenaban de tanta congoja, que no deseaba más sino morir luego al punto.

La sed, acrecentada del sabor acérrimo y pegajoso de mi propia sangre, privábame por momentos del sentido; y padecía los ardores de aquel sol asaz inclemente sobre mi rostro.

Cuando volvía en mi acuerdo, oía aquellas voces queridas, con todos los sonidos que había mucho traía olvidados, hablándome en flamenco, en portugués, en

castellano; mas en lugar de consolarme, mucho me acuitaban, siendo que daba por cosa cierta que como viviesen, mucho me aborrecerían por lo que yo había hecho de mi vida; y por extraño que parezca a Vuestra Merced, el recuerdo de mi hermano Lope y el de don Francisco de Peralta, y de las venganzas que yo tomara dellos, me consolaban tantico; y en recordándolos se me representaba que menguaban mis culpas, pues por las dellos, salí con ser aquel maleador, desviado de la única y verdadera religión y de toda otra, menospreciador de leyes, y de vida indigna, con ser que en mis mocedades tuviera puesta la mira en alcanzarla piadosa y honesta; y el recuerdo de tamaños canallas, como asimismo el de Turner, hacía pensar que no me tenía yo la culpa de todos mis crímenes. Con pesadumbre confieso hoy, que en aquel durísimo paso en que me hallaba, perdí los últimos restos de mi temor de Dios, y díjeme que no lo había ni lo había habido nunca; pues a existir, y en conociendo que yo de mío era pacífico y que tenía hecho prosupuesto de alcanzar vida de todo punto aprovechada, no habríame lanzado al despeñadero de mi cólera ni al varadero del pecado de desesperación, que es pecado de demonios; de suerte que si existiese Dios, y tal me había parado de industria, mil veces prefería maldecirlo que venerarlo; y entre mí sabía que todavía me era el mismo que otrora fuera, en punto a honradez y buenos sentimientos.

Mucho recordé también, en aquel trance, mis años de matrimonio con Eugenia, la paz de mi ánimo, el regocijo de vivir y el deseo de hacer bien a todos cuantos se me allegasen; y maguer que persuadido de que de allí a poco entregaría la vida, porfiaba entre mí que el punible delito de haber librado a Antonio y a toda aquella caterva de galeotes, como asimismo el de empalar al alguacil, el de partir por medio a nueve españoles indefensos, eran todos por junto menores que los crímenes cometidos contra los bohemios, de los que fui absuelto por la Santa Iglesia; aún todavía hoy, estoyme de parecer que en ningunas cosas puede haber más injusticia y sinrazón que en las cosas de la guerra.

Y allí estábame, aparejado a entrarme presto en el eterno olvido, con los ojos cerrados, pues el sol en lo alto no me dejaba abrirlos, cuando sentí por cima de los párpados, a mi diestra mano, un como velo de sombra; y entreabriéndolos, divisé al contraluz una figura humana, pero sin más catar que su enorme tamaño, siendo que su rostro me lo ofuscaba el resplandor del cielo, que lo envolvía por detrás en guisa de un halo santo.

En viendo que yo abría los ojos, sentóse a mi lado; y allí distinguí la figura de un negro grandísimo que me preguntó si yo entendía lengua castellana, y como yo asintiese con la cabeza, díjome que mucho se compadecía de mi desdicha, siendo que yo penaba ahora por mis buenos sentimientos, sublevados ante el tuerto que le hicieran al español, de todo lo cual habíase dado cata con manifiesta experiencia, emboscado entre unos jarales. Y él mismo había vomitado de asco, en viendo al

prisionero beberse los excrementos de Turner; y luego, mucho se lamentó de la bellaquería que aquella gente mal nacida había usado conmigo, como viese que me cercenaban la lengua y estacaban, por dejarme morir; pero que se había tardado en acudir a valerme, por dar lugar a que la nave de los piratas se alargase fuera de la vista; y luego al punto, con un cuchillo bien afilado, cortóme las ligaduras. En dejándome horro dellas, ayudóme a levantarme en pie, a causa que se me doblaban las rodillas y temblaba como un azogado. Mas el negro, mucho más alto que yo, parecía tener gran vigor y me cargó entre sus brazos, de suerte que al quedar nuevamente de espaldas, perdí el sentido.

En despertando, noté estar en un lugar muy oscuro y fresco, y al tiento dime cata luego, que yacía sobre una estera como de enea. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi ser aquella una caverna pequeña, que tenía un hueco en el suelo por do me llegaba un golpeteo de mar encajonado y un viento refrescante, y otro hueco en el techo que servía de entrada; pues de allí a poco pareció el negro con un jicarón de agua, que lo era de coco y de la que bebí con avidéz; y con ser que cada sorbo me producía un gran ardor, según tenía la herida en carne viva, tanto me hacía al caso de la sed, que sentí que me volvían los pulsos y la vida.

Obra de sesenta días estúveme yaciendo en aquel mismo lugar, que era un modo de camaranchón, muy bien compuesto de hierbas sutilísimas, que el negro había tundido y carmenado como si fueran vedijas de lana, por así fabricar un lecho muelle y sin bodoques, a quien había cubierto de la sobredicha estera, que lo era de hojas trenzadas de palmera.

De allí me alongaba cada día unos pocos pasos a gatas, por no topar la cabeza con el techo, y tanto cuanto para hacer en el hueco mis aguas menores, que de las otras no me hizo menester por entonces, a causa que los quince días estúveme a diente, sin probar más que agua de coco; pero enjutado que hubo mi herida, de suerte que ya no tenía sangraza en la saliva, comencé a ingerir sopas muy confortativas de pescado, tortugas y mariscos, que aparejaba Pambelé.

Así se llamaba mi salvador, y aun bien que tenía puesto nombre cristiano de Pablo, gustaba él que lo llamaran Pambelé, siendo que así era el nombre de su padre y abuelo, que fuera príncipe de una tribu africana, lo cual tenía él en más honor que en ser esclavo de cristianos. Y así, en llegándose el día de San Pedro y San Pablo, ya pude comer a mis anchuras manjares sólidos: pescados de variados sabores y tamaños, tortugas, sus huevas, cangrejos y mariscos asados, uvas de caleta, cocos y papayas, siendo que de estas últimas, Pambelé había recogido las semillas que dejaran unos piratas, entre los relieves de una fiesta en la playa, y luego habíalas sembrado en una islita que quedaba frontera de la nuestra por el Mediodía, y a la que él llamaba del nombre de Papayal, donde la tierra era menos arenosa. Y con ser que crecían tamañas como un limón, fructificaron cientos de árboles; y de cuando en

cuando, como no hubiese piratas por los contornos, Pabelé llegábase en su esquife y volvía cargado dellas, y también de unas bayas blancas con un sabor como a cabrahigos, que ni él ni yo viéramos antes en parte alguna. A los principios, todos aquellos frutos parecíanme harto insulsos, mas luego, a falta de miel y azúcar, comíalos muy a mi sabor, lo mismo que la uva de playa, que aún todavía mucho precio.

Entre tanto que no salí de nuestra manida, Pabelé se partía por la mañana temprano, volvía al mediodía a traerme alimento, y lo mismo tornaba a hacer antes del atardecer, cuando aún quedaba alguna luz en el interior de la gruta, do se acostaba a dormir casi sin hablarme. Amén de su talla descomunal, veíase más salvaje aún por no raparse las barbas, que tenía muy aborascadas y mal puestas, con la añadidura de mirar metiendo el un ojo en el otro un poco, pero no bien principiaba a hablar, representaba la más pacífica criatura del mundo.

En ese primer tiempo, sólo supe dél que se llamaba Pabelé, y que vivía en tamaña soledad había ya cinco años. A poco a poco, fui dándome cata de su natural discreción y bonísimo entendimiento; y él, viéndome tan maltrecho y débil, por no fatigarme además, había contenido sus muchísimas ganas de hablar, pero todas veces me daba algún aliento y me decía que presto me pondría bueno y podríamos comunicar de lo que quisiésemos.

Una entera semana de buen gobierno de las tripas, fue bastante a consentirme caminar. De allí a poco, convidóme Pabelé a irnos tierra a tierra en el esquife; y en desembarcando en la playa do me habían estacado, estuve a pique de perder otra vez el sentido, de ver un esqueleto amarrado a las cuatro estacas. Tales fueron la sorpresa y el susto, que se me asentó en la imaginación ser yo mi propio espíritu, contemplando ahora lo que había quedado de mi cuerpo sobre la tierra. Y en Dios y en mi ánima que se me erizaron los pelos y miré a Pabelé tan atónito y colgado, que él se echó a reír muy a su sabor, y yo di luego en pensar, si iba no era que aquel negro tenía huero el juicio, y a buen seguro fue parándoseme tan mortal el rostro, que él díjome luego que no hubiera miedo, que él mismo había puesto allí ese esqueleto, temeroso de que regresasen mis victimarios. En advirtiéndome mi suspensión, declaróme que ya tenía probado que muchos piratas se aficionaban de aquella playa, y había dado en conjeturar que como vieses aquel esqueleto estacado, por excusar el enfado de semejante visión, se partirían luego; amén de que con ello divertiríamos y engañaríamos a Turner y los suyos, si acertaban a regresar, pues para entrambos era mejor que me tuviesen por bien muerto, y no estarnos al riesgo de que se pusieran a buscarme en toda la isla, sin dejar rincón ni cueva que no mirasen, por temor de que no estuviese yo vivo, y al cabo salieran con descubrir nuestra manida. Después acá, refirióme que el esqueleto era de un pirata holandés, el que habían desembarcado herido de muerte y luego sepultado por allí cerca.

Hasta ese punto, yo no me daba a entender que un negro esclavo fuese autor de aquel artificio, lo cual argüía claramente dos cosas: ser Pambelé hombre de osadísimo ingenio y no nada temeroso de ánimas en pena ni de supersticiones propias de su condición. Más tarde hube de saber que en la villa do naciera y se criara, él y su padre hacían, entre otros menesteres, profesión de sepultureros, a los cuales es anejo el andarse con cadáveres y osamentas; pero sobre alabarle por señas su prudencia y discretísima industria, hícele entender que por excusar el enfado de aquella vista tan espantable, y por estorbar que el sol no arruinase el esqueleto, era mejor tenerle encubierto de arena; y cuando viésemos piratas allegarse a nuestra playa, lo descubriríamos luego, quitándole la arena, lo cual podía hacerse en un daga las pajas; y como él viese ir aquello muy puesto en razón, lo encubrimos luego.

Pasado aquel susto, nos alongamos hacia una punta que hacía la isla, y allí me preguntó si mi patria era España. Como yo meneara la cabeza en señal de que no era así, preguntóme luego si era Inglaterra, y yo le reiteré la negativa; y en preguntándome si era Holanda, asentí luego, lo cual pareció alegrarle. Por lo bien que hablaba español, habíame dado cata luego, de que era un fugitivo de por allí cerca, y se me representó que le daría más sosiego el saberme ajeno a los intereses de España; y entre tanto que echaba sus anzuelos y reparaba un escálamo de su esquife, contóme en brevísimas razones, que era nacido en Cuba, en la villa de la Santísima Trinidad, y que había sido esclavo de un rico español llamado José González Alcántara, quien tras numerosos asaltos piratas en sus propiedades de la costa, había determinado de vender su hacienda, de dónde se llevara a Pambelé, para venderlo con mejor precio en los mercados de Tenerife o Sevilla.

En el mes de septiembre del año de veintidós, habían embarcado en La Habana, en la flota que a buen seguro recordará Vuestra Merced, comandada a esa sazón por el General de Armada don Juan de Lara, y que naufragara junto de la Florida, en los arrecifes que llaman de los Bajos Mártires, en recuerdo de los muchos que el mar ha hecho en esas aguas. El galeón en que viajaban Pambelé y su amo, que era el *Santa Margarita*, se había hecho pedazos contra un enorme espigón rocoso; y entre los ciento y cuarenta muertos, cúpole también hacer número a González Alcántara. En esa sazón, encontrábame yo en La Habana y conocí muy al menudo las circunstancias de aquel naufragio, en el que se perdieron la nave almirante, dos galeones y seis naos, y del que sólo sobrevivieron el Capitán de Guerra don Bernardino Lugo, que fuera mi camarada en La Habana, y otras sesenta personas que, a poco a poco, fueron rescatadas de las distintas islas y llevadas de retorno a La Habana. Pero Pambelé, según me declarase en aquellas primeras razones que pasara conmigo, habíase escondido en el interior de la isla porque no le cogiesen vez segunda como esclavo, y no salió de su escondrijo hasta ver partirse de la zona a todos los sobrevivientes del naufragio. Por fortuna, llovió mucho en aquellos días y Pambelé dio trazas de recoger

agua en unas calabazas, pero no comió nada hasta tanto no se partieran los náufragos; de suerte que hubo de pasarse varios días en flores, sin más alimento que agua y pulpa de coco, de los que era la isla harto abundosa. Y ya iba arrepintiéndose de haberse quedado en aquellas soledades, siendo que por mucho amor que hubiese de ser libre, el sólo comer cocos le traía muy enfadado y maltrecho; más de allí a poca pieza, en corriendo la costa, halló una tortuga desovando y fuera de tragar huevas como el puño, habíala rompido golpeándola contra unas peñas, por comer de su carne, la cual embauló cruda y en cantidad bastantísima a dejar bien ahitos tres hombres como yo. Otro día, cabe la marina, pareció un cadáver flotando y salió con ser el de un soldado español que aún traía ceñida su espada, de la que lo despojó Pambelé, y de ahí en adelante sirvióle para partir cocos y abrir tortugas. Por esos días de naufragio, muchos piratas que habían tomado conocimiento dél, acudieron en busca de los restos hundidos, y un galeón de bandera negra soltó áncoras en el Papayal. De allí a obra de tres días, dos piratas ingleses atravesaron la canal en un esquife y abordaron con los arrecifes, do aún todavía estabase encajado el mástil; y durante una buena pieza anduviéronse escudriñando los fondos en busca de restos, mas luego pusiéronse a pescar y como cogieran un pargo grandísimo, lo asaron luego cerca a la marina; y entre tanto que bebían de un odre, pusiéronse a cantar y a jugar de manos, y a poco se desviaron al interior de la isla, do dieron en solazarse en lo que por buenos respetos aquí no se declara. Como viese Pambelé ser aquella la más única y favorable coyuntura, llegóse a gatas cabe la hoguera, cobró la yesca y el pedernal con que los piratas encendieran la lumbre, y soltó luego el esquife, a quien la corriente comenzó a alongar por parte contraria a do estaba el papayal; de suerte que los del galeón pirata no podían verlo, y los dos que quedaron en la isla, holgándose como estaban en sus malos siniestros, no advirtieron el hurto sino cuando Pambelé se estaba ya a dos tiros de escopeta. Y así, tendido en el piso del esquife, dejóse llevar de la corriente adelante hasta una isla puesta a dos millas de la primera, y que no era otra sino la misma do entrambos morábamos en esa sazón. Allí desembarcó, encubrió el esquife, borró todas sus huellas y se emboscó por estarse a la mira de que los piratas se alongasen de aquellas aguas, lo cual hicieron de allí a tres días.

Con los aparejos de pesca y anzuelos que halló en el esquife, más la lumbre que ahora podía hacer a su antojo, merced a la yesca y el pedernal, púsose a asar pescados y mariscos, los cuales salaba con ceniza, y así, a poco a poco, fue cobrando sus fuerzas de primero.

A los principios holgóse mucho en aquella libertad sin tropiezos ni ocasiones forzosas; mas pasado que hubo un entero año, enfadábalo ya la soledad y fatigábalo el deseo de una mujer, de suerte que un día determinó de hacer señas a un patache de bandera holandesa, que salió con ser explorador de la escuadra comandada a esa sazón por el corsario Willekens; y como dos dellos abordasen con la isla en un

esquife, se lo llevaron a bordo, donde le pidieron que les enseñase punto por punto los lugares más convenientes de la zona para estarse a la mira de los bajeles españoles. Al cabo, en llegando el grueso de la escuadra, los ministros del corso salieron con pedirle que oteara desde el promontorio de su isla, do la vista alcanzaba por el Poniente mucho más lueños horizontes que desde lo raso del mar, de suerte que así como pareciesen naves españolas, él diese aviso a los corsarios, con señales de humo. En esta guisa, habíase estado dos años sirviendo de espía en las escuadras holandesas de Willekens, L'Hermitte y Baodayno Enrico quienes, merced a su atalaya y medianería, granjearon no pocas presas españolas; y todos tres le mandaron que nunca acogiera a quienes no tremolasen bandera de Holanda, pues los piratas por cuenta propia, maguer que fuesen holandeses, por cualquier nonada que no les pluguiera, saldrían con desollarlo como a un San Bartolomé o con venderlo en mercado de esclavos, y por estos servicios lo proveyeron con hacha, martillo, clavos, serrucho, sogas, tinajas e hiciéronle bastimento de sal, azúcar, especias, ajos, cebollas, limones, bacalao, tasajos, bizcocho, vino y algunas otras menudencias que le valieron de incentivos y despertaron su voluntad de mejor servirles. Y desde el año de veinticuatro hasta el de veintiséis, cuando se retiró la escuadra de Baodayno, Pambelé diose una vida de regalo, y amén de comer y beber muy de su espacio, aun le habían prometido traerle una negra, porque fundase familia en aquella isla y se estuviese al servicio de la Compañía de Indias Occidentales, lo cual no tenía él por ningún trabajo sino por buen poso y mucho entretenimiento, y por lo que se sigue, echará de verse que también atendía el punto y sazón de sacar dellos otro grandísimo provecho.

Díjome que los holandeses le llamaban con nombre de Paulus, siendo que él había declarado llamarse Pablo, y luego al punto se me acordó que algo había oído de su persona a la marinería de Baodayno, mas cuando yo serví bajo su bandera, el grueso de la flota habíase partido de esas aguas por sitiar el Puerto Rico y después acá La Habana; y según me contara Pambelé, allí sólo habían dejado un patache y tres galeones que se alargaron en partiéndose el resto de la escuadra de retorno a Holanda. Y a causa que había ya un entero año que los corsarios holandeses no parecían por su isla, Pambelé se había quedado sin más alimento que el que liberalmente le ofrecía el mar; y por ahorrar para sus sopas la poca sal que le restaba, había tornado a salar sus asados con ceniza, mas contino porfiaba y persuadía que de allí a poco, parecería un nuevo corso holandés.

Mucho mortificábame mi mudez y el no poder comunicar con él; y como no atinase a hablar por señas, era muy poco lo que él entendía de mis preguntas. Una semana arrea estúveme porfiando me respondiese qué lo había movido a salvarme; y como no pudiese averiguarme con él, ya por combatir mi desasosiego, ya por matar el tiempo y porque mi ingenio no se tomase de moho con el silencio, propuse de

enseñarle a leer. Hícele de señas que me siguiese y lo llevé a una parte de la marina donde estaba firme y húmeda la arena; pedíle que me estuviera atento, y asiendo de un guijarro dibujé un ojo. Preguntéle por señas qué era aquello y díjome que un ojo. Luego al punto dibujé un ala y también la conoció; y luego de seguido otros objetos, y él se reía sobremanera de aquello que parecíale juego. Y al cabo, por cima de cada dibujo, comencé a escribir las letras que los declaraban; mas hube de estarme obra de dos días, para que entrara en cuenta que no era aquel un juego, sino que yo había hecho prosupuesto de enseñarlo a leer por comunicarnos. Y en esta guisa, con las palabras «ojo», «ajo», «paja» y «cojo», que yo le significaba con dibujos, ademanes y otros artificios, comprendió al cabo que todo el toque de leer, paraba en la simpleza de enhilar unos sonidos con otros, de suerte que se declarasen en el mismo punto; y allí fue el aplicarse con grandísimo celo a la leyenda de mis escritos, y tan embebido estaba en ello, que a trueque de estarse deletreando en la marina, olvidó casi de todo punto el ejercicio de la pesca y los menesteres de cocina; mas con solos dos meses, leía de corrido todo lo que yo escribía en la marina, ¡y cómo se holgó de poder así comunicar conmigo!, que yo le respondiese todas sus preguntas, que eran muchísimas; y eso nos consumía los enteros días sin sentirlo, desde el alba hasta el crepúsculo. Mucho se holgó también de saber que yo había navegado con Baodayno Enrico, y un día preguntóme al cabo lo que yo aguardaba había mucho, y fue cómo había acertado a andarme con aquellos piratas ingleses.

Yo tenía determinado de hacer con él, lo mismo que había hecho con el maestro Alcocer; y ora por pasatiempo, ora por ser verdadero con él, que me había salvado la vida, estúveme más de una semana escribiéndole con una vara en la arena, y dándole razón muy a la larga, de esta mi historia que ahora confieso a Vuestra Merced.

Díjome al terminar, que muchos eran mis crímenes, mas lo que yo había hecho en favor del Maestro y del gaditano, salían fiadores de mis buenos sentimientos, y Pambelé lo era de tan nobles, que la relación de mis penurias y cuitas, arrancábale lágrimas a cada paso.

A cabo de algún tiempo, enfadábanos ya el escribir en la arena bajo el sol ardiente, y yo propuse de pergeñar otra suerte de comunicación; y tras pasar varias semanas industriándolo, granjeé que aprendiese un alfabeto de manos con el cual, de allí a poco espacio, nos entendíamos de perlas. Y fue aquél un cómodo grandísimo, pues podíamos comunicar en la gruta, en los arrecifes o bogando en el esquife; y bien apurada la cosa, solaz fue para mí y pasatiempo, pues sobre las letras, di en intentar más de cien ademanes y visajes que representaban las enteras palabras de las que más pedía nuestro uso cotidiano, y que declaraban nuestros utensilios, enseres, avíos, diferentes peces, animales, embarcaciones, nacionalidades, árboles y plantas, de suerte que a finales de agosto, pasábamos ya nuestros coloquios con grandísima presteza.

Mucho me sorprendió a los principios que Pambelé se encaminase a dormir por las noches en aquella gruta, puesta a obra de media milla cabe la contraria ribera.

Era aquél, lugar rocoso y no nada acomodado para abordar con la costa, entre tantos arrecifes; y la playa do nosotros estábamos lo más del tiempo, quedaba sobre el Mediodía; de suerte que un punto antes del crepúsculo, teníamos de partirnos de regreso en el esquife; y allí era entonces el remar, afanando con gran denuedo, y cuando la mar estaba picada, nos poníamos al riesgo de naufragar entre los arrecifes; y a lo que yo me daba a entender, según se me alcanzaba, todo ello fuera bien excusado si Pambelé construyera una cabaña cerca a la playa, siendo que no le faltaban herramientas y maderas. Mas él, en dándose cata de mi suspensión, díjome que mucho se curaba de no dejar vestigios que declarasen la isla por habitada, medroso de los piratas. Y así, cuando estábamos en la playa, hacíamos lumbre siempre en el mismo lugar, y en acabando nuestras comidas, echábamos todos los relieves sobre el rescoldo que luego al punto encubríamos de arena, y cuando columbrábamos alguna vela en el horizonte, viniese del Oriente o del Poniente, dábamos orden en borrar toda huella de la arena con una estaca, y luego echábamos por cima agua con caparazos de tortuga, y salíamos nadando hasta unos arrecifes por donde no había arena, y desde allí en el esquife, nos alongábamos hasta el otro confín de la isla, donde luego al punto escalábamos el promontorio por distinguir los pabellones.

Maguer la mala visión del esqueleto, en tres ocasiones desembarcaron piratas, mas en reconociendo la isla y en diputando que la ensenada de la playa no ofrecía cala para naves grandes, ni el arco de la ribera abrigo por el Poniente, partíanse luego y solían fondear allende una ínsula puesta al Oriente, obra de quince millas, do se ponían a la mira, avizorando el arribo de sus presas. En ese mismo lugar, estacionábanse las naves de los corsarios holandeses, a los que Pambelé enviaba señales desde su promontorio; mas cuando nos dábamos cata de que merodeaban piratas por las islas convecinas, nos quedábamos en la ribera del norte donde sólo encendíamos, por cocinar y en los sitios más bajos, lumbres mínimas cuyos humos aventábamos por cima dellas, de suerte que nadie las advirtiera.

Y piratas había que fondeaban junto del Papayal, do había una rada sinuosa y bien abrigada, así del Bóreas como del Ábrego, y de allí, como no tuviesen playa, en días de buen tiempo pasábanse a la nuestra, por buscar huevas de tortuga, bañarse, pescar, y a tiempos, cuando los tomaba el deseo, se estaban hasta cinco días en nuestra isla; pero pocos dellos llegaron a la costa norte, que no les ofrecía interés, y nunca acertaron a descubrir el hueco que hacía la entrada de la gruta do morábamos, pues Pambelé dio orden en ocultarlo con una piedra lisa y muy pesada que él, merced a sus fuerzas e industria, había traído desde el fondo de los arrecifes.

En la buena paz y compañía de Pambelé, en medio de aquellas ínsulas que bien

merecen ser decantadas de los poetas, do carecíamos de peligros y ocasiones enfadosas, fueme grata la vida durante más de un año; pero llegado que fue el mes de mayo, un día que nos estábamos pescando, díjele que le estaba en muchísima gratitud por haberme salvado la vida, pero lo único que yo atendía della, era satisfacer mi afincamiento de topar al canalla de Turner a quien buscaría hasta tanto lo hallase, por vengar el tuerto que me había hecho; y tan puesto estaba yo en ello, que había propuesto en mí de partirme de allí; y como llegasen holandeses, me pondría a peligro de pedirles que me llevasen consigo, por así alcanzar la Isla de Pinos o de la Tortuga, donde a buen seguro parecería mi enemigo, siendo que eran aquellas, como queda dicho, islas muy pasajeras de piratas.

Mucho lo amohinó mi designio, mas no me preguntó otra cosa, sino fue proseguir en tener cuenta de sus anzuelos; y a obra de dos días, declaró que quería enseñarme algo, y sobre cargar un pico y una pala en el esquife, nos fuimos remando hasta la que llamábamos isla del Trinquete, por lo que luego se verá, do naufragara el *Santa Margarita*.

En llegando, entróse unos trescientos pasos con el pico y la pala al hombro y comenzó a cavar junto de una palma. A obra de dos varas de profundidad, resonó el pico contra un metal que lo era de un arca, dentro de la cual, destapada que fuera, vi por la vista destes ojos, que se podía meter las manos hasta los codos, en eso que llaman pedrerías y joyas finísimas. Sin parar mientes en mi suspensión, díjome que en un lugar vecino tenía encubierto un buen porqué de oro en barras, que luego al punto se me representó debía de hacer parte del famoso tesoro que se perdiera en el naufragio del *Santa Margarita*.

Volvimos a cubrir el foso de arena y nos partimos luego de la isla del Trinquete. De corrida y sin parar, Pambelé me declaró que sobre aquellos mismos arrecifes, que los había de gran altura, se había hecho pedazos el galeón, y como la borrasca boreal corriese con tanto desafuero, alongáronse los náufragos y restos del bajel hacia el Mediodía, mas uno de sus mástiles había quedado encajado en un hueco muy profundo y estrecho, hasta más de su tercia parte; y Pambelé, asido de aquel mástil, que lo era el trinquete, y de sus cabos de cáñamo, con rodillas y pies apoyados en una suerte de peldaño que le servía de contrafuerte, estúvose en esa guisa sus tentando la riguridad de las olas. Y tanto ofendía el viento, que había arramblado con todo el velamen, pero no así con los cabos ni con el gigante Pambelé.

A tiempo que amanecía menguó la borrasca, y de allí a poco sobrevino calma chicha y luego un Ábrego suave. En viendo do estaba, fuese Pambelé nadando hasta la marina de las isla, distante unos doscientos pasos, y allí dejóse caer extenuado. Durmió hasta la media mañana, y despierto comenzó a dar voces por encontrar con otros sobrevivientes, pero no oyó respuesta. Desde allí hacia el Mediodía, divisábase una isla a obra de diez millas; y hacia el Oriente, a unas dos millas, el grupo dentro

del cual hacía número la que nosotros habitábamos. Mas como no viese velas ni cascos de embarcaciones por parte alguna, ni nadie respondiese a sus gritos, llenóse Pambelé de congoja; y en llegando a este punto, confesóme haberme encubierto la verdad cuando refiriera su historia vez primera, siendo así que no se había quedado por ser libre como me dijera, sino por haber sido el único en arribar a aquella isla, merced al trinquete y a las cuerdas de que pudo asirse; y yo añadido que merced también al rejo colosal de sus músculos, pues eran sus brazos del tomo de un pie de mesana, y en su pecho podía caber un odre de catorce azumbres.

En despertando, abrasado de la sed, bebió agua dulce que la borrasca había empozado por doquier, mas de comer sólo halló cocos que el viento había derrotado entre los arrecifes. Cuando acordó de hacer cuenta de lo forzosa que habría de ser su vida en aquellas soledades, sin agua ni aparejos de pesca, ni con qué hacer lumbre, ni más alimento que los cocos, tornó a pedir socorro a voces, pero fue en vano. De allí a una buena pieza, propuso de tornar a nado a la punta de los arrecifes, por cobrar los cabos que aún se estaban amarrados al trinquete, pues había venido en la cuenta que podían servirle para fabricarse una balsa de troncos con quien salir a lo raso del mar e irse por las otras islas adelante, do quizá encontrara con otros náufragos. Y así, en sumergiéndose por zafar uno de los cabos, que se estaba enredado por bajo el agua a una punta rocosa, reparó a dicha en algo que relucía al fondo, a unas tres brazas. Tornó a subirse en el sobredicho peldaño, de do zambulló de cabeza por tocar fondo; y cuál no sería su suspensión, en certificándose de que aquel brillo procedía de unas barras de oro, de las de una libra, que se habían soltado de un cajón pleno dellas, y allí había otro cajón entero, y acullá un arca como la que acababa de enseñarme.

En saliendo a lo raso, vino en cuenta que tamaña fortuna podría comprar su libertad y hacer della lo que más fuera de su albedrío. Y como aquel negro tenía muy acomodada condición para todo, determinó, una por una, no dejar de la mano tan buen hallazgo, sacarlo a la luz, trasladarle a la playa y enterrarlo, por poner después acá orden en llevárselo, lo cual mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia sabía haberse en la vida.

Librado que hubo los cabos, zambulló vez segunda, a marró uno de los cajones, tornó a salir, y con aquel, que tenía, descomunal vigor, granjeó subir todos tres bultos sobre una roca plana, y así hizo también con las barras sueltas, y luego estúvose una buena pieza buscando, por asegurarse de que no hubiesen más tesoros por allí cerca. Oteó luego todos los horizontes y certificóse que no parecían velas por parte alguna, y con velocísimo ingenio, determinó de fabricar una balsa, cuyas maderas sujetaría con las cuerdas, por así llevarse los tres cofres hasta la marina. Antes de volverse a poner por obra su designio, vino en cuenta que como quitase el trinquete del hueco do estaba, éste le sería un modo de embarcación, pero aunque con más desnudo forcejeara, no pudo desencajarlo, de suerte que se volvió a nado a la ribera. En

haciéndolo, vio que a veinte pasos de do estaba el mástil, podía dar pie en la arena del fondo, y últimamente mudó parecer y púsose a buscar un tronco grueso que halló luego a cincuenta pasos de la marina y que, volteado de la borrasca, se había quebrado por todo el medio. Comenzó entonces a arrancarle con sus manos todo el ramaje que pudo, en lo cual estúvose una buena pieza; y luego, merced a su fuerza, sudó y afanó, valiéndose de los cabos, e hizo palanca con otros maderos, hasta echarlo al agua y conducirlo adónde había dejado los cofres. Allí lió uno dellos al tronco, y plantándose luego a obra de treinta pasos, donde el agua le daba por la cintura, tiró de los cabos, dando en encallar el tronco con el cofre a pocos pasos de la marina. Con esta discretísima industria, granjeó Pambelé posar, uno a uno, todos tres cofres en aquella ribera, de la que ya no quiso marcharse, por aguardar comodidad, como queda dicho, de llevarse el tesoro, o de ver con más acuerdo, lo que haría dél.

El arca venía amarrado con cadenas, y él no hubo de conocer su contenido sino después acá, cuando los corsarios holandeses lo proveyeron de herramientas con qué forzarlo. Los otros dos ya había visto ser cajones con barras de oro, y pudo abrirlos y trasladarlos por piezas, que ocultó isla adentro en la quiebra natural de una peña, que le vino muy de propósito y luego encubrió de arena y tierra; y por cima dellas puso piedras de regular tomo, que fue echando hasta sellarla de todo en todo.

El baúl hubo de trasladar con gran trabajo, haciéndole palanca por ambos flancos con un madero grueso y enterróle al pie de la misma palmera do aún se estaba, maguer que después acá, cuando granjeó herramientas, le enterró mucho más hondo.

De allí a poco espacio, vio pasar embarcaciones que se llevaban los náufragos sobrevivientes, hasta número de sesenta según supe yo después acá, que fueron todos cuanto, a poco a poco, parecieron en las islas convecinas, puestas por la banda del Oriente y Mediodía; y el día cuarto llegaron buzos, de los que enviara Francisco Núñez Melián, desde La Habana; y también parecieron muchos piratas ingleses y holandeses sabedores del naufragio, que venían por sus restos; mas ninguno acertó a encontrar nada por allí, pues mucho se había curado Pambelé de zambullirse varias veces, volviendo y revolviendo los ojos por todas partes, hasta certificarse de que en aquellos contornos, no quedara ni una sola barra de oro. Borró también todas las huellas de su estada en la isla, de suerte que como españoles y piratas viesan estar deshabitada, no porfiaron en sus búsquedas, maguer que aún todavía se estuviese encajado el trinquete entre los arrecifes.

A obra de un mes de aquello, avínole el proveerse de yesca, esquife y avíos de pesca, por do tornó a dar muestras de ser hombre industrioso y de osadísimo talante.

Sobre declararme ésta, su verdadera historia, díjome que había mucho atendía en paciencia encontrar con persona honrada y discreta, que le ayudase a llevarse el tesoro. Díjome que no estuvo en nada de ofrecerlo a Baodayno, mas no se había atrevido por tener aquel hombre, mirada de zorro codicioso que no salía fiadora de su

honra; y en tal coyuntura, al no partir con el jefe, prefería no partir con nadie, pues al cabo, aquél vendría en cuenta del trato, y con ocasión de haber querido burlarlo, se quedaría con todo para sí; de suerte que habíale venido en voluntad de partir hidalgamente aquel tesoro conmigo, y como yo lo ayudase a sacarlo de allí, quería que nos alargásemos en allende, do yo no fuera preso por delincuente ni él por fugitivo y pudiésemos hacer la vida que más nos viniese en talante; y díjele entonces, que mucho le agradecía su largueza y confianza, pero que con más razón debía partirme presto en algún buque pirata, de suerte que pudiese granjear algún botín y regresar luego con seis u ocho hombres de mi parcialidad, que nos ayudasen a maniobrar alguna embarcación pequeña hasta Francia o Italia, donde pudiese pasar por un rico caballero, amo de Pambelé, donde en verdad viviríamos como camaradas. Y Pambelé, que de día en día me revelaba tener un claro y desenfadado entendimiento, y que me era tan aficionado como lo era poco de su soledad, porfió que yo no andaba acertado en mi prosupuesto, pues el haber de partir el tesoro entre diez, nos dejaría peor acomodados de hacienda con qué vivir, y de suyo se daba a entender que no se tardaría mucho en parecer otra escuadra tricolor. Tenía por cosa de todo punto agible, que si yo y no él, me declaraba dueño del tesoro y ofrecía un tercio dél a cualquier corsario holandés, este se avendría a dejarme los otros dos y nos llevaría a Holanda. Sin que él me lo declarase, sabía yo que como un jefe corsario empeñara su palabra, la respetaría puntualmente, mas objeté que no podría tornar a Holanda, por tener allí cuentas como lo avenido en Francia, y asimismo el robo del patache en Cuba; mas él porfió y persuadió que podía tener por seguro que persona me reconocería tras haberme llenado el rostro de deformaciones y heridas y perdido los dientes, la lengua y el pelo quien, sobre encanecérseme mucho, comenzara había dos años a caerseme a puñados, de suerte que de allí a poco, estaría calvo por entero; y entre otras confutaciones muy puestas en razón, arguyó que cualquiera fuese el corsario ganancioso del tercio de un tesoro, saldría con abonar cualquier engaño que yo urdiera, y así podría escoger patria y nombre nuevos y fabricar una máquina de argumentos que sustentaran mi tenencia de aquella fortuna, con quien podría reducirme a mejor vida y alcanzar buena vejez; y él habíame cobrado tanto afecto, que por tal de seguir viviendo juntos, maguer que no fuese nunca mi esclavo, pondría toda su voluntad en servirme como si lo fuese.

Levantéme en pie y lo abracé emocionado, declarándole que me avenía de todo en todo a aquellas que me daba, al parecer, discretísimas razones, y amén de la gratitud en que le estaba por haberme socorrido en aquella gran cuita de la estacada, parecíame ahora que aquel negro fugitivo era un Fénix en la amistad y magnífico sin tasa.

Mas el Cielo no fue servido de favorecer mis designios, y ordenó que de allí a tres días, pareciese una nave por el Poniente. Y entrambos, que aguardábamos ver en el

mástil una ansiada bandera tricolor, nos dimos prisa por escalar el otero del promontorio, y vimos luego ser la bandera negra de un bajel pirata que, para nuestra grandísima suspensión, salió con ser el mismo de Turner, el infame que me cercenara la lengua.

De sólo reconocer el buque, sentí que todo el ruibarbo del mundo no bastaría a purgar la bilis que se me metió en la sangre. Ya no pude tener a raya mi afincamiento de vengar aquel desaguisado por las setenas, de suerte que luego al punto, hice firme prosupuesto de no dejarlo salir con vida de aquellas aguas, pues nada se me daba la mía, a trueque de envidar todo el resto de mi cólera.

Piedra Sola, diciembre de 1956

Fugacísimo Bernardo:

No sé si aún existes, hijo mío. Me parece estar escribiendo hacia el pasado. Dudo de que estas líneas lleguen a tus manos, pero allá van, con el favor de Dios.

Hace dos años, cuando recibí tu carta desde Tánger, ya no estaba en Paysandú. Me habían trasladado a este ignoto villorrio del Departamento de Tacuarembó; y por su nombre comprenderás que el Arzobispado, aunque contumaz en su propósito de aislarme y petrificarme en un sacerdocio convencional, no carece de sentido del humor a la hora de los traslados.

Por razones que nadie ha sabido explicarme, pero que me sospecho, tu carta llegó a Piedra Sola con dos meses de atraso. Supongo que puedas haberme escrito otras. Mi sucesor en la parroquia de Paysandú... Bueno, no es éste aún el momento de los chismes. Si esta carta llega a tus manos y me contestas, conocerás otro *Diario de un cura de aldea*, con ingredientes tragicómicos que ni le hubieran pasado por la cabeza a Bernanos.

Algunas semanas después de haberte escrito a la calle Isaac Peral, recibí mi propia carta dentro de otro sobre, con una nota en un español plagado de galicismos y una caligrafía de arabescos y volutas, sin duda de alguno de tus amigos del Istiklal, quien me informaba de tu partida hacia Hamburgo. El amable terrorista me indicaba que días antes había recibido una nota tuya, donde le decías que te escribiera al restaurante de un tal Cuneo, en un barrio llamado San Pauli, y que según creo recordar, merecería llamarse la Magdalena o Thais.

Como era de esperar, nunca recibí respuesta ni me devolvieron la carta. Pero para romper un poco mi pétrea soledad, me dediqué a perseguirte por correo. Además, me urgía responderte que tu ateísmo y bribonadas no me habían alejado de ti. Me horrorizaron, por cierto, pero *humani nihil*... Tenaz en tu búsqueda como el arzobispo en su hostilidad contra mí, escribí al consulado del Uruguay en Hamburgo; y desde allí me informaron al tiempo que habías pasado a renovar tu pasaporte en abril del 53, para embarcar en un buque argentino. Entonces, resucitando mi alemán a punta de diccionario e imaginación, escribí a la capitanía del puerto de Hamburgo, para que me informaran el nombre de todos los buques argentinos, surtos en ese puerto durante el mes de abril. Y con esa sublime puntualidad que los ha hecho genios del bien y del mal, los alemanes me enviaron, a vuelta de correo, una relación integérrima: cinco barcos argentinos habían atracado en Hamburgo durante el mes de abril. Dos días después, salían de Piedra Sola cinco cartas dirigidas a los capitanes de esos buques, pidiendo noticias de ti.

Como a los dos meses, un tal Sosa, electricista del *Lancero*, me hacía llegar unas líneas. Así supe que habías navegado en ese buque hasta el mes de mayo, y que habías desembarcado en Montreal para trasladarte a un ballenero noruego. Un año más de correspondencia y consultas a consulados, agencias navieras y capitanías de puerto, me permitieron saber que hace seis meses, llegaste a Buenos Aires; y según me informó Benigno Vera, que navegara contigo en el *Bergen*, habrías desembarcado definitivamente y con el laudable propósito de sentar cabeza y fundar familia.

Esta carta sale con otra, que remito a un discípulo mío de Lovaina, para que te busque entre los ocho millones de habitantes que pueblan la mayor urbe del hemisferio sur, y te la entregue en manos propias, dentro del más puro estilo del «mensaje a García». Si logro conmoverlo con mi carta —y tiempo me ha sobrado en Piedra Sola para elaborar argumentos conmovedores—, sé que te encontrará. Le recomiendo muy especialmente, que te busque entre árabes y griegos.

Dios te bendiga.

Carlos Castelnuovo.

DUODÉCIMA JORNADA

Desde nuestra atalaya, vimos la fragata de Turner encaminarse hacia la isla del Papayal, por la que se fue tierra a tierra, hasta quedar encubierta de la banda del Mediodía. Allí dieron fondo en la rada más guarnecida y secreta de aquellos parajes, la cual formaba una como pera que, según tenía altas las riberas, amparaba las naves allí ancoradas de cualesquiera borrascas que corriesen, y con la añadidura de venir muy de molde a cuantos piratas quisiesen encubrir sus bajeles, de suerte que las presas no tuviesen lugar de ponerse en cobro ni de aparejarse para rechazar los abordajes. Mas la isla, amén de ser muy pequeña, no tenía playa y por lo tal, cuando Turner tuvo de reparar las averías de su fragata vez primera, escogió la marina de nuestra isla que, con ser no nada segura contra los vientos, era bonísimo varadero donde dar de costado y recorrer los fondos de las naves. Y siendo aquella tarde muy serena, sin riesgo de tormentas, el que Turner diera fondo en el Papayal, donde tendría de sustentar los incómodos de la falta de una marina baja, argüía distintamente que no se andaba pasajero, sino que traía designio de ponerse a la mira de alguna presa.

El Papayal está puesta, como queda dicho, a obra de dos millas de nuestra isla, por la banda del Mediodía; y nosotros, temerosos de que no se pasase algún esquife, por venir a pescar o dormir en nuestra playa, sobre descubrir el esqueleto y borrar nuestras huellas, nos estuvimos en lo alto de la atalaya, hasta que cerró la noche de todo en todo.

Pambelé, que advirtiera en mi rostro la cólera y venganza pintadas, en viéndome declararle que se fuera a su gruta y se estuviera escondido en ella, pues yo velaría en la playa, predicóme con lágrimas en los ojos que abandonase mi porfía de matar a Turner, siendo que aquello amenazaba mucha muerte y caída; y pidióme que nos atuviésemos al primer designio de aguardar a los holandeses, por llevarnos el tesoro y vivir en paz. Díjele saber tan bien como él los tamaños peligros a que me ponía, pero que jamás granjearía vivir en el sosiego que él columbraba, como no vengase primero el tuerto que me hiciera el inglés, y que antes de vivir mortificado por ese mi afincamiento, quisiera morirme luego; y torné a agradecerle la salud que le debía y el ofrecimiento de partir el tesoro, y díjele que el último cargo en el que quería estarle, era el de aguardar al otro fin de la isla con todo aparejado, de suerte que como yo granjease matar a Turner y huir con vida, pudiera partirme en el esquife a la buena ventura, en busca de manida entre las islas que estaban puestas por la banda del Levante; mas él replicó con mucho reposo y gravedad, que había mucho tiempo ya, tenía determinado que su suerte y la mía una sola serían, y que ni súplicas ni razones demostrativas de ningún jaez, harían que él se apartase de mi lado ni un negro de uña, así tuviésemos de morir los dos. Y yo, que siempre estuve de parecer que el

sentimiento de la amistad es de los más nobles que encarecerse puedan, y que por guardarle los debidos respetos hube de pasar tantos trabajos en la vida, no pude contener mis lágrimas y levantándome en pie, abracélo con todo el amor que le tenía; mas luego al punto, secándome las lágrimas, declaréle mis barruntos de que al siguiente día, vendría Turner con algunos de sus hombres, por ver qué había sido de mí; y si Pambelé me socorría y granjeábamos caerles de sobresalto cuando estuviesen comiendo, durmiendo o decantados unos de otros, y teníamos lugar de quitarles alguna ballesta o escopeta, yo tenía prosupuesto de matar luego a todos, pero no así a Turner. Y díjele muy al vivo que como lo cogiese, habría de atormentarlo tanto que, a buen seguro, Pambelé sentiría espanto de mí. Mas él, echándose a reír, díjome que mucha era la amistad que me tenía, y a trueque de verme quito de mi juramento de venganza y listo a partir vida y tesoro con él, cualquiera bellaquería que yo hiciese a Turner y los suyos, tendríala él por bien empleada. Porfié que tuviese mucha cuenta con lo que decía y prometía, pues de allí a poco, si la suerte me favorecía tantico, tendría de ver cosas horribles; y añadí que todas las ferocidades de mi vida, serían tortas y pan pintado en confrontación con la venganza que tenía determinado de tomar, si salía con cogerlo vivo entre mis manos, siquiera por medio día. Pero Pambelé replicó que cualquier desmán le estaba bien empleado a aquel canalla y que él mismo se holgaría de poder atormentarlo a todo su sabor; mas tornó a decirme que muy de mi parte tendría de volverse la fortuna, para que yo saliese con apresar vivo a un pirata diestro, acompañado de treinta hombres, como debía tener en su fragata. Y así era la verdad y yo le declaré que si porfiaba en echar su suerte con la mía y no quería ponerse a su salvo, como fuera mi designio, yo me avenía al suyo, con condición que desde ese punto más, me obedeciese de todo en todo, lo cual prometió y juró cierto; y siendo que no había sino aparejarnos para la venida de los ingleses, mandé que se partiera con el esquife al otro fin de la isla, pusiese dentro de él todo lo que hubiéramos menester si teníamos de alargarnos a la ventura, y que se reposara hasta el alba. Díjele que luego volviera por tierra, curándose de que el esquife quedase a cubierto de cualquier peligro.

Así lo hizo todo, y un punto antes del amanecer, sentóse a mi lado junto del tronco de una palmera; y no se había levantado aún el sol ni un palmo sobre el Oriente, cuando vimos un como bulto blanco que salía del Papayal; y luego al punto nos dimos cata de ser un bajel de vela y remo del cual, a cabo de poca pieza, desembarcaron cinco hombres a quienes conocí luego; y aunque asaz malcontento de no ver a Turner entre ellos, alegréme de que sólo fueran cinco y de verlos descargar matalotaje y enseres, lo cual argüía distintamente que traían prosupuesto de dilatar su estada en nuestra isla. Estuviéronse una buena pieza escudriñando el esqueleto, pero ninguno hizo ofensa de él ni hubo mofas, sino que lo miraban como embelesados de que aún se estuviese tan entero, a cabo de tantos meses; y yo, vez segunda, di en la

fantasía de creer que veía mi propia osamenta.

Cuando vimos a cuatro de ellos encaminarse hacia donde nosotros estábamos, hubimos de escondernos en un bajío, a obra de cincuenta pasos más adentro, donde había malezas y grandes hojas de palmera, con quienes nos encubrimos; pero luego al punto, los vimos subir la cuesta de la atalaya al tiempo que un tuerto que solía ayudar en sus menesteres al cocinero, se alongaba con un hacha en la mano, para ponerse a cortar ramas delgadas, lo cual me dio a entender que tenía intención de fabricarse un techo para dormir cerca a la marina.

De pronto, en lo alto del promontorio sonó un tiro y luego, luego, conocimos ser de la escopeta que se llevara al hombro uno de los cuatro idos cuesta arriba; y aún todavía no se había muerto el eco, cuando se oyó muy quedo y endeble, otro escopetazo que a todas luces venía del Papayal. Luego al punto, vine en cuenta que estaban haciendo experiencia de señales, y di por cosa de todo punto cierta, que Turner había mandado poner una atalaya en nuestro promontorio quien, con tiros de escopeta, diera aviso de las naves que pareciesen en aquellos contornos, por así tener lugar de alistarse y dar traza de cogerlas de sobresalto.

De los cuatro que subieron a la atalaya, sólo tres se abajaron; por do colegí que uno de ellos tendría cuenta con la guardia primera. Otro se partió en el batel de retorno al Papayal, al tiempo que el tuerto y sus dos cofrades, daban orden en construirse un techo y unas como parihuelas con lona de velas, que yo bien me conocía a causa de que estaba usado a dormir en ellas. Terminado que hubieron el techo, dos de ellos pusiéronse a pescar y el tuerto a encender una lumbre. A obra del mediodía, tocó el tuerto un cuerno y de allí a poco pareció, con su escopeta al hombro, el que se había estado en la atalaya desde el amanecer. Cuando hubieron comido, uno de los que había estado pescando asió de la escopeta y se partió por la cuesta arriba, a montar la segunda guardia, al tiempo que los tres otros se acostaban a sestear. A la media tarde estuviéronse todos tres una buena pieza jugando a los naipes, y luego, el tuerto dio traza de aparejar la cena. Un punto antes del ocaso, tornaron a tocar el cuerno, y abajado el de la guardia, se sentaron a yantar por junto, entre tanto que nosotros subíamos la cuesta de la atalaya.

Empuñaba Pambelé una estaca dura como el hierro, y yo una espada; y así muy unidos, nos emboscamos a esperar que subiera el de la guardia nochera, pues ya habíamos echado de ver que iban a montarlas por cuartos, al amanecer, mediodía, crepúsculo y medianoche; y cuando el hombre se allegó a obra de veinte pasos de la cima, yo le cogí por sobresalto desde atrás, y de un sólo golpe le cercené la cabeza.

Dos hombres como nosotros, que conocíamos la isla palmo a palmo, en habiendo cobrado la escopeta y una pistola de arzón que llevara el muerto a la cinta, con la añadidura de que los enemigos nada sabían de nuestra existencia, les hacíamos mucha ventaja.

En lo alto de la atalaya, a la luz de la luna, Pambelé y yo discurríamos con mucho sosiego lo que habíamos de hacer. Como ya sabíamos que hasta la medianoche no colocarían guardias, y según yo me daba a entender, debía de ser la medianoche el punto en que las Tres Marías comenzaban a declinar por el ocaso, y aún faltaba para ello una buena pieza, nos abajamos con el prosupuesto de estarnos cerca a ellos y determinar, allí mismo, de hacer lo que más puesto en razón estuviere. En certificándonos que todos tres dormían, yo marqué por míos al tuerto y a un tal Oliver, a quienes degollé sin darles lugar de despertarse, entre tanto que Pambelé mataba al tercero, de un estacazo en la nuca.

Tras aquella matanza, teníamos ahora tres ballestas con veinte saetas, cuatro pistolas, una escopeta, cuatro espadas, una daga, tres puñales, nuestro alfanje, una arroba de pólvora y media de perdigones; pero lo que más contento me trajo fueron las ballestas, por estar de parecer que son las armas más acomodadas a estos parajes, donde la pólvora se humedece a cada paso, y tanto mata una flecha como una bala, con la añadidura de que aquella lo hace sin estruendo.

Pambelé quería que nos estuviésemos a la mira de que arribase otra partida, y persuadió que podríamos atacarla en el punto en que abordara con la marina, de suerte que cogiéndoles de sobresalto, les haríamos una gran mortandad, y que a buen seguro Turner haría número entre los que viniesen; y si granjeábamos apresarlos, podríamos luego, luego, ponernos en cobro con él, hacia las islas del Levante. Pero yo estuve de otro parecer que declararé luego al punto, y él, entre temeroso y jocundo, halló que mi designio iba muy puesto en razón y me alabó grandemente aquella, que él diputaba, mi discretísima industria, y que luego pusimos por obra. Con ser que la oscuridad era mucha, tanto conocíamos aquella isla, que pudimos ponernos al trabajo como si fuera de día.

Cercenamos la cabeza del que había muerto del estacazo, y en el entretanto que Pambelé traía la del que habíamos matado en la cuesta del promontorio, yo acabé de desprender las dos de los que había degollado. No bien tuvimos juntas todas cuatro, les arranqué sus lenguas, sacándolas por el cuello, porque se viesen cuan largas eran, y colocamos las cuatro cabezas, de modo que sus narices quedasen apretadas entre los dedos de las manos y pies del Muchaslenguas; y a éste le abrimos la boca de su calavera y se la henchimos de las cuatro lenguas, que le quedaron colgando en abanico sobre las costillas del pecho. Luego dimos orden en juntar todos los cadáveres y los enterramos en el fondo del sobredicho bajío, curándonos de cubrirlos de arena y hojas secas, porque no pudiesen hallarlos.

En habiendo lavado la sangre de dos parihuelas, nos acostamos a reposar en ellas hasta el amanecer. Cuando hubo suficiente luz, cogimos todos los avíos de pesca, herramientas, enseres de cocina, todo el matalotaje y bastimentos, y los enterramos en otro lugar, a obra de doscientos pasos, isla adentro. Destruimos el techo y echamos al

mar todos los palos, que se llevó la corriente. Lo único que no ocultamos de todo lo que habían traído, fue un pernil de cabra en salazón que mucho nos apetecía comer a ambos, y algunas especias para sazonarlo.

No bien hubimos dado cima a este trabajo, borramos con gran tiento toda huella de sangre y nuestras pisadas. Luego, Pambelé dio orden en alistar la comida, sin ningún cuidado esta vez, de que se viera el humo, pues como lo advirtiesen desde el Papayal, lo hallarían muy natural, dándose a entender que era el de sus cofrades. En este entretanto, yo me estuve fabricando y aparejando el ataque a los que viniesen, si así determinaban de hacer ese día.

En viniendo del Papayal, a causa que la corriente se llevaba la embarcación hacia el Levante, tenían de alargarse poniendo proa al Trinquete, y a cabo de una buena pieza, dejarse llevar de la corriente; por dar así lugar de abordar con nuestra marina por la banda del Poniente; pero primero de llegar a nuestra playa, tenían de pasar cabe una ribera alta, llena de malezas muy intrincadas, y allí propuse de armar las ballestas y la escopeta, con sus cargas de flechas, pólvora y munición; y daba por cosa cierta que cuando fueren de paso por aquel lugar, mataríamos cinco o seis hombres, de los doce que podía caber el batel de ellos; pero como se verá por lo que se sigue, yo deseaba que no viniesen ese día, y así fue servido el Cielo de concedérmelo. Y en viendo que ya cerraba la noche y no parecía ningún pirata, cogimos las armas y de conformidad con la traza que habíamos comunicado, nos partimos en el esquife camino del Papayal, la vuelta del Trinquete; pero antes de alargarnos, atendiendo a un discretísimo artificio de Pambelé, cogí la pezuña del pernil que nos habíamos comido y marqué, unas huellas que, saliendo del mar, llegaban al esquife y luego se volvían al mar, dibujando un como arco; tras lo cual, regresé caminando hacia atrás, por así borrar mis propias huellas; y al cabo, nos partimos con el grandísimo deseo que no lloviese antes de que los piratas viniesen del Papayal; pues daba por cosa muy cierta que la desaparición de sus cofres, sin rastro alguno, la vista del esqueleto del Muchaslenguas tan primoroso como se lo habíamos puesto, más las pisadas de cabra que del mar salían y a él volvían, llenarían de espanto a aquellos brutos supersticiosos; y yo sabía, mucho más por pícaro que por soldado, cuánto monta el saber amedrentar al enemigo.

Antes de la medianoche, abordamos con la alta ribera del Papayal, que mira a nuestra isla. Yo daba por cosa cierta, que todos los piratas estaban en la rada de la contraria banda; y como diputaban estar sus hombres en la atalaya de nuestro promontorio, en nada les aprovechara poner centinelas por el opuesto fin, donde nos desembarcamos. Allí ocultamos nuestro esquife, entre las intrincadísimas malezas de la costa; y con solas las armas, un odre de nueve azumbres ahíto de agua, y algún pescado asado, nos acercamos a la rada hasta un punto, obra de cien pasos, de donde podíamos verlos sin ser vistos, amén de que todos dormían a esa hora.

Cabe un zarzal de la ribera, habían talado árboles y arbustos, y plantado una tienda que a buen seguro era para Turner, con la añadidura de varios techos para el resto de la cuadrilla. Al mediodía granjeamos contar diecinueve personas, pero entre ellas advertí a cinco esclavos españoles, de los ocho que cautivaran habían ya casi seis meses. Durante aquel día nadie se alejó de la rada. Los esclavos afanaban en los fondos y reparaciones del buque y los demás, como no estuviesen pescando o bañándose, jugaban naipes o dormían. La vista de Turner me encalabrínó el alma y tanto apretóme el afán de matarlo, que la espera se me tornaba inllevable. Aquel marinaje de sólo veintitrés hombres, que menos los cautivos quedaban en dieciocho era muy menguado para un bajel pirata, y luego eché de menos a dos holandeses y cuatro ingleses quienes sin duda habían muerto; y a buen seguro no habían granjeado todavía botín rico, pues según la capitulación que firmáramos en Tortuga, nos concertamos por palabras expresas, enpasar adelante con nuestra granjería, hasta que cada uno alcanzase, rata por cantidad, la monta de tres mil ducados en la venta y partición del botín.

En amaneciendo el siguiente día, desde el lugar do nosotros estábamos, vimos una goleta encaminarse hacia el Levante, y de allí a poca pieza, cuando también ellos lo advirtieron, formóse un grande alboroto, y Turner gritaba encolerizado, a buen seguro por no haber recibido señal del paso de la goleta que debían darle los que él había puesto en la atalaya de nuestra isla; y aquel bajel, mucho más ligero que la fragata de Turner, habríase podido coger de sobresalto en la estrechez del canal, pero ahora que ya había pasado, no había lugar de darle caza, y en cuanto se hubo alongado fuera de nuestra vista, Turner envió a cinco hombres que viniesen a noticia de lo acaecido; los cuales regresaron hacia el Mediodía, y uno de ellos, con grandes ademanes, declaró lo que todos habían visto.

Turner púsose a caminar con las manos cogidas por la espalda y luego descargó una puñada sobre un barril de pólvora, y dando una fortísima coz, derribó una vasija y tornó a preguntar. Uno de los piratas persuadía muy temeroso lo que a Vuestra Merced ya se le debe ir trasluciendo, que no era sino la vista del espanto que hallaron en nuestra playa. Todos cinco juraban cierto alguna cosa; y aun bien que hablaban a voces, por lo atropellado del discurso en lengua inglesa, yo no gran jeaba entenderles; pero como uno de ellos diese luego en meterse cuatro dedos en la boca y luego en abrir mucho los brazos y piernas, dime cata al punto de estar declarando que por la boca de la calavera del Muchaslenguas, asomaban ahora cinco lenguas; y luego, luego, púsose el hombre a gatas, y a andarse apuntando al suelo con tres dedos, por do colegimos ser aquellas marcas, las que creyeran pisadas de cabra; y los otros cuatro abonaban lo dicho con grandes voces y juramentos.

Siendo que Turner tenía de curarse de su crédito y fama de temerario, montó en el mismo batel, con más ocho hombres, y dejaron a los esclavos amarrados con grilletes

por los tobillos, a las bordas de la fragata, de suerte que en la rada sólo quedaron cinco ingleses.

Era aquella la coyuntura que aguardábamos y todo iba saliendo pintiparado. Yo daba por cosa verdadera, que Turner se había pasado a nuestra isla con prosupuesto de esclarecer lo avenido, y que en tal designio porfiaría hasta la noche, cuando hiciese experiencia de ser verdad lo que le habían declarado los otros; mas en ese entretanto, haría un prolijo escrutinio de toda la isla.

Y cuando diputamos haber dado lugar bastantísimo a que Turner y su cuadrilla estuviesen dados fondo del otro lado de la canal, determinamos ser aquel el punto y sazón de matar a los cinco ingleses que teníamos en frente, lo cual hicimos sin ningún tropiezo.

Tres de ellos estábanse jugando naipes y a pocos pasos, los otros dos afanaban en menesteres de cocina. Estaban estos casi desnudos, y fuera de un hacha y cuchillos, no tenían ningún arma cerca a ellos. De los tres otros, sólo uno llevaba una pistola puesta a la cinta. Fue el primero en morir, de un tiro de escopeta en la cara que le hizo Pambelé, al tiempo que yo, emboscado del otro lado, adonde me había llegado tras un grande rodeo, con el alfanje en una mano y la espada en la otra, cogí de sobresalto a los cocineros, en el punto en que volvieron las espaldas por ver quién había dado aquel tiro y ambos quedaron clavados en el suelo. Pambelé mató al cuarto de una cuchillada que lo alcanzó en el pecho, y al quinto, que se había echado al agua, por llegarse a nado a la fragata, lo traspasé por el cuello con el primer tiro de ballesta. Los únicos bien muertos, eran los que habían recibido los tiros, de suerte que con el alfanje yo hube de rematar a los otros dos.

Acabada esta faena, nos fuimos a la fragata, libramos a los españoles que nos besaron las manos; y por medianería de Pambelé, les pregunté qué había sido de sus compañeros. Dijeron que el ético al que Turner forzara a beber sus mudas y otros dos, habían muerto atormentados, pues en una isla del Mediodía de Cuba, habían intentado escapar y les habían dado alcance. Les ordené luego que bajaran a tierra todas las armas ligeras y pólvora que hallasen. Aquella fragata iba artillada de diez piezas de bronce y diecisiete pedreros de a dos. De estos postreros, por ser muy manuales, mandé abajar diez, con treinta balas. Ordené también que sacasen los grilletes y cadenas con que amarraban a los cautivos, y asimismo, recoger todos los bastimentos que los piratas tuviesen en la ribera, por junto con los avíos de pesca, enseres de cocina, de suerte que allí no quedase ni una marmita, ni un anzuelo, ni un coto de sogas, ni nada que les fuese manual y útil para vivir.

Terminado que hubieron de poner por obra mi mandato, con la medianería de Pambelé, referí a todos cinco mi plan de vengarme de Turner, y les dije que ellos quedaban horros y que con los diez pedreros y demás armas, Pambelé y yo nos combatiríamos muy a nuestras anchuras contra los nueve piratas que quedaban.

Declaréles luego, que por allí cerca teníamos un tesoro con tres cofres de oro y pedrerías, y que si ellos hacían lo que yo les pedía, les daría para ellos cinco, uno de esos cofres. Y les pedía que se partiesen en la fragata hasta unas quince millas hacia el Levante donde, detrás de una isla que se columbraba desde el Papayal, podían dar fondo en una ensenada secretísima que allí había, de suerte que los de Turner se darían a entender que se habían partido; y si otras naves pasaran por allí, nadie los vería. Si veníamos en este concierto, deberían aguardarnos allí hasta diez días, por dar lugar a que nosotros matáramos a los piratas; y si salíamos vencedores, les acusaríamos la nueva encendiendo por la noche una gran fogata en el promontorio de nuestra isla y que ellos podrían divisar desde el Levante. Y si no les parecía ser bien mi designio, y ellos cinco podían gobernar una embarcación de tres mástiles hasta llegar a La Habana o la Florida, podrían hacerlo en hora buena, pues no nada flaco servicio nos hacían con llevarse la fragata, por donde nuestros enemigos se darían a entender estar la isla desierta, y con ese artificio les haríamos grandísima ventaja; más todos cinco declararon que querían combatirse junto de nosotros, pero yo porfié y persuadí que con aquellos pedreros y nuestro mejor conocimiento de los lugares, y en habiéndolos despojado de sus bastimentos y avíos, les derrotaríamos a buen seguro; y para todos era más provechoso que ellos se llevasen la fragata y la pusiesen en cobro do nadie la viera, pues sólo así tendríamos lugar de partimos con el tesoro, y no nos poníamos a peligro de que los piratas la recobrasen y nos atacasen con su artillería. Y así nos concertamos en que nos aguardaran hasta diez días en la sobredicha isla del Levante. Y si a cabo de ese término, no les hacíamos la señal del fuego, podían partirse adonde mejor les pluguiese; y luego, al punto, pusimos por obra lo concertado: levaron áncoras, izaron velas, y a poco a poco, fuéronse alargando arrastrados por la corriente y un viento suave que soplaba desde el Poniente.

Yo ordené a Pambelé montar seis pedreros en un esquife que los piratas dejaran allí, y con él se fuese al otro fin del Papayal, por ocultarlo junto del nuestro, lo cual tuvo de hacer muy deprisa, pues entrambos diputábamos que los piratas, en habiendo oído el tiro que dimos, debían haberse partido luego de regreso, por empachar que les llevasen la fragata; y aun bien que el viento del Poniente no los socorría en atravesar la corriente del canal, no se dilatarían más de unas dos horas en llegar a la rada. En habiendo visto ya que se les iba la nave, a buen seguro pensaron que todos nos habíamos partido; y por fuerza tendrían de recogerse en el Papayal esa noche, hasta tanto determinasen lo que habrían de hacer en adelante. Yo emplacé los cuatro pedreros, con suficiente pólvora seca y dos balas junto de cada uno dellos, fronteros del lugar donde estaba puesta la tienda de Turner y los techos del campamento, a quienes no tocamos, porque en viéndolos, se diesen a entender que todo estaba cual ellos lo dejaran, con todos sus avíos y bastimentos.

Yo presumía que Turner saltaría a tierra el primero, como era la sólita costumbre, y así los cuatro pedreros, encubiertos de la maleza, quedaron emplazados a obra de ochenta pasos, fronteros del lugar donde diputé que el batel abordaría con la ribera del campamento.

Cuando todo estuvo aparejado, corrimos hacia el contrario fin de la isla por avizorar el regreso dellos, a quienes vimos luego haber dejado atrás la mitad del canal y avanzar en derecha a nosotros. Púsome aquella vista mucho desasosiego en el pecho, temiendo no desembarcasen todos por esa banda, con prosupuesto de hacer cala y cata de toda la isla; y si tal ponían por obra, descubrirían nuestros esquifes y cobrarían los pedreros con toda la munición, de suerte que en ese punto y sazón, habríamos de darnos por muertos; pero sólo desembarcaron dos, que se entraron vadeando en piernas, y cada uno traía una pistola y una espada a la cinta. Yo temí luego que no desembarcaran otros dos por la banda del Levante, y luego la barca se fuera tierra a tierra por desembarcar otra pareja por el Poniente, de suerte que si había enemigos en la isla, no los cogiesen por junto; mas nuestra buena estrella quiso que fuera de los dos primeros no desembarcase persona; y así se fueron todos por la banda del Levante, a entrarse en la rada adonde ya habían llegado por tierra los otros dos; mas a causa que nosotros nos ocultamos entre la maleza sin dejar huella, persuadiéronse al punto que les habíamos llevado la fragata y la isla había quedado desierta. No bien saltó Turner a tierra, disparé sucesivamente los cuatro pedreros que ya estaban cargados. El tercero de mis tiros dio de lleno en lleno en el batel y fue poderoso a partirlo en dos y hundirlo luego al punto. Vi a uno dellos subir a la ribera y desaparecer entre las breñas, por do colegí que aquel tiro había puesto a varios fuera de combate; pero no queriendo dilatar aquella batalla contra un enemigo más numeroso, nos escabullimos entre la maleza, y cuando sonaron los primeros tiros de réplica, ya nos alongábamos a nado en dirección al esquife, y sin ser vistos dellos, que se habían replegado hacia el Levante.

Cuando abordamos con los esquifes, hice que Pambelé se echase en el fondo del que iba de remolco y se cubriese con una vela, porque si granjeaban columbrarnos, creyesen que yo estaba solo y tuviesen así atrevimiento de venir a combatirse conmigo en nuestra isla. Y no nos habíamos alargado ni cien brazas, cuando oyóse un tiro de pedrero; y luego dime cata de que en viéndome partirme, como no tuviesen batel ni esquife en qué darme persecuimiento, cargaron un pedrero hasta la costa, por con él disparar; y de los cuatro tiros que hicieron, dos nos pasaron muy cerca.

Desembarcamos en nuestra playa cuando era noche ya, mas sin ningún temor de emboscada, pues yo había tomado cuidado de numerar que los mismos nueve que se partieran del Papayal, regresaran sin menos personas. Como nuestra isla era más grande y hospitalaria que el Papayal, había en su playa mejores ocasiones de pescar de lanzada; y con ser aquella la única suerte de pesca que ellos podían poner por obra,

a causa que yo había dado orden en no dejarles ningún anzuelo ni red, ni sogas, daba por cosa segura que muy pronto el hambre los forzaría a invadirnos; y como creyesen que yo estaba solo, me daba a entender que no tardarían en asaltarme y aún era contingible que esa misma noche, según yo conocía la intrepidez de Turner. Diputé que construirían una balsa de maderos y lianas, y que con los remos y velas cobrados de la barca hundida, saldrían en mi persegimiento. Ignoraba yo a cuántos había matado con mis tiros de pedrero, pero daba por cosa cierta haber puesto fuera de combate a no menos de tres.

A causa que el Papayal carecía de arena y no dejáramos huellas, y como sólo a mí habían visto alongarme en el esquife, ni por pensamiento barruntarían haber de combatirse contra dos, armados de seis pedreros y hasta veintidós balas de dos libras. En esa ignorancia dellos consistía nuestra mayor ventaja, pues a buen seguro diputarían que como granjeasen poner pie en nuestra isla, al cabo, al cabo, saldrían con matarme.

En llegando, ordené que Pambelé se entrase al mar contando los pasos hasta donde ya no diera fondo; y lo tal avino a obra de treinta y cinco pasos de la orilla.

Yo sabía que los tiros de pedrero alcanzaban hasta doscientos pasos; y como viniesen ellos en una balsa y yo granjease hacerles blanco, los forzaría a entrarse a nado, lo cual mojaríales la pólvora, y así los derrotaríamos fácilmente con nuestras ballestas. Y de allí al tercer amanecer, Pambelé, que se había estado vigilando en la atalaya, me despertó diciendo que del lado del Trinquete venían cinco hombres en una balsa; y como el viento estuviese muy del Poniente, traían la vela enarbolada en dos palos que habían izado.

Nosotros ya teníamos los seis pedreros aparejados y encubiertos de los zarzales de la ribera. Cuando la balsa estuvo a obra de ciento y cincuenta pasos de nuestra ribera, dimos en dispararles con tan buena fortuna, que los dos postreros tiros se hundieron muy cerca a la balsa, y todos cinco hombres, por alongarse del peligro y estorbar que los cogiéramos por junto, se echaron al agua. A buen seguro, que en viendo les dábamos la bien llegada con tamaña artillería, Turner había mandado que se decantaran en un como arco, nadando los unos hacia el Poniente y los otros hacia el Levante, por así abordar con la isla en sitios distantes, de suerte que pudiesen envolvernos.

En uno de los esquifes, según la traza conmigo comunicada, fuese Pambelé por la banda del Poniente, con dos espadas y una ballesta; y yo en el otro, por la del Levante con iguales armas. Pambelé mató a dos dellos y el tercero se escabulló hacia la playa. Yo maté a uno y desarmé a Turner de su daga mediante una cuchillada que le di en la muñeca cuando, asido de la borda de mi esquife, intentaba apuñalarme. Cogílo luego de los pelos y le pasé por el cuello una sogas que ya tenía aparejada, para llevármelo de remolco y amarrarlo con uno de los grilletes a una palmera. Y como en la playa

quedaran las huellas del que había granjeado fugarse, nos entramos por la espesura en su persecución; y aún no habíamos andado cien pasos, cuando Pambelé lo halló escondido entre unas breñas; y ya iba a dispararle un tiro de ballesta, cuando yo di un grito e hícele señal de que no lo matara. Era el cirujano y mucho me holgué de cogerlo vivo.

Tenía por fin en mis manos al canalla y a su principal secuaz; pero sabía que ninguna muerte que les diese, por dolorosa y encarnizada que fuese, me recompensaría del odio que yo sentía, ni de la pérdida del habla; y tanto era mi afincamiento de malpararlo y verlo padecer que, una por una, determiné de poner por obra lo que en mi imaginación había fabricado.

Mandé por señas al cirujano que diera traza de curarle la herida de la muñeca, lo cual hizo lavándosela con agua de mar, la herida, quemóla luego y concluyó en vendarlo con un jirón de su propia camisa; todo lo cual sustentó Turner sin parpadear ni quitarme los ojos de encima; y a la fe que no eran de odio sino de algún temor, por verse tan bien tratado. Vendado que fuera, ordené a Pambelé quitarle el grillete que yo le había puesto en el brazo y ajustárselo al tobillo; y cuando el negro se abajó para poner por obra mi mandato, el inglés le soltó una cox en el estómago; y allí mismo se levantó Pambelé y de una sola puñada que le descargó en toda la cara, dio con él por tierra sin sentido; de suerte que cuando volvió en su acuerdo, ya estaba amarrado y lo mismo el cirujano, a otro árbol.

Yo les puse cerca sendos calabazos de agua dulce y, con los bastimentos que les cogiéramos en el Papayal, Pambelé dio orden en aparejar una buena comida. En ese entretanto, yo me eché a dormir en la arena hasta el mediodía, en que me despertó un olor que se me entraba por las narices en el alma, y lo era de un guisado de habas con tasajo de vaca, sazonado con mucha pimienta y otras especias, que había ya varios meses no probábamos. Los ingleses comieron también, cada vez más azorados, barruntándose acaso que aquel buen trato, nada bueno presagiaba para ellos; y a buen seguro la cox que Turner le diera a Pambelé, nacía del prosupuesto de que yo le matase luego, luego, sin pasarlo por el tormento.

Cuando hubimos comido, Pambelé se echó a dormir y yo me senté entonces, sobre un tronco derrotado, frontero de Turner, y púseme a canturrear y a sonreír y a mirarlo a los ojos con toda calma; y él, que ya comenzaba a desasosegarse de no saber qué suerte le aguardaba, y que deseaba que yo lo matase luego al punto, dio en denostarme en inglés y holandés; y yo, aunque más me echase improperios, más comedido y bien criado me le mostraba, lo cual, a todas luces, imponíale mucho miedo en el corazón; y lo mismo aveníale al cirujano, según el embeleso de los que tenía, ojos grises y pequeños como de rata.

Cuando cerró la noche, Pambelé encendió en lo alto de la atalaya el fuego que habíamos concertado con los españoles, y entre tanto que yo volvía a dormir, él

velaba frontero de los cautivos, siendo que temíamos algún otro pirata no hubiese quedado con vida en el Papayal, y nos cogiese de sobresalto.

Pambelé se daba a entender que los españoles no guardarían lo concertado con nosotros; mas yo diputaba que debían estarnos agradecidos por haberlos ahorrado de su cautiverio y con voluntad de recompensarme de aquel duro trance que, según ellos vieran por sus ojos, habíame costado la lengua. Y a poco de amanecido, Pambelé probó ser verdad lo que yo anteveía, y despertándome con grandísimo contento, mostróme la fragata que venía hacia nosotros.

Al mediodía soltaron áncoras fronteros de nuestra playa y abajáronse dos dellos por preguntar qué se nos ofrecía. Todos cinco querían hacer número en la venganza de los ingleses, pero yo persuadí que teníamos de aprovechar el buen tiempo y el viento del Levante en desenterrar los cofres y cargarlos, no fuera que primerodeirnos pareciese por allí alguna flota española o nuevos piratas quienes, como viesan nuestra fragata, nos pondrían en ocasión muy forzosa; con la añadidura de sentir mucho desasosiego de que la isla del Trinquete no tuviese escondite ni buen fondeadero para la embarcación. Y así, mandé que uno de los españoles se quedase al cuidado de los prisioneros, y el resto nos fuimos al Trinquete por desenterrar los cofres, lo cual concluimos esa misma tarde, con gran algarabía de los españoles, que daban brincos y se abrazaban, y todos diéronse a tocar las barras de oro y a hundir las manos entre las joyas y pedrerías preciosas; y en regresando a nuestra isla un punto antes del crepúsculo, hice que descargaran el tesoro y lo pusiesen en la playa a la vista de los ingleses, lo cual hicieron amarrando los cofres con cabos de cáñamo y descargándolos uno a uno en los esquifes; y luego al punto mandé que los abrieran delante a los ingleses, por que ellos viesan su contenido, que entrambos miraron con ojos de locura y sufrimiento, pues en toda su vida piratesca jamás habían granjeado un botín como aquel, del que ahora nos señoreábamos sus cautivos y yo, a quien dieran por muerto. Y los españoles se ponían collares y anillos, y hacían gran burla de los ingleses, y uno dellos se hincó a dar gracias al Cielo de haber encontrado con nosotros, y otro tanto hicieron los otros. Como estuviese bueno el tiempo, determiné de pasar allí la noche; y la descarga del tesoro, mandéla en parte por hacer sufrir a los ingleses, pero también temeroso de que una borrasca se llevase la fragata con los cofres a bordo, pues ya conoce Vuestra Merced cómo el tiempo es voltario e inquieto en estas regiones, y tras una calma chicha corren borrascas furibundas. Y como queda dicho, me daba a entender no ser prudente buscar abrigo en la rada del Papayal, pues temía no topáramos a algún inglés vivo por allí.

En amaneciendo el día siguiente, tras pasar algunas razones con Pambelé, entrambos estuvimos de parecer de arriesgar el irnos derechamente a La Habana. No había más para nos, sino fiar de los españoles, quienes hasta ese punto dieran muestras de ser honrados. Yo daba por cierto que la pérdida de mis dientes y lengua,

mi mucha calvicie, la quijada torcida y las cicatrices que deformaran mi rostro (una de la pedrada que recibí en México y que salió con hundirme el pómulo derecho, y la otra de un tiro de arcabuz que me alcanzara por cima al ojo izquierdo), más algún encorvamiento y cojera que yo me sabría fingir, estorbaría que persona me conociese. Diría haber venido de las Filipinas, tras muchos años de servicio en los tercios de Su Majestad, y así hallaría ocasión de referir todo lo que conocía del Oriente, que no era poco. Diría haber tomado parte en la batalla de Malaca y haber cautivado un par de años bajo los holandeses y después acá, haberme venido al México y Tierra Firme y que, en retornando a España en la misma embarcación que los cinco españoles, habíamos sido asaltados por piratas, bajo quienes también cupiérame cautivar algunos meses, sustentar tormentos y perder la lengua.

Yo daba por cosa cierta que los españoles, a trueque de recibir el oro prometido, abonarían mi engaño, pues donde no, sería bastante con que yo diese razón de los cofres y declarase ser hacienda de la tesorería de España, desaparecida en el naufragio del *Santa Margarita*, de lo cual se haría experiencia luego al punto; y siendo así, todos nos quedaríamos con un palmo de narices; de suerte que Pabelé y yo diputamos por junto que no serían tan sandios los españoles, de salir con traicionarnos; y dábamos por cierto que el oro prometido, para partir entre todos cinco, sería bastantísimo a satisfacerlos, siendo que puesto a tributo en España, les granjearía una vida sin tropiezos.

Los españoles podrían declarar muy a su sabor toda la verdad de su propio infortunio, y con sólo añadir ser yo otro dellos, saldrían fiadores de mi engaño. Pabelé tendría que callar su historia, pues aun bien que muerto su amo González Alcántara, el Juez de Bienes de Difuntos podía forzarle a trabajar en provecho de su persona; y por ello, era mejor que entrambos declarásemos ser yo su amo y haberlo comprado en Tierra Firme. Y propuse de no hablar por la medianería de Pabelé, sino que los españoles declararan mi historia y la del negro; y si en Cuba me pedían una relación por menudo, la daría escrita.

Tras haber comunicado esta traza, declarámosla a los españoles, quienes la diputaron muy discreta y bien razonada; pero pidieron que les diésemos, fuera del cofre con las barras de oro, la mitad del que tenía las joyas; lo cual yo rechacé con muestras de cólera, y porfié que el medio cofre que pedían de añadidura, más otros cinco arreos, no pagaban siquiera el diezmo de la libertad que les habíamos dado, lo cual dicho muy al vivo por Pabelé, quietólos de todo en todo y se declararon conformes. Un dellos dijo que siendo que no queríamos darle contento con la añadidura del medio cofre, les diéramos al menos el de vengar en Turner y el cirujano, los muchos tuertos y desaguisados sufridos, como asimismo el tormento y muerte de sus compañeros. Pabelé les preguntó qué suerte de venganza quisieran tomar, y el muy bujarrón de un Fulano Trujillo, declaró que todos siete debíamos

primero de todo, holgarnos con las posaderas de entrambos ingleses, y arrancarles la lengua, machacarles los dientes, cortarles ambas manos y arrancarles los ojos, lo cual parecióme muy mentecata venganza, siendo que primero que diéramos cima a tamaña bellaquería, los ingleses serían muertos; y yo quería matarlos de suerte que la agonía se dilatase siquiera dos o tres días; y sobre negarles aquella segunda gracia y hacer que todos me jurasen la sólita obediencia como jefe dellos, ordené que me siguieran a lo alto de la atalaya, con los cautivos, para poner por obra lo que ya habíamos comunicado Pambelé y yo; y a éste le pedí que llevase lo que hubiéramos menester, que eran sogas, puñales y un hacha.

Había en lo alto del promontorio, entre otros, un árbol cuyo nombre desconozco y que tenía el tronco negro como el de nuestros chopos, saliendo sus ramos más bajos muy derechos hacia los lados. Hice que Pambelé cortara el tronco con el hacha, media vara por cima de do salían las primeras ramas, que eran grandes como el cuello de un hombre, de suerte que cuando las hubo cortado, derrotado la copa y podado todo el ramaje con un alfanje, quedó a la vista una cruz de dos estados de alto.

En este punto, los españoles dieron en mirarse atónitos, pues ya se les iba trasluciendo que mi designio era mucho más sacrilegio que venganza. Yo me puse a mirar, esta vez con mucho odio, a los ingleses. Turner mantúvome la mirada, pero el cirujano cayó de hinojos, con la cabeza sobre el pecho en oración. Turner se puso luego sobremodo pálido y de allí a poca pieza, comenzóle un tembor en las rodillas, y cuando ya no pudo sustentarme la mirada, con ser que tenía las manos amarradas a la espalda, echó a correr cuesta abajo, pero Pambelé le dio alcance y lo trajo a rastras, cogido de los pelos; y aquí los españoles bajaron los ojos al suelo, mientras el cirujano, orando en su idioma, no apartaba los suyos de la cruz. Cuando amarramos los dos pies de Turner, éste también se dio a orar en voz alta. Ordené luego que lo ataran a los brazos de la cruz, por los sobacos y con mucha soga, en el entretanto que Pambelé lo sustentaba aprisionándole entrambas rodillas contra el tronco. Amarrámosle luego la cintura y las piernas, todo lo cual Turner dejó que hiciéramos sin ninguna resistencia. Y cuando lo tuvimos colocado en su lugar, con los pies a una vara del suelo, y yo cogí los dos puñales y la espada, los cinco españoles no se daban manos en hacerse cruces. En atravesándole la palma izquierda, lo cual hice golpeando el cabo del puñal con un leño grueso, Turner lanzó un grito de espanto, que en español quiere decir ¡oh, Dios mío!, y en inglés se declara *o maid god*, y la cabeza le cayó sobre el pecho. Atraveséle luego la otra palma; le traspasé ambos pies con la espada y mandé a Pambelé que le quitase las ligaduras de las piernas y cintura, pero no así de los sobacos, pues Turner era un hombre de mucha talla y temía que su peso le desgarrase las manos y diese con él por tierra.

Al cirujano, yo mismo le corté los tres dedos del medio en ambas manos; con un

grillete lo amarré por un tobillo a otro árbol frontero de la cruz, y pusímosle un calabazo de agua dulce a su alcance, porque Turner tuviese lugar de verlo beber. Y allí los dejamos en lo alto del promontorio, porque así columbrasen los lueños horizontes y tuviesen lugar de despedirse destas ínsulas que el Cielo ha colmado de tantos primores. Y después acá, por el cómputo que he hecho del espacio transcurrido, doyme a entender que aquella mi venganza, avino el jueves del último *Corpus Christi*.

Buenos Aires, 12 de enero de 1958.

Queridísimo padre Castelnuovo:

Los jesuitas tienen razón: *Labor omnia vincit*. Esta carta entre sus manos lo confirma. Su tenacidad postal es una sólida prueba de amistad, que me conmueve y le agradezco.

Espero que no lo hayan vuelto a trasladar y esta líneas caigan otra vez en manos de algún sacristán, alcahuete del arzobispo. Casi todas sus conjeturas han sido exactas. Cuando el «amable terrorista» me hizo saber, mucho después, que Ud. había respondido a Tángier, le envié otra carta a Paysandú. El arzobispo debe haber disfrutado esta vez de mis andanzas entre la hez de Hamburgo.

Su condiscípulo me buscó por todo Buenos Aires con una tenacidad pedestre que no le va en zaga a la de su correspondencia. Y aunque ya no bebo salvia ni frecuento a Nicolaos, en El Partenón le dieron mi pista. Poco antes había reaparecido por allí, como vendedor de refrigeradores.

Otros vientos soplan en mi vida y mi historia reciente es larga. Puedo decir que toqué fondo. Durante dos años tuve que luchar duramente para librarme de la droga. Me curé durante los meses en el ballenero y gracias en parte a los Ejercicios Espirituales.

Como le informara Benigno Vera, los ahorros que hice me permitieron desembarcar con el propósito de casarme y tener hijos. Ya tengo treinta años y espero afinar mis amarras. Me casé hace dos meses y desde hace siete trabajo en Kraft-Imesa, una firma que ofrece artículos domésticos. Ingresé como vendedor raso, pero al primer mes me hicieron jefe de un equipo de ventas que cojeaba por falta de dirección. Comencé a reunir al personal a las siete de la mañana para hacer Ejercicios Espirituales. Mi objetivo no era Dios, por supuesto, sino vender cacharros. En esencia, Ignacio de Loyola descubrió varios siglos antes que Mesmer y Charcot, el magnetismo animal y la hipnosis. Y mis reuniones con el grupo de vendedores son pura hipnosis. Salen a la calle con el espíritu de los cruzados, persuadidos de ser estrellas de la venta y benefactores de la humanidad. Y al cuarto mes ocupamos el primer lugar de ventas en la Capital Federal. Provoqué un nuevo revuelo en la empresa y me ascendieron a gerente de promoción. Desde entonces me dedico a aplicar los Ejercicios Espirituales a los jefes de equipo. El dinero por un lado y lo novedoso del experimento me entusiasman. Y me divierte muchísimo. Me entusiasma también la perspectiva de un hijo, que espero para dentro de tres meses. Espero también, y con gran curiosidad, mi *Diario de un cura de aldea* y las minutas de su actividad entre la feligresía de Piedra Sola.

Un gran abrazo,

Bernardo.

DECIMOTERCERA JORNADA

La crucifixión de Turner fue mi postrer pecado, y dél me arrepiento, como de todos cuantos he confesado, aun bien que en algunas jornadas antecedentes, no haya significado mi arrepentimiento de manera expresa e indubitada.

En habiendo dado cima a mi venganza, mandé que leváramos anclas para llegar a la isla del Levante, primero que cerrase la noche, de suerte que no estuviésemos al riesgo de ser vistos desde alguna nave pasajera por la canal. Y al atardecer del siguiente día, zarpamos el ferro. Determinamos de navegar de noche, porque no nos advirtiesen de otros bajeles, ya fuesen españoles o piratas, pues dábamos por cierto que en encontrando con cualquiera de ellos, nada bueno nos avendría, siendo como éramos portadores de tan rico tesoro.

Tuvimos hasta dos días de buen tiempo, mas un viento Ábrego sostenido no nos dejó avanzar sino muy poco trecho en nuestro rumbo que era el de este puerto de San Cristóbal de La Habana, y que nos quedaba puesto hacia el mediodía. Al tercer día comenzó a correr una borrasca y soplónos el Bóreas en popa, de suerte que hubimos de navegar a grandísima velocidad. Por no estrellarnos contra los muchos islotes y arrecifes que hay por esa banda, como vamos de la Florida hacia Cuba, propuse de alargarnos por el Levante en busca de mar abierto, hasta tanto amainase la borrasca, que duró tres enteros días.

Y en lo que ahora he de referir a Vuestra Merced, he de poner por testigos a Jesucristo y a su santo Cristóbal, y juro cierto, que no he de alejarme un mínimo punto de la verdad.

Estaba yo al timón durante la primera noche de borrasca, bajo un cielo oscuro, sin más orientación que la que nos endilgaba el viento, temeroso no encalláramos, cuando de presto, abrióse el cielo en un círculo de color azul muy claro, y de allí a poco apareció ante mis ojos la figura de la Santa Cruz con Nuestro Señor padeciendo en lo alto. Fuéronseme los pulsos, flaqueáronme las rodillas y caí de hinojos trememente, pues di en pensar que el haber crucificado a Turner, fuese un sacrilegio que mucho irritara a Dios. Y he de decir a Vuestra Merced que, con ser que había mucho me andaba desviado de Nuestra Santa Madre Iglesia, y siendo que había creído puntualmente las herejías del maestro Alcocer, jamás perdí de todo en todo el temor de Dios, que aprendiera en mi infancia. Y en viendo distintamente a Cristo aquella noche, «clavado en la cruz y escarnecido», púseme a gemir de dolor por él; y no nada temeroso del castigo que me aguardaba, sino de verle allí por mis ojos en tanta estrechez, y de haberlo ignorado tan luengos años, y de haberme apartado de su camino y verdad; y a causa que no podía hablarle, púseme a llorar con tanta grita y desespero que, en oyéndome y temiendo no estuviera yo herido, acudió Pambelé a

valerme. Yo le señalé el cielo y él, tras volver y revolver los ojos de una y otra parte, tornó a preguntarme qué me avenía, por do colegí que él no columbraba lo que yo, y achaquélo al no ser él cristiano y creer en religiones bárbaras; y por señas le pedí que llamara a los españoles, mas ninguno dellos vio nada sino un cielo cerrado y oscuro; y dándome cuenta de que aquella visión era para mis solos ojos, pues no otro sino yo, era culpante de la crucifixión del inglés, pedí a uno de los españoles que asiera del timón, y a los demás, que me dejaran solo.

Fuime de rodillas junto de una de las bordas, y allí estúveme una buena pieza, como petrificado de amor a ese Dios que ahora se me mostraba; mas dolíanme mis mayores pecados, y a fe que mi dolor fue tan intenso como no lo conociera en las mayores pesadumbres de mi vida; ni cuando estuviera estacado en espera de la muerte, ni cuando sentía despenárseme el alma en las más hondas simas de mi desolación; y tan grande y sincero fue aquel mi arrepentimiento, que allí, aferrado de las bordas, azotado por el viento y las olas, sentí un fuego quemarme las carnes; y tanto me quemaba, que tuve por caricias los azotes del temporal; y ya veíame morir de trasudores, y sentí en mis carnes las llamas del infierno, adonde luego ansié llegar por pagar mis pecados; y en mi delirio, sólo di en pedir a Dios que me enviara la muerte y el infierno que tanto merecía cuando, de presto, de lo alto del cielo desapareció la imagen de la Santa Cruz y surgió ¡oh, visión consoladora de mi alma!, la copa de la Eucaristía, sostenida por una mano de la que vi distintamente los dedos blancos, las uñas sonrosadas y un anillo pontificio. Tanta beatitud trájome aquella vista, que diera por bien empleado el perder la mía, a trueque de seguir viéndola con el pensamiento por el resto de mis días. Entendí luego que el propio Jesucristo me había absuelto de los terribles pecados que en ese punto me martirizaban hasta sentir que el arrepentimiento quemaba mis carnes y mi alma y me hacía clamar por el merecido infierno. Y son esos, amén de la crucifixión de Turner, dos pecados que me he excusado de confesar a Vuestra Merced, siendo que voy firmemente persuadido de estar horro de ellos, por obra y gracia de Nuestro Señor, a quien mi acto de verdadera contrición, moviera a darme la consoladora visión de su Eucaristía. Y en sintiéndome inundado de gratitud, avínome un como desmayo y rodé por la cubierta, de donde me recogiera Pambelé. Llevóme al camaranchón, y era tanto el zarandeo de la borrasca y tan necesario él en cubierta para maniobrar el velamen que, sobre amarrarme a la cama, fuese luego a ayudar a los españoles.

Y así, amarrado por la cintura, el pecho y las piernas, dormí hasta pasado el mediodía. Pambelé me refirió después acá, que a ocasiones había acudido a verme y todas veces me había hallado durmiendo, muy pálido y febril, pero con una sonrisa y tanta serenidad en el rostro como nunca me había visto de antes. Y allí me refirió que la borrasca había arreciado en la noche, y que los españoles decían que por la fuerza del viento en popa, debíamos de habernos alongado mucho hacia el Levante, y a buen

seguro que ya habíamos dejado muy atrás el punto donde teníamos de maniobrar por encaminarnos hacia La Habana y díjome estar muy inquieto, porque los españoles, en habiéndome visto aferrado a las bordas, de rodillas, con los ojos elevados al cielo, al tiempo que las olas barrían la cubierta de popa a proa, barruntáronse que yo estaba loco; mas yo le pedí que confiara en mí más que nunca, pues mi Dios estaba de nuestra parte; y Pambelé porfiaba que yo estaba muy débil y había menester de mucho reposo, y en tocándome la frente dijo tener yo altísima fiebre; pero yo sentía que todo el regocijo y la bondad del mundo cabían en mi pecho, y en medio de aquella borrasca conocí tanta paz, cual nunca había alcanzado en mi entera vida de cuarenta y cinco años, que por esos días los hice. Si Dios en persona me había exculpado de mis mayores pecados aquella noche, daba por cierto que todos otros, los absolverían sus ministros en la tierra, siendo que en confrontación de los primeros, eran de poquísimo momento.

Caí nuevamente en profundo sueño y pasada sería la una de la noche, cuando me despertó una como caricia en la planta de los pies, y sentí que me cogían los dedos y me los apretaban amorosamente. Y luego al punto recordé ser aquel, el modo como mi madre, que Dios la tenga en su gloria, me despertaba de niño. Y al erguirme en el lecho, vi distintamente su imagen, como veo ahora las paredes de esta celda; y mi madre, con su rostro puro y amado, sonríome y me dijo en lengua flamenca: «Ven, sígueme»; y yo, como si nunca hubiera estado enfermo y fuera el más lozano zagal del mundo, levantéme de la cama y la seguí con gran ligereza. Salióse ella a la cubierta, y mucho miróme el ver que en medio del viento y el embate de las olas, no se le despeinaron los cabellos ni se le movieron los pliegues de su vestido. Parecióme oír de lejos la voz de Pambelé, pero mi madre se encaminó, de mí seguida, hacia la proa; y allí, junto del cabrestante, vi distintamente la imagen de San Cristóbal que cargaba en hombros al Niño Jesús; y cuando me volví para interrogar a mi madre, ella había desaparecido; y volví a caer de hinojos en adoración del Niño y luego al punto, ambas figuras convirtiéronse en un fulgor muy grande que se fue menguando, hasta convertirse en una luz a modo de farola, que comenzó a alongarse hacia el Poniente; y yo vi luego ser aquella una señal, y determiné que teníamos de seguirla; y dije a Pambelé que diera traza de maniobrar para el viraje hacia el Poniente; pero uno de los españoles declaró que yo era un muy sandio marino si tal quería hacer, pues por esa banda había un buen porqué de islas y escollos donde, a buen seguro, naufragaría el piloto más pintado y que lo prudente era mantenernos alongados de las costas de Cuba; y no acabó él de declarar sus razones, cuando le descargué tan descomunal puñada en el rostro, que el infeliz cayó derribado sin sentido; y algo debieron de ver todos en mi faz, y mucho debió maravillarlos el ver la fuerza de que daba muestras un enfermo como yo, poderoso a derribar sin sentido a un mozo fuerte y corpulento; y luego al punto sin más porfía, dieron en maniobrar el velamen y el

timón, por seguir el rumbo que yo les indicaba con el brazo desde el punto de proa de donde podía columbrar la luz divina que nos guiaba; y era aún noche cerrada, cuando vimos de presto la fragata entrarse en la bahía de un islote, que era lugar estrechísimo pero abrigado, según lo poco que podíamos divisar en medio de la oscuridad. Soltadas que fueron las áncoras, volví a caer de hinojos en oración y sucedió luego el desmayo, de suerte que Pambelé volvió a llevarme a mi cama, y por fin todos ellos, derrengados y maltrechos como estaban, acostáronse a dormir.

Amanecido ya y reconocido que fuera el lugar, todos quedaron suspendidos y declararon ser milagro el que yo, en medio de tamaña negrura y borrasca, hubiese gobernado la nave hacia aquella bahía, a cuya entrada veíase, de la una parte, una como barra de coral contra quien nos hubiésemos hecho alheña; y de la otra, un bajío arenoso a flor de agua, donde a buen seguro, en tanta riguridad de las olas y del viento, encallara el mejor de los Pinzones, aun bien que fuese de día y conociera el islote como la palma de su mano. De suerte que desde esa mañana, todos dieron en mirarme con un como temor en los ojos, y el que había recibido mi puñada la noche precedente, besóme la mano con que le golpeará y díjome estar persuadido que por medianería mía nos había guiado la mano de Dios, y que en lo adelante haría a ojos cerrados cualquier cosa que yo acertase a mandarle. Y yo, que sentía tanta beatitud en mi alma, abracélo con lágrimas en los ojos e hícelo saber por señas que así era la verdad.

El tiempo había mejorado algo y yo salí a cubierta sin fiebre ni debilidad alguna. Allí, un vizcaíno, que era el mejor marino de todos nosotros, dijo en su trabalenguas que no era aquel tiempo de fiar, y que lo mejor era estarnos allí, al abrigo de aquella bahía, hasta tanto amainara la borrasca de todo en todo, viéramos dónde habíamos fondeado, y pudiésemos tomar posición por los astros y el sol, todo lo cual yo vi ser atinado y muy puesto en razón; y Pambelé añadió que si teníamos de aguardar allí muchos días, él era de parecer de descargar luego el tesoro y enterrarlo, temeroso de que alguna otra nave no diese en buscar el reparo de aquella bahía y saliesen con despojarnos; y así fue también el parecer de todos, quienes, en habiendo explorado tantico el islote, que era muy pequeño, determinaron de ocultar el tesoro en un hueco natural que había en la parte más alta de una colina, y al que luego cubrieron de tierra, guijarros y arena; siendo así que si alguien venía, no acertara a hallar el tesoro en tan desusado escondrijo como la cima de una altura. Y el trabajo que pasamos en cargarlo a hombros, cuesta arriba y por talegas, fue asaz menor que fuera el de cavar un pozo do cupiese todo su volumen; y yo, que había cobrado mis fuerzas, aun bien que sin pensar en lo que hacía y con la mente puesta en mis visiones de las noches antecedentes, también ayudé en el traslado; mas cuando hubimos terminado la cargazón y entierro, les pedí me dejasen solo y me retiré a un lugar apartado, donde me estuve orando hasta la tarde, en que vino Pambelé a traerme agua y comida; y yo

recé mucho por él y por la salvación de su alma pagana, sin parar mientes en el viento ni en la lluvia, que no cesaron en todo el día; y así cerró la noche; mas henchido de una inmensa beatitud, como si en lugar de agua lloviese sobre mi cuerpo y alma un mar de consolaciones, persistía yo de rodillas en la arena, a la espera de una nueva señal de Dios, cuando de pronto surgió en el cielo una luz y vi fulgurar un rayo que me encegueció y estremeció de todo en todo, al punto de creer llegada mi hora; y aun sin lengua, granjeé gritar el nombre de Jesucristo; y sentí estirárseme la piel del rostro y erizárseme los pelos y una cosquilla cual si me estuviesen royendo los huesos; y de presto comenzó a oler a azufre y oyóse un grande estruendo, y en volviéndome, vi arder la fragata sin que el estar mojada de la lluvia de tres días, estorbara al rayo de incendiarla. En acercándome a ella en el esquife, que me aguardaba en la marina, comencé a dar mis deslenguados gritos y llamé a Pambelé con el mismo alarido al que entrambos estábamos usados, cuando morábamos en nuestra isla, y en ese punto y sazón, cesó la lluvia y de entre las llamas pareció San Cristóbal, esta vez sin el Niño, meneando la cabeza; y comprendí que todos seis habían muerto fulminados por el rayo; y allí fue el echarme a llorar por Pambelé, y el preguntarme por qué Dios, en sus insondables designios, salvaba al abominable pecador que era yo, y condenaba al pobre amigo mío y a los seis españoles.

Y ahora, torno a jurar por Jesucristo, Santa María y Todos los Santos, no haber faltado un punto a la verdad en cuanto he dicho y diré.

San Cristóbal, que se había apostado por cima a la proa de mi esquife, volviómeme la espalda suspendido en el aire, hízome señal de que lo siguiese y comenzó a alongarse sobre las aguas, cada vez más aprisa, hacia la salida de la bahía; y allí convirtiósese en la misma luz de la noche antecedente, que comprendí ser la luz con que guía a los viandantes.

Remé mar adelante sobre el agua plácida, pues muy de presto habíanse quietado las olas y la mar veíase como un lago. Antes del amanecer arribé a una isla grande, desde la cual, por el humo de la fragata que aún ardía, vi distintamente cuál era la posición de la nuestra, y marquéla prolija e indubitadamente en mi memoria; lo cual fueme hartamente manual, siendo que estaba como enhilada en una suerte de rosario cuyas cuentas fuesen los varios islotes pequeños, en guisa de arco, que por allí había puestos; y a esa sazón, habíame quedado solo en aquella isla, do la luz de San Cristóbal extinguiérase en llegando a ella, de suerte que para mí ya no hubo más sino dormir hasta el mediodía, pues mucho me lo pedían el cuerpo y el alma, tras aquel día tan cargado de trabajos y pesadumbre.

En despertándome, el tiempo había mejorado de todo en todo y quise remar hasta la costa; pero luego mudé parecer y propuse de aguardar la noche por ver si parecía, vez tercera, la luz del Santo; lo cual avino puntualmente con las primeras sombras. Y esa noche me condujo a tierra y de allí en adelante, en alongándose siempre hacia el

Poniente, señálome el camino noche a noche. Apostábase sobre la copa de un árbol, distante una media legua; y cuando me le acercaba tantico, tornaba a alongarse hasta la cima de un cerro; y así, de hito en hito, condújome hasta esta su ciudad de La Habana. Y como el patrono que es della, aguardóme a su entrada y condújome diestramente por sus calles, hasta este convento de Santo Domingo, adonde llegamos a la hora de maitines, cuando los religiosos entraban en procesión a la Iglesia de San Juan de Letrán; y la luz de San Cristóbal, que siempre ha sido amigo de viajeros y marinos, posóse sobre la cabeza de Vuestra Merced, entendiendo yo al punto, que el santo me lo significaba para confesor de mis pecados; y siendo que Dios, en su misericordia divina, ha sido servido de volverme a su seno, quise primero confesar las culpas que ya Vuestra Merced conoce, y entregarme luego al Santo Oficio, para que por él se cumpla el designio de Nuestro Señor; mas primero de lo tal hacer, es mi voluntad que el tesoro que Dios ha puesto en mis manos, se desentierre y sirva de todo en todo a Su gloria. Estoy persuadido de que en viendo Dios mi verdadera contrición y fervoroso arrepentimiento, ha determinado de salvarme; y la salvación de mi alma, es mi tesoro mucho máspreciado que todo el oro y pedrerías del mundo, lo que de grado renuncio a trueque de retornar a la grey de Cristo; y vuelto a su seno, creo con más fervor que de antes, en la Santísima Trinidad y en todos los dogmas de la Santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, Vicario y Visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, que lo fuera de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia.

Del tesoro hagan Vuestras Mercedes y los de su orden, lo que más puesto en razón y santidad estuviere, para mayor gloria de nuestra fe. Síganse puntualmente las señales que dejo significadas en los dibujos de la carta acompañante de ésta, mi última jornada. Y así concluye mi confesión a los cinco días del mes de julio del año de mil y seiscientos y veintiocho. Dénseme las debidas penitencias y hágase de mí lo que Dios, por el ministerio de Vuestra Merced sea servido pararme, que yo de mío, espero su perdón en todo sosiego y paciencia, pues muy a las claras me ha dado la señal de su infinita misericordia. Hágase su voluntad. Amén.

Álvaro de Mendoza.

Santa Lucía, octubre de 1959

Querido padre Castelnuovo, infatigable amigo:

Su llamado telefónico me cogió por sorpresa. ¿Cómo hizo esta vez para encontrarme?

Mi hijo murió en agosto del año pasado. Tenía cuatro meses. Fue un golpe rudo para ambos. Y volví a la coca.

Julia es una buena mujer, pero extremadamente convencional, incapaz de comprender lo que puede haber de complejo en mi vida. Mientras la vi como madre de mi hijo fuimos aburridamente felices: un par de matrimonios amigos, reuniones anodinas, partidas de cartas, algún fin de semana en el Tigre, en Mar del Plata, conversaciones de política y negocios. Muerto el niño, nos separamos. La idea del suicidio me rondaba.

Sería muy largo explicarle las causas que me trajeron de regreso al Uruguay. El hecho es que un día conocí en Montevideo al Dr. Zamorano, un siquiatra que frecuenta uno de los antros adonde yo iba. Nos hicimos amigos y me convenció de que quien consume drogas necesariamente está loco. Me ofreció sus servicios y una clínica gratuita. Acepté y vine con él a la Colonia Etchepare, donde trabaja desde hace años. Ya llevo tres meses aquí. Y en este ambiente, en vez de convencerme de mi locura, hoy dudo de la cordura de todo el mundo. El propio Dr. Zamorano fue sorprendido la semana pasada orinando de madrugada en el armario del comedor, donde se guarda la vajilla de los médicos. Y el director no se queda atrás. Se llama De la Llosa. Ha inventado un tratamiento de «laborterapia» que consiste en uncir unos cuantos pacientes a vehículos de tiro y ponerlos a realizar trabajos de acémila. En los congresos proclama haber obtenido resultados formidables, pero no logra convencer a los locos. Ya ha habido dos intentos de asesinarlo. Quevedito, un exhibicionista que los jueves, día de la visita, se empelotaba y viajaba a la luna mediante desenfundadas carreras por el patio, lanzando chiflidos estridentes, intentó matarlo hace unos días instigado por otros. De la Llosa bajaba los peldaños de su oficina y se le echó al cuello. Hubo que sacárselo entre cuatro. Al pobre Quevedito lo enviaron al pabellón de los agitados y lo pusieron en manos de Contursi, un enfermero temible por su sevicia, que hace un tiempo mató a un catatónico. Se propuso levantarlo del piso y le dio tantas patadas que lo mató. Le jodía, según dijo, que el tipo nunca se moviera y se había empecinado en ponerlo a correr. Aquella desventurada masa de carne murió entre gemidos. Contursi sólo recibió una amonestación. No he querido ni averiguar sobre la vida de Quevedito.

Sin embargo, pese al horror cotidiano, la Colonia Etchepare tiene sus encantos. A

orillas del Santa Lucía, con una extensión de setenta hectáreas, ofrece un paisaje bucólico. Después de medio día corre siempre una brisa perfumada; y por el lado del río se ven unos atardeceres flagrantes, entre sauces llorones.

Los pacientes estamos divididos en lúcidos, mentales y agitados; o sea: locos a medias, como yo, locos mansos y locos furiosos, que son los únicos sometidos a pabellones carcelarios. Los lúcidos y mentales, que por prerrogativas diversas estamos exentos de laborterapia, podemos deambular libremente por los predios de la Colonia. Podemos, por ejemplo, encender en cualquier parte un fogón nocturno, tomarmate, preparar un asado. A veces damos largas caminatas en grupo. Y es raro, padre: nos reunimos para hablar en voz alta, cada uno consigo.

Todos cogemos un palo que nos sirva de bastón. Nadie sale a caminar sin él. Los golpes isócronos nos permiten acompañar la marcha del grupo. Eso nos da unidad y la suma de monólogos parece una oración. A veces nos cruzamos con otros grupos parlantes. Nadie se mira, nadie se saluda. Cada loco con su tema.

El bastón nos sirve, además, para floearnos con molinetes, adoptar posturas de pisaverdes, defendernos del ataque de un agitado eventual; o para atizar las brasas en los fogones, desprender frutos de los árboles, hurgar en las cuevas de las comadrejas; y en los coloquios, para tener las manos ocupadas o señalar una belleza del paisaje.

Adiós, padre; han venido a buscarme para un paseo. Dentro de media hora se pondrá el sol entre los sauces del río. Hay nubes altas y un horizonte despejado.

Un gran abrazo,

Bernardo.

TERCERA Y CUARTA MISIVAS

Las últimas cuatro cuartillas corresponden a dos misivas (n. III y n. IV) añadidas a la Confesión. Por hallarse en la base del legajo y sin contratapas que las protegiesen, aparecieron mutiladas en su tercio superior. Faltan, pues, los respectivos comienzos y finales de estas «Misivas», cada una de las cuales, en la letra grande y muy explayada del autor, ocupa una hoja y parte de otra, por una sola cara.

Nota del Editor

III

... sobremodo honrado en viniendo a noticia de la generosa determinación del Prior de Santo Domingo.

Por lo que hace el caso del crucero, estoy de parecer que no debemos partirnos en la fragata que se aconseja, ni hacernos a la vela con tanto marinaje, siendo que a buen seguro, algunos pondrán lengua en lo que vieren o barruntaren; y antes doyme a entender, que mejor se nos emplea comprar un pequeño bergantín que, con el favor de Dios y de la misma luz que hasta aquí lo ha guiado, este criado de Vuestras Mercedes ser bastantísimo a gobernarlo, con sólo la ayuda de fray Tomás y fray Felipe, de quienes es fama ser bonísimos marinos y conocedores de estos derroteros de los mares de...

IV

... navegamos hasta las dos del día e hice experiencia de ser sobremodo marinero. A lo que se me alcanza, va muy puesto en razón el precio que se pide. Si Vuestras Mercedes se avienen con ello, estoy de parecer que lo compremos luego, y demos orden en hacer las sobredichas reparaciones del timón y la quilla quienes, más el trabajo de los calafates, pueden concluirse en obra de cuatro a cinco días, de suerte que mediando este mes, estemos de todo en todo aparejados para hacernos a lo largo...

SEGUNDA PARTE

LA HABANA, 26 de setiembre de 1988,
Ministerio del Interior.

... y después, creo que en abril o mayo del 76, Emilio nos envió desde Caracas un rollo de microfilms, sí sí, un paquetico así, yo lo recibí personalmente cuando todavía me ocupaba de Venezuela, y semanas después una junta de expertos analiza los materiales y resultan ser los modelos matemáticos para un localizador de submarinos atómicos en el que estaba trabajando la armada gringa y venían también las fórmulas de un plástico que captaba las emisiones de un láser azul, sí sí, figúrese Coronel, el correcorre que se formó en el Ministerio fue del carajo, y venía todo completo, fundamentado y tal, y la Superioridad ordenó que estableciéramos de inmediato contacto con Emilio, que había que enviar gente nuestra a Caracas para tratar de sacarle toda la información posible sobre el origen de aquellos microfilms... ¿Cómo? No, Coronel, quién se iba a imaginar que un eventual, un simple informante, desprovisto de técnicas y experiencia, hubiera conseguido copias de un materialazo como aquél, y entonces me dicen que soy yo el que tiene que ir con la misión de averiguar cómo era que Emilio había obtenido los microfilms, cuándo, dónde, ya usted sabe Coronel, pero la verdad es que pude averiguar muy poco, porque Emilio estaba trancado a no decir nada, que se los había dado un amigo, y que un amigo y que un amigo, y más na', y que el amigo no lo había autorizado a revelar su nombre, ni a hablar sobre cómo había conseguido aquello, y yo convenciéndolo de que nos lo presentara, que nosotros también queríamos ser amigos de su amigo, una amistad sólida, para la causa común, tratando de ablandarlo, pero qué va, Emilio cerrado a la banda, que no y que no, y haciendo muecas, que ésa no era la situación, y yo insistiendo, que de todos modos era indispensable conectarse con ese hombre, tratar de establecer una colaboración permanente y taotao, porque si ese amigo había podido llegar una vez a las entrañas del monstruo, por qué no podría... y Emilio que no, que yo me apeara de aquella nube, que le creyera a él, que le tuviera fe, que aquello no daba para más, y el hecho de que aquel material hubiera llegado a nuestras manos, era obra de un azar irrepetible, y que conocer los detalles de ese azar, en nada beneficiaría a la Inteligencia cubana, y al final, lo único que pude sacarle, fue el lugar del hallazgo, que había sido una caja fuerte, la caja fuerte privada de un alto funcionario de la ITT adonde, por error, alguien había supuesto que guardaban un cuadro robado que después resultó ser una copia, y cuando yo quise insistirle se paró encabronado y literalmente me dijo que no lo jodiera más... ¿Emilio?, no no, Coronel, un tipo cheverísimo, y después de aquello no le volví a tocar el punto, porque de verdad, me convenció de que no guardaba nada importante para nosotros, y así lo informé a mi regreso.

—¿Y los microfilms?

—De eso no supe nada concreto, Coronel —se lamentó el mayor Veraguas—. Usted sabe cómo es eso, cuando la gente de Inteligencia Científica mete la mano...

El Coronel, ya de pie, asintió en silencio.

—Aunque... —añadió Veraguas, picoteando con el índice sobre el buró—, en el expediente de Emilio yo incluí un artículo de una revista española, sobre algo que se relacionaba con el «caso azul».

—¿...?

En cuanto salió Veraguas, el Coronel apretó la tecla del intercom:

—Tráeme el expediente de Emilio, en Venezuela.

El teniente Osuna frunció los labios y miró la hora. Tenía hambre. Abrió una ventanita que tenía a su izquierda y dijo:

—Tráeme el expediente de Emilio en Venezuela. A los cinco minutos, la sargento Rosita se asomó a disculparse. El expediente era muy gordo y estaba en lo más alto de un estante.

Osuna caminó hasta el archivo, se encaramó en la escalerita y en efecto, la teniente no hubiera podido con aquel legajo. Hacían falta manos fuertes para cogerlo.

Osuna estuvo un rato forcejeando, hasta que logró extraerlo de una apretadísima hilera de expedientes.

—No lo conozco y ya me está cayendo gordo el Emilio éste —comentó Osuna.

Rosita soltó una risotada.

El teniente, con los ojos cerrados, dio un palmetazo sobre la caratula que soltó una lluvia de polvo.

—¡Uff! —protestó la muchacha y huyó de la habitación.

Mientras regresaba a su buró, Osuna pensó que por el tamaño del expediente, el tal Emilio debió de haber colaborado intensamente en alguna época. Pero el polvo le confirmaba que estaba inactivo desde hacía años. Diez minutos después, el Coronel lo recibía, desempolvado, en su despacho.

COMERCIO Y TECNOLOGIA

Barcelona, setiembre de 1979

En la sección «De fuentes no confirmadas»... (pp. 65-67), el mensuario de la Cámara de Comercio e Industrias de Catalunya, incluyó la sorprendente noticia, que transcribimos a continuación:

Gran revuelo en los medios de la tecnología electrónica y electroóptica, causó la

semana pasada, la noticia de que la Oficina de Patentes del Reino Unido había concedido el registro legal a un plástico sílicofluorado de producción cubana, cuya marca comercial es Sibonex. Este nuevo material, que presenta asombrosas propiedades ópticas, promete revolucionar la construcción de detectores de alta energía, y condenar a la obsolescencia, a muchas sustancias poliméricas con propiedades especiales. El asombro de los medios especializados se debe, en primer lugar, a que no se tenía información de que los científicos cubanos hubieran desarrollado trabajos de importancia en el campo de los plásticos; y luego, a que la patente se concediera poco después del viaje a La Habana de un equipo técnico de la Unicom Electro-Optical Instruments Co., que incluía en su nómina a Sir Howard Redfield, uno de los fuertes aspirantes al Premio Nobel de Física del pasado año, por sus descubrimientos en el campo de los láseres azules. (¡¿?!)

«Y si a esto unimos la reciente noticia de que la invención ha sido patentada también en todos los países del Este, habrá nuevas razones para la sorpresa de los técnicos».

El Coronel repuso el artículo en el sobre y lo añadió al expediente.

—Por favor, Juanita, localízame al doctor Infante, en la Fiscalía.

EMILIO



í, que pasen.

Un mayor del Ministerio del Interior y otro hombre alto, canoso, de pelo revuelto ¿sesenta y cinco años?, con un maletín en la mano, entraron al despacho.

—Tomen asiento, por favor —dijo ella—. El doctor los va a recibir enseguida.

«Coño, este viejo es igualito a... ¡a Marcelo Mastroiani! Pero más guapo...»

En efecto, facciones regulares, firmes, figura esbelta, más alto y flaco que Mastroiani...

El Mayor traía la cara sudada y se puso a secarse con un pañuelo.

—Treinticuatro a la sombra —comentó la señora, solidaria—. Acaban de darlo por Radio Reloj.

Aquello desató una comparación sobre la humedad y el calor en La Habana, Montevideo, Maracaibo, La Guaira, Santiago de Cuba.

La secretaria observó que el viejo no hablaba como venezolano sino más bien como argentino. Pero había mencionado Montevideo. ¿Sería uruguayo?

En eso, el Fiscal General de la República de Cuba en persona, se asomó a la puerta del despacho.

—¿Mayor Veraguas?

—Mucho gusto, doctor.

—El gusto es mío, adelante, pasen.

—Emilio Casavieja, el doctor Infante —presentó Veraguas. A Emilio se le cayó una libretita y el Fiscal esperó con la mano extendida. Con gran agilidad, el viejo se agachó para recogerla, casi sin doblar las rodillas.

—Mucho gusto, doctor —dijo, enfrentándolo con los ojos negros muy abiertos.

Tenía una mirada vivaz y la voz algo aflautada. Vestía una camisa sport sin cuello. Unas canas ensortijadas le caían sobre la frente.

«¡Qué viejo tan pepillón!», pensó el Fiscal.

—¿Le anunciaron del Ministerio nuestra visita? —preguntó Veraguas.

El Fiscal asintió con un gesto seco.

Un brevísimo diálogo, iniciado por el viejo, volvió a versar sobre los treinticuatro a la sombra.

El Fiscal encendió un cigarro, se enderezó en el asiento, sacó del bolsillo interior de la chaqueta una pluma, arrimó un bloc de notas y se quedó mirando a Veraguas, como diciéndole: «Dale, dispara de una vez». Era evidente que daba por terminado los preámbulos.

Veraguas era un hombre pequeño. Adelantó el busto y empinado sobre la punta del asiento, comenzó a murmurar:

—El compañero Emilio, es un amigo de la Rev...

—¿El compañero qué? —preguntó el Fiscal, con cara de pocas pulgas.

Oía perfectamente, pero siempre que un oficial de la Seguridad se ponía a susurrar como si estuviera conspirando, él se hacía el sordo y lo obligaba a hablar alto. «¡Qué carajo!»

—Emilio —repitió Veraguas—. Le decía que es un amigo de la Revolución y ha colaborado con nosotros desde Venezuela en varias ocasiones.

El Mayor había puesto una mano protectora sobre el hombro de Emilio y hablaba con una sonrisa de niño bueno que al Fiscal le alborotaba la bilis.

—Por encargo del Coronel Eric Fernández vengo simplemente a expresarle que se trata de un hombre de nuestra confianza y a rogarle que lo oiga unos minutos. Eso es todo. Pero primero le ruego que lea este resumen del expediente de Emilio como colaborador nuestro.

El Fiscal recibió los cuatro pliegos doblados y se puso unos lentes:

CRIPTONOMA: Emilio Casavieja.

ALU136CCL (Clave htx).

NOMBRE: Carlos Castelnuovo Lombardo.

NACIDO: El 23 de noviembre de 1913.

«¡Coño! ¡Increíble que tuviera setenta y cinco años! Parecía mucho más joven... ¿Qué rayos andaría buscando en la Fiscalía y con tanto apoyo de los guardias?»

PADRE: Enrico Castelnuovo del Vecchio.

MADRE: María Josefa Lombardo Fuentes.

ESTADO CIVIL: Soltero.

HIJOS: No tiene.

LUGAR DE NACIMIENTO: Colonia del Sacramento, Uruguay.

ESCOLARIDAD: Primaria en Montevideo, Seminario católico en Buenos Aires, estudios sacerdotales en Italia y Bélgica.

Ordenado en Lovaina en 1939.

«¡Vaya, carajo! ¿Un cura?» Si al Fiscal lo hubieran puesto a acertar, nunca se le habría ocurrido.

CURRICULUM PROFESIONAL Y POLÍTICO

1939

Obtiene el Doctorado en Teología *summa cum laude*.

1940-42

Adscrito a la Curia de Montevideo, integra la comisión investigadora que prepara la pastoral de la Arquidiócesis.

1942-47

Párroco de la Iglesia del Reducto. Intensa actividad caritativa y social, desacuerdos con el Arzobispado. (Véanse adjuntas, fotocopias de su correspondencia con curas obreros de Francia e Italia; carta al Arzobispo de Montevideo, guía cristiana», *El Bien Público*, Montevideo, 16 de agosto de 1947; «Néotomisme et Sacerdoce», *Revue Philosophique de l'Université Catholique de Louvain*, Lovaina, abril de 1948).

1947-53

Demovido a la condición de párroco auxiliar de la diócesis de Paysandú en represión por sus recientes desacuerdos con el Arzobispado. (Véase: *Sacerdocio o brujería*, Imprenta Lozano, Paysandú; «La religión y los cambios socioculturales en el campo uruguayo», *Marcha*, Montevideo, noviembre de 1950).

1953-60

Párroco de Piedra Sola, población de 1 200 habitantes en el interior del Departamento de Tacuarembó. (Véase su correspondencia con el Padre Camilo Torres Restrepo, con Monseñor Gerardo Valencia Cano, con el Arzobispo de Cuernavaca, con el Padre Carlos Manuel de Céspedes, y sus artículos del período marzo-agosto de 1953).

1960

Carta del 20 de mayo a Su Eminencia, Monseñor Fabre, donde solicita los trámites canónicos para su reducción al estado laical.

1960-67

Intensa prédica sindicalista y revolucionaria entre el campesinado del norte uruguayo, el litoral argentino y el estado brasileño de Río Grande do Sul. Durante este peregrinaje de siete años, junto con una intensa agitación de masas, funda y financia* *con fondos cuyo origen no ha explicado*, siete escuelas, tres bibliotecas campesinas y un pequeño hospital. Su labor más destacada, fue la creación de sindicatos cañeros en el Departamento de Artigas.

1963

Primera visita a Cuba. (Cf. ALU, L36)

1965

Segunda visita.(Cf. ALU, L122)

1966-70

Activa militancia en el MLN Tupamaros (Cf.ALU, L122, 123, 124)

1970-72

Preso en las cárceles de Libertad, El Cilindro y El Infierno. Padebió fractura de una clavícula, desgarramiento y quemaduras de segundo grado en el esfínter anal, picana eléctrica, submarino. En julio* de 1972, un amigo cuya identidad se reserva, mediante un cuantioso soborno a jefes de la policía y un simulacro de acción armada urdido por el propio ejército uruguayo, logra propiciar su fuga en oportunidad de un traslado de cárceles, y su inmediata salida hacia La Habana, vía Chile. Desde agosto hasta diciembre de 1972 estuvo cinco meses hospitalizado en Cuba y recuperó veinte kilos de peso. (Véase foto de enero de 1972 a su llegada).

1973-78

Se instala en Caracas, donde publica la serie adjunta de artículos en diversos periódicos de izquierda. Se destaca en la solidaridad con los presos políticos del continente.

* En 1976 presta una valiosísima colaboración, descrita en el caso Azul (R-177, secreto máximo), y participa valientemente en la actividad contra los criminales de Barbados. (Véanse las partes IV y V de este expediente).

El Fiscal se quitó los lentes, dobló cuidadosamente los papeles y se los devolvió al Mayor.

—Veo que ha tenido una vida agitada y valerosa —comentó, con su primera sonrisa—. Lo oigo...

Emilio recogió los papeles de la mano de Veraguas, que ya iba a guardarlos en un bolsillo, los desdobló, pasó la primera página hacia atrás y los volvió de frente al Fiscal.

—Fíjese, doctor, que hay unos asteriscos al margen...

—Sí, en efecto, y unos subrayados —asintió el Fiscal.

—Pues, bien; los fondos para las escuelas, bibliotecas y el hospitalito, provenían de un amigo mío, llamado Bernardo Piedrahita; el mismo amigo mencionado más adelante, que sobornara a la policía uruguaya para sacarme de la cárcel; de él proceden también los microfilms del detector de submarinos que yo hiciera llegar a Cuba.

El Fiscal oía sin parpadear.

—Permítame añadir —interrumpió Veraguas—, que esos microfilms nos fueron sumamente útiles y que el Ministerio valora altamente la actitud de Bernardo

Piedrahita y de Emilio...

«¿Y a mí qué carajo me importa lo que valore el Ministerio...?»

—Prosiga, por favor —interrumpió el Fiscal, dirigiéndose a Emilio.

Lo irritaba que los guardias hablaran de «el Ministerio» a secas, como si el de ellos fuera el único.

Emilio captó el malestar del Fiscal y se apresuró a intervenir.

—Pues bien, doctor, lamentablemente, mi amigo Bernardo Piedrahita, ciudadano uruguayo, está preso en Cuba, acusado de entrar ilegalmente al país.

—¿Por qué lugar? —inquirió, casi indiferente el Fiscal.

—Por Cayo Pepe —dijo Veraguas.

El Fiscal hizo un gesto de extrañeza; abrió un cajón, sacó un libraco indizado de tapas negras y buscó algo.

—El infiltrado capturado en Cayo Pepe se llama Manfredo di Costanza y es un ciudadano italiano —dijo el Fiscal, alzando las cejas.

—Entró con un pasaporte falso —dijo Emilio, mientras abría el maletín que tenía sobre las rodillas—. En estos cuatro sobres, que les ruego leer en orden alfabético, hay argumentos y testimonios que pienso podrían servir para la defensa de Bernardo; pero... quisiera sentirme seguro de que caerán en manos de una persona sensible.

—No entiendo —dijo el Fiscal, otra vez con brusquedad.

—Yo estoy persuadido de que Bernardo no está en sus cabales.

—Si la defensa argumenta en ese sentido, puede tener usted la certeza de que una junta médica estudiará al acusado.

—Peroyome sentiría mejor si contara con que estos materiales sean leídos por una persona ilustrada.

—¿Supone usted que en nuestra Fiscalía hay gente no ilustrada?

—No tengo por qué suponer, doctor, que en un país donde hace treinta años había un alto índice de analfabetismo, tenga muchos instructores fiscales ilustrados.

Al ver a Veraguas incomodísimo revolviéndose en su asiento, tratando de terciar en una bronca inminente, el Fiscal se llenó de simpatía por Emilio. De verdad que tenía cojones el curita.

—Tiene razón —dijo el Fiscal—. Pero si piensa bien las cosas, eso nos honra.

Castelnuovo vio llegado el momento de tirársele a fondo.

—Como revolucionario estoy de acuerdo —dijo—. Pero como amigo de Bernardo, preferiría que usted mismo leyera estos materiales.

—Está bien —dijo el Fiscal, halagado, puesto ya de pie—. Se lo prometo.

En cuanto me forme una opinión ¿a quién debo llamar?

LECTURAS

Mientras el coche avanzaba por Prado, el doctor Infante abrió el sobre que le entregó su secretaria al salir y se puso a leer su contenido.

FISCALIA PROVINCIAL DE SANTA CLARA

CAUSA No. 366

(Minuta)

El 15 de setiembre de 1988, en Cayo Pepe, al norte de la provincia de Santa Clara, el cuerpo de Guarda fronteras capturó una lancha procedente de Cayo Hueso, tripulada por un ciudadano, portador de un pasaporte italiano a hombre de Manfredo di Costanza. Al detenerlo, se halló en el interior de su lancha un pico y varias palas. En el interrogatorio declaró que venía a desenterrar un tesoro. Al pedírsele que señalara el lugar, se practicaron las mediciones correspondientes, con equipos detectores de metal. En efecto, se pudo establecer que en el punto señalado por el detenido, se concentraba una cantidad mucho más elevada que en zonas adyacentes. Al procederse a la excavación, aparecieron 6 cañones antiguos, 4 culebrinas, 6 espadas y 4 ballestas, armas del siglo XVII, en buen estado, que los técnicos de la firma CARISUB evaluaron en su conjunto en 180 000 dólares. El acusado aduce que su intención era detectar primero el tesoro, salir del país, y luego efectuar ante nuestras autoridades, los trámites pertinentes a la excavación. Al preguntársele por qué no hizo los trámites previamente, declaró que tenía un «vínculo emocional» con aquel tesoro cuya pista siguiera durante 360 años (sic). Sostiene que en su persona está reencarnado el espíritu de un tal Álvaro de Mendoza y que al excavar en el lugar, quería estar solo. Y añadió que el verdadero tesoro no eran aquellas armas, sino tres baúles repletos de joyas y lingotes de oro. El instructor fiscal, doctor Evelio Fernández Ríos, de la Fiscalía de Santa Clara, prepara la acusación por violación del art. 215, inciso 1^o de la ley no. 62 del Código Penal; como asimismo, por intento de violación del art. 244 de la suprascrita ley, que sancionan respectivamente la entrada ilegal en el territorio de Cuba y los delitos contra el patrimonio nacional, para lo cual se contempla una sanción conjunta que, según lo dispuesto en el art. 56 del Código Penal, prevé cinco años de privación de libertad.

Cuando enfilaban hacia el Vedado, el mar se vio inusualmente inquieto. Al romper las olas, una columna de espuma se elevaba varios metros y el viento las impelía contra el Malecón. El chofer miró hacia atrás, pensando en hacer una U y regresar por Prado, para tomar otra calle.

—Sigue por el Malecón —le ordenó Infante.

—Pero doctor, el salitre...

—¡Dale, dale! ¡Al carajo con el salitre! —reiteró y cortó toda posibilidad de réplica con la inusitada brusquedad de la orden.

Aunque el salitre le estropeará la carrocería, mientras el oleaje no llegara a niveles de furia, el Fiscal de la República nunca se privaba de aquel desquite. De niño, como hijo de ricos, envidiaba a los que tenían padres negligentes que les permitían desafiar las olas semidesnudos, burlarse de catarros y pulmonías. Su chofer, en cambio, que le manejaba hacía ya veinticinco años, sufría por los carros como si fueran sus hijos.

Con la vista perdida en el mar, recordó una frase latosa y decadente que una vez memorizara de niño, para impresionar a un cura, cuando estaba pupilo en el Colegio de Belén: «Esas olas que vienen y van, que al estrellarse contra los arrecifes se deshacen en espuma, son la imagen de nuestra vida llena de esperanzas, derrotadas ante la dura realidad...» O algo así. Una estupidez; pero nunca la había olvidado. «Igual que Piedrahita» pensó, «que todavía recuerda algunas de sus lecciones de primaria».

Esa mañana había leído las 74 páginas contenidas en los sobres A y B, donde se incluía una autobiografía interrumpida de Bernardo Piedrahita y una selección de su correspondencia con el cura Castelnuovo.

«Habría que justificar un traslado de la causa desde Santa Clara a La Habana», se dijo, con la vista fija en el Malecón del Vedado. A la altura de La Rampa, la espuma subía como un geiser que al dispersarse en la altura, velaba la vista de los edificios.

De aquellos dos documentos que leyera en su despacho, surgía un personaje sumamente atractivo, conmovedor por momentos. Había sentido una inmediata simpatía. Y algunas coincidencias: talento matemático, afición literaria, espíritu de aventuras, educación jesuítica... La gran diferencia era el contraste en la infancia: Piedrahita la tuvo rica y patética; la suya había sido recoleta y anodina.

Al pasar frente al Parque Maceo, una ola estruendosa les cayó encima e hizo cimbrar el vehículo.

—¿Ve, doctor? —le reprochó el chofer.

Infante no le contestó. Iba pensando que si la Revolución no lo hubiese absorbido durante treintiséis años, él seguramente habría sido un trotamundos. En el 51 ya se había peleado con el viejo, que lo tildaba de comunista, y había desgarrado de la casa. De no mediar la consigna de capacitarse en beneficio del país, ni siquiera habría terminado su carrera. Y ese Piedrahita encarnaba exactamente lo que él soñara para sí, en su adolescencia, antes de ofrecérsele la gran aventura de la lucha armada: ser un eterno viajero; y como expresión de rebeldía ante este mundo de mierda, metalizado y rapaz, convertirse en un pícaro *gentleman*, ilustrado, filántropo, un poco excéntrico... Quizá conviniera volver a hablar con el cura y sacarle más información

sobre el personaje de Piedrahita. Su autobiografía era un banquete.

Infante se había marchado del despacho más temprano que de costumbre, porque quería ponerse a leer el contenido de los dos últimos documentos aportados por Emilio. El sobre C, que era el más abultado, contenía un tomito en español antiguo, titulado: *La confesión de Álvaro de Mendoza*, en cuya tapa anterior habían pegado una nota que decía: «Este es el documento histórico que narra la historia del tesoro».

Comenzaba a darse cuenta de que Emilio tenía razón. Aquellos materiales tan singulares, no debían caer en manos de un instructor fiscal poco ilustrado.

En el sobre D, Emilio había añadido una pequeña carátula donde decía: «Última carta de Bernardo Piedrahita a Carlos Castelnuovo, poco antes de su intento de desenterrar el tesoro, donde fundamenta su convicción de que el tesoro existe y las razones por las cuales procedió como procediera. (Ver muy especialmente la parte final, donde ya se evidencian sus afectaciones mentales)».

«¿Se habrá enloquecido Bernardo?»

Al apearse en el garaje, aguardó a que Tomás cerrara el portón de hierro, y luego silbó para que soltaran a los «ilegítimos». Siete perros pequeños se abalanzaron ladrando. Los había rabimochos, bizcos, cojos, con peladillas. Todos le expresaban su amor con lambetazos, gemidos, apremios, celos perrunos por recibir al amo, gruñidos, mordiscos, empujones. Infante nunca había tenido perros de raza. Se los encontraba en la calle y los hospedaba sin más. Un diplomático belga, miembro del Kennel Club, que hablaba con sus canes en alemán, había dicho que los de Infante no eran legítimos. Él había tratado de explicarle que todo ser vivo es legítimo; pero el tipo, que era incapaz de diferenciar entre legitimidad y *pedigree*, no dio el brazo a torcer.

Se alegró de estar solo aquel día en la casa. Su mujer, con la hija y los nietos, se habían marchado desde temprano a la playa y no volverían hasta el domingo por la noche.

Subió a la segunda planta y dejó los materiales en la biblioteca. Calculó que las 180 páginas de *La confesión de Álvaro de Mendoza* le tomarían unas seis horas. ¿Qué carajo significaría la locura aquella de la reencarnación? Ése era un tema que siempre le había hecho cosquillas. Pese a sus convicciones marxistas, Infante nunca había abandonado su fe en la existencia de un Dios, ordenador del mundo; y si no creía firmemente en la supervivencia del alma, por lo menos *deseaba* creer.

Después del baño, en pijama, bajó al comedor. Amelia le sirvió el almuerzo en la enorme mesa que fuera de sus bisabuelos. De los pocos caprichos que le quedaban de niño rico, estaba el de comer siempre en una mesa bien puesta, con la mejor mantelería y vajilla.

—¿Quieres dulce de coco, Panchi? —le ofreció la cocinera—. Lo hice esta

mañana.

—No Mimi, dame un café bien cargado —pidió Infante.

La negra anciana se alejó gruñendo. Su mole adiposa se alejó con un bamboleo de pata matriarca. Ya estaba un poco chocha y le fastidiaba que el niño Panchi ya no quisiera comer sus dulces por cuidar la línea.

«¡Qué cabrón!», se dijo Infante, cuando terminó de leer *La confesión*.

En ese momento se oyó el cañonazo de las nueve. Siete horas le había llevado la lectura. ¿No era demasiado? Recordó que al principio, el español antiguo le había obligado a leer muy despacio; pero después de la «Tercera jornada», familiarizado con el lenguaje, había avanzado con buen ritmo. Y el suponer que ese tesoro, enterrado por Álvaro de Mendoza y sus amigos en 1628, efectivamente hubiese estado en ese lugar, lo estimuló a terminar con mejor ritmo. En toda su vida profesional, no recordaba un solo caso en el que se presentaran documentos tan originales y eruditos para una defensa. Se preparó otro café, encendió un tabaco y se arrellanó en una butaca. Abrió el sobre D y se puso a leer el documento:

Milán, 6 de agosto de 1988

Querido Carlos:

Por motivos que más adelante comprenderás, voy a repetirte en detalle, una historia que hace más de diez años, Elena y yo te contamos en Punta del Este.

La confesión de Álvaro de Mendoza, con los comentarios del doctor Juan Ángel Polo, se editó en Madrid en 1941; pero yo no la leí hasta el 48. Era la época en que me ganaba la vida con el radioteatro en Montevideo.

Inducido por las escépticas conclusiones del erudito Juan Ángel Polo, durante años creí que el relato de Álvaro fuese obra de ficción, escrita por algún poeta aventurero del siglo XVII; pero la conservé en la memoria. Nunca habría olvidado el nombre sonante de Fray Jerónimo de las Muñecas.

Y en el año 49, que fue el de mis mayores plagios y *contaminaciones*, la historia me dio pie para un libreto de aventuras, donde si bien deformaba el relato de Álvaro, mantuve al personaje y también a Fray Jerónimo.

Me enamoré de aquel bastardo flamenco que fuera también pícaro español, capitán holandés; tahúr, cantaor y cuatrero en Andalucía; mercenario en Oriente; gitano por media Europa; pirata en el Caribe; y por si fuera poco, poeta docto, enamorado del Mantuano, políglota, ¡qué sé yo!... La peripecia, la elegante retórica del estilo, la originalidad de encontrarme un héroe trágico dentro de una picaresca,

me fulminaron desde la primera lectura.

Veinticinco años después, de paso por Sevilla, me puse a rastrear datos en el Archivo de Indias, sobre un clérigo español que viviera en México a finales del siglo XVIII y habría pintado un cuadro que me ofrecían a buen precio, pero con documentos bastante dudosos. En esa búsqueda, al revisar la gigantesca lista de los nombres propios citados en obras del Archivo, tropiezo al azar con el nombre de Hieronymus Puparum. La posibilidad de que hubiera existido un verdadero Jerónimo de las Muñecas me entusiasmó. Aparecía remitido a un opúsculo de un licenciado dominico, fechado en la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, en 1608. Veinte años antes, el autor había estudiado Cánones en Salamanca; y en un comentario, evocaba a un condiscípulo, nativo del puerto de Palos, que descollara en conocimientos náuticos y cartográficos. Era un tal Hieronymus, que además, dedicaba sus ocios conventuales *ad conficiendas pupas, quarum nonnullae maxime placuerunt puellis domus regiae*^[5].

Cuando releí la *Confesión*, supe que buena parte de ella era autobiográfica. Excepto en el disparatado capítulo final, con las apariciones de San Cristóbal, el resto de la obra trasunta realismo. Y el constatar la existencia de un Fray Jerónimo que en efecto fuera un dominico, fabricaba muñecas y tenía conocimientos náuticos, me abrió la perspectiva de ridiculizar a Juan Ángel Polo. El muy mojigato se horrorizaba ante la «sevicia e impiedad de don Álvaro», y dedicaba su obra al Generalísimo Franco, salvador de la España cristiana, etcétera.

En el 73 tuve que volver a Sevilla y dediqué un par de días a indagar sobre Fray Jerónimo en el Archivo. Fue en vano y desistí. Pero unos cuantos meses después, en Amsterdam, durante un encuentro internacional de gastrónomos, me puse a curiosear en bibliotecas, sobre los sucesos vinculados a la infancia de Álvaro.

Yo sabía que Polo había localizado el nombre de don Juan Cancino de Mendoza en la correspondencia del duque de Alba, y en documentos de los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén. Pero en ninguno de los documentos que cita como bibliografía, existen datos de su matrimonio con Cornelia van den Heede ni del nacimiento de su hijo Álvaro. Y con un candor angelical, don Juan Ángel concluye que la *Confesión* es una «obra literaria, con inclusión de un personaje histórico» al que el narrador habría añadido elementos de su cosecha, como aquel matrimonio con una dama flamenca, la paternidad de Álvaro, etc. Y pontificaba que la calidad formal del texto, «demuestra la intención novelesca y la falsedad del propósito confesional declarado por su autor»; como si un relato, por estar bien escrito, tuviera que ser, necesariamente, ficción.

El buen Polo tiene el mérito de haber desempolvado esta historia, pero todavía me indigna su miopía. ¿Cómo no se le ocurrió que don Juan Cancino, oficial de un agresivo ejército de ocupación, hubiera sido el barragán de Cornelia, y que Álvaro,

por una elemental honrilla de la época, ocultara en la *Confesión* su bastardía? ¿Cómo explicar, si no, la despreocupación de un caballero español por su familia legítima, al punto de regresar a España y dejar abandonados mujer e hijo? ¿Y el misterioso retiro de Cornelia y Álvaro a una apartada villa en el norte de Holanda? ¿Y el trato humillante que le dispensa su hermano Lope? De haber tenido algún derecho en el solar paterno, un joven tan inteligente y decidido como Álvaro, nunca se habría dejado «mayorear» por su hermano. Si como estudiante de leyes que ya era, no atinó siquiera a entablarle un pleito, fue porque se sabía un bastardo, desemparado en cuestiones testamentarias por las leyes del reino.

En Amsterdam, localicé a un estudiante de historia llamado Hans van der Putten (¡sí! aunque te suene raro, ese es su nombre), que había sido huésped de Elena en Milán y hablaba bien italiano. Y lo contraté para que me investigara la genealogía de los Van den Heede. Me interesaban los primos de Cornelia, señores de un castillo «cabe la ribera del mar» y que por su condición de «ricos armadores», quizá hubiesen dejado huellas de su actividad mercantil en testimonios de época, escrituras, expedientes judiciales, etc.

Como a los tres meses, mi secretario trajo a nuestra oficina de Nueva York, un sobre procedente de Amsterdam. El muchacho había descubierto que los primos de Cornelia eran los Van Muschenbroek, armadores, comerciantes; y en los años en que Cornelia y Álvaro residieron en Groninga, Johannes van Muschenbroek había sido el burgomaestre del pueblo. Los Van Muschenbroek habían continuado sus negocios de ultramar hasta mediados del siglo XIX, en que se extinguieron como familia y como firma, y buena parte de su correspondencia figuraba en los archivos de la Cámara de Comercio de Amsterdam. Mi investigador había encontrado allí, dos cartas de interés: la primera estaba firmada por un tal Hubert van den Heede, primo del burgomaestre, al que se dirigía en 1583, a propósito de una compra de lana inglesa; y al despedirse, le agradecía por haber acogido a su «desventurada hermana Cornelia». La segunda carta, escrita cuenta de que el «hijo del papista», había partido para España.

Aquello me bastó. Ya no tuve dudas: Cornelia, encinta de don Juan Cancino, se habría retirado a Groninga, amparada en la simulación de su matrimonio con un marino holandés. Las fechas coincidían: 1583 era el año del nacimiento de Álvaro, y del retiro de la «desventurada Cornelia». Y 1598 es el año en que Álvaro da cuenta de su viaje a España.

Después de eso ¿cómo dudar del carácter testimonial de la *Confesión*? Cornelia y Fray Jerónimo eran personajes demasiado fútiles y distanciados. Quienquiera fuese el autor, tenía que haber vivido en Holanda a fines del XVI y en La Habana a principios del XVII.

Alentado por aquel hallazgo, releí muchas veces el texto, y saqué la conclusión de que era un gran timo, urdido por un Álvaro de carne y hueso, para ganarse el favor de

los dominicos en La Habana.

Mi punto de partida fue el abrupto contraste de la última jornada con las precedentes. Sólo una mente trastornada pudo tener las visiones finales; y un trastornado no habría mantenido tanta coherencia y verismo en las doce jornadas anteriores. La última era el puntillazo con que Álvaro pensaba ganarse el favor de los dominicos, para lo que fuese.

El resto de la *Confesión*, contiene una hiperbólica sinceridad, a mi juicio deliberada. Otras veces, no puede ocultar sus pasiones. Es falso el arrepentimiento que confiesa, al referir las venganzas contra el alguacil y su hermano Lope. ¡Al contrario! Disfruta recordándolas. En el *mea culpa* por el empalamiento no hay ningún dolor cristiano. Reléase la parte final de la «Cuarta Jornada», cuando está encerando la punta de la pica. Reléase la descripción cínica, en la «Tercera Jornada», de los tratos con el Mochuelo, para apuñalar a su hermano Lope. ¿Y qué decir de la soberbia con que comenta la muerte del sacerdote en Cuba, o describe la crucifixión del pirata inglés?

Hay que reconocerle, sí, un sincero arrepentimiento por el asesinato de los dos familiares del Santo Oficio, que escoltaban al alguacil; y lo mismo le sucede al revivir el episodio de los galeotes y la ejecución de los cautivos españoles. Y es legítima la amistad que expresa por el maestro Alcocer, Antonio el gaditano y Pambelé.

Muchas veces me pregunté para qué habría urdido, pues, la patraña de la última jornada. Y un día encontré la clave: Álvaro necesitaba impresionar a los dominicos para ganar su apoyo. Algo debió ocurrirle que lo dejó sin embarcación. Y eso, por supuesto, se lo calla y lo sustituye por la fábula de las visiones. Quizá los cinco españoles desataran al final una guerra abierta contra él y Pambelé. O quizá sucumbieran algunos de ellos; y por la reducción del grupo ya no pudiesen maniobrar una fragata tan grande como la de Turner, en una travesía oceánica; o bien, sin el aval de los españoles, ya no se atreviera Álvaro a presentarse en Cuba como cautivo y luego vencedor de los piratas ingleses.

En todo caso, para mí estaba claro que Álvaro no había ido a La Habana en busca de un confesor. Necesitaba ayuda. Pero ¿en quién podía confiar? Era un tesoro demasiado codiciable. Cualquiera lo traicionaría. Y entonces, el pícaro, el estudiante de Alcalá y Salamanca, el graduado en «ciencia rufianesca» por las almadrabas de Huelva, concibió el timo de santificarse con la historia de las apariciones, al tiempo que despertaba la codicia de los dominicos, lo cual le aseguraría, hasta desenterrar el tesoro, que no lo denunciasen por sus crímenes. Y eso me lo sugería, no tanto mi formación humanística, como mi experiencia en fechorías.

La *Confesión* es un timo, repito. Sólo un alma honesta, vuelta definitivamente hacia Dios, habría confesado con semejante sinceridad y patetismo, delitos tan

abominables; pero obsérvese, en todo momento, una discreta prédica de sus buenos sentimientos, que lo llevan a perder la plaza de oficial español, por pagar una vieja deuda de honor al gaditano; o a perder la lengua, por impugnar la barbarie de Turner. Y remata por todo lo alto, con el acto de contrición y la aureola de santidad que se fragua al final. Tenía necesariamente que dar en el blanco. Los religiosos no lo iban a entregar a la justicia seglar. Y por las dos notas que aparecen como apéndice, se ve que ya los había convencido para que le armaran un bergantín con dos frailes marineros, en los que pudiera confiar.

Es una obra maestra de persuasión. Si Álvaro no hubiera derrochado, a lo largo de doce jornadas, aquella insólita severidad consigo mismo; si no se hubiera expuesto a que los dominicos lo entregaran al Santo Oficio, nadie le hubiera creído la historia del tesoro, y mucho menos las visiones.

La sustitución de la malograda fragata (si ese era el caso) o de los brazos que la gobernarán hasta Europa, sólo podía obtenerse en La Habana; pero como Álvaro no quería llamar la atención con collares y lingotes de oro en una villa de diez mil habitantes, optó por involucrar a los dominicos.

Ésa fue y es mi certidumbre firme. Decidido a lanzarme de lleno en el asunto, comencé por el Vaticano. Hice algunas averiguaciones y luego fui a Londres, donde un experto me fraguó algunos documentos. Y un buen día me presenté a los dominicos de Madrid, con recomendaciones auténticas de un cardenal romano, al que había engañado con los papeles de Londres. Obtuve un permiso firmado por el superior de la Orden, para que los conventos de los dominicos españoles, me pusieran a disposición sus bibliotecas y archivos.

Y casi de inmediato encontré, en la propia Madrid, un mapa de la península de la Florida, que tenía al pie el nombre del cartógrafo: Hieronymus Caesaragustinus, y la fecha de 1618. Caesaraugusta es el nombre romano de la actual Zaragoza. Podía tratarse de mi Fray Jerónimo, que también se destacara como cartógrafo. Yo lo sabía nativo de Palos de Moguer, pero no ignoraba que los toponímicos de los frailes, podían aludir también al lugar de su convento.

Ante mis credenciales cardenalicias, los dominicos de Zaragoza me acogieron con deferencia. No dudaron de que indagaba cuestiones «de sumo interés para la Santa Sede». Tuve una gran desilusión inicial. Cuando la invasión napoleónica, se había quemado una buena parte del archivo; y de los monjes que allí vivieran y murieran, no había ningún registro anterior a 1808. De todos modos, pedí que me dejaran ojear documentos de la primera mitad del siglo XVII, de los que, afortunadamente, se había salvado una sala completa, en la planta alta.

Entre los centenares de libros que revisé en esos días, cayó en mis manos un tomo en octavo mayor. Eran unas trescientas páginas de gótica muy apretada. Por pérdida de la carátula, no aparecían el título ni referencias al autor. Cuando ya iba a dejarlo,

alcancé a leer al vuelo el nombre de Matanzas, y un poco más arriba, en la misma página, el de Piet Heyn, el famoso corsario holandés.

Entonces me puse a leer con detenimiento. Era el relato de un suceso famoso en su época, que conmoviera a Cuba y a España. El narrador se hallaba en la aterrorizada Habana, ante la cual había fondeado la flota holandesa, que venía de derrotar y apresar en Matanzas al convoy español de la plata, procedente de Veracruz. El corso permaneció quince días estacionado frente a la villa, cuya población se preparaba para resistir.

Pasé rápidamente las páginas y comprobé que las últimas anotaciones databan de 1630 y habían sido escritas en Zaragoza.

De modo que yo tenía entre mis manos los escritos de un dominico, testigo de los hechos acaecidos en San Juan de Letrán y en el convento habanero de Santo Domingo en 1628; el mismo que dos años después, residía en Zaragoza. Quienquiera fuese, había convivido con Fray Jerónimo de las Muñecas, y quizá...

Y esa noche, cuando los campanarios de Zaragoza tocaban a maitines, mis ojos se desplazaban sobre los caracteres trazados, sin ninguna duda ya, por mi Fray Jerónimo de las Muñecas, para dar cuenta de aquel hombre rubio y mudo, que se le apareciera un día a pedirle confesión por escrito.

Con una fruición inenarrable, releí varias veces el pasaje, escrito en un latín muy clásico. Sentí disnea y arritmia, pero leí tenazmente, hasta el amanecer.

En agosto de 1630, aparecía una extraña anotación, muy mutilada, inscrita en un recuadro, con mayúsculas de molde, al estilo de los *carmina quadrata*, en los siguientes términos:

1.....
2.....
3.....MI.....O.....RES
4.....DIX.....AB.....ORUM
5 EX EORTU .XIENTIB.... EST MAGNUS T...QUAM
6 ..RCUS IN....ARUM.....BI.....
7SA.....SUB API.....LLIS.....XIMAE
8SULAE VIDESNE.....A.....SSUUM
9 VIDEBI.....R ATR.....PES.....FODIAT
10 ...VENIET ...H.SAU...CTAEITAE.....
11VARUS.....VENTUM.....RUM

Los números son míos. Los puntos corresponden a partes ilegibles, por la polilla. Como lo transcribo de memoria, puede haber inexactitudes, pero está fielmente consignado lo que interesa al caso.

No había ningún comentario adicional y la hoja precedente estaba destruida. Esa

parte del texto, a lo largo de unas cincuenta páginas, era la más castigada por el tiempo. Al ver aquel rectángulo en mayúsculas, pensé en otro acróstico, a los que Fray Jerónimo resultó muy aficionado; pero un poco más tarde, cuando volví a examinarlo, sentí como nunca, que se me arrugaba el cuero cabelludo, Aquella podía ser la clave para el tesoro del *Santa Margarita*. El fragmento ..SULAE (8a línea), era seguramente la mutilación de INSULAE; y la secuencia ..SSUUM, insólita en latín, correspondía sin duda a PASSUUM, medida habitual de longitud. FODIAT (9a línea) era una voz del verbo «excavar»; y ..VENIET casi seguramente, era el futuro de «encontrar». Y en la 10a línea, había algo apasionante: ese fragmento .H.SAU... es griego, y por cierto inusual en latín. Sin duda se trataba del vocablo romanizado THESAURUS; y ...CTAEITAE, bien podía ser la mutilación de SANCTAE MARGARITAE.

Con mucha probabilidad aquel recuadro indicaba dónde *excavar y encontrar* el tesoro del *Santa Margarita*.

Luego di con una media página casi completa, donde constaba que el prior de Santo Domingo había apoyado con entusiasmo la empresa de armar una embarcación en la que partieran ALVARUS con un par de dominicos jóvenes. Allí descubrí también que el bergantín se llamaba *Lunarejo* y que se había comprado con fondos de la Orden. Aunque el fragmento donde se daba cuenta de la partida estaba muy deteriorado, parecía haber ocurrido hacia mediados de julio de 1628. Álvaro había anunciado su regreso para unos días después, pero el número de días, que habría sido importantísimo para calcular la distancia hasta el cayo, estaba borrado.

Al pasar hojas, descubrí que el *Lunarejo*, con otro nombre y pabellón holandés, había formado parte de la escuadra de PietHeyn, estacionada en los primeros días de agosto, frente al puerto de La Habana.

En distintas fechas de los años 29 y 30, aparecen alusiones a la disputa de Fray Jerónimo con el prior. En un pasaje muy claro, se lamenta por los hermanos desaparecidos, y como para descargar su conciencia, insiste en la convicción de que Álvaro había procedido de buena fe; y aduce que lo habrían apresado los holandeses. Pero el prior había montado en cólera, y porfiaba que Álvaro había fraguado lo del tesoro para sacarles dinero con que aparejar un bergantín pirata. Era evidente que Fray Jerónimo se había tragado el cuento completo; y su porfía en la honradez de Álvaro, le había valido una severa reprimenda.

En descargo de Fray Jerónimo cabría afirmar que quien no fuese un literato consumado, no habría podido impostar la *Confesión*. Y no cabía suponer que Álvaro lo fuera, tras tantos años de vagabundaje sin coger una pluma. Es razonable que rece indicar que habría navegado mucho en el Caribe, como capellán y cartógrafo.

En noviembre de 1628, el libro contiene dolorosos comentarios sobre la suerte de su amigo personal y compañero de viajes, don Juan de Benavídez Bazán, Caballero

de la Orden de Santiago y Jefe de Flotas de la armada española. En esos días acababa de confesarlo en prisión, adonde lo llevara un mandato real, acusado por su ineficacia en el desastre del convoy de la plata. Y en diciembre de ese año, Fray Jerónimo aparece embarcado rumbo a España, en la misma nave que lleva prisioneros a Benavídez y a don Juan de Leoz, quienes un tiempo después, como es conocido, morirían ajusticiados de tres puñaladas en la garganta. El fiscal del rey demostró que eran culpables por la pérdida de los cuatro millones de ducados oro que se llevara Piet Heyn.

Una elegía compuesta en medio del Atlántico, amarga como el *Cum subit...* del desterrado Ovidio, da cuenta de la incompreensión del prior, que sin duda había ordenado su vuelta a España. Por lo visto era un viaje sin retorno. Al final, en nostálgicos dísticos, Fray Jerónimo se consuela al pensar que reverá los muros de su convento y alienta la esperanza de que el frío seco de la meseta aragonesa, lo reponga de sus quebrantos.

En el resto, no vuelve a mencionar el tesoro. La última página termina en una frase inconclusa, y permite suponer que seguía en un segundo tomo, pero no apareció, pese a mis cuidadosas búsquedas de los días siguientes.

Me di por satisfecho, agradecí al prior y me marché. Salí halagado. Aquel relato que yo usara treinta años antes para mi radioteatro de pacotilla, era un auténtico pedazo de historia. Algún día escribiría algo, para dar un revolcón erudito al falangista don Juan Ángel Polo y Marín, cuya nonagenaria sandez seguía haciendo estragos en la filología española.

De regreso a Buenos Aires, pagué trescientos dólares a un centro de información holandés, y me elaboraron una bibliografía de todos los documentos, publicados o no, sobre los viajes de Bowduin Hendrik, en 1626, y de Piet Heyn en 1628. Tiempo después me enviaron una lista con más de cien títulos. Yo mismo hice una selección de cuarenta crónicas y relatos, y pagué una fuerte suma a Hans van der Putten (el estudiante holandés), para que me rastreara datos de un flamenco, cautivo de españoles en 1626, liberado por Hendrik y que luego navegara durante algún tiempo con él, en calidad de asesor e intérprete; datos sobre un mudo relacionado con la aventura de Piet Heyn, cuando el asalto al convoy de la plata; y por último, cualquier referencia a un negro llamado Pambelé, al que los holandeses conocían como Paulus, y que fuera espía de Willeken, Bowduin y L'Hermite, en Bajos Mártires, entre los años 24 y 26. Le pedí que me indagara también una posible incorporación de Pambelé a la flota de Piet Heyn, hacia julio de 1628, y probablemente en compañía del referido mudo. Le prometí dos mil dólares adicionales si encontraba cualquier referencia indudable a estos personajes.

(Permíteme, Carlos, un paréntesis para comentarte que ese laborioso «corretaje» en la historia debió costarme, hasta ese momento, no menos de treinta mil dólares en

servicios documentarios, colaboraciones especializadas, sobornos, falsificaciones, viajes y hoteles; sin contar mi propio tiempo. Dos frustrados como Elena y yo, acosados por el tedio, teníamos que ser pródigos de imaginación y bolsillo, para encontrar atractivos que fortalecieran nuestro anémico instinto vital. Este caso en particular, la apasionó siempre. Y sus esporádicos entusiasmos eran un tónico para nuestra relación).

En la primavera del 76, Van der Putten me envió un telegrama eufórico: «Eureka, notable hallazgo, estoy preparando traducción al italiano». Y poco después recibí en Nueva York (donde estábamos montando el Kensington Manor para la subasta ajedrecística), un fragmento de las memorias originariamente escritas en holandés, de un tal Johannes Greiff, que navegara en aguas cubanas como oficial de la Compañía de Indias Occidentales, y tomara parte en la famosa travesía de 1628. Eran unas quince páginas extraídas de una monografía de la Universidad de La Haya, acompañadas por un certificado de legitimidad, expedido en un centro de documentación histórica.

En julio de 1628, la escuadra de Piet Heyn, con treinta y dos buques fuertemente artillados y casi cuatro mil hombres, voy de la plata que en esos días zarpaba del puerto de Veracruz para su habitual escala habanera, antes de iniciar la travesía oceánica hasta Sevilla; travesía por cuya indemnidad, el rey de España empleaba todos los años mil ducados en misas, velas y obras pías. Pero aquel año, de nada le valieron sus devociones.

La captura del convoy de la plata, marcó el momento más glorioso de la marina holandesa y convirtió a Piet Heyn en héroe nacional y personaje de sagas. Todavía lo recuerdan los escolares holandeses en sus canciones, y al pie de su estatua, en Delft, refulge la divisa: «Oro antes que plata, pero primero el honor».

Además de apostarse, Heyn había enviado dos flotillas de exploración, compuestas de ligerísimas naves de aviso, para vigilar el movimiento de buques españoles al norte y oriente de Cuba, e impedir el despacho de correos que llevaran la alarma a México.

Johannes Greiff, que comandaba uno de los pataches exploradores, había asentado en su libro de bitácora las escuetas notas habituales; pero en años siguientes, por sumarse al coro de las loas al Almirante, las utilizó para escribir una crónica de aquel corso.

Greiff declara que el 17 de julio les disparó un galeón español que no habían divisado, por estar escondido detrás de un promontorio. Y antes de que el patache pudiera darse a la fuga, los españoles consiguieron averiarle el casco de proa. Y ahora te dejo con el propio Greiff, que relata lo ocurrido en los días siguientes:

«Al amanecer (yo supongo que del 18 de julio) los habíamos dejado muy atrás,

pero nos apremiaba la avería. El *jacht* se escoraba demasiado por el lado de babor. Vincent propuso que fuéramos hacia el sudeste, donde había unos islotes a propósito para escondernos y reparar el casco. Ya él había navegado por aquellas aguas con Bowduin Hendrik y L'Hermitte. Ordené que le entregaran el timón y en efecto, poco antes del mediodía, apareció un conjunto de islotes pequeños. Al aproximarnos al que Vincent escogiera para recalar, divisamos en su pequeña rada, la arboladura incendiada de una fragata sin bandera, ni señal que indicara su pertenencia. Al fondo de la rada veíase una playita, pero ni en la isla ni en la fragata parecía haber señales de vida.

»Ordené botar una barca, sobre la cual montamos dos culebrinas. Con cinco hombres, me fui a reconocer el calado de la rada y a cerciorarme de que la isla estuviese desierta.

»En la fragata encontramos muerto a un grandísimo negro. Tras comprobar que no había por allí lugar para escondites ni emboscadas, ordené que fondearan el *jacht* en la rada.

»Yo mismo hice la requisa de la fragata. Sólo pudimos obtener unos talegos con sal. El fuego había consumido las demás vituallas y no había nada de valor. Las aguas hedían y también el cadáver.

»Dos días nos estuvimos en el islote haciendo las separaciones y achicando los fondos; y al amanecer del tercero, cuando nos disponíamos a zarpar, nuestro vigía divisó un pequeño bergantín. Después vimos que traía pabellón español y se dirigía directamente a nuestro islote desde el noroeste, de modo que por lo escarpado de la costa, no pudo ver nuestro *jacht*.

»Impulsados por un sudeste, a toda vela, lo capturamos tras breve persecución. Llevaba tres tripulantes, pero ninguno se resistió al abordaje. Entre ellos iba un mudo, al que Vincent reconoció de inmediato como un flamenco llamado Van den Heede, que dos años antes desertara de la escuadra de Hendrik; y después, por un marino fiel a la Compañía, a quien Van den Heede había forzado a seguirlo hasta San Kitts, se supo que el desertor había izado pabellón pirata por cuenta propia. Vincent es hombre callado y religioso; y me aseguró que no tenía dudas. Lo reconoció por tener en un pómulo hundido, una cicatriz en forma de estrella.

»Y el mudo, que entendía nuestra lengua, me hizo señas de que Vincent tenía razón. Muy curioso eso.

»Yo ordené que lo decapitaran y arrojaran sus restos al mar, pues tal era el castigo que imponía el Almirante a los traidores.

»Como el Almirante había ordenado que hiciéramos cautivos, porque faltaban brazos en las fortificaciones de la isla Santa Cruz, nos llevamos el bergantín con los otros dos prisioneros. Y al interrogarlos, uno de ellos se echó a llorar como una mariquita y me dijo que ambos eran sacerdotes papistas e iban guiados por el mudo

en busca de un tesoro que sólo él sabía dónde yacía enterrado. Vincent estaba convencido de que era patraña del desertor [...] y el día 26 debíamos incorporarnos al grueso de la escuadra, según las órdenes del Almirante».

El día 24, el *Lunarejo* aparece unido a la flotilla de exploración de Piet Heyn y el 26 se incorporó al grueso de la escuadra. Los frailes pasaron seguramente el resto de sus vidas cautivos de los holandeses en las Islas Vírgenes.

El día 28, Piet Heyn dividió su flota en dos escuadrones. Uno retornó al extremo oeste de Cuba y el otro avanzó a bloquear el puerto de La Habana.

Las fechas que nos da Greiff, conciden con las de la *Confesión*. Si el bergantín de Álvaro zarpó de La Habana a mediados de julio, como él mismo propone en su última nota, es posible que el día 20 cayera en manos de Greiff.

El *Lunarejo* debió de hacerse a la mar sin ningún temor a los holandeses, que desde el año 26 no reaparecían en aguas de la costa norte de Cuba. Está históricamente comprobado, además, que hasta el 30 de julio, nada se supo en La Habana de la presencia corsaria en su vecindad.

En cuanto a Álvaro, demasiado bien conocía el implacable rigor de la marina holandesa y la fama de Piet Heyn, para esperar indulgencia por la revelación del tesoro. Entre la marinería del corso aparecerían sobrados testigos de su desertión; y como no tenía escapatoria, o quizá estuviera harto de aventuras y penurias, prefirió la muerte inmediata.

El prior de Santo Domingo, al enterarse de que el *Lunarejo* formaba parte de la escuadra corsaria, quedó convencido de que Álvaro los había engañado; y como no le convenía que los dominicos fueran denunciados por su codicia de un tesoro perteneciente a la corona de España, resolvió seguramente echarle tierra al asunto y ordenó a Jerónimo y demás frailes, que no volvieran a mencionarlo.

El fin de Álvaro me produjo un gran desconsuelo. ¿Qué pudo haber pasado? Absurdo pretender más detalles. Sigo creyendo que fue un hombre leal y de buena índole. Lo siento por el pobre Fray Jerónimo, víctima inocente y tierna.

Ante mí tenía ahora la perspectiva de que el tesoro del *Santa Margarita* hubiese permanecido tres siglos y medio en las entrañas de un cayo cubano. Con renovada pasión me puse a estudiar el texto latino que daba la ubicación del tesoro. Aparecía fechado en agosto de 1630. Fray Jerónimo debió de haber retenido en su memoria de buen cartógrafo, el plano que Álvaro le confeccionara dos años antes, según consta en la última jornada.

Era lógico suponer que Álvaro también hubiese engañado a Fray Jerónimo y a los dominicos en la ubicación precisa del tesoro. Sin embargo, lo que Greiff halló en el islote, daba clara cuenta de que habían muerto los cinco españoles (probablemente a manos del propio Álvaro) y que Pambelé había quedado gravemente herido.

¿Qué duda podía haber de que planeaba llevarse el tesoro del islote, con el bergantín y los dos frailes? Sería ocioso conjeturar sobre sus planes ulteriores, pero una cosa es evidente: al quedarse sin fragata ni brazos, Álvaro se lo había jugado todo a la carta de los dominicos. Buscó inspirar confianza y demostrar desinterés por las cosas terrenales. Y con gran astucia, les entregó el plano para que ellos se encargaran de excavarlo.

Es curioso que Álvaro se tome el trabajo de dar tantas referencias al naufragio del *Santa Margarita*, de evocar tantos detalles de su vida en la isla con Pabelé, y sobre todo, sorprende la minuciosa descripción de cómo Pabelé halló el tesoro, con los pormenores de sus maniobras para rescatarlo de las aguas. Son elementos que no se justifican en una confesión. A mi juicio obedecen al evidente propósito de convencer a los frailes de que, en efecto, el tesoro existía. Y lo logra, a través de una descripción abrumadora en sus minucias. Sin duda los frailes participaron de la aventura, de la intriga por saber en qué pararía la peripecia, en fin, del *pathos* con que Álvaro les tendió sus redes de consumado tahúr.

Otra incongruencia es que sienta necesidad de confesar algunos de sus pecados a Fray Jerónimo, pese a estar seguro de crucifixión de Turner. Si Dios lo exculpó, fue de todos sus pecados, y no como dice en la Decimotercera Jornada: «Puesto que Dios en persona me había exculpado de mis mayores pecados aquella noche, daba por cierto que todos otros, los absolverían sus ministros en la tierra, siendo que en confrontación de los primeros, eran de poquísimos momentos».

Como buen maquinador, suponía que los dominicos tratarían de escamoteárselo a la Corona, por lo cual preferirían creerle la confesión, y aprovecharlo en persona, como el mejor guía hacia el lugar del entierro. Pero si los engañaba, y los dominicos lo excluían de la expedición de rescate, al regresar sin el tesoro, lo entregarían al Santo Oficio. Y en las mismas circunstancias de que lo excluyeran, si el tesoro aparecía, todos se dispondrían a ver en su destino la mano de Dios; y por lo menos, les sacaría al final un sustancioso regalo, por su callada complicidad en un acto contra la real hacienda, amén de que lo dejarían libre, para actuar de conformidad con su conciencia.

Álvaro jamás habría entregado un plano falso. Nada habría ganado. Lo aseguro como profesional.

Tras la luz que arrojaba Greiff, se podía confiar razonablemente en que el tesoro siguiera intacto en un cayo de Cuba; pero mientras la única guía para llegar a él fuera aquel texto latino tan fragmentario, cualquier plan de rescate era pura insensatez. No obstante, al cabo de los años yo había logrado algún adelanto como criptógrafo.

Veamos de nuevo lo que más importa del texto. Las minúsculas corresponden a mi reconstrucción tentativa.

5 EX EO poRTU eXIENtIBus EST MAGNUS tamQUAM

6 a R C U S I N s u l A R U M.....
7ET SUB A P I c e c o L L I S m a X I M A E
8 i n S U L A E V I D E S N E.....p a S S U U M
9 V I D E B I t u r A T R a r u P E S.....F O D I A T
10 i n V E N I E T t H e S A U r u m á s a n C T A E m a r g a r I T A E.....

He omitido también fragmentos y sílabas sueltas que nada me dicen. De lo que queda, pueden obtenerse los siguientes fragmentos de traducción:

5 AL SALIR DE ESTE PUERTO HAY COMO UN GRAN
6 ARCO DE ISLAS
7 Y BAJO LA CIMA DE LA COLINA MAS ALTA
8 DE LA ISLA PASOS
9 SE VERA UNA ROCA NEGRA EXCAVE 10 ENCONTRARA EL TESORO
DEL SANTA MARGARITA

Había sacado en limpio algo importante. El tesoro estaba enterrado junto a la cumbre de la colina más alta de una isla, probablemente a pocos pasos de una roca oscura; y esa isla formaba parte de un arco o rosario de islas.

Excepto la mención a la roca negra, y a la posibilidad de que en aquel islote pequeñísimo existiera más de una colina, el resto de mi reconstrucción concuerda con lo expuesto por Álvaro en su última jornada.

Pero resultaba imposible saber cuál era ese PUERTO y la ISLA del texto. Y como PORTUS puede significar en latín cualquier lugar que sirva para abrigar embarcaciones, el PUERTO en cuestión podía ser cualquiera entre los miles de bahías, ensenadas, caletas, existentes en las cayerías de la costa norte de Cuba.

Una de los términos que más me desconcertó, fue la palabra VIDESNE (8a línea). La sílaba NE en esa posición, sólo podía ser la enclítica interrogativa; pero traducir allí un ¿VES...?, era incongruente.

No encontré explicación. Por eso, a pesar de los aportes de Greiff, deseché toda esperanza de conocer el lugar del entierro. Eso ocurría en mayo del 76.

Casi once años después, el Día de Reyes del 87, a raíz de un vuelo demorado en el aeropuerto de Ciudad México, almorcé con Ares Pons, un historiador uruguayo que me sacó de un viejo error.

Resulta que es falsa la historia del grumete portugués que diera su nombre a Montevideo por gritar encaramado desde a algún copista torpe a confundir el vi romano como la sílaba «vi», generando así la eufónica errata con que el lugar ingresara al Archivo de Indias y a la posteridad.

Como habrás imaginado, el compatriota no había terminado de explicarme su historia y yo sabía ya, qué significaba mi intraducible VIDESNE. ¡No era ninguna

interrogación! Era jerga náutica, con la que Fray Jerónimo debía de estar muy familiarizado. Y entonces, el fragmento donde decía: *Sub apice collis maximae insulae videsne*, debía traducirse: «Bajo la cumbre de la colina más alta de la isla sexta de sur a noreste».

Durante las catorce horas del vuelo a Europa, no pude pensar en otra cosa. Una sola objeción me formulé yo mismo. ¿Por qué habría de introducir Fray Jerónimo, que tanto cuidaba la pureza de su latín clásico, las abreviaturas castellanas de sur y noreste? Pero enseguida vi que el noreste perifrástico de César en *De Bello Gallico*, por ejemplo (*inter septentrionem et occasumásolis*, según recuerdo todavía de mis maratones memorísticas en Nazareth), y cualquier otro punto cardinal pretolomaico, resultaba demasiado retórico y oneroso para un cartógrafo renacentista, que ya conocía la rosa de los vientos.

Así pues, el PORTUS que debía tomarse como punto de partida, seguía siendo una incógnita; pero si el islote del tesoro era, según Fray Jerónimo, el sexto de un arco de islas tendido de sur a noreste, visible desde el PORTUS, ya podía yo concebir configuraciones insulares bastante definidas, como por ejemplo la siguiente:



Y ahora, mi querido Carlos, pasemos a los verdaderos motivos de esta carta, que ya deben tenerte intrigado.

En febrero del 87, pedí a los servicios de referencia que ofrece el National Geographic Institute de los EE UU la versión más completa asequible, de los cayos existentes en el Estrecho de la Florida y costa noroccidental de Cuba.

A vuelta de correo me ofrecieron un listado de varios materiales, y yo opté por un *Atlas turístico del archipiélago norcubano*, promovido en 1956 por un ministro de Batista, que proyectaba vender islas cubanas al turismo gringo. Por un costo de 1 300

dólares me hicieron llegar a Calabria, donde estaba invernando ese año, treinta láminas con mapas y descripción topográfica de más de doscientos cayos, en una escala de metros $0,001 = 50$.

Y en ellos había tres configuraciones que podían acercarse a la descripción del PORTUS y el ARCUS INSULARUM. Alentado por estos resultados, fui a Cuba en marzo, con un *charter* de turistas argentinos, y tras diez días de indagaciones, decidí justificar una futura y más prolongada estancia en La Habana, so pretexto de interesarme por negocios de hotelería. Me había enterado de que ya algunos europeos, en inversión conjunta con el Gobierno cubano, querían abrir hoteles para el turismo internacional.

Poco después invité a un hotelero catalán (que tiene negocios turísticos en Acapulco y Miami y con el que hace años fundamos un club de *gourmets* en Palma de Mallorca), a un viaje a Cuba, como asesor mío para un proyecto de turismo náutico en las privilegiadas cayerías de la costa norte. El hombre se entusiasmó al punto de proponerme sociedad.

Llegamos en julio del 87, y para anticiparme a cualquier dilación por encuestas de solvencia, deposité un millón de dólares en el Banco Financiero Internacional de La Habana, e inicié negociaciones con una entidad cubana que promueve inversiones mixtas en procura del *know how* hotelero, con miras a un plan de largo alcance para el desarrollo turístico del país.

Nos trataron con gran deferencia, nos llevaron a conocer varios cayos, pero lamentablemente, en ningún caso se aproximaron a los posibles ARCUS INSULARUM. El catalán llegó a interesarse mucho por financiar una construcción en la costa, y yo le seguí la corriente.

Después, so pretexto de escoger un pequeño archipiélago que facilitara la construcción de instalaciones para *yatching* y deportes náuticos, logré que nos dieran un vuelo sobre la costa norte de Matanzas y Las Villas, donde por fin pude ver las tres zonas que me sugerían los mapas batistianos.

Y al sobrevolar la segunda, vi que alrededor del supuesto PORTUS, no había los ocho cayos que describían mis mapas, sino trece, y dispuestos como en dos collares; y al regresar a poca altura, distinguí en el noveno, un elevado peladero de rocas rugosas, de color gris muy oscuro, que los cubanos llaman diente de perro. Y en otro pase, ya rasante, comprobé que la «roca oscura» era el lugar más alto del cayo. Hubiera saltado al agua de emoción.

Sin embargo, luego sufrí varias decepciones. Por ningún lado me apareció la rada de estrechísimo acceso, con su barra de coral, por donde la santa luz guiara a Álvaro en medio de una tormenta. Hacia el sur del islote había, no obstante, una caleta bastante abierta.

¿Qué había logrado, pues?

Había dado con un PORTUS y su ARCUS INSULARUM, tendido en efecto de sur a noreste; y en la máxima elevación del noveno islote (no del sexto), se veía una roca oscura; y muy cerca, una caleta pequeña y abierta.

No era posible confundir el sexto con el noveno islote; ni semejante caleta con la bahía que describiera Álvaro en su última jornada, a la que se entraba bordeando una barra de coral de un lado y un bajío arenoso del otro. Aquello me desanimó. La roca negra tampoco significaba mucho. Abundaba en otras islas, y en varias elevaciones. Además, los cubanos tenían en el PORTUS, una estación de Guardafronteras y todo aquel cayerío era zona estratégica.

Sin embargo, vi que en el noveno islote no había ninguna instalación, ni vivienda, y estuve a punto de pedir un regreso en lancha para tomar fotos a nivel del mar, pero desistí. Me iban a decir que allí no había opciones para el turismo.

En sustitución me propusieron otro conjunto de islotes pequeños, frente a Las Villas. Yo fingí un moderado interés y quedé en volver con un técnico que evaluara las perspectivas de construir instalaciones para deportes náuticos.

Y el 18 de julio, me olvidé de todo. Por la noche del 17 me llegó al hotel la noticia del accidente. Cuando regresé a Milán, Elena ya había muerto.

De sobra conoces los detalles de las que pasé en esos días y mucho tengo que agradecerte todo lo que hiciste por mí. Pero hay algo que no sabes. El año pasado, después de tu regreso a Montevideo, en una noche de desesperación, tan bebido que no recuerdo los detalles, me estrellé contra un camión en las afueras de Milán. Manejaba en pijama, sin ningún documento encima.

A las cuatro de la mañana del trece de octubre, desperté en un calabozo. Un policía me explicó que mi Mercedes había quedado hecho añicos, y se maravillaba de que yo no tuviese ni un moretón. Hasta las ocho de la mañana, no tenía posibilidad de gestionar mi excarcelación. Desvelado e intranquilo, pedí algo de leer.

El oficial de guardia, con gran sentido del humor, me hizo llegar *Il Purgatorio* y *Le mie prigioni*, de Silvio Pellico. Y casualmente, *Le mie prigioni* había sido el primer libro que yo leyera completo en italiano, cuando me dispuse a aprenderlo bien. Uno de mis métodos para idiomas (tomado de Schliemann, el de Troya), era memorizar y repetir en voz alta, páginas completas de un buen texto. Y al recibir el tomito recité el comienzo: *Il venerdì 13 Ottobre fui arrestato a Milano e condotto a Santa Margherita*; pero yo, aunque lo sabía perfectamente, lo que dije fue: *condotto* «al» Santa Margherita. En eso, caí en cuenta de que yo también había sido arrestado en Milán, un trece de octubre. Aquello, por supuesto, me alborotó la superstición y los fantasmas. ¿Y por qué había dicho «al» Santa Margherita? Yo sabía perfectamente que Silvio Pellico había sido trasladado «a la cárcel» de Santa Margherita, en Génova. Era sin duda una confusión derivada de lo mucho que yo me había ocupado del galeón homónimo y su tesoro.

Increíble coincidencia. Había sido arrestado en Milán un 13 de octubre; y entre mis manos caía un libro que comenzaba diciendo precisamente eso. ¿Era coincidencia, subterfugio? ¿No sería un mensaje, anticipo de mi destino?

Lo tomé muy en serio. ¿Cómo explicártelo?

Tú mismo dijiste una vez que yo no habría llegado a la edad que tengo de no haberme tropezado con Elena. En efecto, cuando la perdí, pensé matarme. Pero me detuvo el temor de Dios. Así, sencillamente: me detuvo el temor a los castigos que padecen las almas suicidas. Y del temor, se llega muy fácil a la fe.

Mi viejo querido: No sé si hoy te alegrará esta noticia; pero casi todo lo que hago en mi presente vida (incluso esta carta); y mi inteligencia, y mi energía, están consagrados a un reencuentro con Elena por el camino de Dios, del alma volátil, del pensamiento; o de la locura, no me importa. Si todavía estoy vivo, es porque he llegado a esperanzarme en ese reencuentro.

Y has de saber que hago progresos: últimamente oigo voces, recibo señales; y hasta tengo sospechas de quién soy. Te contaré lo que me pasó en un sueño. Me creerás loco. Tal vez lo esté, más que antes.

Cuando me dejaron en libertad, ya en mi casa, la noche siguiente, soñé que llegaba al Aeropuerto de La Habana. Llevaba un pasaporte italiano con el extraño nombre de Figlio di Costanza. El funcionario de la aduana, al controlar mis equipajes, se encontró con tres arcones españoles repletos de lingotes y pedrerías, y cayendo en cuenta de que tenía enfrente al famoso «encontrador de tesoros», Figlio di Costanza, se deshizo en bienvenidas y sonrisas. Al despertarme, recordé que durante la madrugada de la espera en el calabozo, había estado leyendo en *Il Purgatorio*, el Canto tercero, del que también me sabía largas tiradas. Y efectivamente, el nombre de mi pasaporte estaba inspirado en aquellos versos donde se dice:

*Io sono Manfredi,
nepote di Costanza imperadrice*

¡Era otro mensaje para mí! Si quería hallar el tesoro debía persistir, ser lo que me auguraba el pasaporte, un «hijo de la constancia». ¿No era evidente? *Costanza imperadrice*, la Emperatriz Constancia, la Reina Tenacidad. ¿Comprendes? Era el *Labor omnia vincit* en clave dantesca. Y gracias a esa *costanza*, sería *condotto* al *Santa Margherita*. Aquel sueño admonitorio, tras la augural coincidencia de *Le mie prigioni*, era demasiado.

Tú bien sabes, Carlos, cuánto luché contra mi propia irracionalidad en la juventud. Me amparé en San Agustín, en Pascal, en las matemáticas. Pero me ha vencido. Soy un adicto irreversible. La magia de lo irracional me aligera y embellece

la vida. Estoy seguro de que ahí está la verdadera clave de las religiones. Y a esa irracionalidad me entrego a sabiendas, sin medir consecuencias.

Desde entonces, noche y día pienso en desenterrar el tesoro. Volví a donde me interrumpiera la crisis. Comencé por atacar, lleno de entusiasmo, mis propias objeciones.

En Cayo Pepe sólo aparecía una caleta abierta; y no la bahía de estrecho acceso, con su barra de coral. Ésa era mi primera objeción.

En Roma, un funcionario cubano me explicó que bajo la dictadura de Fulgencio Bastista, se había explotado inmisericordemente el coral de superficie; y pensé que si en el cayo lo hubo alguna vez a flor de agua, bien podían haberlo desmantelado en un par de años. Y añadí la sospecha de que el difícilísimo acceso, fuera una patraña de Álvaro, para santificarse como piloto guiado por San Cristóbal, en noche de tempestad.

La objeción del cayo sexto o noveno, también podía desestimarse. Una cosa es lo que se ve desde un avión, y otra, al nivel del mar. Álvaro pudo efectuar un conteo meramente visual, y tomar por uno, lo que en realidad eran dos, tres o más islotes mutuamente interceptados desde la perspectiva del PORTUS. Quizá eso generase el error.

En todo caso, había un PORTUS, un arco de islas, que ibande sur a nordeste, y la máxima elevación de Cayo Pepe, era una roca negra.

Y el 20 de marzo pasado, tras cinco meses de intensos sondeos en Miami, mediante un costosísimo soborno a un funcionario de la Inmigración, logré dar con un lancharo cubano que por 20 000 dólares me llevó desde Key West hasta Cayo Pepe.

Estuvimos menos de una hora y me bastó. Llevé un magnetómetro protónico y tomé seis rápidas muestras en distintos puntos. Cuando subí a la cúspide rocosa, comprobé que allí, el indicador de los rayos gamma se iba enormemente por encima de la media.

También debió de subirme la presión y estuve a punto de un desmayo emocional, que me costó disimular. Tuve que sentarme. Había comprobado que el máximo se registraba sobre un montículo, a dos pasos de la formación rocosa. Eso significa una fuerte concentración de metales. Puede ser un yacimiento natural de cualquier tipo; pero yo, *nepote di Costanza imperadrice*, no tengo ya dudas de que por fin he sido *condotto* al *Santa Margherita*.

Supongo que la forma más segura de confirmarlo, sería asociándome con el gobierno cubano. Sus leyes del patrimonio nacional me reconocerían una participación en decenas de millones de dólares. Pero yo no quiero sociedad con nadie. Y ya no necesito del tesoro ni quiero participación en lo que hoy es patrimonio de la humanidad. Pero estoy dispuesto a correr cualquier riesgo por comprobar su

existencia. He corrido grandes riesgos desde hace cuatrocientos años y nada me intimida ahora.

Esta vez llegaré a Cuba, por la misma vía, hacia el 10 de setiembre. Volveré a correr el riesgo, pero en Cayo Pepe necesito estar solo, pues si encuentro el tesoro, me encontraré frente a frente con quien más me importa: conmigo mismo.

Adiós, pues, Fray Jerónimo, confesor y amigo mío. Si caigo preso o muero, sabrás que no me ha movido la codicia. Defiendo mi inalienable derecho de estar otra vez solo, junto a esos cofres que enterré hace siglos, bajo la eterna presencia de las estrellas.

Que Dios nos ampare,

Álvaro de Mendoza.

El Fiscal miró la hora. Eran las 9:40 p. m. Se levantó de la butaca y caminó hacia su escritorio. Abrió su agenda y buscó el teléfono que Castelnuovo le había dejado. Le temblaba un poco el pulso. Llamó, oyo varios timbrazos pero nadie le contestaba. Insistió en vano dos veces más y desistió.

Estuvo un rato fumando pensativo y por fin abrió su agenda y comenzó a escribir:

1. Es imposible que entre Emilio y Bernardo hayan fraguado toda esta historia. En todo caso, parece evidente que la correspondencia y autobiografía estaban ya escritas desde hace años.

2. Hay un gracioso paralelismo entre la locura final de Álvaro y la de Bernardo con su arrebató en Milán. Si Álvaro se proponía timar a los dominicos ¿no andaré Bernardo en las mismas con nosotros?

3. ¿Y qué carajos importa? De todos modos, si Bernardo no está loco de lo que presume, por el sólo hecho de haber dedicado todo ese tiempo y dinero a la historia del tesoro, merecería estarlo. Y además, mis respetos. En todo caso, padece de una de las formas más nobles de locura. (Si sólo existen las armas halladas, no tiene ningún otro tesoro que quitarnos. ¿Qué podemos temer?)

4. Hay que procurar (vía vertical y compulsiva) que a nadie se le ocurra, en este caso, buscarle cinco pies al gato.

5. A favor de Bernardo, obran sus méritos por la historia del submarino.

6. Para absolverlo hay que irse por los méritos o por la inhabilitación mental.

TAREA PARA EL LUNES

1. Enviar a Julito a Santa Clara.

—Que busque al fiscal de la causa No. 366 y lo instruya discretamente.

—Que hable también con la defensa y prepare la cosa.

2. Disponer que una junta médica examine a Bernardo.

—Sugerir que los guardias hablen con los médicos y les expresen su interés por el caso.

3. Localizar a Castelnuovo y comunicarle nuestra disposición a ayudar; pero que cuente *toda* la verdad.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA



En 1958, La Habana comenzaba a elevarse. Ya los primeros rascacielos surgían en el barrio del Vedado. La mole fenomenal del Focsa con sus 35 pisos, el Habana Hilton, el Habana Riviera (controlado por la mafia judía de Meyer Lansky), el Capri (administrado por George Raft, agente de Santo Traficante); más el frenético surgimiento de cabarets y garitos, amenazaban desvirtuar el aire señorial de aquel barrio de siesta y jazmín. Y en el 60, burladas las pretensiones gigantistas, detenido el creciente parpadeo de los *night clubs*, prevalecieron las casonas con umbrosos portales, columnatas, balaústres, y terrazas almenadas.

Ante una de esas mansiones de dos plantas, en la calle Trece del Vedado, se detiene un taxi. Se apea un hombre canoso, delgado, alto, entrado en años, y avanza hacia la reja del portón. El taxi estaciona un poco más adelante y lo espera.

Tras los gruesos barrotes, a unos treinta metros, se divisa una fachada pintada de blanco. Rosales y geranios pueblan el antejardín. Brilla el césped recortado, de un verde muy claro, que denota riego abundante. Al sesgo, el hombre divisa una glorieta octogonal; más atrás, una copia en mármol del Auriga de Delfos, tamaño natural, y una fuente coronada por la gárgola bifronte de un dios Jano, cuyos dos chorros alimentan un estanque donde chapotean patitos de juguete. Se ven también columpios y un subibaja. «De los nietos», piensa el hombre.

Toca timbre y enseguida ve acercarse a un mulato, vestido de pantalones y camisa blanca. Pero su corbata anchísima, pasada de moda, y los zapatos, son negros. El visitante sabe que si aquel hombre vistiese completamente de blanco, sería un comprometido practicante de la religión africana, dominante en Cuba.

—Buenas tardes.

—¿No quiso pasar? —preguntó el fiscal.

—No, *dóctor* —dijo Tomás—. Venía a dejar la carta y más na’.

El fiscal se encogió de hombros y rasgó el sobre:

La Habana, 6 de setiembre de 1988

Estimado Dr. Infante:

Ante todo, mi gratitud reiterada por su cooperación y benevolencia. Anoche, Bernardo regresó a Italia. Yo saldré mañana para México. No quiero hacerlo sin aliviarme de un cargo de conciencia. En efecto, como usted discretamente insinuara

durante nuestra cena en vísperas del juicio, la última carta de Bernardo no decía *toda* la verdad. Yo sabía que era cierto, pero aquella noche no me sentí capaz de reconocérselo. Le confieso que hasta no verlo absuelto, me temí que usted, al conocerlos detalles del engaño, variara negativamente en su actitud hacia nosotros. Pero ahora, tras el fallo absolutorio que sin duda usted propiciara, no puedo menos que avergonzarme por mi falta de confianza y referirle, como usted se merece, toda la verdad.

En primer lugar, no es cierto que la iniciativa de reunir esos materiales y traerlos a Cuba, fuera idea mía. Fue sugerencia de Bernardo quien, primeramente, me telefoneó para saber si, en caso de caer preso por entrada ilegal a Cuba, yo podría y estaría dispuesto a ayudarlo, a través de mis contactos con el MININT. Yo acepté y él me invitó unos días a Italia, para trazar juntos el plan.

Así fraguamos la muerte de Elena, mujer que nunca existió, pues la compañera de Bernardo, que lo secundara en tantas aventuras, se llama Margarita y goza de excelente salud. A la patraña de la muerte de Elena añadimos luego la del accidente automovilístico de Bernardo, más todo el delirio posterior, con las citas del Dante y Silvio Pellico, y los sueños, hasta culminar en la gran locura de la reencarnación.

Y ahora sí, le juro por mi honor y la memoria de mis padres, que la carta final no contiene más falsedades que las ya mencionadas; y que tanto la autobiografía como la correspondencia, son auténticas.

Carlos Castelnuovo.

EPÍLOGO

Roma, 10 de enero de 1994

Querido Carlos:

Ojalá pudiera alcanzar a los ochenta y un años tu disciplina de nadador y caminante. A mí ya no me responden las tabas ni el fuele. Y sin embargo, creo que nunca he sentido tan fuertes deseos de vivir. Mi relación con Margarita ha alcanzado su mejor momento en treinta años. Es verdad que la vida, hasta su último día, está llena de sorpresas. Y ahora te haré partícipe de una grandísima, que viví hace cuatro días.

Hans van der Putten, el estudiante que me ayudara en la pesquisa del tesoro en Holanda, instigado por Margarita, me proporcionó el pasado 6 de enero, un inmejorable regalo de Reyes y cumpleaños.

En el 76, cuando descubrió la crónica de Greiff (donde el autor explica la captura y ajusticiamiento del mudo traidor, etc...) Hans llegó a interesarse tanto por la historia del tesoro, que quiso leerla completa y me pidió un ejemplar de la *Confesión*. Yo le fotocopí el original y el muchacho, por su analogía con el italiano, que domina, logró desentrañar lo esencial del texto, y coincidió conmigo en la historicidad del documento. Entonces decidió trabajarlo para su tesis de grado. Pero además de historiador, Hans es un maniático de la computación y desde su ordenador, se comunica con otros maniáticos del mundo entero.

Desde que yo le encargara rastrear algunos personajes de la *Confesión*, él circuló entre sus compinches electrónicos los nombres de Álvaro Cancino de Mendoza, Pambelé, Cornelia van den Heede, sus familiares, y cuantos seudónimos usara Álvaro en sus andanzas. Es tan puntilloso, que elaboró un inventario con declinaciones en latín de esos nombres, por si aparecían en documentos oficiales, escrituras, testamentos, etc. como era lo usual en la época. Y según me explicó, desde que existe el correo electrónico (que todavía no sé qué es, pero también le llaman *E mail*), se han creado, sobre todo en las universidades, cofradías de especialistas que se ayudan internacionalmente sobre los temas más diversos. Y entre otras comunidades electrónicas a las que pertenece Hans, participa en una de especialistas en el siglo XVII. Y en cuanto circuló su pedido de ayuda, alguien puso una alerta en su computadora que ahora, casi cinco años después, acaba de revelar algo extraordinario. Muy excitado, Hans me llamó desde Amsterdam; pero como yo no estaba en casa, habló con Margarita que concibió la idea de darme una sorpresa. Y ahora, agarráte.

Recientemente, una vieja familia de la nobleza austríaca puso en venta un castillo cerca de Salzburgo, repleto de muebles de los siglos XVII y XVIII y muchos objetos de arte. El consorcio turístico que ha adquirido el castillo, se deshizo de una serie de antiguallas sin interés. Entre ellas figura un cuerno de la abundancia, en oro macizo de 14 kilates, y colosales dimensiones. El diámetro de la boca es de 24 cm y tiene 65 cm de largo, con un peso total de 13 kg. Pues bien, Margarita fue a Salzburgo y lo adquirió por 280 000 dólares. Y para mi indignación y sorpresa, el mamarracho amaneció sobre mis chancletas el seis de enero. No pude disimular el desagrado. Ni siquiera pude darle las gracias. Y ella, secundada por Hans, que bajó desde Amsterdam expresamente para no perderse la tomadura de pelo, se puso a elogiar el trabajo de orfebrería y a decir que lo quería en un lugar bien visible de la casa. Me pusieron en aprietos, pero no me engañaron del todo. Margarita es una mujer de buen gusto. No era posible...

Por fin, cuando vieron que no me harían estallar, Margarita me puso una lupa en la mano y me señaló una inscripción latina, grabada en la boca del cuerno. En una gótica diminuta, pude leer:

DE ABUNDANTIA CORDIS MEI ET DE GRATITUDINE NON LINGUA,
CARISSIME PAULE, QUA CAREO, SED HOC CORNUS LOQUITUR^[6].

Y por la parte externa del mismo borde, en mayúsculas y más grandes:

ME FECIT MARCUS SIENENSIS AD FESTIVITATES IN MEMORIAM
LIBERTATIS PAULI PAMBELLI DE MANU DOMINI ALBERTI CANCINI
CONSECRATAE IN FLORENTIAM ANNO DOMINI MDCXLVI^[7].

Ese munífico, agradecido y deslenguado manumisor apellidado Cancino, y su liberto Paulo Pambello, por quien tanto afecto demuestra, no pueden ser sino nuestros Álvaro y Pambelé. De modo que si estaban vivos en Italia en 1646, dieciocho años después del asalto al convoy de la plata, resulta evidente que Johannes Greiff mintió intencionadamente al referir sus muertes con tanto detalle.

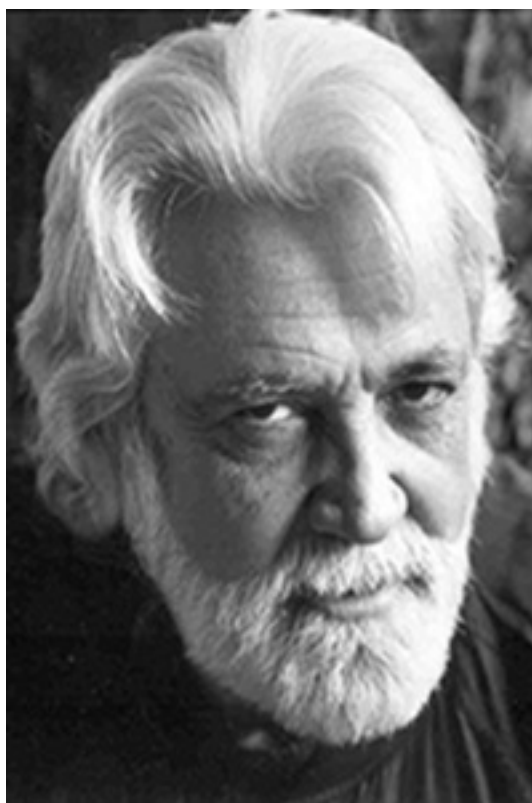
¿Por qué mintió el holandés?

Te dejo con el sabor en la boca.

Dentro de unos días, cuando nos veamos por allá, tendremos de qué hablar.

Un abrazo,

Bernardo.



DANIEL CHAVARRÍA (Uruguay, 1933), ex profesor de latín, griego y literatura clásica en la Universidad de La Habana, se distingue como narrador prolífico de novelas, cuentos y periodismo político y literario. Ha traducido al español obras de distintos idiomas y elaborado guiones para cine y TV. Sus novelas le han valido numerosos premios internacionales, entre ellos, el «Planeta-Mortiz, 1993» en México y el «Ennio Flaiano 1998», a la mejor novela no europea publicada en Italia, ambos para *El ojo de Cibeles*.

Chavarría es el único autor latino ganador del «Edgar Allan Poe», otorgado por la Mystery Writers of America en New York 2002, a la traducción al inglés de *Adiós Muchachos*. En España obtuvo el «Camilo José Cela 2003» del Ayuntamiento de Palma, en Mallorca. En Cuba setenta nueve premios nacionales, más el Internacional «Casa de las Américas 2000» y el «Alejo Carpentier 2004»; y varias veces el premio «Puertas de Espejo», que se confiere cada año a la novela más solicitada en la red nacional de bibliotecas públicas.

En el año 2010 obtuvo el Premio Nacional de Literatura, máximo galardón cubano; y su equivalente en Uruguay, el Bartolomé Hidalgo. Entre sus obras más difundidas, figuran *Joy*, *El ojo de Cibeles*, *Allá ellos*, *Aquel año en Madrid*, *El rojo en la pluma del loro*, *Una pica en Flandes*, *Príapos* y *Viudas de sangre*, que reaparecerán junto a dos títulos nuevos en la Feria Internacional del Libro de La Habana 2013, dedicada al autor.

Notas

[1] CEO: *Chief executive officer*, es el nombre que reciben los jefes de las grandes corporaciones. <<

[2] En el legajo hallado por mí en Guatemala, las jornadas no aparecían en orden, sino que esta séptima estaba encima de las demás; y como el original no tenía tapas ni cubierta, se han perdido varias páginas (no podemos saber cuántas) de esta jornada. Por lo que de ella y de la próxima se deduce, el protagonista servía como alférez de arcabucero en las galeras españolas que surcaban el Mediterráneo, durante los primeros meses del año 1617 [N. del E.] <<

[3] Que la tierra te sea leve. <<

[4] Como tú fuiste sobre ella. <<

[5] ...a fabricar muñecas, de las cuales algunas mucho agradaban a las infantas de la Casa Real. <<

[6] De la abundancia de mi corazón y de mi gratitud, querídisimo Paulo, no hablará la lengua que no tengo, sino este cuerno. <<

[7] Me hizo Marco de Siena para las festividades en memoria de la libertad de Paulo Pambello, manumitido por su amo Alberto Cancino y consagradas en Florencia en el Año de Gracia de 1646. <<